

Cuicuilco 19

revista de la escuela nacional de antropología e historia



Antropología y clase obrera

Orígenes y desarrollo de la antropología del trabajo Augusto Urteaga Castro Pozo Movimientos: lo que se mueve y lo que "no se mueve" Notas sobre la investigación de los obreros mexicanos Sergio L. Yañez Reyes Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana Juan Luis Sariego Rodríguez Trabajo y significación subjetiva, continuidad cultural, determinación económica y negatividad Eduardo L. Menéndez Clase, partido y sindicato en Marx y Engels Luis Reygadas Robles Gil La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero Juan Luis Sariego Rodríguez La evolución de la división espacial del trabajo Michel Freyssenet Sociedad Patricia, cultura plebeya E. P. Thompson

Cuicuilco 19

REVISTA DE LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Cuicuilco No. 19 Tercera época/octubre-diciembre 1987

Índice

EDITORIAL	3
Orígenes y desarrollo de la antropología del trabajo <i>Augusto Urteaga Castro Pozo</i>	5
Movimientos: Lo que se mueve y lo que "no se mueve" Notas sobre la investigación de los obreros mexicanos <i>Sergio L. Yañez Reyes</i>	14
Antropología y clase obrera. Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la antropología social mexicana. <i>Juan Luis Sariago Rodríguez</i>	22
Trabajo y significación subjetiva, continuidad cultural, determinación económica y negatividad. <i>Eduardo L. Menéndez</i>	31
Clase, partido y sindicato en Marx y Engels. <i>Luis Reygadas Robles Gil</i>	42
La cultura minera en crisis. Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero. <i>Juan Luis Sariago Rodríguez</i>	53
La evolución de la división espacial del trabajo. <i>Michel Freyssenet</i>	59
Sociedad Patricia, cultura plebeya <i>E. P. Thompson</i>	75

R 012212

REVISTA DE LA ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA

Cuicuilco No. 19 Tercera época/octubre-diciembre 1987

Mtro. Manuel Gándara Vázquez
DIRECTOR

Lic. Eyra Cárdenas Barahona
SUBDIRECTORA

Lic. Mario Pérez Cumpa
SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Lic. Felipe Bate Petersen
SECRETARIO DE INVESTIGACION

Lic. Luis Reygadas Robles Gil
SECRETARIO DE DOCENCIA

Lic. Agustín Avila Méndez
SECRETARIO DE EXTENSION

Beatriz Quintanar Hinojosa
COORDINADORA DEL DEPARTAMENTO DE
PUBLICACIONES

Coordinación de este número: Juan Luis Sariego

Equipo técnico: Lilia Pillado, Jorge Ureta,
Esperanza Muñoz, Fausto Martínez, Víctor Uc,
Rosamaria Núñez.

Fotografía: Octavio Hernández E.

Impresión y Distribución: Instituto Nacional de
Antropología e Historia

CUICUILCO es una publicación de la Escuela Nacional
de Antropología e Historia.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

CUICUILCO Escuela Nacional de Antropología e
Historia

Periférico Sur y calle Zapote s/n

Col. Isidro Fabela

Delegación Tlalpan 14030 México, D.F.

Editorial

Cuicuilco ofrece a sus lectores, en este número, una selección de artículos, elaborados por profesores de la ENAH, en torno a las cuestiones obreras.

Dos criterios han guiado la selección y edición de estos trabajos. Por una parte, se pretende poner al alcance de los lectores, y en especial de los alumnos de la Escuela, un conjunto de materiales de reflexión que orienten las tareas de investigación y docencia relacionadas con la problemática obrero-industrial. Desde otra perspectiva, se busca también rescatar el enfoque propio de los antropólogos, en torno de un tema que constituye un campo interdisciplinario de las ciencias sociales en México.

Desde los años setenta, es evidente que los problemas obrero-industriales constituyen un campo de especialización de la antropología. Los planes curriculares de estudio, el desarrollo de programas de investigación, la experiencia de trabajos de campo, la participación de los antropólogos en coloquios, la bibliografía desarrollada sobre el tema e incluso algunas experiencias pioneras de antropología aplicada en este terreno, son hechos que confirman la emergencia de un nuevo campo de interés en el medio de la antropología mexicana.

La revista CUICUILCO no ha sido ajena a estas preocupaciones académicas. En varios de sus números de años recientes ha dado a conocer algunos artículos sobre el tema. En esta edición se ha pretendido, sin embargo, algo más: recoger en forma monográfica artículos que plantean tanto un balance de los estudios antropológicos sobre la clase obrera mexicana como un conjunto de líneas teórico-metodológicas a desarrollar con vistas a consolidar este campo de estudio.

Los artículos de Augusto Urteaga, Sergio Yañez y Juan Luis Sariago ofrecen, los tres y cada uno desde una óptica particular, una interpretación de la trayectoria que han seguido las preocupaciones antropológicas sobre el proceso de industrialización, la formación y el desarrollo de la clase obrera. Destaca en estos artículos el esfuerzo por ubicar la emergencia de esas preocupaciones en contextos sociales y políticos, relacionados tanto con la situación de la sociedad mexicana cuanto con las coyunturas de las disciplinas antropológicas en las últimas décadas. Sin duda, ello ayudará a entender mejor las condiciones sociales propias que explican la aparición de nuevos campos de interés en la antropología mexicana.

También en estos artículos se destacan la heterogeneidad de enfoques, influencias teóricas y la diversidad de objetos y temas de estudio que la Antropología industrial abarca. Desde la óptica del movimiento obrero hasta la del trabajo industrial, desde la proletarización hasta la cultura obrera, desde el sindicalismo hasta la resistencia oculta en el ámbito de la división capitalista del trabajo, se dibuja un espectro amplio de temáticas que parece reflejar fielmente un conjunto diversificado de preocupaciones académicas y políticas presentes en el medio antropológico.

Un segundo conjunto de artículos, los de Eduardo Menéndez, Luis Reygadas y Juan Luis Sariago, discute algunos temas relevantes para la antropología industrial. Menéndez analiza cuidadosamente las discusiones en torno a la significación social y subjetiva del trabajo. Desde una perspectiva histórica retoma las significaciones sociales que el trabajo adquirió antes y después de la Revolución industrial, recuerda las aportaciones de la antropología norteamericana de los años veinte y actualiza la discusión sobre el significado negativo del trabajo a la luz de los procesos actuales de automatización y descalificación laboral.

En su artículo, Reygadas nos presenta un análisis de la relación que los conceptos de clase, sindicato y partido fueron adquiriendo en las obras de Marx y Engels. Se subraya en este trabajo la conexión entre las elaboraciones teóricas de los autores y sus experiencias históricas con el naciente movimiento obrero de la época.

En su trabajo sobre la cultura minera, Sariego trata de explicar, desde una perspectiva histórica y antropológica de la cultura, los elementos que han determinado la identidad social de este sector obrero con larga trayectoria en nuestro país.

Dos textos traducidos de su versión original completan el número. Ambos fueron seleccionados con una clara intención didáctica. El primero, de Michel Freyssenet —un brillante sociólogo de trabajo francés— es un intento explicativo de los efectos espaciales derivados de la división capitalista del trabajo. Sin duda, este artículo ayudará a discutir los actuales procesos de desconcentración industrial, reconversión, y división internacional del trabajo, procesos a los que México no es ajeno.

Con la traducción de un artículo clásico de Edward P. Thompson, uno de los historiadores sociales de la clase obrera inglesa más lúcido, creemos poder ofrecer a nuestros lectores un material de indudable riqueza para quienes se interesan por la reconstrucción y análisis de la cultura obrera.

Orígenes y Desarrollo de la Antropología del Trabajo.

Augusto Urteaga Castro Pozo*

Aclaración sobre los orígenes.

Si brevemente se recordara todo lo que el paquete temático de hace poco más de una década preocupaba nuestros quehaceres, iluminaba nuestras discusiones y guiaba algunas fallidas pero locuaces intenciones. No sólo en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), sino en el contexto intelectual de radicalización política se propiciaban miradas perspicaces, recuentos críticos, reconocimientos de lamentables omisiones y una terca búsqueda de todo lo que se debía hacer en el campo de la antropología.

El indigenismo era la prueba palpable del desprecio, del arrebato nacionalista hacia los indios por parte de una nación prácticamente avergonzada de sí misma. La antropología de huarache, meritoria en su encuadre monográfico pe-

ro monacal e insípida, resultaba un blanco perfecto para una muy incisiva opinión crítica que después del año 1968 inundó los pocos espacios abiertos en las atmósferas académicas e intelectuales del momento. Los tiempos modernos llegaron repentina y violentamente: el aparato cultural —como todo el cuerpo político institucional de la nación— recibía lenta pero inexorablemente el impacto del “movimiento”.

De hecho, el propio pensamiento antropológico que topaba cara a cara con el avatar de la modernidad y los estilos del desarrollo, había propiciado más de una polémica en relación a las temáticas preferentes de investigación, las prioridades institucionales, las metodologías utilizadas y las adscripciones teórico y políticas de los autores. En México, y de seguro lamentablemente, esta precoz pero enjundiosa polémica se dio en torno al libro del antropólogo norteamericano Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* (1964), que si bien le abrió una vasta divulgación, en cambio no posibilitó la profundización de una veta de análisis que hoy por hoy

* División de Estudios Superiores—ENAH.

prácticamente se ha constituido en *la variable* dominante en los estudios de antropología del desarrollo social: todavía en ese momento el nacionalismo pudo "imponerse" a la ciencia del *test*, la maravilla de la grabadora y la siempre discutible pero mordaz mirada sobre lo otro.

Iniciados los años setenta, desde diversas ópticas y posiciones la problemática de modernidad y tradicionalidad en la antropología mexicana empezó a superar la ya entonces "clásica" y violenta crítica al indigenismo oficial. Este pasaje tuvo que llegar por el camino de los hechos (comúnmente transitado no sólo por la mexicana sino por casi todas las antropologías) y rápidamente se transformó de una negación de temáticas tradicionales; en una afanosa búsqueda e identificación de sujetos de estudio que intentaba demostrar, indefectiblemente, el nuevo rostro social de un país distinto que transitaba más o menos rápidamente hacia un cambio estructural de magnitudes sólo perfiladas casi medio siglo antes.

Ciertamente, "cambio social", migraciones y urbanización, asociados a innovación tecnológica y a una más bien deseable imagen de modernidad, eran temáticas que habían ya sido tratadas en México y en otros países del Tercer Mundo desde la década de los años cuarenta, por antropólogos norteamericanos culturalistas y por los británicos aferrados a su ya tradicional advocación funcionalista; este fenómeno propició y formó seguidores intelectuales, como bien se ha señalado. Por su parte, el desarrollo institucional de la política cultural del Estado, aunque limitadamente, permitió la apertura de estudios —aislados e individuales— sobre el impacto de los procesos de industrialización en las áreas periféricas, campesinas e indígenas del territorio nacional, iniciándose así un ciclo de investigaciones sobre reacomodos poblacionales, construcción de presas, sistemas de riego y polos de desarrollo industrial regionales y locales, etcétera.

Aunque un poco más tarde, este mismo proceso fomentó en la "apertura" del sexenio del presidente Echeverría Álvarez y el siguiente de José López Portillo, entre los años 1974—1982, la constitución de proyectos y asociaciones de proyectos de investigación social sobre la temática de clase obrera, localización industrial, acción sindical, proletarianización, de tecnología industrial y procesos de trabajo, así como del entramado empresarial en las situaciones industriales.

Indudablemente y para que esta aclaración valga, habría que reconocer —en el mejor sentido del término— que estos antecedentes, flujo e influjo de investigaciones tramadas al calor de la polémica en el interior de la disciplina, por un lado, y de los movimientos políticos de contestación a los estilos de la modernidad por otro, encontraron pronto y a poco de buscarle una importante cuota de estudios *pioneros* en las temáticas señaladas: este fenómeno ha sido ya acertadamente seguido y simplemente habría que agregarle una revisión de mayor cobertura analítica (y aun de relectura) del ya largo catálogo de tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y de otras a la que se podrían inscribir temas tales como los orígenes de las técnicas, la división del trabajo y la organización social del mismo desde una perspectiva etnológica de conjunto que no deje de con-

siderar la persistencia, adaptación y creación de las llamadas artesanías indígenas y populares.

La "inmersión" de la antropología en los mares de la clase obrera y sectores sociales aledaños en los últimos dos lustros ha provocado muchas sorpresas, algunas polémicas y también algunas críticas. Puede decirse que la presentación de un bloque de ponencias en la Mesa sobre "El antropólogo y los obreros", en mayo de 1983, durante el III Encuentro sobre la Práctica Profesional de la Antropología del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C., sin demostrar aún la totalidad del espectro de posiciones de los antropólogos sobre la temática que nos ocupa, definitivamente significó un explícito reconocimiento del gremio para una actividad cuyos principales interlocutores académicos estaban, hasta entonces, ubicados en su exterior.

Si bien esta "inmersión" en campos no desarrollados por los antropólogos se realizó con toda la ingenuidad teórica—metodológica del caso, como se ha apuntado por allí, facilitó un sesgo en su propio desarrollo como disciplina (por ejemplo, actualizando sus sujetos de estudio y de paso *politizando* el complejo campo de su objeto) y también colaboró a refrescar la discusión, estudio e investigación del problema—clase—obrero usualmente manejado, hasta entonces, de manera historicista y mecánica por la literatura sociológica, política e histórica. Además, y esto es lo más importante, la antropología al aportar nuevos datos, tratamientos monográficos y profanar una sacralidad poco comprobada, facilitó una verdadera confluencia en aportes de investigadores que aunque no provinieran de sus filas han incorporado a su utilería profesional lo mejor de la tradición empírica de las ciencias sociales modernas: tomarle la espalda a los prejuicios, la observación participante y el reconocimiento en el seno de los actores mismos la percepción de una imagen documentada de su propia condición y entorno sociales.

En este aspecto, es notoria la participación de investigaciones que provienen de disciplinas consideradas tradicionalmente "marginales" al corpus troncal de las ciencias sociales; por ejemplo, la antropología física, la ergonomía, la medicina social, las ciencias de la salud, el trabajo social, la administración de empresas, el derecho laboral, etcétera.

El verdadero impacto de la antropología obrerista tal vez pueda ser medido por la presencia de unidades de investigación *ad hoc* que en las instituciones superiores (de investigación y/o docencia) gozan ya hoy en día de una vida regular. Así, se podrían relevar actividades equivalentes en el CIESAS, en los Colegios de Michoacán y de Jalisco, en diversas dependencias del INAH (fundamentalmente de historia contemporánea y antropología), en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Autónoma Metropolitana, etcétera.

Aunque tal vez este impacto sólo podrá ser medido en toda su amplitud en cuanto se pueda, finalmente, revalorar la dimensión e importancia que tuvo la muestra que en el Museo Nacional de Culturas Populares se montó a propósito de las manifestaciones culturales de los medios obreros: "Obreros somos..." en 1984. Con esta exposición el tema ingresa por la puerta grande al escenario museal de México: ante una antropología preferentemente adicta a los te-

mas *conservadores*, y que incluso había reducido al de los obreros a la categoría de tema tabú —en todo caso “de moda” ideológica— los sectores sociales obreros fueron colocados “en vitrina” en una muestra que intentó un tratamiento museográfico en el que el papel de la gráfica vuelve a ser reivindicado como un activo ingrediente en la historia popular y los obreros y sus espacios “recolocados” en el escenario de la contemporaneidad.

El punto de partida

Sin lugar a dudas habría que reconocer un tronco común originario en las preocupaciones de la antropología metida en la cuestión obrera (desde un punto de vista institucional y profesional) en el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), alrededor de 1972-74, en el que Angel Palerm fomentó e instigó la necesidad de investigar a la clase obrera. Con la cooperación de Victoria Novelo, Guillermo de la Peña y Juan Recio, entre otros, se fundamentó un proyecto al respecto y en torno a una temática que hasta hoy podría considerarse básica en cualquier país capitalista periférico: ¿cuál es, o cuáles son las modalidades del desarrollo económico que permiten la formación histórico social de las clases obreras de tipo industrial moderno, y cuáles son los procesos que les permiten integrarse en contextos tradicionalmente agrarios; incluso étnicamente delimitados?

Como ya ha sido mencionado, el clima político general de México, después de los acontecimientos de 1968 volteaba los ojos hacia los sectores obreros y populares en tanto clases fundamentales, con la esperanza de encontrar en ellos a los interlocutores que allanaran el camino hacia nuevas opciones sociales de desarrollo. Por lo demás, el inicio de la década pasada se significó por una importante oleada de jornadas obreras cuya demanda principal se centró en la democratización de los aparatos sindicales, corporativizados dentro del sistema político hegemónico por el partido de gobierno (PRI). Lo que aglutinaba a dichas movilizaciones y conflictos así como lo “novedoso” de esa articulación, consistió en el hecho de que se manifestaba por el protagonismo de significativos (y numerosos) núcleos del proletariado industrial moderno, tanto de empresas estatales como privadas: mineros, siderúrgicos, ferrocarrileros, electricistas, automotrices, etcétera.

A este marco general, en el que se encuadra este breve recuento de la investigación antropológica sobre los obreros, había que añadir —incluso con mayor rigor— los perfiles del escenario académico que en ese entonces debatían internamente las disciplinas sociales. En este sentido, el punto de partida estaba claro: aquí y allá, en todas partes, los procesos de modernización capitalista minaban las tradicionales bases sociales de reproducción de fuerza de trabajo campesina en escalas nunca vistas desde la inauguración del “milagro mexicano” y el desarrollo con estabilidad. El campesinado se *descampenizaba* y le inyectaba a los nuevos procesos sociales (urbano - industriales, predominantemente) maneras de presentarse y direccionalidades que no precisamente apuntaban con arreglo a los cánones “clásicos” de otros procesos históricamente dados (en general todas las revoluciones industriales modernas).

Este debate, de paso, terminó por recuperar al campesinado —incluidas sus variables étnicas— como un objeto de estudio propio de la antropología mexicana en contraposición a las consideraciones sobre “primitivos” y “salvajes” surgidos de la etnología en los países industrializados y aún colonialistas. La antropología se sumaba así a los esfuerzos de la sociología del desarrollo y a través de ella a los ricos puntos de reflexión histórica propios del pensamiento social latinoamericano; asumía, por fin, un lugar nodal en la clásica reflexión durkhemiana sobre la división social del trabajo y se emparentaba con la historia social europea de corte marxista, que intermitente pero puntualmente, había seguido documentando la tradición inaugurada por Federico Engels en su clásica monografía *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

A estas condiciones se podría añadir un elemento crítico, que jugó y sigue jugando un papel estratégico en la demarcación de las especificidades y “diferencias” que los enfoques antropológicos guardan en relación a los estudios sobre el movimiento obrero proclives a enfatizar sus macroaspectos organizativos; aquellos que subrayan el comportamiento de los grandes dirigentes durante las grandes huelgas y, obsesivamente, el por qué y el cómo las centrales obreras y los sindicatos nacionales fueron gradual o violentamente perdiendo su autonomía en relación al aparato de Estado. Este tipo de estudios (oficiales o no), fueron y siguen siendo criticados desde la simple perspectiva de que a pesar de contar con un notable arsenal de documentación (hemerográfica principalmente) no han permitido una imagen completa de la condición obrera, en todo caso al remarcar sólo los aspectos más agregados del proceso de control político y de administración de las demandas sociales y de un vasto y heterogéneo conglomerado social cuya situación de clase no puede ser definida exclusivamente como una cuestión de principios. Esta propuesta crítica, por cierto, empezó a asomarse desde la Escuela Nacional de Antropología e Historia, a través de talleres de investigación y algunas tesis profesionales en ese entonces marginales. Esta posición tuvo un correlato más: los procesos de urbanización propios del desarrollo moderno del México de las últimas dos décadas confieren al *espacio urbano* una importancia fundamental al constituirse en un espacio privilegiado de producción y reproducción de la fuerza de trabajo y en tanto se ubica como una de las sedes predilectas de la producción industrial.

Asimismo, la búsqueda de un territorio para las maniobras de investigación desde la antropología tuvo que pasar, también, por la reafirmación de temáticas que le son propias como las de familia, parentesco, socialización, educación, simbolismo, etcétera; en fin, todo aquello que podía llevarla y/o acercarla a una conceptualización histórica del perfil de una *cultura obrera*. Sin embargo, como siempre, la incipiente antropología del trabajo, o industrial, manejó en su origen los mismos modelos de investigación propuestos por la antropología clásica, cuyas características básicas siguen siendo la realización de estudios de caso presumiblemente ilustrativos de situaciones más generales.

Con todo, y no sin desavenencias de partida referidas a la metodología y la en ese entonces tan en boga discusión sobre las filiaciones teóricas, las coincidencias se presenta-

ron finalmente en la necesidad de realizar *investigación directa* a través de trabajo de campo prolongado. Este hecho merece ser destacado: todavía hoy no es fácil para los antropólogos ponerse de acuerdo sobre cuestiones aparentemente tan sencillas como las de producir información propia, elaborar bancos de documentación etnográfica y utilizar técnicas interdisciplinarias de captura y procesamiento de la información factual.

De esta forma, por ejemplo, pudo resolverse procesualmente la muy de entrada discrepancia entre las tendencias que acentuaban los estudios de caso y aquellas que simplemente insistían en el estudio del contexto configuracional. La primera de ellas aludía y simpatizaba casi sin mediaciones con las monografías antropológicas (hoy llamadas paradigmas) de cuño clásico; la segunda, emparentaba sin ambages lo antropológico a la sociología, la economía y la ciencia de lo político y casi—casi sin mediaciones eludía el tránsito monográfico propio de un enfoque antropológico en ese momento en radical cuestión.

Prolegómenos del camino

Como se ha podido observar, los puntos de partida fueron diversos como diversas serán las inmediatamente posteriores discrepancias y convergencias en estos casi ya tres lustros de estudios antropológicos obreros. Aquí intentaremos tipificar simplemente aquellas que se han perfilado como *tendencias predominantes* y que, feliz o infelizmente, se conservaron dentro del marco de preocupaciones de las disciplinas antropológicas y objetivamente —aunque con esto no se quiera eludir respetables abjuraciones y desprecios— utilicen una perspectiva de investigación claramente orientada a la extracción y manejo de información empíricos.

En este sentido podemos demarcar dos tendencias predominantes:

1.- La que arranca de la preocupación por *medir* los impactos y costos sociales del desarrollo industrial entre la población no directamente incorporada a unidades productoras formales y/o en aquella de muy reciente incorporación al ejército industrial;

2.- La que inspirada en el marxismo intenta comprobar la existencia “ya consolidada” de una clase obrera mexicana, *estructuralmente* definida.

Ambas tendencias no sólo se entrecruzan, sino revelan muy en el fondo un acontecer de ideas, enfoques, proyectos utópicos y reales manifestados a los mandos de decisión en el quehacer antropológico con mayor o menor éxito y con mayor o menor fracaso. Ni modo: la más novel de las disciplinas de las antropológicas en México tuvo que pagar tributo a ciertas incompresiones, abatimientos y caminos insospechados, resultado todos ellos de un aparente y ya santificado camino propio de *toda* la antropología practicada en el país.

Este hecho también contó: en la nación de la antropología confesada indigenista terminamos surcando aguas agitadas y muchos pantanos dictados bien por la comodidad, bien por la incompetencia de una élite que había asumido dema-

siado pronto los caminos de la conformidad e inconformidad indigenistas. Con todo, todavía habría que interrogar a los verdaderos responsables de la supresión para la antropología del estudio y atención de los pliegos petitorios de los revolucionarios obreros, de las demandas de los proletariados y de todos aquellos que tuvieron que enfrentar de mil y un formas las violentas hegemonías de la hasta hoy incesante modernización urbano industrial.

La primera tendencia partió de considerar el proceso de incorporación de los sectores sociales al desarrollo industrial como un punto clave para el arranque y evolución de la modernidad de cara a las sociedades tradicionales: el nuevo asalariado no sólo se incorporaría al dinamismo del desarrollo industrial contemporáneo, sino *también* lograría conservar las características de su origen socio cultural inmediatamente anterior. Así, el “impacto” es destacado en términos de una dicotomía descampesinización proletarización que acentúa el primer elemento al concebir la adaptación a la nueva situación como un proceso de cambio. A su vez, la consideración de este proceso fluctúa entre la transitoriedad económica del punto de destino que al no garantizar una estabilidad laboral y social “deseada” condicionará al campesino—artesano a por lo menos intentar conservar y/o recomponer una situación original que propició su expulsión como mano de obra.

Habría que insistir que tanto esta como la otra tendencia no expresan sino los énfasis y propuestas dominantes que muchas veces obligan a no ser totalmente justos con autores e investigadores que trabajan la temática que nos ocupa, tanto individual como cronológicamente; en este sentido, esta primera tendencia si bien no deja absolutamente el tratamiento del proletariado industrial propiamente dicho, enfatiza más bien sus preocupaciones hacia los contextos regionales de la industrialización. Por ejemplo, se miden los efectos de la instalación de la Ciudad Industrial del Valle de Cuernavaca (CIVAC) “en una zona campesina”; en la Ciudad de Guadalajara y en el Sur del mismo estado de Jalisco; en Puebla, tanto en la capital como en la zona industrial; en Hidalgo (en sus zonas minera, textil y de instalaciones metalmecánicas y automotrices); en Tlaxcala, en el corredor de pequeñas y medianas empresas que va desde Santa Ana Chiautempan hasta Calpulalpan, etcétera.

El “impacto” se enfatiza en los términos de la dicotomía ya mencionada y por ello se otorga preferencia a los estudios de comunidad y estructura familiar, sin necesariamente darles un marco de referencia y ubicación en la problemática económica, política y social de carácter nacional. Sin embargo, no mucho tiempo después, los autores de esta tendencia incorporan este tipo de macro análisis relativos a las orientaciones generales de la sociedad nacional en relación al capitalismo internacional, de acuerdo con los estudios de la época sobre el proceso global de desarrollo.

Este paso necesario, adoptado con cierto sobresalto, reforzó sin embargo la postura teórica, metodológica e instrumental que enarbó como objetivos claves en la documentación etnográfica a los pueblos y comunidades locales resaltados como elementos de resistencia (se insiste en las visiones más bien estáticas de la “pequeña” comunidad), o en todo caso, de adaptación a una situación de cambio presumiblemente externa y transitoria: en tanto la transforma-

ción operaba para que todo siguiera igual lo importante era observar cómo se las arreglaba la gente —a través de estrategias funcionales— para subsistir, para seguir siendo lo que habían sido y son.

Tal vez, esta última situación explique el por qué, en un primer momento, se intente privilegiar como unidad de análisis la dimensión empresa, el entramado de la organización empresarial y la realización mercantil por sobre las de suyo contradictorias relaciones (tradicionales y más bien propias de los sistemas de producción artesanales y manufactureros) entre capital y trabajo. Incluso, aunque de ello no esté exenta ninguna de las tendencias, la descripción del proceso biográfico por el cual uno o varios empresarios lograron imponerse a la adversidad —fundamentalmente local— y consolidar empresas de dimensiones medianas y grandes se ha seguido como una ruta iluminadora en la conformación de las ideologías y comportamientos empresariales todavía hoy vigentes.

Lo que sí salta a la vista y debería reconocerse tal vez de una manera más abierta, es que en ella se dieron y mantuvieron los elementos que conservaron (dicho sea en el buen sentido) los temas comúnmente aceptados como tradicionalmente antropológicos: persistencia y resistencia al cambio, redes de solidaridad y ayuda mutua; familia y parentesco, apertura de canales informales para la producción y el consumo; diversificación de la vivienda para fines "distintos" a la esencia campesina, etcétera. Esta tendencia intentó responder así a una cuestión que hoy en día todos estamos de acuerdo en que es nodal para la comprensión de la modernidad urbanizadora e industrial propia de los estilos del desarrollo en la América Latina de nuestro siglo: ¿cómo carambas se hace para vivir en la modernidad, las maquiladoras y la pobreza?

A este respecto habría que agregar que los antropólogos tendríamos mucho por aprender de las elaboraciones monográficas, de los testimonios de protagonistas anónimos —incluso de las secuencias aparentemente tan contradictorias de las luchas sociales, a veces también pulcramente reseñadas— y tal vez adoptar un punto de vista simplemente más comprensivo y menos grandilocuente que permita acercarnos al fino entramado de la resistencia y la participación social organizada conforme a la percepción colectiva, no por ello menos compleja.

Sin embargo, valga decirlo, esta primera "fase" fue superada prontamente y por lo menos en intenciones los estudios de caso documentaron posiciones críticas que bastante lograron al dimensionar los efectos de un *estilo* de desarrollo económico cuyas bases estructurales habían dejado de considerar, precisamente, los aspectos sociales de considerables sectores de la población rural y urbana. Esta situación permite el acceso a un mayor compromiso académico con la investigación profesional en la medida que, valga decirlo también, varios antropólogos surgidos de esta tendencia realizan trabajos en medios urbano—industriales y empiezan a tener una decisiva influencia académica a través de sus prácticas sociales y políticas.

Esta tendencia es finalmente *procesual* en tanto que su inspiración culturalista —y su necesario pasaje de elaboración monográfico— es readeuada en el interior de un contexto predominante, mismo que tiene la capacidad de confi-

gurar el proceso "global": así, estudios de caso (ricos en sí mismos) son agregados al *hinterland* regional como unidad de referencia mayor para la elaboración y reelaboración de propuestas teóricas y de hipótesis de trabajo que tendrán que ser investigadas... en más casos. Esta "clave" metodológica se expresa en una serie de investigaciones en las que la polarización centro/periferias regionales constituye el tema recurrente.

Casi microlocal, con todo, esta tendencia aportó y sigue aportando sobre los ya hoy consagrados como grandes temas: clase, sindicatos, modalidades del trabajo industrial en contextos sociales diversos, innovación tecnológica, empleo, desempleo, etcétera. Su mérito ha sido el sostener la tradición antropológica de obligar a las "grandes" teorías a por lo menos volver la vista ante las evidencias.

En lo que se refiere a la segunda tendencia, ésta intenta, como ya se dijo, elaborar una explicación de los fenómenos del trabajo y la industrialización desde una perspectiva estructural —totalizadora inspirada en el marxismo. Así, las categorías más recurrentes en su conceptualización fueron extraídas de los textos sobre la formación de la clase obrera de acuerdo a las pautas seguidas por la llamada "revolución industrial británica" y en general el modelo de desarrollo capitalista adoptado por las naciones europeas hasta principios del siglo presente.

Se sustenta, con algunas divergencias, en las teorías sobre la dependencia económica, las de industrialización sustitutiva de importaciones y las que destacan las funciones de acumulación y reproducción social como adjetivos al estado moderno en México y en América Latina. Con estas orientaciones esta tendencia configuró un encuadre teórico cuya finalidad era la de comprobar recurrentemente el crónico cuadro del atraso económico y social de los estados nacionales latinoamericanos.

Originalmente intenta demostrar *ojos vista* que los datos censales sobre la población económica activa eran básicamente correctos desde la perspectiva de que el México agrario, tan documentado y querido por su historia, tendencialmente dejaba de ser tal (no olvidemos que esta corriente se da de cara a la crítica de las concepciones históricas oficiosas sobre la Revolución y el "milagro" mexicanos). Así, el país ya no era todo lo agrario que se pregonaba y sí más obrero de lo que hasta ese entonces podía imaginarse: descampanización y proletarianización se presentaba para esta tendencia como los polos de un fenómeno mayor de desarticulación de las bases tradicionales de toda la sociedad.

De entrada ubicó como sujeto de estudio a la población incorporada *directamente* en los procesos productivos industriales, explicitando la nitidez de la "categoría" clase obrera fundamentalmente en las ramas de la industria llamadas "de punta" y en aquellas en donde se localizan las empresas estatales y paraestatales. Así, el "estilo" del desarrollo económico reciente de México no fue rechazado en tanto que tal (sus efectos sociales no son sustanciales, ni determinantes), sino en tanto que en última instancia constituye el proyecto de las clases dominantes. La industrialización crea una clase obrera que debe de estar en alguna parte y exactamente como la describen los textos clásicos sobre ella: esta tendencia se derivó —hay que reconocerlo hoy en día así— de un vanguardismo imperante en los sectores es-

tudiantiles y universitarios y de las objetivas situaciones de crecimiento urbano y concentración exacerbada de la planta industrial.

Originalmente los contextos —hinterland de estas situaciones fueron tomados como la fuente de potenciales proletarios en vías de constituirse en verdadera clase obrera: el ejemplo más claro de este hecho era la positiva respuesta a las expectativas de movilidad social y ocupacional que cada polo de desarrollo industrial genera en las poblaciones en donde se le establece o aledañas. También, valga decirlo, incorpora temas nítidamente antropológicos, pero desde una postura fundamentalmente crítica —muchas veces a priori— y desde un esquema que podríamos denominar evolucionista en tanto que intenta colocar a la obrera como la clase “tendencialmente” progresista, a la luz no de una sino de muchas monografías: como se puede colegir, esta tendencia se originó en una postura académica fraguada en medio de un no muy apacible ambiente político que en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (en los años setenta) cuestionó absolutamente una entonces imperante atmósfera académica e institucional esclerótica y burocratizada.

Poco después —y aquí podemos distinguir una orientación dentro de esta segunda tendencia— enfló sus preocupaciones hacia una perspectiva metodológica específica que centró su objeto de estudio en el eje histórico de la concepción y ejecución del trabajo humano en la vasta diversidad de los sistemas productivos (capitalistas o no), e inspirada en el gran tema etnológico durkhemiano de la “división social del trabajo” y en los materialismos culturales posteriores. Este eje considera a la relación *capital-trabajo asalariado* como el marco privilegiado del análisis e investigación del clásico tema abonado por Marx pero desdeñado por los marxistas posteriores: el del *proceso de trabajo y la división capitalista del trabajo*.

Es una intenciona por llevar la investigación antropológica directa y de campo al espacio mismo en donde la también clásica teoría del valor se verifica como producción/reproducción real y es la llave del reino en el sistema capitalista: el espacio fabril propiamente demarcado, el ámbito del trabajo y de las formas de explotarlo. Pero es también, como se ha mencionado en otra parte, el espacio en donde *conflictivamente* se genera la posibilidad —constantemente repetida— del ejercicio autónomo de la *mano rebelde* del trabajo; y la emergencia del gozne, antagónico y complementario, de la *concepción—ejecución* como elemento unitario subyacente en todo sistema de división del trabajo. Por lo demás, este tema permite remitirnos hoy en día a otros tan significativos como la diversidad de los sistemas productivos, las calificaciones obreras y las especializaciones diferenciadas de la mano de obra industrial.

Esta tendencia destaca el conflicto contra el capital como tema recurrente en el marco de las macro —teorías sobre la lucha de clases, antes de plantearse el problema acerca de cómo se vive en la dominación, sobre todo si se toma en cuenta de que en México si algo caracteriza a las instituciones sindicales de los medios obreros es la estabilidad y el predominio de sus aparatos de representación en el sistema político imperante. De esta forma se ha constituido en una etnografía de “los grandes momentos” desde el punto de

vista de que presumiblemente configuran los niveles “más altos” de la conciencia proletaria.

A pesar de estas limitaciones, estas etnografías radicales se han constituido en importantes síntesis descriptivas de verdaderos intentos de actuación de los sectores obreros con respecto a la globalidad de su situación social. Por ejemplo las monografías de huelgas ya pueden empezar a revelar los endebles cimientos de las grandes teorizaciones sociológicas y políticas, principalmente, al destacar en la clase obrera sólo sus comportamientos como masa de manobra para empresas no del todo proletarias. Incluso, a la luz de estas mismas monografías, el llamado *charrismo* sindical resulta funcional para el propio ejercicio social de la clase obrera en su condición actual y al perfilarse, más bien, como un estilo vigente de conciencia obrera.

Con todo, esta etnografía de conflictos obreros revela también dimensiones olvidadas y no reconocidas usualmente como son los resquicios fabriles; esos verdaderos espacios no mensurados —cuantitativa y cualitativamente— en donde el asalariado se recupera, cobra nueva vida, reorganiza la resistencia cotidiana al capital y eventualmente enfrentarsele.

El análisis de casos, vr.gr. secciones sindicales, ciudades industriales medianas, enclaves mineros, ‘polos’ de desarrollo, etcétera, ha enfatizado el estudio de las llamadas instituciones *formales*, fundamentalmente de los sindicatos con marcada preferencia por los considerados “menos charrificados” y “más independientes”, o de pérdida “más o menos democráticos”. Así, prácticamente se ha desdeñado el estudio de los mecanismos *informales* (aunque esto se esté corriendo en los últimos años, por ejemplo con las investigaciones de la condición femenina de la fuerza de trabajo en los contextos de maquila industrial; los que se realizan sobre la salud de los trabajadores y los diversos mecanismos de su participación política y electoral en contextos urbanos, entre otros) que bien mirados conforman el habitat social y cultural cotidiano en donde finalmente los sectores obreros realizan los procesos de reproducción de la clase.

También esta tendencia ha insistido en desarrollar una posición *preferentemente sincrónica*: como bien se observa, el estudio de casos y el análisis de situaciones específicas en un marco bastante general ha impedido —hasta ahora en que ya se empiezan a realizar estudios encuadrados en la perspectiva de las ramas industriales, o bien de sectores de actividad— la utilización de métodos comparativos que posibiliten la elaboración de propuestas que abran nuevas perspectivas de investigación y que busquen superar tanto los postulados “tendenciales” como los enunciados “ilustrativos” de situaciones presumiblemente generales. Asimismo, y esto atañe seguramente con mayor propiedad a la problemática de las teorías del conocimiento en la antropología, el estudio de situaciones sociales determinadas ha insistido demasiado unilateralmente en una perpetua “readequación” y relativización de las usualmente llamadas determinaciones de última instancia, y en la terca obsesión por “explicar” —no importa si con nuevos datos— marcos, modelos y paradigmas cuya vigencia, en todo caso, no puede basarse exclusivamente en una sacrosanta quietud.

Como es ya comúnmente aceptado, lo sobresaliente en los derroteros de la antropología mexicana ha sido su permanente vocación por encontrar adaptaciones (en enfoques, métodos y aplicaciones) que le permitieran acercarse a la comprensión de los problemas actuales a la luz de su origen y desarrollo. El que esta situación no haya sido llevada a cabo plenamente, e incluso que a veces sólo predominara institucionalmente alguna de sus variables, no le quita a esta afirmación toda validez.

En efecto, de una original posición crítica con respecto a la historiografía política sobre la clase obrera y el movimiento sindical, pronto se evolucionó hacia la elaboración de una historia propia en un intento por recuperar —en las historias de vida, en los papeles guardados por los viejos

obreros, en los relatos proletarios y en las letras de corridos no reconocidos— una memoria de la vida, andanzas, victorias y frustraciones de muchísimos protagonistas que iluminaron e iluminan ese aún no elaborado gran álbum que seguramente es el mundo del trabajo obrero. Así, el antropólogo hoy ya debe de combinar, junto a la observación participante y las prolongadas estancias *in situ*, una acuciosa revisión de archivos y bibliotecas, así como otras fuentes documentales de muy diversa elaboración y a cargo de distintas instituciones públicas y privadas.

Así como la historia de la formación de las clases obreras está todavía por hacerse, la de la antropología metida en los campos del trabajo industrial es también una ventana abierta.

Bibliografía

- ALONSO, Jorge (Ed.)
1980 *Lucha urbana y acumulación de capital*. México, Ediciones de la Casa Chata.
- ANAMARIO FORASTERI, María V. y M. Estela MARTINEZ TELLEZ
1980 *Ergonomía y salud en trabajadores petroleros. Un estudio de caso en pozos de perforación terrestres*. México, Tesis licenciatura en antropología física, ENAH.
- ARIAS, Patricia
1983 *Fuentes para el estudio de la industrialización en Jalisco. Siglo XX*. México, Cuadernos de la Casa Chata Núm. 74, CIESAS.
- ARIAS, Patricia (Coord.)
1985 *Guadalajara, la gran ciudad de la pequeña industria*. Zamora, Mich. El Colegio de Michoacán.
- ARIAS, Patricia
1986 "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en los Altos de Jalisco" en *Relaciones*, vol. VII, Núm. 28. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.
- ARIAS, Patricia y Lucía BAZAN
1977 *Civac: un proceso de industrialización de una zona campesina*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- AZAOLA, Elena
1984 *La clase obrera como sujeto de estudio en México (1940-1980)*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- BAZAN, Lucía
1981 "El sindicato independiente de NISSAN Mexicana" en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*. Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
- BESSERER, Federico, Victoria NOVELO y Juan Luis SARRIEGO
1983 *El Sindicalismo minero en México. 1900-1952*. México, Ediciones Era.
- BUENO, Carmen
1976 *La promoción oficial de empresas cooperativas en Ciudad Sahagún*. Hidalgo, México, Tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA.
- CAILLEJA, Margarita, Celia FALOMIR y Javier MADRAZO
1980 *Unidades domésticas y la organización del trabajo en la industria del calzado en León, Gto.* México, Tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA.
- CAMARENA OCAMPO, Mario
1981 *Un estudio de caso sobre el movimiento obrero: la industria textil en el D.F.* México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- CEDILLO ALVAREZ, Rocío
1980 *La Boquilla, Chihuahua. Historia de un pueblo electricista*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- CUELLAR SANCHEZ, Claudia
1983 *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo familiar*. México, Tesis licenciatura, Departamento de antropología UAM—I.
- DE LA GARZA, Enrique *et. al.*
1986 "La investigación sobre la clase obrera en México: un balance preliminar" en *Nueva Antropología*, México, Vol. VIII, Núm. 29.
- DE LA PEÑA, Guillermo y Agustín ESCOBAR
1986 *Cambio regional, mercado de trabajo y vida obrera en Jalisco*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco.
- EBERGENYI MAGALONI, Ingrid
1982 *Primera aproximación al estudio del sindicalismo ferrocarrilero en México. 1917-1936*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- ECHEVERRÍA, María Esther, María de la Luz SELA y Patricia TORRES
1975 *Antropología Social en el Centro Industrial Sahagún*. México, Tesis de licenciatura en antropología social, UIA.
- ESCOBAR LATAPI, Agustín
1986 *Con el sudor de tu frente, Mercado de Trabajo y clase obrera en Guadalajara*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco.
- ESTEVA FABREGAT, Claudio
1955 *La dinámica del carácter social. Bases para la interpretación de la personalidad del obrero mexicano*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- ESTRADA, Margarita
1980 *Condiciones de la reproducción social: la familia de los trabajadores del calzado en León, Guanajuato*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.

R 012212

- ESTRADA, Margarita
1983 "Trabajo femenino y reproducción de la fuerza de trabajo industrial" en *Boletín de Antropología Americana*. México. Núm. 8, Instituto panamericano de geografía e historia.
- ESTRADA, Margarita y Cecilia SHERIDAN
1986 "Familia Obrera" ponencia presentada en el *Seminario Producción y Reproducción Social*. Guadalajara, Jal. El Colegio de Jalisco, 27—28 de junio.
- FLORES H., Ivonne
1981 "El mineral de Cusiuhiriachi: proceso de trabajo y vida cotidiana" en *Coyoacán*, México, Año IV, Núm. 14.
- GABAYET, Luisa
1977 "Economía familiar de los obreros de Atenisque" en Guillermo de la Peña et. al. *Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- GARCIA, Virginia
1975 *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- GOMEZ TAGLE, Silvia y Marcelo MIQUET
1976 "Integración o democracia sindical: el caso de los electricistas", en José Luis Reyna et. al., *Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*. México, El Colegio de México.
- GONZALEZ BLOCK, Miguel Angel
1981 *Ideología de las enfermedades ocupacionales y dinámica social en un contexto industrial de México*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- GONZALEZ, Oscar
1985 *Trabajar en Guadalajara: lógica empresarial y organización del trabajo en las empresas medianas*. Zamora, Mich. Tesis de maestría en antropología social, El Colegio de Michoacán.
- IGLESIAS PRIETO, Norma Victoria
1985 *La flor más bonita de la maquiladora. Historias de vida de la mujer obrera en Tijuana*. México, SEP/Centro de Estudios Fronterizos del Norte, Col. Frontera.
- KLAMROTH WATHER, Erick
1985 *El papel del trabajo en el proceso de hominización*. México, Tesis licenciatura en antropología física, ENAH.
- LABARTHE, María de la Cruz
1985 *Notas sobre el proceso de industrialización en León. Autobiografía de un obrero del calzado*. León, Gto. Cuadernos de investigación Núm. 2, El Colegio del Bájío.
- LEÑERO, Estela
1984 *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- LEZAMA, Cecilia
1974 *Estudio comparativo de dos organizaciones industriales*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- LICONA VALENCIA, Ernesto
1984 *Los obreros en la revolución mexicana: trabajo y protesta textil durante el maderismo*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- MENDEZ, Luis
1984 *Los mineros de Taxco: amanecer de la lucha por la autonomía obrera 1970—1981*. México, Tesis maestría en antropología social, ENAH.
- MENENDEZ, Eduardo
1978 *La salud de los trabajadores: aportes para una política de salud*. México, Editorial Nueva Imagen.
- MENENDEZ, Eduardo Luis
1986 "Modelo médico, salud obrera y estrategias de acción del sector salud" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- MEZA PONCE, Armando
1984 *Fábrica y poder, Mecanismos de control empresarial (El caso de la ensambladora de automóviles Ford Villa)*. México, Cuadernos de la Casa Chata, Núm. 96, CIESAS.
- MUSEO NACIONAL DE CULTURAS POPULARES (MNCP)
1983 *Arqueología de la industria en México*. México, MNCP
- MUSEO NACIONAL DE CULTURAS POPULARES (MNCP)
1984 *Relatos obreros mexicanos*. México, 2 volúmenes, AMNCP. AC.
- NAHMAD, Salomón
1961 *Un proyecto de trabajo social en la comunidad de Ciudad Sahagún*. México, Oficina de Estudios Sociales.
- NEYMET U., Marcela De,
1964 *El cambio de campesino a trabajador asalariado de la ciudad*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- NIETO, Raúl
1980 *Vida de trabajo de los obreros del calzado de León, Guanajuato*. México, Tesis licenciatura en antropología, ENAH.
- NIETO, Raúl
1984 "Algunas consideraciones sobre antropología y clase obrera en México" en Margarita Nolasco (Comp.) *La antropología y sus sujetos de estudio*. México, Cuadernos de la Casa Chata, Núm. 107, CIESAS.
- NIETO, Raúl
1986 "El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- NOVELO, Victoria
1984 "La cultura obrera, una contrapropuesta cultural" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VI, Núm. 23.
- NOVELO, Victoria et. al.
1986 "Propuestas para el estudio de la cultura obrera" en *Nueva Antropología*. México, Vol. VIII, Núm. 29
- NOVELO, Victoria y Augusto URTEAGA
1979 *La industria en los magueyales*. México, CISINAH—Nueva Imagen.
- NOVELO, Victoria y Juan Luis SARIEGO
1980 "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera" en *Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero*. Puebla, Pue., Ediciones Universidad Autónoma de Puebla, Tomo I.
- OEHMICHEN BAZAN, Cristina
1986 *Proceso de trabajo y respuesta obrera en la industria nuclear*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- PACHECO ROJAS, José de la Cruz
1985 *La resistencia obrera en Ferrocarriles Nacionales de México de 1950 a 1982. Una historia de vida*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- PADILLA, Cristina
1978 *Marginados o asalariados. El trabajo domiciliario de máquila en una colonia popular de Guadalajara*. México, Tesis licenciatura en antropología social, UIA.
- PIHO LANGE, Virve
1962 *La obrera textil. Encuesta sobre su trabajo, ingreso y vida familiar*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.

- POZAS, Ricardo
1958 "Los problemas sociales en el proceso urbanístico de Ciudad Sahagún", en *Ciencias Políticas y Sociales*. México, Revista de la Facultad de Ciencias Políticas, UNAM, Año IV, Núm. 3.
- QUINTAL, Ella Fanny
1986 "Sindicato, empresa y familia: los espacios de la reproducción de la fuerza de trabajo" en *Nueva Antropología*, México, Vol. VIII, Núm. 29.
- RADKAU, Verena
1984 "La Fama" y la vida. *Una fábrica y sus obreras*. México, Cuadernos de la Casa Chata. Núm. 108, CIESAS.
- RAMIREZ, Luis Alfonso
1986 *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*. Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.
- REYCADAS ROBLES GIL, Luis B.
1983 *La lucha de los trabajadores de Nueva Rosita*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- RODRIGUEZ AVIÑO, Pastora
1977 "El complejo industrial de Atenquique" en Guillermo de la Peña *et. al. Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- RODRIGUEZ, Olga
1977 "Una industria textil moderna en Santa Ana Chiautempan", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*. México, Universidad Iberoamericana, 24 de enero — 4 de febrero.
- SANCHEZ DE TAGLE REYNOSO, María
1983 *La condición de la mujer en Guadalajara: las adornadoras de la industria zapatera*. México, Tesis licenciatura en antropología social, ENAH.
- SANCHEZ DIAZ, Sergio
1984 "Esbozo de la antropología del trabajo en CIS—INAH/CIESAS" en *Anales 1984*. México, Ediciones de la Casa Chata, CIESAS.
- SANCHEZ DIAZ, Sergio
1986 "Conflicto laboral y táctica sindical entre los trabajadores del calzado en León" en *Papeles de la Casa Chata*. México, Año I, Núm. 2.
- SANCHEZ Sergio, Raúl NIETO y Augusto URTEAGA
1980 "Los trabajadores de calzado en Guanajuato", en *Cuadernos Políticos*. México, Núm. 24, Ediciones Era.
- SARIEGO, Juan Luis
1978 *Los mineros de la Real del Monte. Características de un proceso de proletarización*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- SARIEGO, Juan Luis
1986 *Enclaves y minerales en el norte de México. Historia Social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita*. México, en prensa, Ediciones de la Casa Chata, Col. Miguel Othón de Mendizabal, CIESAS.
- SARIEGO, Juan Luis y Raúl SANTANA
1982 "Transición Tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana", *Cuadernos Políticos*. México, Núm. 31.
- STAVENHAGEN, Rodolfo
1958 *Las condiciones socio—económicas de la población trabajadora de Tijuana*. B. C. México, Tesis maestría en Ciencias Antropológicas, ENAH.
- TORRES NAVARRO, María Isabel
1986 *La vida cotidiana de los obreros textiles de la fábrica La Purísima, Las Puentes, Veracruz*. México, Tesis licenciatura, Departamento de Antropología, UAM—I.
- UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA Y CENTRO DE INVESTIGACIONES SUPERIORES DEL INAH.
Ponencias del Seminario de Antropología Industrial. mimeo., México, CIESAS.
- URTEAGA, Augusto
1977 *Los sindicatos de Ciudad Sahagún: cuatro imágenes sociales*. México, Tesis maestría en ciencias antropológicas, ENAH.
- URTEAGA, Augusto
1980 "Autonomía obrera y restauración empresarial: una experiencia de comités de fábrica", en *Coyoacán*, México, Núm. 9.
- URTEAGA, Augusto
1982 "El brazo y la mente" en *Cuicuilco*. México, Año V, Núm. 17, ENAH.
- URTEAGA, Augusto
1984 "La antropología metida con obreros" en Margarita Nolasco (Comp.), *La antropología y sus sujetos de estudio*. México, Cuadernos de la Casa Chata Núm. 107, CIESAS.
- VEERKAMP, Verónica
1977 "El mercado informal y la industria: el caso de Ciudad Guzmán", en Guillermo de la Peña, *et. al., Ensayos sobre el sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- VILLANUEVA, Minerva
1980 *Sindicatos y negociación colectiva. Los trabajadores del calzado en León, Gto. Jalapa, Ver.*, Tesis licenciatura en antropología social, Universidad Veracruzana.
- YÁÑEZ, Sergio
1986 "Trabajo y relaciones sociales. Una zona cementera en la Ciudad de México" en *Cuicuilco*. México, Año IV, Núm. 17, ENAH.

Movimientos: lo que se mueve y lo que "no se mueve"

Notas sobre la investigación de los obreros mexicanos *

Sergio L. Yañez Reyes**

1. Sobre el presente trabajo

El objetivo que perseguimos es doble: nos interesa, en primer lugar, reflexionar algunas características bastante difundidas entre los estudios que sobre los obreros mexicanos se han producido en los últimos quince años; sin duda los más intensos en este tipo de investigación (1). Para ello parece necesario ligar esa suerte de empeño febril por recuperar, explicar y difundir las experiencias de los trabajadores industriales, con las acciones que diversos contingentes llevaron a cabo durante la década anterior.

Por otro lado, quisiéramos emprender un esfuerzo crítico y autocrítico para ubicar el punto al que se ha llegado y recapacitar sobre las alternativas que se presentan en la actualidad. Nuestro trabajo habrá cumplido su tarea si a más de contribuir a sintetizar una experiencia generacional, logra convocar a la reflexión sobre los caminos que hace falta recorrer y sobre los imperativos que el conocimiento crítico de la sociedad plantea. Todo esto sin olvidar que, hoy como ayer, el motivo principal de nuestro proceder son individuos, grupos y sectores sociales a los que mucho ayudaremos si en vez de apresionar en esquemas, definir su camino o quererlos conducir, aportamos modestamente lo propio de nuestro trabajo; con el fin de que tengan mayores elementos para decidir su destino.

2. Una tendencia bastante reciente

En nuestro país el encuentro de la clase obrera en tanto sujeto de estudio específico es bastante reciente. El interés continuado por comprender a los trabajadores; por detectar sus peculiaridades, medios y modos de vida; por capturar intelectualmente sus acciones; así como la voluntad para obtener resultados, difundirlos y debatirlos, alcanza apenas doce o quince años. Nos referimos desde luego a un esfuerzo especializado, colectivo y permanente, que se despliega sobre todo a partir del medio intelectual (universidades y centros de investigación), pero que fundamentalmente es impulsado por acciones sociales, sindicales y políticas.

Al decir lo anterior no pretendemos desconocer los aportes de obreros y militantes cuyas obras y memorias resultan hoy día verdaderos clásicos, documentos fundamentales para el estudio del proletariado en nuestro país (2). Tampoco la labor de algunos investigadores que de tiempo en tiempo

acometieron el análisis que referimos; lo que interesa destacar es que sólo después de 1970 dicho estudio devino ingrediente fundamental de la investigación social mexicana.

Semejante situación no se produjo gratuitamente. Existen razones históricas que permiten su explicación. El crecimiento económico y la industrialización del país, intensificada a partir de 1940, modificaron el panorama nacional.

El México fundamentalmente agrario de principios de siglo empezó a ceder. En efecto, mientras se expandían como nunca antes las ya existentes, emergieron zonas urbanas de nueva creación. Industria y urbanización constituyeron un síntoma sin duda tardío y subordinado de nuestro acceso a la modernidad. Fueron además el motivo de grupos, sectores y correlaciones sociales nuevas. Durante los años que van de 1940 a 1970 el sistema político forjado después de la Revolución, emergió como artificio del desenvolvimiento capitalista y pareció resistir los más diversos embates de la sociedad civil.

Nadie puede negar las luchas de los trabajadores durante el periodo. Sabido es que a pesar de múltiples ataduras y golpes, los obreros mostraron capacidades para la acción; sin embargo, patrones y sistemas se las arreglaron para reducir sus esfuerzos y mandar al olvido las mejores acciones de los dominados. En tales condiciones la recuperación y conservación de cada experiencia fue cuestión de pequeños núcleos, de grupos muchas veces en desbandada, aislados o perseguidos.

Así, al carácter sobradamente contemporáneo de una industrialización que forjaba aquí y allá sectores proletarios y urbanos de reciente creación, se agregaron situaciones políticas e ideológicas que harían relativamente impracticable el análisis detallado de los obreros y sus movimientos. En la Universidad, posiciones liberales, progresistas o de izquierda distanciadas o no del control oficial, privilegiaban otros temas, sobre todo los relativos al Estado y su papel en la sociedad. Por regla general, presentarían al poder público no sólo como centro indiscutible de sus elaboraciones sino también como la causa y destino últimos de todo el acontecer nacional.

Así pues, cabe recurrir a 1968 y su secuela para entender la emergencia de aspectos que transformaron radicalmente el panorama nacional. Como es sabido, el activismo estudiantil de que aquel año surgió en el marco de un deterioro evidente del modelo de crecimiento practicado en el país (4), mismo que se fundaba en la sobrevivencia de sólidos mecanismos de control sobre la mayor parte de la población (5).

* La versión original del presente trabajo se presentó en el VI Encuentro Nacional de Historia del Movimiento Obrero, que tuvo lugar en la UAM Xochimilco en el mes de octubre de 1984

** Escuela Nacional de Antropología e Historia

Debido a ello, nos parece, la acción universitaria no encontró adhesión por parte de otras capas sociales. Excepción hecha de algunos núcleos que provenían de ramas industriales y/o sindicatos con tradición de lucha, la mayoría de los trabajadores del país permanecieron al margen de las movilizaciones. El PRI y algunas agrupaciones oficiales, hicieron todo lo posible para evitar reacciones en los medios obrero—campesino y popular (6).



A lo largo de las acciones, sin embargo, estudiantes, grupos activistas y corrientes políticas intentaron establecer vínculos con los sectores dominados. A través de las brigadas y del Comité Coordinador de las mismas, se buscó poner en marcha una suerte de "alianza estudiantil—popular".

Así, en el centro de una experiencia social y generacional definitiva, muchos estudiantes que serían académicos e investigadores en la década siguiente, comprendieron por vía práctica algunas tareas que la propia experiencia tornaba urgentes. Después de la represión que clausuró el conflicto, muchos volvimos a escuelas e instituciones educativas con la idea de encontrar explicaciones y nuevas alternativas. No se abandonaron desde luego el activismo ni la militancia, pero el estudio crítico y la investigación de la vida nacional se incorporaron, en varios casos, como ingredientes de la acción transformadora sobre un país pleno de estructuras caducas. De una juventud académica vupleada surgiría una generación dispuesta a comprometer su quehacer profesional con las necesidades y aspiraciones del pueblo mexicano.

En ocasiones, el empeño de establecer contacto con las clases subalternas se había visto acompañado por intentos de formulación teórica. Al principio, sin embargo, continuando tradiciones presentes en la izquierda mexicana, las elaboraciones se redujeron a rosarios de citas que poco decían sobre la verdadera situación de los sujetos que deseaban interpretar.

Por tratarse de un sector cada vez más importante para la sociedad mexicana, por su proximidad en el horizonte urbano y, desde luego, por los planteamientos del marxismo en boga durante aquellos años, muchos estudiantes e investigadores dirigieron su atención hacia los obreros industriales.

De esta manera, hacia el fin de los sesenta, se establecían dos condiciones del proceso que aquí evaluamos: de una parte, una problemática real, acuciante y aún sin resolver y, por la otra, individuos, grupos y organizaciones ligados de diversos modos con el trabajo intelectual, que habiendo captado problemas apremiantes se aprestaban a buscar medios para su solución.

3. Lo que se mueve

La tercera determinación fue aportada por los trabajadores mismos. Desde la primera mitad de 1970 diversos sectores comenzaron a agitarse; varios rompieron el silencio y pasaron a la acción. Fundidores, navieros, cementeros, llanteros y textiles, primero; ensambladores de automóviles, constructores y electricistas después, protagonizaron un despertar sindical y huelguístico que habría de extenderse por casi siete años. La "insurgencia sindical" —como se denominó a este auge— fue la continuación obrera del estallido social de 1968, también el caldo de cultivo más importante para la prosperidad de estudios sobre el proletariado mexicano.

Los objetivos del presente trabajo impiden evaluar, con la profundidad que se debiera, tan importante periodo (7). Baste señalar que durante esos años se formularon exigencias de amplia significación, como la permanencia y respeto de las organizaciones obreras; modalidades de independencia ideológico—política y de ejercicio de la democracia sindical. Mejoras en la situación económica y laboral, a más de la caída del "charrismo" encarnado por dirigentes y organizaciones oficiales, fueron las demandas más constantes y extendidas de toda la fase.

Como es de suponer, estos hechos alimentaron por todas partes el interés por los estudios obreros. Para estudiantes y activistas que habían asistido al 68 universitario y para las organizaciones y partidos que entonces proliferaban, la insurgencia fue un reto político, teórico y práctico a la vez.

De otra parte, no se trataba de un movimiento geográfico o políticamente centralizado. Desde el inicio se presentó como acción extensa y múltiple. En los más diversos lugares del país aparecían brotes, se ataban y desataban cabos. Era como una reacción en cadena a la que continuamente se agregaban ramas y sectores. Bajo este impulso numerosos integrantes del medio intelectual fueron atraídos por la movilización. Estudiantes de casi todas las universidades del país, docentes e investigadores, alumnos y profesores de centros de nueva creación como los Colegios de Ciencias y Humanidades, Bachilleres, y las Escuelas de Estudios Profesionales de la UNAM, todos buscaron integrarse al auge sindical. Los efectos sobre el conocimiento y las elaboraciones teóricas pronto se dejaron sentir. Muchas interrogantes emergieron directamente de la acción: ¿Cuál era la experiencia anterior?, ¿quiénes y por qué la habían protagonizado?, ¿qué era y cómo estaba compuesta la clase obrera mexicana de los setentas?, ¿quiénes eran sus enemigos?, ¿quiénes sus aliados reales y potenciales?, ¿por qué hasta ahora se movilizaban?, ¿quiénes lo hacían, quiénes lo harían?, ¿cómo y por qué?, ¿con qué demandas?...¿Qué desarrollo caracterizaba al país?, ¿cómo afectaba a los trabajadores? ...¿Qué era una huelga?, ¿cómo ganarla?, ¿cómo y

cuándo atacar, cuándo replegarse, cómo negociar?, ¿qué eran democracia e independencia sindicales?, ¿habían existido con anterioridad?, ¿cómo se habían perdido?, ¿qué era el control, quiénes lo capitalizaban, para qué, cómo romperlo?, ¿en qué consistía la política obrera del Estado?, ¿qué hacer frente a él?, sobre todo esto existían nociones, ideas, apreciaciones vagas; la realidad exigía bastante más. El estudio de los obreros mexicanos se planteaba así, como una necesidad real con objetivos prácticos e inmediatos: En ello radicó tal vez su fuerza e influjo iniciales.



En corto tiempo las jornadas abrieron mentes y bocas; hicieron trabajar plumas hasta entonces silenciosas o poco elocuentes. La existencia, el modo de vida y las perspectivas de los trabajadores se convirtieron en espacios de reflexión, donde obreros, activistas e intelectuales trataban de localizar respuestas. De lo anterior no cabe desprender que los materiales escritos —menos aún los publicados— fueran elaborados en forma equitativa; fue siempre mayor lo producido por intelectuales que los estudios directamente confeccionados por trabajadores; sin embargo, importantes franjas de obreros se acercaron, quizás por primera vez en su historia, a la reflexión crítica, con ingredientes teóricos, sobre su situación, proceso y alternativas. Existen desde luego avances que no pueden medirse en número de cuartillas.

Las aseveraciones anteriores conducen a una discusión que tiene que ver con el destino y eficacia de los documentos que los intelectuales producen, aspecto por cierto muy poco analizado. En países como el nuestro existen “esferas de circulación” de materiales intelectuales que separan en dos o más grupos al conjunto de la población. Por una parte se encuentran las capas con acceso a la educación y a los valores culturales. Entre éstas, la posesión y manejo de recursos como “mantenerse informado” y acercarse a elementos, sistemas y procesos teóricos y culturales que pueden concluir en una profesión. Hay, desde luego, niveles de especialización y elecciones, pero la característica común es la “posibilidad de acceso”. Las clases dominantes y medias del campo y la ciudad —con relativa ventaja en favor de las segundas— se localizan aquí.

Cosa diferente ocurre con la mayor parte de los obreros, campesinos, grupos indígenas y pobladores pobres del campo y la urbe. Aunque se les puede considerar exentos de toda educación, por lo regular encuentran dificultades serias para emprender estudios y llegar a nivel profesional. Hay entre ellos gradaciones que van desde la preparación técnica (obreros profesionales, por ejemplo) hasta el más completo analfabetismo; su acceso a libros y publicaciones analíticas o científicas es bastante reducido. Cuando éste se da tiene que ver requerimientos de la educación formal (libros de texto; publicaciones, diarios y revistas convenientemente depurados, etc.). En otras ocasiones se trata de cierto avance en la conciencia (participación, por ejemplo, en organizaciones locales, sindicales, políticas y hasta religiosas) o del contacto con medios intelectuales (la influencia de activistas o los vínculos obrero—estudiante, obrero—intelectual, en puntos de encuentro entre los que destacan períodos de huelga o movilización). Quienes caen dentro de estas gradaciones son, sin embargo, núcleos minoritarios.

Desde tal perspectiva la gran masa de los productos intelectuales, aún cuando aborden la situación, características y alternativas de las clases dominadas, no llegan a ellas; son más bien elemento para el consumo potencial de las capas de la primera esfera de la circulación o, en el mejor de los casos, de algunos elementos seleccionados de la segunda. Lo dicho opera tanto en libros —más aún con los precios hoy propiciados con la inflación— como para la mayoría de las publicaciones periódicas.

En épocas de intensa acción social, sin embargo, a más de incrementarse el número de publicaciones, aumenta la cantidad de lectores, crece la propensión a conocer y estar informado. Ello posibilita que buena parte de las elaboraciones fluya con eficacia hacia sus destinatarios. Empero es ésta la excepción y no la regla. Fuera de tales etapas, el impacto real de los documentos es siempre focalizado y reducido. Ello debe ser motivo para la reflexión y búsqueda de alternativas.

Los hechos que influyeron el despliegue intelectual de los setenta, dejarían su huella sobre él. No sólo en los análisis del momento sino también al remontarse a la historia del país, los investigadores recurrieron fundamentalmente a experiencias sobresalientes. La presencia de las masas en la calle marcó una predilección intelectual por todo lo que fuera agitación. De esta manera, quienes emprendimos búsquedas históricas lo hicimos casi siempre en torno a períodos combativos del proletariado nacional. Se hurgó sobre todo en los treinta y el cardenismo⁽⁸⁾, en el “charrazo” ferrocarrilero de 1948 y la avanzada sindical de 58—59⁽⁹⁾. También se iría al movimiento anarquista de los años veinte⁽¹⁰⁾, a las luchas y organizaciones del siglo XIX⁽¹¹⁾, a los primeros tiempos de la centuria actual, sin faltar desde luego la presencia obrera en la Revolución Mexicana⁽¹²⁾.

Considerar todo lo que se ha movido en la historia de los trabajadores mexicanos, fue lo característico de esta fase⁽¹³⁾. Pronto la figura “movimiento obrero” daría nombre a colectivos, materias, grupos y talleres de investigación; a instituciones y organismos; a reuniones científicas, coloquios, congresos, etcétera. La evolución atravesó diferentes territorios.

En el ámbito académico, economistas, sociólogos, politólogos, historiadores y más tarde filósofos, antropólogos, literatos, lingüistas y hasta contadores; todos los oficios se vieron influidos por la marea proletarista. Hacia el final de la década se hablaba, en forma un tanto despectiva, del movimiento obrero como la última "moda" de la intelectualidad.

La experiencia arrojaría resultados. Profesores, investigadores y alumnos construyeron dentro de las instituciones de educación una importante infraestructura para el análisis de las luchas sindicales. En casi todas las escuelas, facultades y centros de investigación se incrementaron los proyectos relativos a la clase obrera. En varios lugares la importancia del fenómeno permitió obtener recursos o poner a disposición los que había, para llevar a cabo las investigaciones.

De otra parte aparecieron publicaciones, revistas, libros y colecciones especializadas, que intentaban dar cuenta de los temas y problemas concernientes al movimiento obrero nacional.

Por lo que toca al avance interpretativo, desde enfoques en su mayor parte marxistas, se emprendió una magna reformulación de la dinámica obrera nacional. Visto de manera global, el proceso reportó un mosaico histórico incompleto pero próximo a la panorámica general del desenvolvimiento proletario.

Lo más notable tal vez, lo que poco a poco distinguiría a estas formulaciones de sus antecesoras, fue la introducción de mayor y mejor información sobre los sucesos que se abordaban. Como veremos, tanto los estudios históricos como los más diversos seguimientos contemporáneos recurrieron recientemente a documentos claves y fuentes directas, a datos proporcionados por protagonistas, a sujetos y hechos concretos. De esta manera se removería el inmenso arsenal de fórmulas sin correlato empírico con las que hasta poco antes se atriboraba cada publicación, para mal—sustituir la evidencia real. La ortodoxia libresca, el academicismo y el dogmatismo acrítico no desaparecerían, pero al menos, por una suerte de autocensura colectiva, algunas corrientes comenzaron a exigir otros niveles de referencia a los acontecimientos de la realidad.

El extenso periodo de agitación dejaba así su huella sobre el despliegue intelectual. A pesar de formulaciones en contrario, fue el actuar obrero y popular el que sugirió espacios y abrió derroteros nuevos para la investigación.

Sin embargo, las lagunas —casi siempre más grandes de lo que imaginamos— no se agotaron ni mucho menos. El avance hasta hoy logrado permite dimensionar con mayor detalle las ausencias prevalecientes. Así, por ejemplo, frente al conocimiento sobre "lo que se ha movido", se extienden múltiples espacios inéditos de la vida de los trabajadores mexicanos.

A fin de cuentas, por las más variadas razones históricas, los sectores insurgentes del proletariado nunca han sido mayoritarios; de modo que por simple comparación cuantitativa el conocimiento de los contingentes movilizados sólo habla de un segmento, sin duda fundamental, pero limitado. El problema se agrava aún más si se analizan con detalle los núcleos sindicales que participaron en las jornadas de la dé-

cada pasada. El número real de obreros activos mostraría que son muchas las interrogantes que quedan en pie.

4. Lo que "no se mueve"

Empleando un parámetro exclusivamente académico podemos señalar que desde la publicación del libro de Antonio Alonso en 1972 (el primer trabajo post-68 expresamente referido al movimiento obrero), hasta la cuarta reunión nacional del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero (CEHSMO), en 1982⁽¹⁴⁾, mediaron diez años en que importantes esfuerzos de investigación se dirigieron al ámbito tantas veces citado.

A lo largo del periodo nuevos problemas se abrirían paso. Ello era inevitable. Experiencia tan llena de determinaciones como la obrera no empieza ni se agota con la organización laboral, las salidas a la calle, la toma de fábricas, las manifestaciones públicas y la huelga. Todos estos constituyen aspectos de épocas de tensión, son por lo tanto *facetas* que tienen sin duda antecedentes, bases estructurales, alternancia, combinación y repercusiones sobre otros niveles de un modo social de ser y proceder.

Su explicación plena exige, por tanto, concreta ubicación, reclama recurrir a otros ámbitos de la experiencia proletaria y tratar de observar ésta como una totalidad.

Y es que a pesar de su riqueza e incuestionable importancia, el estudio de los trabajadores desde la sola perspectiva de la movilización especialmente en un país como el nuestro, resulta a la larga algo en muchos sentidos particular y, por supuesto, poco representativo desde un punto de vista organizativo y político. Esto último no solo con base en la ya anotada sectorialización de los núcleos que se mueven, sino —y esto es lo más importante— por el desconocimiento de espacios, radios de actuación, fuerzas y perspectivas, a que se puede llegar. En otras palabras, la observación que sólo se propone captar "lo que se mueve" termina dejando de lado lo que "no se mueve" o, mejor dicho, lo que superficialmente parece dado, inmóvil, inmutable, intrascendente. Aquello cuya esencial dinámica clama por otros planos de análisis, por formas distintas de indagación y nuevos lazos de interconexión. El peligro es que hasta la más elemental pregunta: ¿Qué ocurre donde no se aprecia movimiento?, y su correlativa ¿a qué se debe tal ausencia? (aplicables ambas a más del 50 por ciento de los obreros mexicanos), queden fuera de consideración.

Muy cerca del fin de la década anterior, los estudios obreros comenzaron a experimentar una viva transformación. Por una parte proliferaron los "estudios de caso", la recuperación reducida en extensión, pero plena de riqueza, contenido y profundidad, de vivencias particulares de los trabajadores industriales. Al parecer, después de una etapa —que suele ser necesaria en cualquier área de investigación— en la que el análisis pretendía obtener conclusiones de periodos muy amplios —por lo regular visiones generales o historias sexenales⁽¹⁵⁾—, se extendió la positiva preocupación por ir de modo meticuloso a los detalles de una huelga, de alguna localidad, fábrica o de cierta organización.

Semejante desarrollo mejoró de inmediato la comprensión de muchas acciones obreras; sobre todo permitió detectar los tiempos y ritmos propios de éstas, las preocupa-

ciones y objetivos realmente presentes, sus avances y dificultades concretas, los sujetos de carne y hueso participantes. Los "estudios de caso" han contribuido a la construcción de un perfil proletario más preciso y con intensas dimensiones.

Lo anterior coincidió con la *descentralización de los estudios*. Por diferentes rumbos del país florecieron grupos de investigadores y organismos cuyos objetivos han sido recoger expresiones locales y regionales del movimiento. Esta tendencia, observada en otros centros urbano-industriales como Monterrey, Puebla, Jalisco, Xalapa y Yucatán, enriquecerá sin duda la comprensión nacional de la praxis proletaria.

El último aspecto fue la *aparición de problemas, temas, líneas y ópticas de investigación nuevas*, tendencia que se acentuó durante los primeros años de los ochentas. El definitivo avance hacia estos campos estuvo motivado por el decaimiento que sufriera la insurgencia sindical a partir de 1976. Actualmente tiende a profundizarse entre otras razones con motivo de la parálisis sindical provocada por la crisis y su secuela.

Entre las líneas de trabajo a las que nos referimos destacan las relativas a la *cotidianidad fabril*: industrialización, proceso de trabajo, efectos económicos—sociales de la innovación tecnológica, desempeño y relaciones en el proceso productivo, resistencia cotidiana, reglamentación, etcétera. Al *modo de vida y la condición proletaria*: migración, empleo, movilidad física y ocupacional, salud y enfermedad, accidentes laborales, equipamientos colectivos de consumo, tiempo libre, condiciones de existencia en el espacio extra-fabril, relaciones y formas de interacción con otros sectores populares, jóvenes y familia obrera, mujer proletaria, y hasta el debate sobre la conciencia y la cultura obrera. Finalmente —el recuento no pretende ser exhaustivo— proliferan nuevas ópticas sobre las *estructuras organizativas*: relaciones de poder, consenso y disenso en las agrupaciones, vínculos dirigentes-dirigidos, administración de las demandas, etcétera.

Como se puede apreciar, varios puntos rebasan la simple diversificación temática para apuntar problemas teóricos y metodológicos de primer orden. Ello se debe a que la consideración de estos problemas, su estudio y sistematización no pueden ser los mismos que los empleados para analizar luchas y movilizaciones.

La conclusión anterior es producto de nuestra experiencia más reciente. El año pasado emprendimos una aproximación antropológico-urbana para detectar las relaciones que entablan los trabajadores en una zona industrial de la Ciudad de México. Acudimos para ello tanto a las áreas de producción económica como a los espacios de reproducción del entorno. Un avance de los primeros resultados alcanzados puede consultarse en el artículo *Trabajo y relaciones sociales. Una zona cementera de la Ciudad de México*, (Cuicuilco, número 17, 1986), (16).

5. La investigación de los ochenta. Tareas y sugerencias

Las transformaciones experimentadas por los estudios sobre clase obrera abren perspectivas en varios terrenos.

Plantean, en primer lugar, la recuperación de los avances acumulados en todas las disciplinas sociales. Para ser verdaderamente rica, dicha recuperación ha de efectuarse no como acceso a esquemas inmutables o "palabras últimas" a las que sólo es dado suscribirse, sino como indagación crítica que permita recoger aportes, ausencias, limitaciones e hipótesis de trabajo. Para lograr lo anterior es necesario que los hechos de la realidad sean el elemento prioritario y definitivo, el parámetro para contrastar cualquier formulación o edificar nuevas elaboraciones.

Las alternativas de trabajo que mencionamos no hacen sino advertir la magnitud de las tareas que se encuentran por delante; insinúan también la infraestructura y los esfuerzos que seguramente se requerirán para avanzar como es debido.

Para comenzar, los temas y problemas recientemente avisorados, no tienen porque erradicar a los que les antecedieron. Nada más equivocado que investigar condición obrera y proceso de trabajo sin ligarlos con la lucha y la experiencia social. De igual manera, el debate sobre formas de conciencia, cultura y expresiones culturales carece de significación si se le separa de las necesidades, requerimientos, aspiraciones y demandas de los obreros en tanto productores directos. Por último, la vida cotidiana perdería su riqueza si se le fragmenta o reduce a un ámbito marginal o externo, si no se le ubica en todas las dimensiones posibles.

En pocas palabras, ni el análisis de condiciones estructurales ha de separarse de la acción sindical o política, ni los estudios de caso tienen porque desplazar generalizaciones y totalizaciones sin duda necesarias, por no decir fundamentales. Por el contrario, la presente etapa —la cual preevemos como una profundización en los más variados ámbitos y sectores— puede ser el ámbito de un estudio obrero pivotado por diversas temáticas y pleno en determinaciones empíricas. Solo así podrán evitarse las globalizaciones simplistas y arbitrarias, y la repetición dogmática de esquemas teóricos o ideológicos sin correspondencia con la realidad.

De otra parte, habrá que romper con el aislamiento al que hemos sometido, en el terreno teórico, a la clase obrera. En el medio urbano los trabajadores industriales comparten espacios y mantienen diarios vínculos con otras capas de la población, con las que les unen vivencias, dificultades, pocas realizaciones y muchas expectativas. Cualquier enriquecimiento "desde dentro" de la investigación obrera será a pesar de todo restringido, si no se alcanza una mejor ubicación del proletariado en el conjunto de la sociedad. Tales son los senderos que se perfilan en el horizonte.

Para avanzar eficazmente habría que tomar en cuenta varios aspectos. En primer lugar, el nivel alcanzado por las investigaciones demanda acciones coordinadas de mayor extensión. Hoy más que nunca es necesario afrontar las tareas en forma colectiva; habrá que promover la formación de equipos de trabajo. La era del estudioso aislado, cuya brillantez individual y cúmulo de información le permitían ofrecer resultados insospechados, está definitivamente clausurada.

En el plano interinstitucional se deben buscar formas equitativas de colaboración. Sin duda resulta positivo cono-

cer lo que hacen otros investigadores; tanto más reunirnos cada año o cada dos, para comentar y debatir los avances en la materia, pero habría que esforzarnos por establecer intercambios permanentes de experiencias, materiales, información, trabajos y ponentes. El contacto entre grupos con temas comunes ayudará a ahorrar esfuerzos, a delimitar mejor el trabajo y desde luego a evitar repeticiones tan comunes en nuestro medio.

Por otra parte, el horizonte de indagación sugiere una actividad interdisciplinaria mucho más decidida. Ello tanto entre los que trabajan condición y movimientos obreros, como entre éstos y especialistas atentos a otros problemas y grupos sociales de la urbe. En el primer caso, la interacción de ópticas diferentes será motivo de enriquecimiento en la comprensión de los sujetos que estudiamos. En el segundo, podrían sentarse bases tanto para una visión integral de las clases subalternas (de sus reales vínculos y el espacio de su acción) como para abrir horizontes nuevos, muy sugestivos académica y políticamente.

Cabe señalar que más allá de las expectativas teóricas y analíticas que podamos formularnos, existe un contexto económico y político que incide sobre la investigación social en el país. La crisis actual, cuyo inicio coincidentemente se remonta a 1976, ha dejado sentir sus efectos tanto entre los trabajadores del campo y la ciudad, como sobre algunas áreas del llamado sector social (educación, investigación y difusión de la cultura, entre otras). Debido a ello to-

da propuesta debe contemplar las posibilidades materiales reales que puedan ser puestas en juego. Es imprescindible mantener y consolidar la infraestructura académica, de investigación y difusión conquistada en el pasado, y ponerla al servicio de los estudios en curso o de aquellos que haya que emprender.

Hay que conseguir nuevos financiamientos no sólo en los centros de nuestra adscripción, sino también de organismos ligados con la promoción de actividades científicas y, de ser posible, entre agrupaciones sindicales y populares. En el futuro habrá que sentar bases para un organismo de coordinación capaz de enlazar las necesidades expresamente reclamadas, con los grupos e instituciones en posibilidad de atenderlas.

Por último, en lo relativo a la difusión (la famosa vuelta a los sujetos de estudio) parece conveniente apuntalar formas que están ya en marcha, y buscar otras más eficaces. Entre las primeras se cuentan sin duda los boletines para información sindical, periódicos murales, revistas y folletos. Las segundas despuntan más bien por el rumbo de los métodos audiovisuales, la fotografía, el cine, los museos populares y otros. En este terreno lo más importante del trabajo que desempeñamos, es hacer llegar a los verdaderos protagonistas el producto de nuestra elaboración. Sin perspectiva de tal naturaleza el estudio de la clase obrera o de cualquier otro grupo subalterno pierde toda significación.

NOTAS

1. Escapa a los objetivos de este trabajo hacer un recuento minucioso de los materiales teóricos existentes sobre la historia y el movimiento proletario. En el pasado, varias elaboraciones incursionaron en tal dirección. Ver, por ejemplo: Victoria Novelo y Juan Luis Sariego, "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera", y José Woldenberg, "Características de los estudios sobre la clase obrera y el movimiento obrero en México: 1970—1978", en *Memorias del Encuentro sobre Historia del movimiento obrero*, UAP, México, 1980, t. I. pp. 13—59. También, en un sentido exclusivamente antropológico: Raúl Nieto Calleja, "Algunas consideraciones sobre Antropología y clase obrera en México", en M. Nolasco (Comp.), *La Antropología y sus sujetos de estudio*, Cuadernos de la Casa Chata, No. 107, México, 1984, pp. 157 y ss.
2. Destacan desde luego los trabajos de Jacinto Huitrón, Luis Araiza, Rosendo Salazar, Vicente Lombardo, V. Campa, M.A. Velasco, Hernán Laborde, Mario Gill, José Revueltas, Demetrio Vallejo y Bernardo Cobos, entre otros.
3. La evaluación puntual de los estudios anteriores a 1968, está todavía por hacerse. Existen sin embargo, algunos ejemplos del tipo de investigación que se practicaba: Alfonso López Aparicio, *El movimiento obrero en México. Antecedentes desarrollo y tendencias*, Ed. Jus. México, 1958, 80 pp.; Vicente Fuentes Díaz, "Desarrollo y evolución del movimiento obrero a partir de 1929" en *Ciencias Políticas y Sociales*, año V, No. 17, Julio—Septiembre de 1959; Guadalupe Rivera Marín, "Historia del movimiento obrero" en *México: 50 años de Revolución*, Ed. FCE, México, 1960, T. III; Joe C. Ashby; *Organized Labour and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, Chapell Hill, The University of North Carolina Press, 1967, 352 pp; Gastón García Cantú, *el Socialismo en México, Siglo XIX*, Ediciones ERA, México, 1969, 515 pp.
4. Los datos oficiales presentaban un cuadro de todo punto optimista. En 1969, Octaviano Campos Salas, Secretario de Industria y Comercio del Gabinete de Díaz Ordaz, afirmaba ante una asamblea general de la Confederación de Cámaras Industriales: "Los años de la Administración del Presidente Díaz Ordaz han sido años de progreso. De 1964 a 1968, el producto nacional bruto... aumentó a precios constantes en 29.1%. en tanto que el producto generado en la actividad manufacturera creció en

40.3%. Mientras que en 1964 las actividades industriales, manufactureras, construcción, minería, petróleo y electricidad representaron el 35.2% del PNB, en 1968 avanzaron hasta representar el 37.8%. Las manufacturas, aisladamente, alcanzaron el 24.9% en 1964 y el 27.5% en 1968". ("Desarrollo de la industria mexicana 1964-1968" en *El Mercado de Valores*, Seminario de Nacional Financiera, año XXIX, No. 14, 7 de abril de 1969 p. 219).

La medida real del deterioro que referimos se encontraba fuera de semejante discurso y tenía que ver con la situación concreta de amplias capas sociales en el país: "...los desempleados se acumulaban rápidamente y la satisfacción de las necesidades de servicios educativos, médicos, sanitarios y de vivienda tenía un retraso de lustros. El desarrollo del transporte por carretera no había arrancado en vastas áreas rurales del país y el estancamiento de los ferrocarriles se convertían en un cuello de botella para las actividades ya establecidas. Petróleo, así como otros recursos que, según se puede comprobar hoy día, el país tiene en abundancia, se tenían que importar en cantidades crecientes... La autosuficiencia en materia de producción de alimentos... se hizo insostenible a causa de la descapitalización del campo, de la lenta expansión de las áreas de riego, del ostracismo de los agricultores de subsistencia y por la falta de esfuerzos que contribuyeran a la organización de campesinos.

El crecimiento del mercado interno también se estancaba: poco podían comprar los obreros cuando sus ingresos aumentaban con un retraso de dos años con respecto a los precios y mucho menos aun los campesinos cuyas remuneraciones... fueron forzadas de modo persistente a la baja..." (Carlos Tello, *La Política económica en México. 1970-1976*. Ed. Siglo XXI, México, 1979, pp. 13-14).

5. Al evaluar las principales causas del crecimiento experimentado entre 1950 y 1970, Alejandro Alvarez y Elena Sandoval señalaban: "...El crecimiento sostenido y la desigualdad interna del sector industrial han sido posibles básicamente por lo siguiente: en primer lugar, las tasas de explotación de la fuerza de trabajo han sido increíblemente altas, entre otras razones debido al control estatal sobre las organizaciones sindicales..." ("Desarrollo industrial y clase obrera en México", en *Cuadernos Políticos*, No. 4, abril-junio de 1975, p. 9). Conviene por otra parte recordar que fue durante el gobierno diazordacista cuando se fundó el Congreso del Trabajo. Sólo dos años antes de dicho evento (1966) el panorama entre las principales centrales sindicales del país, se dibujaba así: La Confederación de Trabajadores de México (CTM) decía reunir un millón y medio de afiliados, la Revolucionaria de Obreros y Campesinos contaba con 150,000; 35,000 más pertenecían a la CROM, seguida por la Confederación General de Trabajadores y la Revolucionaria de Trabajadores, con

25,000 cada una. (Robert E. Scott, *Mexican Government in Transition*, University of Illinois Press, Urbana, Ills., 1964, pp. 166-167). En términos numéricos, cuando menos, prevalecía una incontrastable hegemonía de parte del sindicalismo oficial. El 25 de noviembre de 1968, con la representación del Congreso del Trabajo, Manuel Rivera, líder sindical, expresaba tales intenciones: "...También hacemos de su conocimiento que al estallar el injustificado conflicto estudiantil, absolutamente todas las organizaciones condenaron los actos de provocación violenta o de subversión, cuya única finalidad fue interrumpir la vida normal del país y atentar contra las libertades e intereses del mismo pueblo". (Ceteme. 30 de noviembre de 1968).

7. Es amplio el número de publicaciones y estudios que brindan información o intentan caracterizar la insurgencia sindical de los setenta. Entre las primeras remitiremos sobre todo a revistas como *Punto Crítico*, *Solidaridad* y *Oposición*. En relación con las aproximaciones de conjunto habría que citar a Francisco Pérez Arce, *La insurgencia obrera 1970-1976*, en CEHSMO, *Memoria del 2o. Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, 1979, t. II, pp. 1261-1301; Magdalena Galindo, "El movimiento obrero en el sexenio cheverrista", en *Investigación Económica*, No. 4, octubre-diciembre 1977, pp. 97-127; la compilación *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario*, prólogo de Rodolfo F. Peña, Ed. El Caballito, México, 1973, 503 pp; Daniel Molina, "La política laboral y el movimiento obrero. 1970-1976" en *Cuadernos Políticos*, No. 12, abril-junio de 1977, pp. 69-88; Enrique Contreras Suárez *et al.* "Los recientes movimientos obreros mexicanos pro-independencia sindical y el reformismo obrero" en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. XXXIV, núms. 3/4, México, 1972, pp. 845-876; y Jorge Basurto, *En los años setenta*, Ed. Siglo XXI, México, 1984.
8. Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ed. ERA, México, 1975, 167 pp.; Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*. Ed. ERA, México, 1974, 219 pp.; Rogelio Vizcaíno *et al.* *Cárdenas y la izquierda mexicana*, Juan Pablos Editor, México, 1975; Francie R. Chassen, "La CTM y la expropiación petrolera" en CEHSMO, *Memoria del primer Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, 1977, pp. 91-113; Samuel León, "El Comité Nacional de Defensa Proletaria" en *Ibid.*, pp. 55-83; Sergio L. Yáñez Reyes, *Génesis de la burocracia sindical cetemista*, Ed. El Caballito, México, 1984.
9. Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, Ed. ERA, México, 1972, 196 pp.; Benjamín Hernández, "Del pacto de sindicatos industriales a la represión. Enero a octubre de 1948", en CEHSMO, *Memoria del 2o. Coloquio...* t. II, pp. 901-1038; Aurora Loyo Brambila, *El mo-*

- vimiento magisterial de 1958 en México, Ed. ERA, México, 1979, 115 pp.
10. Guillermina Bahena Paz y Alfonso Cerón, "La ideología de la Confederación General de Trabajadores (1921—1931)" en CEHSMO, *Memoria del 20...* t. I, pp. 473—532; Rogelio Vizcaíno, "Recordando 1921" en *Yucatán: Historia y Economía*, año 3, No. 15/16, septiembre-diciembre de 1979, pp. 15—39; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana (1860—1931)*, Ed. Siglo XXI, México 1980; Miguel Rodríguez, *Los tranviarios y el anarquismo en México (1920—1925)*, UAP, México, 1980. Guadalupe Ferrer y Francisco I. Taibo II "Los hilanderos rojos" en CEHSMO *Memoria del 20...*, t. I, pp. 669—753; Francisco I. Taibo II y Rogelio Vizcaíno. "Informe sobre los rojos (mayo 1918—febrero 1921)" en *Varios, Historia y crónicas de la clase obrera en México*, ENAH—INAH, 1981, pp. 45—100.
 11. Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México, 1850—1930*, IIS—UNAM, México, 1975, 300 pp.; John Hart, op. cit.; Juan Felipe Leal et al, *Del Estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista*, Ed. Siglo XXI, México, 1980, 300 pp.; Varios, "La formación del proletariado industrial en México" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, No. 83, año XXI, enero—marzo 1976; Guillermo Garduño, "El Estado y los movimientos de trabajadores en la República Restaurada (1867—1876)" en CEHSMO, *Memoria del 20...*, t. I, pp. 47—77; Ana María Prieto H., "Cronología de las luchas y organizaciones en el siglo XIX" en *Varios, Historia y...*, pp. 11—43.
 12. Ramón Eduardo Ruíz, *La revolución mexicana y el movimiento obrero 1911—1923*, Ed. ERA, México, 1978; Jorge Jaber et al "Alrededor de febrero de 1915" en CEHSMO, *Memoria del 20...*, t. I, pp. 353—427; Esther Shabot A., "La Unión de Mecánicos Mexicanos y la huelga de 1906" y J. Woldenberg, "La huelga de la Unión de Mecánicos Mexicanos 1912—1913" en *Ibid.*, pp. 163—310; Esperanza Tuñón, *Huerta y el movimiento obrero*, Ed. El Caballito, México, 1982, 117 pp.
 13. Si recurrimos a la clasificación de J. Woldenberg sobre una muestra de 151 publicaciones, en 1978, podemos constatar que el número más alto (27) corresponde al rubro "conflictos", sin duda referidos a las acciones y la movilización. Otros dos grupos, "Relaciones Estado—clase obrera" (22) y "organizaciones" (15), suman 37 trabajos más de una u otra forma ligados con la dinámica obrera. Y si a los anteriores agregamos "relaciones obrero—patronales" (3), "demandas" (3) y "estructuras organizativas y control" (6), también cercanos, podríamos afirmar que 76 obras de las manejadas (más del 50 por ciento del total) abordan aspectos relativos a la movilización obrera. "Características de los estudios...", pp. 17-18.
 14. A lo largo de su existencia, el CEHSMO llevó a cabo cuatro Coloquios Regionales de Historia Obrera; las sedes fueron: Jalapa (1977), Mérida (1979), Colima (1980) y Toluca (1982). Tenemos el dato de las ponencias presentadas en los tres primeros eventos: 29 en 1981, 41 en 1979 y 60 en 1980. No conocemos la cantidad de trabajos que se llevaron a Toluca. Es conveniente mencionar que a Colima, además de académicos, asistieron trabajadores y sindicalistas con elaboraciones propias. Para mayores datos consúltese: "La ENAH en el 3er. Coloquio de Antropología Obrera" en *Cuicuilco* (revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia), año II, núm. 4, abril de 1981, p. 67.
 15. Conviene enfatizar aquí un asunto muy importante: el modelo de investigación fundado en períodos de gobierno —sexenales o no—, modelo bastante soportado en el medio intelectual mexicano, presenta varias dificultades: en primer lugar, establece una preminencia no siempre cierta del acontecer político—institucional sobre los demás procesos de la vida social. Fragmenta, debido a ello, en forma artificial, secuencias y desarrollos como los económicos, que sólo pueden ser valorados cuando se los mira en más amplia dimensión. Establece, asimismo, una suerte de compulsión por observar hechos de significado o extensión menores, atribuyéndoles dimensiones ajenas pero necesarias para alcanzar los objetivos de la indagación. Finalmente, por lo que toca a los movimientos sociales, se tiende a subordinar la dinámica de los sectores, grupos o clases involucrados a los ritmos, tiempos y circunvoluciones de la acción pública.
 16. Esta referencia se agregó posteriormente, al prepararse la edición del trabajo.

Antropología y clase obrera

Reflexiones sobre el tema a partir de la experiencia de la Antropología Social Mexicana *

Juan Luis Sariego Rodríguez **

Introducción

Esta ponencia trata de plantear un balance general de la experiencia profesional de los antropólogos mexicanos que durante los últimos quince años han puesto su atención alrededor de la temática obrera. Trataremos de explicar primero el contexto político y académico en que surge esta nueva preocupación disciplinaria sin muchos antecedentes en la tradición antropológica nacional. Después, revisaremos las temáticas más relevantes y las influencias teóricas y metodológicas presentes en los estudios antropológicos actuales sobre la clase obrera mexicana.

El balance que proponemos no pretende tanto ser una recopilación bibliográfica exhaustiva de las aportaciones sobre el tema⁽¹⁾ cuanto una reflexión personal acerca de las raíces, el recorrido metodológico y las respuestas —muchas, aún incipientes— de la preocupación antropológica sobre la clase obrera en México.

Entre la tradición y la interdisciplinarietà: raíces de las preocupaciones antropológicas por la cuestión obrera.

Hasta los años sesenta, puede decirse que la clase obrera no constituía un campo de estudio que atrajera el interés de los antropólogos mexicanos. Hoy, en cambio la situación es diferente. Como muestra, basten algunos ejemplos: en los planes de estudio de la carrera de antropología social de diferentes escuelas superiores se incluyen entre las materias, cursos y seminarios sobre la historia y coyuntura del movimiento obrero, prácticas de investigación de campo en zonas industriales, etnografías sobre el trabajo fabril, estudios

* Ponencia presentada al II Congreso Argentino de Antropología Social. Agosto, 1986. Buenos Aires, Argentina.

** Maestría en Antropología Social -ENAH.

sobre las condiciones de vida y reproducción de la familia y la clase obreras, rescate de testimonios orales e historias de vida obreras etcétera.



En otras áreas de especialización antropológica, también la cuestión obrera ha comenzado a cobrar relevancia: así, mientras algunos lingüistas se han abocado a analizar las formas del lenguaje y el discurso obreros, varios antropólogos físicos y médicos se muestran interesados en discutir problemas relacionados con el desgaste físico en el trabajo industrial, la salud ocupacional y las percepciones obreras sobre el cuerpo. De otro lado, en no pocos círculos del medio arqueológico en los que la tradición marxista es sólida, se habla a menudo de la necesidad de iniciar estudios sistemáticos de arqueología industrial.⁽²⁾

Desde mi punto de vista y refiriéndonos en particular a la práctica profesional de los antropólogos sociales, dos elementos aparentemente contradictorios han caracterizado su acercamiento a la cuestión obrera: la especialización interna en el seno de la antropología social y la interdisciplinariedad con otras áreas de las ciencias sociales.

La especialización es una tendencia muy clara en toda la antropología social de los últimos veinte años y se manifiesta en una creciente división de campos de estudio particulares, cada uno con un bagaje de tradiciones etnográficas, teóricas y metodológicas diferentes. De entre estos campos, sin lugar a dudas, el de los estudios étnicos e indígenas es el

que cuenta con un mayor cúmulo de tradiciones lo que se expresa en una producción etnográfica diversificada y una larga serie de polémicas centradas alrededor de las relaciones entre etnia, clase, Estado y nación.

También, y por lo menos desde los años sesenta, la problemática campesina en sus diferentes expresiones —la economía, las formas de organización y movimiento social, la cultura— han ido cobrando un auge creciente en el que sin duda ha jugado un papel significativo la influencia del marxismo en los estudios sobre el campesinado en América Latina.

Algo similar ha sucedido también en los últimos años con los estudios de la antropología urbana, la cultura popular y la antropología médica. En relación a todos estos campos, el de los estudios obreros es uno de los más recientes.⁽³⁾

La experiencia académica acumulada en cada uno de estos campos del saber antropológico se refleja en forma proporcional en el peso específico y prioridad que cada una de estas temáticas tiene en los planes de estudio curriculares, los programas de investigación, la orientación de los profesionales antropólogos en el mercado de trabajo nacional e incluso —valga decirlo— la composición social de los grupos, por afinidad de intereses, que componen "la familia antropológica" mexicana.

La división en campos de especialización no sólo revela una multiplicidad de intereses sino que también se expresa en una tendencia a la particularización (¿parcelación?) del saber, las orientaciones teóricas, las prácticas metodológicas y en general el quehacer antropológico. Por ejemplo, y refiriéndonos concretamente a la antropología industrial, es claro que la etnografía del espacio y del ambiente fabril, la comprensión de las instituciones y expresiones del sindicalismo, el acercamiento a las formas de vida, reproducción y cultura de la clase obrera, requieren de una serie de herramientas teórico-metodológicas diferentes de aquellas, más tradicionales en la antropología, que ponen el acento en la perspectiva de la comunidad, el particularismo étnico enfrentado a la cultura nacional, las prácticas económicas sustantivas de determinados grupos sociales o la persistencia de las estructuras políticas tradicionales en el medio rural e indígena.

Pero si en la orientación a la especialización temática la antropología industrial ha seguido la misma tendencia que se observa en otros campos de estudio dentro de esta disciplina, no puede en cambio decirse lo mismo en cuanto a la inserción de los estudios obreros en la tradición antropológica y ello por una simple razón: hasta los años setenta, la clase obrera no pasó de ser un objeto de referencia secundaria en la antropología, como muy acertadamente lo ha señalado un colega, comentando ese periodo:

... "La referencia a los obreros industriales han quedado como nota al margen: o bien un hermano del ego es obrero, o bien un campesino ha sido bracero, o bien un tío que emigró a la ciudad trabaja en la industria. Los obreros, para los antropólogos siguen siendo campesinos, o, en el mejor de los casos, familiares de campesinos..."⁽⁴⁾

Esta ausencia de la tradición académica sobre el tema ha tenido consecuencias importantes. Quienes como antropólogos quieren especializarse en la cuestión obrera, han tenido que "abrazar" obligadamente el credo de la interdis-

disciplinaria con otras ciencias sociales que tenían y tienen más oficio en esa problemática. En este sentido es claro que, en México, el acercamiento antropológico a los problemas obreros ha requerido de una asimilación crítica de marcos teóricos que provienen de la historia social, la economía política y la sociología del trabajo, entre otras disciplinas, y que el recurso a esa interdisciplinaria parece haber dado mejores frutos que la vuelta a las "fuentes" de la tradición antropológica. Por todo ello, sobra decir que la antropología obrera o industrial nació desde el principio no como un campo acotado a los antropólogos, sino más bien como un intento de diálogo de éstos con otros científicos sociales —historiadores, economistas, sociólogos, politólogos, médicos,... etcétera— interesados también por la clase obrera.⁽⁵⁾

Pero entonces, ¿cuál debe de ser el enfoque específico de la antropología en su acercamiento a la clase obrera? Si queremos superar los marcos de la defensa gremialista de nuestra profesión y las polémicas meramente especulativas sobre nuestros objetos de estudio, la pregunta a responder sería más bien esta otra: ¿Cuáles han sido las preocupaciones reales y las respuestas concretas de los antropólogos sobre la cuestión obrera? ¿De dónde surgió esta preocupación que no tuvo sino vagos antecedentes en la tradición de nuestra disciplina, y en qué vías se ha desenvuelto?

Preocupaciones y respuestas antropológicas a la cuestión obrera.

Entre los antropólogos mexicanos parece haber un consenso al afirmar que la experiencia del movimiento popular de 1968 y la participación en él del movimiento estudiantil (académico, universitario) significó un parteaguas en la historia de la antropología mexicana. Sin pretender hacer aquí un balance de las consecuencias que tuvo este proceso político, es evidente que significó de una parte el resquebrajamiento de una vieja tradición funcionalista de inspiración norteamericana y de otra, la incorporación del pensamiento marxista a la docencia y a la práctica investigativa en todos los campos de especialidad antropológicos.

En esa coyuntura histórica y a partir de las experiencias de alianza y acercamiento entre obreros e intelectuales, los antropólogos —y no sólo ellos— comenzaron a preocuparse y a tematizar alrededor de un hecho cada vez más evidente en la escena nacional: el movimiento o las expresiones militantes de la clase obrera.

a.) El optimismo de la insurgencia sindical.

En México, el final de los años sesenta y la década de los años setenta fueron caracterizados por los estudiosos de la clase obrera como un período de "insurgencia sindical" cuya expresión más notoria fueron los movimientos y huelgas en empresas de las ramas de autopartes (SPICER), metal-mecánica (CINSA-CIFUNSA), en los sindicatos nacionales de industria como el minero-metalúrgico (huelgas en Aceros ECATEPEC, Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, en las plantas siderúrgicas de Monterrey, Monclova y Las Truchas Lázaro Cárdenas, en las minas de Pachuca, Taxco, La Caridad...etcétera), el de los petroleros, ferrocarrileros, maestros y profesores universitarios.⁽⁶⁾

Más allá de sus particularidades a las que no nos referiremos, todos estos movimientos y otros más, tuvieron un denominador común: el cuestionamiento a fondo de la política corporativa ejercida por el Estado mexicano desde los años treinta sobre los sindicatos y las centrales obreras. Frente a ella, se alzaba la demanda de la "democracia sindical", es decir, la recuperación de los órganos de representación y negociación obrera, la participación directa de los trabajadores en la toma de decisiones relacionadas con la pugna obrero-patronal y por ende, el derrocamiento y suplantación de la vieja burocracia sindical —conocida en México con el apelativo de "charros"— enquistada en los comités ejecutivos y coludida con el Estado para ejercer un control político y social sobre los trabajadores de la industria.

Este panorama de demandas, surgidas muchas de ellas en el contexto político de un régimen populista, —el sexenio del Presidente Echeverría— fue el marco de referencia de las primeras reflexiones y preocupaciones antropológicas sobre la clase obrera. Esta era vista fundamentalmente como un *sujeto político* que, a través o por encima de sus dirigencias, establecía un debate con el Estado y la clase empresarial, tratando de cuestionar su condición de subordinación y sometimiento. El debate llegó incluso a plantear propuestas sobre el reordenamiento nacionalista de ciertos sectores de la industria paraestatal, la dependencia externa y la intervención de los obreros en la gestión de las industrias.

En esta óptica de preocupaciones y análisis, cobraron especial relevancia los testimonios de huelgas y protestas obreras, planteándose así una vertiente de estudios sobre la historia y la coyuntura del movimiento obrero.⁽⁷⁾ En esos años se discutió también ampliamente el comportamiento político de las dirigencias obreras oficialistas, —"la burocracia sindical"—, cuya legitimidad derivaba, según se explicaba, de sus alianzas con el Estado y no de sus capacidades para crear consenso en las bases que aparentemente representaba.⁽⁸⁾

En el trasfondo de estos análisis y aunque de forma vaga y confusa se perfilaban dos conceptos explicativos del movimiento obrero: el espontaneísmo y la conciencia de clase. La acción espontánea de los trabajadores era la expresión más común de la protesta obrera que no podía canalizarse por la vía institucional de los aparatos sindicales, justamente porque era la lógica y el funcionamiento de estos aparatos lo que se cuestionaba. La clase obrera aparecía así en una lucha por recuperar sus órganos de representación, desvirtuados por el control político que ejercían los burócratas sindicales y, a través de ellos, el propio Estado.

El tema de la conciencia obrera se convirtió en una especie de parámetro para calificar, desde fuera y de forma un tanto mecánica y ahistórica, el grado de madurez clasista de los obreros de la industria mexicana, en relación a dos conceptos marxistas de difícil concreción: la conciencia "en sí" y la conciencia "para sí". De esta forma, no sólo era posible comparar experiencias de movimientos obreros diferentes, sino incluso postular una especie de itinerario por el que los obreros deberían de transitar para recuperar al fin su autonomía clasista.

Otros conceptos más históricos como el del nacionalismo, tema central en muchas de las argumentaciones obreras

de la época contra el Estado, aun cuando fue multicitado por los estudiosos no mereció sin embargo análisis profundos y sistemáticos.

Con todo y eso, la visión de las ciencias sociales sobre los trabajadores industriales comenzó a ser optimista. Para los antropólogos, en particular, los obreros dejaban de ser ya el sector popular de ideología más conservadora, los "hijos predilectos" de un régimen que los había beneficiado con los frutos de la modernización, la urbanización y una industrialización costeada, por los demás, con la explotación del trabajo campesino en una agricultura productora de alimentos y divisas que hizo posible la tan esperada sustitución de importaciones. Por el contrario, la clase obrera aparecía ante la perspectiva antropológica como un sujeto social revolucionario, en movimiento, en tensión, capaz de cuestionar uno de los pilares del Estado mexicano, su alianza corporativa con las clases trabajadoras.

El optimismo por la "insurgencia sindical" tuvo sus méritos y sus limitaciones. De entre los méritos, sin duda, el más pertinente fue el de acabar convenciendo a muchos científicos sociales de la importancia política y económica de la clase obrera en un país donde el eje de la acumulación capitalista se había desplazado hacia la industria y cuyos obreros conformaban un sujeto político y productor de riquezas presente en la sociedad nacional.⁽⁹⁾

Algunas de las limitaciones de este optimismo obrerista fueron obvias. El desencanto que produjo la represión gubernamental a ciertas movilizaciones obreras, en especial la de los electricistas agrupados en la llamada Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana, cuestionó no sólo el optimismo, sino también la explicación del espontaneísmo, mostrando que la acción obrera no podía explicarse por sí misma y que era necesario buscar otras raíces.

Pero quizás el límite más notorio de estos enfoques fue su relativo silencio sobre la situación, la condición y las aspiraciones reales de las bases trabajadoras. El análisis de los comportamientos obreros caía en muchos casos en una óptica reduccionista que confundía la acción de los trabajadores con la de sus representantes coludidos o enfrentados con el Estado, o que, simplemente la ignoraba. De ahí el prurito por estudiar el movimiento obrero desde sus entresijos, desde sus estructuras organizativas, desde sus siglas y siempre en relación con el Estado. También, por eso mismo, el discurso de las ciencias sociales durante aquellos años sobre la clase obrera fue, en buena medida, una reflexión teórica sobre el carácter corporativo del Estado mexicano.

En esta etapa de preocupaciones sobre el movimiento obrero a la que nos hemos referido, los antropólogos estuvieron presentes y contribuyeron a esclarecer una problemática que se convirtió desde el principio en interdisciplinaria. Me inclinaría a proponer como hipótesis que no hubo una diferencia sustancial entre el punto de vista antropológico de aquellos y el de otros científicos sociales. Las diferencias tuvieron que ver más bien con los métodos y las técnicas de acercamiento al problema, y en particular, con el recurso al trabajo de campo y al levantamiento de testimonios orales en aquellos lugares donde estallaran conflictos obreros.

Por lo demás, este "desdibujamiento" relativo de la especificidad antropológica correspondió a un período en que ésta misma se cuestionaba al calor de las críticas a la tradición culturalista norteamericana y a una etapa de reorganización de los planes de estudio en la carrera de antropología social que trajo como consecuencia la asimilación de materias como la economía política, la historia social, la sociología de la dependencia, etcétera., todas ellas novedosas en el medio antropológico.

Acabemos diciendo que en esta primera fase de los estudios obreros aun cuando la problemática se redujo en buena forma a las situaciones de conflicto hacia las que se orientó la estrategia de investigación, permitió a los antropólogos familiarizarse con el lenguaje, la bibliografía y los métodos de análisis de otras ciencias sociales con más tradición en el estudio de la cuestión obrera.

b.) Del movimiento a la condición productora de la clase obrera.

Las preocupaciones por las expresiones militantes del sindicalismo, desde que se iniciaron al principio de los años setenta, nunca han dejado de ser de interés para los antropólogos mexicanos. Pero también, estas preocupaciones se enriquecieron en la medida en que comenzó a tematizarse no sólo el movimiento sino también la *condición obrera* y en particular su condición productora y proletaria.

Este viraje de los estudios obreros en el que los antropólogos jugaron un papel decisivo desde el final de los años setenta⁽¹⁰⁾ significó poner en el centro de los debates la categoría del *trabajo industrial* o, en otros términos, la visión del obrero como sujeto productor de bienes y mercancías en el contexto del espacio fabril y la división capitalista del trabajo.

La práctica etnográfica en fábricas, talleres y minas no tardó en constatar la enorme heterogeneidad de los procesos de trabajo en una industria caracterizada por su desarrollo tecnológico desigual. A la diversidad de procesos productivos correspondía una diversidad de figuras y categorías obreras, resultado de la evolución y superposición de fases distintas de la división capitalista del trabajo, desde la cooperación hasta la manufactura, el taylorismo o la organización científica del trabajo y las cadenas de montaje. A los ojos de los antropólogos la escena fabril aparecía como un complejo tejido de relaciones sociales en donde, en medio de las jerarquías y la disciplina laboral, se gestaba al mismo tiempo la explotación y la resistencia.

Para poder abordar este mundo de relaciones sociales, los antropólogos decidieron echar mano del instrumental teórico y metodológico de la sociología del trabajo. En México fue particularmente fructífera la asimilación de las aportaciones de la escuela francesa (Touraine, Naville, Friedmann, Mallet, Durand, Freyssenet, Coriat, Gorz, etcétera.), así como de otros autores (Panzieri, Braverman). De la lectura y discusión de la obra de estos estudiosos del trabajo industrial surgió una selección de ciertas prioridades de investigación tales como la relación entre las formas de inserción al trabajo industrial y las respuestas obreras, sobre todo en contextos de reestructuración tecnológica, el análisis de las categorías y jerarquías obreras en términos de la calificación profesional.

Tomando como punto de partida ciertas tipologías como las de Touraine y Mallet que asocian los niveles de calificación-descalificación, las figuras obreras dominantes y los modelos de sindicalismo (obreros profesionales—sindicatos de oficio; obreros especializados—sindicatos de rama; automatización—sindicatos de empresa), los antropólogos comenzaron a analizar problemas tales como la evolución de ciertos oficios o profesiones, el impacto de la mecanización y automatización en la descalificación obrera, el carácter diferenciado de las demandas laborales de los sectores obreros, las actitudes ante el trabajo y la jerarquía empresarial, los mecanismos formales e informales de resistencia a la división capitalista del trabajo muchos de los cuales no se analizan por las vías de la acción sindical, la dinámica de representación y gestión de las demandas obreras desde las células primarias del trabajo (el departamento, el taller) hasta el sindicato, la lógica con que en diferentes ramas industriales opera la contratación colectiva y la negociación de las condiciones de trabajo, el peso que los problemas de la salud ocupacional en el debate obrero-patronal, etcétera. (11)

La discusión sobre los efectos sociales de la reestructuración tecnológica estuvo de moda en México hace algunos años a raíz de una serie de congresos internacionales organizados por la Universidad Nacional Autónoma de México y vuelve en la actualidad a estar en el centro de los debates en torno a la "reconversión industrial".

En mi opinión, los antropólogos y en general los científicos sociales mexicanos preocupados por el tema se vieron en cierta forma "deslumbrados" por los relatos de otros colegas de países avanzados, a través de los cuales pudimos conocer, entre otras cosas, los efectos de la introducción de la robótica, las máquinas de control numérico y otros procesos automatizados. El conocimiento de estos hechos provocó una cierta tendencia a sobrestimar los niveles de tecnificación de la industria nacional y sobre todo, a ligar de forma automática la crisis y el desempleo con la innovación tecnológica. Las tendencias de los últimos años han puesto en duda esa explicación porque la desocupación ha sido mayor en los sectores de la pequeña y mediana industria, sectores tradicionalmente atrasados. Por lo demás, es evidente que la industria de punta transnacionalizada ha entrado ya en la era de la automatización.

La etnografía hecha desde la fábrica ha proporcionado imágenes nuevas y más complejas de la clase obrera. El conocimiento de sus formas de acción y de resistencia en los núcleos primarios del espacio productivo ha ayudado a entender los mecanismos de gestación del control, la protesta, la negociación y el consenso obreros. La óptica reduccionista que enfatizaba el papel del liderazgo sindical se ve ahora rebasada por una perspectiva de análisis que pone el acento en la intervención directa de los trabajadores en los procesos productivos.

También la clase obrera aparece ya como un sujeto cuya acción política no se restringe a sus relaciones con el Estado: la fábrica es un espacio donde se juega el poder, donde se negocia con el capital el valor de la fuerza de trabajo, donde se defiende el saber obrero, la calificación y, en definitiva, el control sobre los procesos productivos. La fábrica, en fin, es la escena primaria del conflicto de clases.

Pienso que en el acercamiento al fenómeno del trabajo industrial los antropólogos mexicanos han contado con una ventaja en relación con otros científicos sociales nacionales y, al mismo tiempo, tienen aún y para consigo mismos una deuda histórica que saldar. La ventaja radica en provenir de una sólida tradición etnográfica cuyos métodos y técnicas de observación directa y de campo han mostrado su eficacia real a la hora de analizar desde dentro el medio fabril.

La deuda que saldar consiste en establecer nexos históricos y estructurales-actuales que articulen las viejas discusiones sobre el trabajo en las sociedades "primitivas", no capitalistas, tradicionales y las reflexiones de actualidad sobre el trabajo industrial, expresión histórica de la separación creciente entre "brazo y mente", entre concepción y ejecución. En otras palabras, el reto es una invitación a la elaboración y sistematización de una historia del trabajo que incorpore, desde una perspectiva que no sea unilineal, las etapas previas y coexistentes a la aparición de la fábrica como fenómeno dominante pero nunca único y exclusivo, y las formas de organización y división del trabajo regidas por criterios no capitalistas. (12) Esta reconstrucción histórica constituye sin lugar a dudas una tarea inédita en México y probablemente en otros países de América Latina.

c.) *La formación de la clase obrera.*

El interés antropológico por estudiar la condición obrera ha ido más allá del análisis del trabajo industrial. Tomando como punto de partida una perspectiva histórica, los antropólogos se han cuestionado acerca de los orígenes y etapas del proceso de proletarianización y formación de la clase obrera: los trabajadores de la industria, ¿quiénes eran antes de incorporarse a la vida fabril? ¿Por qué lo hicieron? ¿Cómo vivieron los procesos de migración y de ruptura cultural entre una sociedad agraria tradicional y un mundo industrial caracterizado por la disciplina fabril? En fin, ¿qué efecto dislocador tuvo la revolución industrial sobre las mentalidades y costumbres de los nuevos obreros?

Todas estas preguntas no surgieron por azar sino que se sitúan en la frontera entre las temáticas étnico-campesinas y la cuestión obrera: la proletarianización de los trabajadores de la industria no es sino la otra cara de la moneda de la descampesinización y de la expoliación de las comunidades indígenas y también, el resultado de la migración campo-ciudad.

En el intento por resolver estas cuestiones, se han planteado de forma implícita al estudiar diferentes sectores de la clase obrera, dos perspectivas metodológicas complementarias: la primera es la de quienes ven la industrialización como un fenómeno de irrupción violenta que significó para los obreros mexicanos que lo vivieron una ruptura de sus vínculos con la tierra y la comunidad de origen o, en su caso, la destrucción de la autonomía profesional de los viejos artesanos, un proceso violento de proletarianización e integración a la tecnología, organización y disciplina fabriles y una asimilación relativamente temprana de ideologías netamente obreristas. En esta óptica se enfatiza pues el proceso adaptativo del obrero a la fábrica y por lo mismo se prioriza como objeto de estudio la vida fabril misma.

El segundo enfoque propone en cambio que la industrialización es un proceso gradual y lento, sin rupturas ni desarraigos violentos con respecto a las condiciones culturales preexistentes entre los obreros en el que la aparición de una conciencia *proletaria* y la aceptación de las normas de la disciplina fabril requieren un largo período de tiempo. Es la *fábrica* la que lucha por adaptarse *al obrero* y no al revés. En esta otra óptica, el peso del análisis recae sobre las condiciones económicas, políticas y culturales de origen de los sectores que se incorporan a la industria. Por eso, se privilegia el estudio de la comunidad, de la unidad doméstica, de la resistencia al trabajo fabril y de las tradiciones culturales previas al impacto industrial.⁽¹³⁾

Las dos propuestas parecen no ser excluyentes sino explicativas de fenómenos diferentes que se dieron en ramas industriales y contextos regionales distintos. Además, los dos enfoques no sólo servirían para explicar la proletarianización de principios de siglo sino también la incorporación actual de nuevos contingentes a la industria del país.

El intercambio académico entre antropólogos e historiadores que siempre ha sido muy intenso en México, ha permitido establecer algunas hipótesis explicativas de la formación histórica de la clase obrera mexicana. Así, se destacan tres momentos en este proceso de formación. El primero, a mediados del siglo pasado, fue el escenario de la aparición de una incipiente clase obrera urbana muy ligada a sus orígenes artesanales y profesionales cuyo espacio de trabajo no es la fábrica sino el taller. La expresión más acabada de la defensa de la profesión entre estos trabajadores fue el mutualismo y el anarco-sindicalismo.

El segundo período que abarca desde principios de siglo hasta los años treinta vio nacer el proletariado de la gran industria dentro del cual, los campesinos fueron el sector de origen predominante y los obreros de oficio, una minoría. Para los primeros, su incorporación a la industria significó la ruptura cultural y socioocupacional con el medio agrario; para los segundos la pérdida de la autonomía profesional y para ambos, la aceptación gradual del principio de la especialización y parcelación del trabajo industrial. Estos sectores obreros canalizaron a través del sindicalismo por ramas nacionales de la industria la defensa de sus condiciones de vida, trabajo y el derecho a la participación política en la escena nacional, en especial en los años del gobierno cardenista.

El tercer proceso formativo de la clase obrera tuvo sus orígenes en el modelo industrializador nacido después de la Segunda Guerra Mundial y caracterizado por la transnacionalización de la industria y la modernización tecnológica. El mejor exponente de este nuevo sector obrero son probablemente los trabajadores de la industria automotriz, de autopartes y de la siderurgia integrada. Se trata de un grupo laboral que sólo ha conocido la fase de la especialización y descalificación, el "obrero-masa" como algunos gustan llamarlo, adscrito a los procesos repetitivos de la cadena de montaje, las máquinas *transfer* o la alimentación-supervisión de las máquinas-herramienta especializadas. Su origen social es predominantemente urbano, su ocupación previa, la escuela o el desempleo y sus antecedentes familiares hablan de una clase obrera de segunda o tercera generación.

Las tres formaciones históricas de la clase han evolucionado de forma paralela, desigual y, en algunos casos, con interacciones recíprocas. Así por ejemplo, el taller artesanal identificado con la unidad doméstica en ciertas ramas como la industria del calzado y la confección textil persisten al lado y al mismo tiempo que los viejos enclaves mineros y petroleros implantados por el capital extranjero a principios de siglo. Y en contraste con este panorama, la industria maquiladora fronteriza y la rama automotriz son escenario de los procesos de automatización más sofisticados.

La tipología que hemos presentado, aun cuando siga siendo una hipótesis de trabajo, ha derivado de una serie de monografías y estudios de caso de fábricas, complejos industriales, sindicatos y centrales obreras en cuya elaboración los antropólogos han jugado un papel importante.

Tanto en lo relativo a los análisis de la formación de la clase como a algunos enfoques sobre la cultura obrera, las influencias más determinantes sobre los antropólogos mexicanos han provenido fundamentalmente de la corriente de la historia social inglesa y en concreto de la obra de E.P. Thompson, E.J. Hobsbawm, R. Williams, R. Hoggart así como del trabajo pionero en México de J. Womack.

La asimilación de los postulados de la historiografía social obrera inglesa ha permitido superar el mecanicismo con el que los conceptos de clase, conciencia y acción obreras eran manejados por los antropólogos en los primeros momentos de estudio de la clase obrera, problema al que nos referimos anteriormente. Al mismo tiempo, dicha asimilación permitió un manejo metodológico de las categorías de *experiencia, situación y tradición* de clase, conceptos que por su historicidad son aplicables a situaciones concretas y evoluciones particulares de la formación de la clase obrera.

Por lo demás es evidente que la influencia de los ingleses ha contribuido a incorporar obligadamente la perspectiva histórica a todo tipo de estudio que pretenda dar cuenta de los problemas de la conciencia y la acción obreras, en detrimento de los enfoques meramente coyunturales que ponían el acento sólo en las situaciones del conflicto obrero.

d.) Cultura obrera, cultura de los obreros, cultura de masas, cultura urbano-popular.

El tema de la cultura obrera es hoy una de las modas en la antropología social mexicana, pero al mismo tiempo, es una de las nociones sobre las que existen más divergencias, equívocos, desacuerdos y confusiones. Visto desde otra perspectiva y paradójicamente el tema de la cultura, que según algunos debió de haber sido el tema inicial de la preocupación antropológica sobre la clase obrera, ha sido más bien un problema al que se llegó después de esclarecer otros aspectos como el movimiento, la condición y la formación de la clase obrera.

En 1984, el Museo de Culturas Populares organizó una exposición bajo el título "Obreros somos... expresiones de la cultura obrera mexicana" y, con motivo de ello, auspició un coloquio sobre el tema, acontecimiento que de alguna manera significó que la noción de cultura obrera adquiriera una carta de ciudadanía dentro de la disciplina antropológica. Sin embargo, el coloquio evidenció que los antropólo-

gos mexicanos piensan en cosas distintas cuando usan el término.⁽¹⁴⁾

Algunos, los menos, sostenían que el concepto no tiene ninguna pertinencia teórica ni antropológica y que su uso sólo tiene un carácter convencional. Los obreros—se aducía—no tienen ni generan una cultura en el sentido en que este concepto ha sido aplicado tradicionalmente por el antropología a los grupos indígenas. A lo sumo,—se añadía—se podrá hablar de ciertas particularidades —la *cultura de los obreros*— en los comportamientos y formas de vida de la clase trabajadora. Pero la cultura, antropológicamente hablando es un concepto demasiado denso como para ser equiparado a estas formas particulares de comportamiento obrero. Nos remite a concepciones y valores globalizantes sobre los que se define la identidad (¿étnica?) de un grupo social frente a otros y ésta no es la situación de la clase obrera frente a la cultura dominante, nacional o popular. Lo que algunos antropólogos llaman “cultura obrera”—se acababa argumentado—no es sino un concepto asignado, extrapolado que define más bien la cultura de clase que los obreros *deberían tener* y asumir según el papel protagónico que la teoría marxista asigna a esta clase en el devenir de la historia de la lucha de clases. Pero una cosa es la *cultura de los obreros* —la que realmente asumen en sus prácticas y concepciones de la realidad— y otra, la *cultura obrera*, de clase que pretende asignarseles en virtud de postulados de la teoría marxista.

Hasta aquí, la argumentación de quienes negaban la pertinencia del concepto de cultura obrera. En dicha argumentación destaca la recurrencia al concepto globalizador de cultura —la cultura es todo lo que define la identidad de un grupo social— que deriva del enfoque culturalista de la antropología norteamericana (Boas, Murdock) centrada en el estudio de los grupos étnicos a los que se concibe con un alto grado de autonomía cultural en el contexto de la sociedad global. En esta perspectiva de la antropología culturalista el problema de la relación entre clases sociales y cultura pasa a ser secundario, lo que a mi juicio determina la incapacidad de esta concepción para enfrentar el tema de la cultura obrera en una sociedad, por definición, clasista.

Un segundo enfoque presente en el coloquio al que nos estamos refiriendo trataba de asimilar el concepto de cultura obrera al de cultura de masas. La cultura obrera no sería otra cosa que la apropiación que los sectores obreros, hijos de la modernización e industrialización, hacen de la cultura masiva y masificada propagada por los medios de comunicación. No cabe en esta óptica sino una visión pasiva y pesimista de la capacidad de creación cultural de la clase obrera, visión que remite a los postulados de los teóricos de la Escuela de Francfort.

Una tercera propuesta discute el problema de la cultura obrera en el contexto de la cultura urbano-popular. La primera sería uno de los componentes de la segunda o una forma de asimilación particular de las concepciones, valoraciones y comportamientos de los sectores urbano-populares. Resulta, en mi opinión, poco manejable y verídica esta explicación si tenemos en cuenta que la clase obrera no siempre se ubica en contextos urbanos o metropolitanos. Además es más que probable que la cultura urbana en México no sea homogénea sino diversificada y dependiente

de variables histórico-regionales, del tamaño y evolución demográfica, de la estratificación y segregación social en el espacio, de los procesos de migración, etcétera (¿Acaso sería similar la cultura urbana de los barrios y colonias centrales de la ciudad de México y la de las ciudades fronterizas, petroleras, mineras...?)

Un cuarto y último enfoque que se expresó en el coloquio de referencia conjugaba una serie de postulados de los que destacamos los más significativos.

La cultura obrera no puede ser entendida ni postulada sino como una *cultura de clase* es decir como un conjunto de respuestas históricas de la clase obrera que implican sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida que apuntan implícita o explícitamente hacia una visión del mundo y de las relaciones sociales distinta y alternativa a la de otras clases sociales. La cultura obrera tiene siempre el carácter de una respuesta, de una alternativa o de una resistencia frente a otros modelos culturales.

El carácter histórico de la cultura obrera explica su heterogeneidad y variabilidad en el espacio y en el tiempo. La cultura es un proceso de definición de una identidad social frente a otras, que se modifica en la medida en que esas otras configuraciones culturales cambian en el espacio y en el tiempo. Sería más pertinente entonces hablar de culturas obreras y no de cultura obrera: las formas de respuesta alternativa cultural que pueden tener vigencia y eficacia en un momento y lugar dados, no lo tienen en cambio en otros contextos históricos y espaciales. De aquí la necesidad de hacer historias, periodizaciones, regionalizaciones, análisis por ramas industriales de la cultura obrera.

El significado explícita o implícitamente impugnador de la cultura obrera permite diferenciar ésta de la “cultura de los obreros”, del “folklore” que descubre la práctica etnográfica al acercarse al mundo obrero. Así, puede hablarse de grados y niveles de impugnación en la cultura obrera sin que esto signifique itinerarios unilineales en la conciencia y en la acción obreras sino respuestas históricas alternativas.

La cultura obrera surge de determinantes históricas derivados de la posición de las clases trabajadoras y se expresa en instituciones y prácticas sociales. La experiencia común y compartida de los obreros, crea lazos de identidad y conciencia de pertenencia de clase, lo que se expresa en prácticas culturales.

La cultura obrera es parte de la cultura popular subalterna, no como un “sumando” más del total sino como una forma particular de expresión de la cultura del proletariado. El trabajo industrial es uno de los elementos determinantes de esta particular forma de expresión y vivencia de la cultura popular. Por eso, la cultura obrera es primariamente una cultura del trabajo, de la cooperación, de la resistencia a la división capitalista del trabajo. Los espacios de la organización, en especial sindical, y de la reproducción son también ámbitos donde se definen históricamente modelos culturales obreros enfrentados a los de los patrones y del Estado. Las formas cambiantes de la organización sindical y las propuestas de gestión obrera sobre las condiciones de la reproducción no sólo expresan estrategias de la acción de los trabajadores sino concepciones, valoraciones y comportamientos culturales.

El espectro de interpretaciones sobre la cultura que hemos reseñado muestra sobradamente los desacuerdos que el tema ha provocado entre los antropólogos. Poco más se puede decir si no es que la labor de investigación sigue desarrollándose en aspectos tales como el estudio de la familia obrera, el impacto de los "mass media" sobre los trabajadores, las concepciones de éstos sobre la salud y la enfermedad, el trabajo, el sindicato, la comunidad industrial, el barrio...etcétera. De los resultados de estas investigaciones dependerá en buena medida las posibilidades de enriquecimiento de esta polémica sobre la cultura obrera.

A modo de conclusión

El recorrido somero que hemos hecho a través de las preocupaciones recientes de los antropólogos mexicanos sobre la clase obrera habla por sí solo de la emergencia de un campo de especialización en el quehacer antropológico

cada vez con un número mayor de adeptos, confrontaciones académicas e intentos explicativos sobre la cuestión obrera.

La antropología industrial y obrera es ya un hecho insoslayable en la práctica docente y de investigación de nuestra disciplina aun cuando todavía no haya encontrado un reconocimiento en las esferas del mercado de trabajo similar al de otras especializaciones de la antropología.

El futuro de la antropología industrial dependerá sin duda de su capacidad para dar respuesta en los próximos años a los nuevos y viejos problemas que la industrialización plantea en sus versiones actualizadas de reconversión técnica, reorganización social y profesional de la clase obrera, redefinición de las relaciones entre el Estado y el movimiento obrero y aparición de expresiones de la cultura obrera.

NOTAS

- (1) Una recopilación bastante completa de la bibliografía sobre el tema puede encontrarse en Novelo, Victoria y Juan Luis Sariago, "Algunas cuestiones de método para el estudio de la clase obrera en México" en *Memorias del Encuentro sobre historias del movimiento obrero*, UAP, Puebla, 1981, Tomo I; Nieto, Raúl, "Algunas consideraciones sobre Antropología y clase obrera en México" y Urteaga, Augusto, "La antropología metida con obreros", estos dos artículos presentados como ponencias en el Tercer Encuentro sobre la práctica profesional de la Etnología y Antropología social en México, México 1983 (Publicados por el CIESAS bajo el título *La antropología y sus sujetos de estudio*, México, 1984).
- (2) Un inicio de esta preocupación es el reciente trabajo elaborado no por arqueólogos sino por historiadores, antropólogos y sociólogos *Arqueología de la industria en México*, Museo Nacional de Culturas Populares, S.E.P., 1984.
- (3) En contra de lo que algunos colegas sostienen nos atreveríamos a postular la independencia, en términos de orígenes históricos, selección de temáticas y objetos de estudio, fuentes de inspiración y orientaciones teóricas— de la antropología urbana y la antropología industrial. La primera tuvo en México una marcada influencia de la antropología urbana norteamericana (Redfield, Lewis, la escuela de Chicago) y no se planteó como tema central del problema de la industrialización y situación de la clase obrera, sino más bien el análisis de la sociedad urbana en la óptica de la transición "folk-urbana" (Redfield). La antropología industrial, en cambio, no ha considerado el fenómeno urbano sino secundariamente y sólo en tanto que elemento relacionado con la reproducción de la clase obrera. Aun esta temática es muy reciente entre los estudiosos de la clase obrera.
- (4) Novelo, Victoria, "La vida obrera, un nuevo campo para la etnología", *Cuicuilco*. (1), julio 1980, pág. 23.
- (5) Como muestra de esta experiencia interdisciplinaria puede señalarse la participación, siempre minoritaria, de los antropólogos en congresos, coloquios y mesas redondas sobre cuestiones obreras en los que la mayoría de los asistentes provienen de otras disciplinas sociales. Este ha sido el caso en los últimos años de los congresos organizados por la Universidad Nacional Autónoma de México, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, el Centro de estudios históricos del movimiento obrero, etcétera.
- (6) Cfr. Novelo, V. y J.L. Sariago, op. cit. y Nieto, R., op. cit.
- (7) Quizás el ejemplo más significativo de esta corriente de estudios sea la coedición entre el Instituto de investigaciones sociales de la UNAM y Siglo XXI de la colección *La Clase obrera en al historia de México*, coordinada por el Dr. Pablo González Casanova.
- (8) Quizás el primer intento de definición conceptual del "charrismo" y las formas de acción de la burocracia sindical sea el de Alonso, Antonio en *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958- 1959*, Ed. Era, México, 1972.
- (9) Véase al respecto Alvarez, Alejandro y Elena Sandoval, "Desarrollo industrial y clase obrera en México", *Cuadernos Políticos*, (4), abril-junio, 1975.
- (10) Cfr. De la Garza, Enrique, et. al. "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar", *Nueva Antropología*. (29), vol. VIII, abril 1986, México, pág. 95.

- (11) Ibid.
- (12) Véase la interesante propuesta de Urteaga, Augusto "El brazo y la mente. Notas a la historia del trabajo", *Cuicuilco*, II (8), abril, 1982, págs. 42-45.
- (13) De forma implícita estos dos enfoques pueden verse en Camarena, Mario, "Disciplina e indisciplina: los obreros textiles del Valle de México en los años veinte"; Adleson Lief, "Identidad comunitaria y transformación social: estibadores y petroleros en Tampico (1900-1925)" y Necoechea, Gerardo, "Cinco autoretratos y un ensayo: mujer, trabajo y familia en Rio Blanco (1890-1950)". Estos tres artículos aparecen publicados en *Historias*, 7, oct.-dic, 1984. Véase además Sariego J.L. "La condición del proletariado minero a principios de siglo" y Adleson, Lief, "Industria petrolera", ambos en *Arqueología de la industria en México*, op. cit. También: Sariego J.L. "Los mineros de la Real del Monte, un proletariado en formación y transición", *Revista mexicana de sociología*, (4), 1980.
- (14) Las ponencias presentadas en este congreso a las que me referiré seguidamente sólo han sido publicadas parcialmente hasta la fecha, estando su edición en prensa en la Casa Chata del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología social (CIESAS).

Trabajo y significación subjetiva, continuidad cultural, determinación económica y negatividad

Eduardo L. Menéndez*

*"Hay más tiempo que vida"
(refrán mexicano)*

Trabajo subjetividad y salud diferencial. Hacia el dominio de la significación negativa.

Cuando se analizan problemas referidos a los trabajadores y al trabajo se puede hacer desde muy diferentes perspectivas e intereses. Los objetivos pueden ser saber cuántos y quiénes son los trabajadores, cuáles son las ramas de producción en desarrollo, estancamiento o desaparición; cuál es el nivel de vida de los trabajadores; cuáles son los tipos y condiciones del proceso productivo; cuáles son las organizaciones y la tasa de sindicalización: cuáles son los tipos de conflictos obrero—patronal dominantes y el sentido de los mismos; cuáles son las consecuencias en la salud de los procesos productivos, etcétera. Este listado podría ser muy prolongado, pero la pregunta a hacernos respecto de éstas y otras temáticas, es posiblemente un interrogante obvio, pero necesario: ¿Cuáles son los problemas que tratan de ser contestados a través de la descripción y análisis de las mismas?

Posiblemente el espectro de respuesta sea bastante amplio: desde propuestas directamente ideológico—políticas hasta objetivos académicos que tienen que ver con la planificación de las políticas y de los recursos, o que buscan incidir en la solución de conflictos, acelerar los procesos de productividad, evidenciar la tasa de explotación o analizar cuáles son las condiciones que limitan la organización obrera. Creo que, polarizándolas, podríamos encontrar dos objetivos centrales: a) unos referidos a asegurar la productividad y en segundo lugar el control sobre el proceso de trabajo y b) otros que tratarían de dar cuenta de las posibilidades de cuestionamiento y de una alternativa social a través del sujeto social conocido como proletariado. El conjunto de investigaciones y elaboraciones ensayísticas, podrían ser incluidas dentro de estas dos posibilidades.

Si nos remitimos específicamente a la problemática salud/enfermedad observamos que toda una serie de indicado-

res evidencian claras situaciones diferenciales que tienen que ver directamente con la esperanza de vida, el envejecimiento prematuro, la invalidez, la incidencia diferencial de enfermedades físicas y psíquicas. Estos indicadores pueden ser referidos no sólo a la inserción directa en el proceso productivo, sino a las condiciones generales de vida derivada, por lo menos parcialmente, de dicha inserción. Cuestionable posiblemente, desde una perspectiva conceptual, la masa de material empírico generada por las ciencias sociales sobre insatisfacción y "alienación" laboral en los 50as, 60 y 70 hallan en la actualidad una notoria verificación al poner en primer plano lo que directa o indirectamente esas investigaciones evidenciaban, es decir las condiciones conflictivas y contradictorias de un proceso laboral que se traducían en "enfermedad psíquica" o en procesos de identificación sintónicos y que hoy se manifiestan a través de un término que tiene dudosa validez conceptual, pero un fuerte referente empírico: los procesos tefionales (stress).

Consideramos que las situaciones de enfermedad/salud/atención de los conjuntos sociales, incluidos los trabajadores pueden expresar las dos posibilidades antes enumeradas. Pueden ser analizadas para demostrar los procesos de explotación, alienación, control, o respuesta obrera y pueden ser estudiadas con vistas a la reorganización de un proceso productivo desde la perspectiva empresarial. Pueden expresar la necesidad de limitar los procesos que inciden negativamente en la salud obrera pero asegurando la productividad y la organización dominante o pueden servir como instrumento de lucha, de modificación alternativa, de concientización.

Si esta polarización es correcta; si la misma engloba lo que podemos denominar las dos grandes posibilidades ideológicas, las investigaciones que se orientan hacia los que podemos llamar "el proletariado" (u otro sujeto social alternativo) deberían evidenciar, aunque sea remotamente, dicho sentido. Más aún debería ser un supuesto, que aunque tácito, evidenciara que el mismo contribuye a dicho esclarecimiento. Esto no supone pensar necesariamente en un esclarecimiento aplicativo inmediatista; sino en el interés que orienta a las investigaciones.

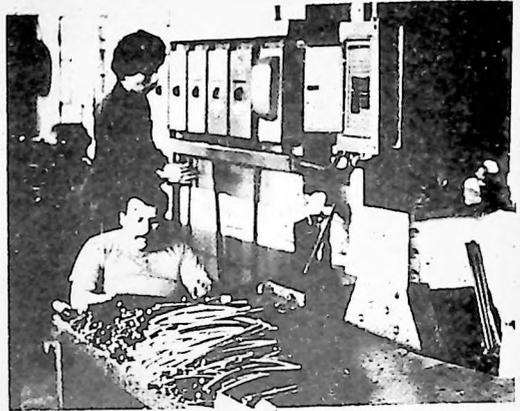
A partir de lo señalado, frecuentemente no me queda claro el *sentido* de gran cantidad de investigaciones sobre

* Maestría en Antropología Social -ENAH.

los trabajadores, en las cuales uno de los principales elementos problemáticos no suele aparecer, o si aparece lo hace en cierta medida "vergonzantemente". Nos referimos específicamente a la significación que el trabajo tiene como categoría objetiva explicativa y como proceso subjetivo (de los conjuntos sociales). Es difícil negar que en la sociedad capitalista (y en la socialista de Estado) el trabajo humano constituye todavía el eje de la producción y de la productividad y es difícil negar también que dicho trabajo no sólo evidencia consecuencias negativas diferenciales (muerte, envejecimiento, invalidez), sino que aparece en lo manifiesto como un proceso contradictorio o por lo menos conflictivo. Aquello que nos desgasta, no sólo es de lo que vivimos, no sólo nos permite acceder al salario y prestaciones, sino que en la mayoría de los casos se evidencian a través del trabajo las más negativas relaciones de control social. Ello opera además dentro de un tiempo de trabajo que sólo tiene significación salarial para el conjunto de los trabajadores, y que se vive como vacío de significaciones intrínsecas.

En consecuencia, si lo que nos interesa es no sólo la reorganización productiva y sus consecuencias o la propuesta de paliativos sobre las consecuencias del proceso laboral —aspectos cuya importancia no negamos—, sino la significación del trabajo en el doble sentido señalado, lo incomprendible, por lo menos para mí, es que estas significaciones no aparezcan analizadas en la mayoría de las investigaciones generadas sobre la problemática de los trabajadores en América Latina. En esto reside uno de nuestros principales interrogantes, en la medida que en la mayoría de estas investigaciones (consultar las recientes revisiones de F. Zapata 1986 y F. de la Garza *et al.* 1986) no aparecen, ni siquiera tácitamente, las concepciones sobre la significación del trabajo y si aparecen son referidas mecánicamente y unilateralmente a la ley del valor o sólo se mencionan a través de propuestas ideológicas que no están articuladas a los procesos vividos por los trabajadores.

Desde la perspectiva de la problemática de salud/enfermedad, la significación del trabajo puede ser asumida en el doble sentido señalado: como categoría nuclear que implica los procesos de explotación y alienación y como proceso subjetivo a través del cual se reformulan específicamente los dos procesos citados. La explotación se verifica no sólo en la tasa de plusvalía relativa y absoluta, sino en las condiciones de salud, y la alienación en las relaciones de distanciamiento con el producto. Pero estos procesos necesitan ser articulados subjetivamente (es decir a través de la subjetividad de los conjuntos) para dar cuenta no sólo de la relación entre los dos niveles, sino por considerarlo necesario en el plano de la práctica social de lo posible. Es esta necesaria articulación de significaciones, la que nos impedirá obviar o liquidar conceptos. Si los procesos de explotación operan a través del trabajo y si éste se desgasta prematuramente debemos necesariamente explicar, y no sólo por efectos del charrismo, por qué el movimiento obrero lucha tan poco por demandas referidas a la salud. Más aún, debemos explicar por qué con tanta frecuencia los trabajadores aceptan monetarizar su enfermedad en vez de lograr cambios en el proceso productivo.



Siempre me ha resultado difícil entender cómo los autores que niegan la categoría de alienación resuelven teóricamente la relación de los propios trabajadores con el proceso productivo, en la medida que éste tenga por objetivo la muerte inmediata o potencial. La industria bélica, la de contaminantes, que algunos autores han llamado la "industria para la muerte", es, como sabemos, una de las más dinámicas en países capitalistas centrales y en algunos periféricos (Brasil, Israel) y en su producción está comprometida una creciente parte del proletariado industrial, incluida la "nueva clase obrera". ¿Cómo hacen autores que niegan la categoría de alienación por su origen hegeliano (Colletti) o por su actual erosión conceptual (Naville) para dar cuenta de procesos que no sólo afectan a la sociedad en su conjunto, sino a la subjetividad del productor? Sólo pueden hacerlo a partir de negar la subjetividad de éste, de reducirla a "enfermedad mental" o de considerar exclusivamente las condiciones impuestas por la estructura. Justamente ignorar la dimensión subjetiva puede conducir a graves errores de interpretación por absolutizar la interpretación basada en las categorías objetivas. Así la conceptualización de plusvalía absoluta conduce a señalar que es en los sectores de más alta productividad donde ésta opera; pero son justamente estos sectores los que poseen generalmente los más altos salarios y prestaciones, y también los tiempos más reducidos de trabajo y son los que comparativamente, respecto de los trabajadores menos calificados, evidencian mayores esperanzas de vida.

Tal vez lo propuesto hasta ahora podría organizarse en un discurso más coherente, que recuperara alguna de nuestras propias experiencias. Si me interesa discutir el significado del trabajo en la doble orientación señalada es porque considero que dicha discusión es básica dentro del marxismo (o de los marxismos). Las categorías fuerza de trabajo, alienación, fetichismo de la mercancía, explotación y la teoría del valor constituyen parte de los conceptos nucleares de dicha teorización. A partir de la misma el trabajador (productivo o productivo más productivo indirecto, etcétera) aparece como el potencial agente de la transformación alternativa. En la década de los 70 participamos en Argentina durante varios años en toda una serie de investigaciones sobre la sa-

lud de los trabajadores, en las cuales nuestro marco teórico incluía dichas categorías y hallaba en los procesos de enfermedad física y psíquica una parcial verificación de los procesos de explotación y alienación, así como de los procesos de mercantilización de la enfermedad, desarrollo de estrategias autónomas; insatisfacción por el proceso de trabajo y el trabajo en sí.

En dichas investigaciones jugaban roles teóricos importantes los planteamientos del denominado "modelo obrero italiano", las concepciones psicoanalíticas sobre la función sintónica del trabajo, así como la importancia dada a la cultura obrera no sólo por la escuela histórica británica, sino también y sobre todo por la sociología del trabajo francesa, tan relacionada inicialmente con las experiencias discontinuadas del Frente Popular de los años 30. Estas tres tendencias, en mayor o menor grado, enfatizan —algunas inclusive en sentido conflictivo— la función articuladora del trabajo, las funciones de identificación y potencialidad subcultural o cultural. Para algunas de estas corrientes la cultura obrera es la cultura negada por la sociedad hegemónica, y la clase obrera en función de su cultura organizada a través del trabajo (Thompson, E., 1977; Carbonaro y Nesti 1975) posee los núcleos potenciales de una sociedad alternativa.

Es decir, que a principio de los 70 tratábamos de integrar conceptualmente las categorías económico-sociales del marxismo, con lo que podemos llamar la recuperación de las instancias subjetivas establecidas a través de procesos culturales y psicosociales. Ciertos procesos ideológicos (solidaridad, saber obrero) y de organización (el control o por lo menos la participación activa en la gestión) aparecían como los articuladores posibles de la doble significación, pero siempre constituida a través del trabajo.

En mi país, este marco teórico se asumió en función de las prácticas sociales, sin desconocer, aunque sí cuestionando ideológicamente, el contenido de toda una serie de investigaciones desarrolladas desde la década de los 20 por las ciencias sociales y antropológicas norteamericanas. Estas ponderaron tempranamente la pérdida de significación del trabajo, al mismo tiempo que veían al trabajo como el principal organizador social; más tarde señalaron la creciente escisión entre trabajo y ocio, la secundarización de la fábrica como el lugar de identificación obrera y la emergencia del *lugar* del consumo como factor de identificación e integración social. Es decir estos estudios plantearon tempranamente lo que la sociología europea y en particular francesa desarrollarían en los 60 y 70. Como sabemos una parte de las investigaciones socioantropológicas norteamericanas eran realmente las únicas que daban información sobre los procesos de trabajo, así como de las estrategias obreras de no trabajo. El marxismo no se preocupaba por estos procesos; los daba como supuestos y de paso criticaba a la producción académica por moverse en un nivel manifiesto y por la mala utilización de conceptos, en particular el de alienación. No debe extrañar entonces, que el libro de referencia marxista que constituye el reinicio de la recuperación central del proceso de trabajo, —me refiero al libro de H. Braverman,— haya surgido justamente en los EEUU. Debe recordarse que cuando uno de los pocos grupos teóricos (y políticos) marxistas preocupados por el proceso de trabajo y las estrategias obreras en los lugares de trabajo,

me refiero al grupo "Socialismo o Barbarie", necesitaba dar ejemplos al respecto, reiteradamente citaba los notables trabajos socioantropológicos de D. Roy realizados en la década de los 50.

La nueva crisis del marxismo teórico en los 70, la clausura de las expectativas generadas en algunos países de capitalismo central a partir del 68, así como los nuevos desarrollos económico-productivos y sociales condujeron a recuperar las antiguas conclusiones y materiales de la producción académica norteamericana, que en algunos países europeos fue tamizada con un lenguaje paramarxista. Respecto de los nuevos desarrollos económico-productivos y sociales tres fueron los procesos más determinantes: el desarrollo y claudicación ulterior de la experiencia italiana de la participación obrera, que colocó en un nivel político de masas la propuesta del control obrero; el mantenimiento del nivel de vida del proletariado en los países centrales pese a las condiciones recesivas de la crisis, y el desarrollo y aplicación tecnológicos y de racionalización empresarial que condujo a una reducción significativa en términos cuantitativos del proletariado industrial.

Todos estos procesos, y sobre todo la necesidad de recuperarlos, evidenciaron la carencia de producción marxista sobre la significación del trabajo, la referencia más o menos mecánica a la teoría del valor, la conceptualización crítica (negadora) o sólo referencial a la teoría de la alienación en sus versiones luckasianas y goldmanianas, pero sin investigaciones marxistas que la evidenciaran. Sobre todo indicaba una falta de producción etnográfica y de teorización sobre la significación no sólo económica, sino política, social e ideológica (cultural) del trabajo en los conjuntos sociales y en particular en el supuesto sujeto social de la transformación.

El cuestionamiento generado a partir del desarrollo de los procesos político-económicos, así como la crisis teórica condujeron en los hechos a la pérdida o por lo menos limitación de la perspectiva utópica. La acusación al marxismo de productivista (y no sólo de economicista), y su "realización" en sociedades organizadas jerárquica y autoritariamente, fueron hegemonizando la crítica respecto de una teoría ideológica que si bien operaba como principal fuerza revolucionaria en países tercermundistas, no aparecía generando una alternativa societaria, por lo menos para los países de capitalismo central, incluido en ello la mayor parte del movimiento obrero.

El cuestionamiento al marxismo en el poder como productivista y no sólo economicista en su verificación social, puede ser reconocido como correcto; hallar que la categoría fuerza de trabajo no necesariamente genera un sujeto social con capacidad de transformación alternativa y que esto puede conducir a expresar una metafísica ilusionada de la historia también puede ser aceptado. Podrían hacerse otros reconocimientos del mismo nivel de radicalidad, pero estos reconocimientos deben ser ponderados junto con otros procesos que evidencian su persistencia. Así siguen constatándose los procesos de explotación, de alienación, de mantenimiento de fuertes desigualdades sociales y económicas inclusive en los países capitalistas centrales. Esto es relevante para las condiciones de salud, mortalidad y esperanza de vida desiguales, donde los estratos sociales subalternos y

en particular los sectores laborales menos calificados evidencian una notoria situación de desigualdad (ver E.L. Menéndez y R. Di Pardo 1986). Si esto es así ¿cuáles serían las categorías teóricas y los sujetos sociales que permitirían establecer la posibilidad de alternativas, aun cuando fueran utópicas?

Asistimos en la actualidad a un *realismo* en el cual vuelven a situarse viejos y nuevos amigos en el poder. Esto en Argentina es transparente; la explotación, la alienación, las desigualdades socioeconómicas aparecen como procesos reales, verificables, objetivos que varios discursos *procedentes* de autores marxistas y populistas de izquierda convalidan. Inclusive estos discursos son contemplativos de las realidades. No sólo no niegan los procesos señalados en el propio país, sino que asumen que en otras situaciones de "mayor" explotación pueden generarse transformaciones a partir de diferentes sujetos sociales, pero que las propuestas de los mismos no conducen necesariamente a una sociedad alternativa.

Así como determinados sectores teóricos siguen asumiendo la radicalidad de determinados sujetos sólo a fuerza de ideología, y sin tratar de verificar los procesos significativos en los dos niveles ponderados, también otro sector de ralistas políticos asumen la desaparición de categorías y de sujetos que posibiliten la producción de alternativas. Algunos, y no por eclécticos, diluyen dicha posibilidad, en el concepto de "movimientos sociales", que por lo menos para mí es de muy difícil precisión y como los de cultura popular o medicina tradicional solo tienden a nombrar o etiquetar procesos sin tener la obligación, por lo menos teórica, de generar precisiones y explicaciones.

Si los factores señalados significaron una crisis de alternativas, toda una serie de procesos diferenciales que vemos desarrollarse en los países de capitalismo central y periférico condujeron a intentar recuperar o proponer a otros sujetos sociales como posibles agentes de la transformación alternativa. Debe subrayarse que *todos* los sujetos propuestos, se definen negativa o positivamente con referencia al trabajo y a su significación objetiva y subjetiva (de los conjuntos sociales). Así la denominada "nueva clase obrera", los "estudiantes", los sectores "marginales urbanos", los "campesinados", las propuestas del sector "doméstico" no sólo se definen por su inserción o no inserción productiva, por el tipo de inserción, por la potencial inserción, sino que también se definen, en la casi totalidad de los sujetos sociales, por una determinada relación de valoración subjetiva (de los conjuntos) con respecto al proceso productivo y al producto del trabajo. Esto no es sólo perceptible en la continuidad neomarxista de los que proponían los conceptos de "nueva clase obrera" o de "estudiantado", sino que se da también en las propuestas teóricas respecto del sector "doméstico" y sobre todo en el caso de los campesinados. En estos se daría una particular relación con los medios de producción y en especial con la "tierra", la cual no sólo aparece cargada de contenidos culturales y sociales, sino que además en las relaciones sociales constituidas a partir de ella se encontrarían los ejes de una posible cultura alternativa. Al igual que para la "vieja clase obrera", la relación con el trabajo determina su identidad cultural, pero también al igual que en ella los mecanismos distintivos y

transformadores serán los de cooperación, solidaridad, igualdad, reciprocidad.

Resumiendo, nos interesa reflexionar sobre las problemáticas constituidas en torno del significado del trabajo, dado que el núcleo teórico de las mismas ha sido tomado como categoría explicativa y utópica respecto de las condiciones sociales dominantes y respecto del sujeto posible de la transformación. Esto dentro del marxismo es explícito, pero la mayoría de las tendencias que proponen otros sujetos sociales explícita o a menudo implícitamente, también se refieren a las categorías organizadas a partir del trabajo. Nos interesa además reflexionar sobre la escasísima producción latinoamericana al respecto, sobre los supuestos ideológicos que dan por reconocidas estas significaciones sin descubrirlas ni analizarlas y sobre todo verificándolas en los procesos desarrollados, autónomamente o no, por los diferentes conjuntos subalternos propuestos como posibles sujetos de la transformación social.

Significación subjetiva y continuidad cultural en las clases subalternas

La continuidad de estas reflexiones supone que pongamos qué entendemos por trabajo; de qué estamos hablando cuando nos referimos a trabajo. En principio seleccionamos dos "definiciones" que nuevamente se proponen como tipos que supuestamente engloban toda una serie de definiciones específicas:

- a) Trabajo como equivalente a fuerza de trabajo;
- b) Trabajo como toda actividad que contribuye directa o indirectamente a la transformación de la materia y a la reproducción de los que trabajan, incluyendo toda la variedad de actividades de autoproducción o de producción autodeterminada.

La primera definición es referible exclusivamente a las sociedades de tipo capitalista y la segunda al conjunto de sociedades, en la medida que en todas se dan actividades como las señaladas. Que las mismas estén organizadas y estructuradas a través de otras actividades sociales o que se detecte la inexistencia de un concepto que defina trabajo más allá de la referencia empírica a cada actividad laboral, no implica negar la existencia y reconocimiento de dichas actividades en una sociedad determinada.

Ambas definiciones presentan elementos comunes y diferenciales. La primera acepción supone trabajo asalariado, productivo, "libre" y sobre todo la generación de plusvalía, mientras que la segunda no. De hecho la primera acepción considera al trabajo humano como el determinante de la estructura social, mientras que la segunda la considera como parte de la misma y por lo tanto como codeterminada. Para ambas definiciones el trabajo es colectivo, aunque adquiera formas individuales; implica planificación aun cuando adquiere características de espontaneidad. Supone una aplicación inteligente, un saber, una destreza aun cuando el mismo se realice casi automáticamente. Para ambas definiciones el trabajo tiene como objetivo producir para dar solución a las necesidades; que en el primer caso ésto se da a partir de la generación de plusvalía no invalida dicho objetivo, sino que lo refiere a la relación valor de uso/valor de

cambio. Las necesidades a cubrir, como sabemos, están determinadas por el nivel de cada sociedad y por la construcción de necesidades que operan en las mismas.

Recordemos que lo que estamos señalando para la primera definición corresponde al concepto de fuerza de trabajo, y desde esta perspectiva el trabajo aparece como escindido de las relaciones sociales no económicas, constituyendo teóricamente un campo autónomo. Para la segunda acepción, ni aun razones de tipo metodológico pueden dejar de incluir el trabajo dentro de la red de relaciones sociales y culturales que lo constituyen. Como sabemos esta diferenciación ha sido especialmente discutida dentro del ámbito de la denominada antropología económica, que ha tratado de rescatar la peculiaridad totalizadora de las sociedades precapitalistas, o por lo menos de algunos tipos de sociedades. Pero lo que hay que recuperar es que aun dentro de las sociedades capitalistas la separación sólo es factible en términos metodológicos. La no consideración del conjunto de relaciones conducirá a sesgar el análisis —lo dominante— o a discusiones sin sentido en la medida que no se expliciten los supuestos. Esto aparece relevante justamente en relación con el concepto fuerza de trabajo. Dicho concepto constituye en sí una síntesis teórica que absolutiza las relaciones económicas y que busca explicar que es el trabajo el dador de valor. Pero el aislamiento de las otras relaciones sociales y culturales o inclusive de las relaciones económicas no productivas oculta por ejemplo a esta concepción la función determinante y *productiva* de las condiciones que permiten reproducir la fuerza de trabajo. Su no inclusión en el análisis limita las posibilidades del mismo de dar cuenta del problema analizado, en la medida que escinde la problemática de la significación subjetiva:

“Yo creo que la teoría del valor ha sido considerada demasiado exclusivamente como un razonamiento sobre objetos económicos. Sin duda, es la teoría que se elabora sobre el cambio entre la fuerza de trabajo y el capital mediante el salario, que son objetos y figuras de objetos..., pero la fuerza de trabajo no es sólo un objeto, la fuerza de trabajo es la energía humana, el nivel práctico de la subjetividad humana. ¿Y se puede pensar que el venderse a sí misma sea un acto operativo puramente práctico? ¿Lo que es el movimiento de cambio de los objetos no viene a ser también gradualmente la conciencia de la alienación de sí, del propio ser depravado, explotado?” (U. Cerroni 1982:191).

La concepción del trabajo como fuerza de trabajo ha conducido a considerar al conjunto de los trabajos productivos como *negativos* para el ser humano en general y para el productor en particular, ya sea a través de los procesos de explotación, de alienación o del fetichismo de la mercancía. Sólo podrá haber trabajo positivo al ser eliminadas las condiciones que convierten el trabajo en fuerza de trabajo. En su nivel mayor de abstracción en consecuencia el trabajo tiene bajo el capitalismo un significado negativo para el trabajador.

La segunda definición reconoce que en las sociedades capitalistas, pero también en la mayoría de las sociedades socialistas de Estado el trabajo es degradante, monótono, rutinario, descalificador de habilidades. No se considera necesariamente al trabajo como el factor determinante de la producción de la sociedad, y aun superado el capitalismo, el

trabajo no sólo no será necesariamente creativo, sino que permanecerá alienado. Esto no implica desconocer la existencia de áreas laborales reducidas donde no operan el conjunto de elementos negativos antes enumerados, y donde el trabajo puede ser creativo, satisfactorio, expresivo a partir de sus condiciones intrínsecas.

Mientras que la primera acepción reconoce a la fuerza de trabajo una función particular —ser el agente de la transformación social—, en la segunda no se plantea explícitamente esto.

Ahora bien, la propuesta del trabajo como categoría autónoma y determinante se construye y acompaña el desarrollo del capitalismo. Serán los economistas clásicos, Hegel y Marx los que piensen el trabajo como categoría explicativa de los conjuntos sociales. Pero la no existencia de *teorías* sobre la sociedad basadas en categorías relacionadas con el trabajo no supone concluir que en determinadas sociedades precapitalistas no existieron ideologías sobre el trabajo y los trabajadores. Más aún, en la mayoría de ellas se constituirán estereotipos no sólo referidos a los oficios y ocupaciones sino respecto de los tipos más abstractos, de los cuales los de mayor continuidad han sido los agrupados en función de la escisión trabajo manual/trabajo no manual.

La información comparada evidencia que en la mayoría de las sociedades precapitalistas, sobre todo en las cazadoras-recolectoras, se trabaja lo menos posible, o para ser más precisos el tiempo total anual dedicado al trabajo para obtener la solución de las necesidades establecidas por el nivel de cada sociedad es significativamente menor a la cantidad de trabajo individual generada bajo el capitalismo, especialmente durante el siglo XIX. No obstante en la mayoría de las sociedades precapitalistas, incluso en el caso de algunas sociedades tribales, las actividades laborales son percibidas como tediosas o pesadas, es decir domina una percepción negativa. En las sociedades horticultoras y labradoras, pero sobre todo en las esclavistas y aquellas donde se ha constituido un campesinado, las concepciones ideológicas dominantes son específicamente negativas hacia las actividades laborales.

En varios idiomas la palabra que designa al trabajo no sólo tiene un contenido negativo, sino que expresa una alta discriminación. El trabajo aparece como castigo, como tortura, como obligación, indica generalmente esfuerzo y tiene connotaciones de actividad penosa. Esto, y los subrayamos, ocurre aun cuando el trabajo esté integrado con el ciclo de fiestas y costumbres de las cuales forma parte. La significación creativa del trabajo no es ponderada, salvo para las actividades no manuales, que por otra parte no son consideradas “trabajo”. La escisión entre actividades manuales y no manuales (o intelectuales) genera una visión unilateralmente negativa para el primer tipo de actividades, que son las que realizan el conjunto de los grupos subalternos.

Los sectores sociales hegemónicos en las sociedades estratificadas construyen ideologías en las cuales se integran el necesario reconocimiento de la importancia del trabajo y la negación del mismo y de quienes lo realizan a través de la estigmatización social de los productores.

Tomando el caso particular de las sociedades en las cuales se generará inicialmente el proceso capitalista, debe subrayarse que en ellas la tradición ideológica también con-

sideraba al trabajo en términos negativos. Si bien existían orientaciones ideológicas que recuperaban el trabajo como expresión de las relaciones ascéticas con la divinidad, como un símbolo de las relaciones con la misma, no fue éste el sentido fuerte y menos para las clases subalternas, que como sabemos eran básicamente el "campesinado". Le Goff ha analizado sabiamente este proceso y su estructuración en la Alta Edad Media, sintetizando los elementos dentro de los cuales se desarrollarían las ideologías sobre el trabajo y cómo las mismas se constituyen en torno al prototipo del "trabajador", es decir del campesino. Son sus actividades laborales, las que se "encarnan" en su personalidad social y de ella surgen los indicadores con los cuales se construyen los estereotipos de inferiorización. Como dice Le Goff, una triple herencia pesa en la construcción de este estereotipo: a) grecorromana: modelada por una clase que vive del trabajo esclavo y se enorgullece del *otium*; b) bárbara: de grupos guerreros habituados a obtener parte de sus recursos del botín y c) judeo-cristianas: que hace hincapié en la primacía de la vida contemplativa (1983:170).

En su análisis, Le Goff evidencia que los desarrollos económicos generados en los siglos XIII y XIV condujeron a la estructuración de significaciones que reiteradamente se constituyen a partir de las relaciones estratificadas organizadas en torno al trabajo: la necesidad de validar el trabajo, junto con la necesidad de generar estigmatización y subordinación del trabajador y la recuperación de la escisión manual/no manual como un instrumento que permite ideológicamente dar cuenta de esa situación conflictiva. Como concluye el autor "Pese a la adquisición medieval el trabajo siguió siendo un valor frágil, amenazado, puesto sin cesar en cuestión por la evolución económica y social. Tanto antes como después de la Revolución Industrial las clases sociales que ascendieron a fuerza de trabajo se apresuraron a renegar de su origen laboral. El trabajo no ha dejado de ser realmente una *mácula servil*" (1983:172).

Estas concepciones ideológicas, incluidas por supuesto las condiciones de estigmatización y subordinación, estaban presentes en la "moral" de los conjuntos subalternos a partir de los cuales se desarrollará el trabajo bajo el capitalismo. Son estos conjuntos campesinos y "marginales" urbanos los que no sólo evidenciarán una continua nostalgia por el Paraíso Perdido —lugar donde no se trabaja—, sino que en las concepciones ideológicas populares medievales y de los siglos XVI-XVII se reproducirán las posibilidades de acceder, aunque no sea más que imaginariamente, a los "Reinos de Jauja". Para las clases subalternas en estos "reinos" "a quienquiera que se le coja trabajando se le romperán las dos piernas. (En ellos) no existe el hambre, ni la sed, ni la vejez, ni el dolor. La ley manda comer, beber y no trabajar. No hay ninguna otra ley. No existen policías que obliguen a trabajar" (S. de Grazia 1966:340).

Posiblemente haya sido E. Thompson, quién desde la perspectiva del movimiento obrero, mejor haya analizado la continuidad de estas ideologías, mentalidades, morales o como se las quiera denominar. En sus análisis, se observa que "las masas populares de las que surgió la clase obrera permanecieron atadas durante generaciones a las tradiciones preindustriales; su resistencia al capitalismo también fue una revuelta hacia esta forma de vida, un intento de volver a

crear una sociedad de hombres humildes, independientes que controlaban su propio destino... Tales aspiraciones fueron aniquiladas inevitablemente por el ímpetu ascendente del capitalismo, pero no por esta razón carecieron de importancia o fueron desdeñables..." (T. Nairn 1977:217).

Creo que la continuidad que se afirma debe conducir a rastrear y hallar esta continuidad de relaciones negativas con un trabajo, que si bien en varios contextos supone algunos de los rasgos ponderados por Thompson, implica también otros rasgos en torno a los cuales se organiza la subordinación obrera. La relación con el trabajo, su significación, su articulación negativa con los estratos dominantes, forman parte sustancial de la continuidad en la ideología de las clases subalternas, así como constituye una de las bases sociales a partir de las cuales explicar las nuevas relaciones construidas por la dinámica capitalista, la cual *reitera*, en función de las nuevas relaciones socioproductivas, formas similares de manejo ideológico y social respecto de la tensión entre necesidad de trabajo y discriminación del mismo. Esta tensión forma parte, al igual que los períodos recurrentes de desocupación, de las altas tasas de mortalidad, etcétera., de la experiencia y del saber de estas clases subalternas y se continuarán en las "nuevas" formaciones capitalistas.

Todo un sector del campesinado convertido periódicamente en masa "marginal", en "pobres" desde la Baja Edad Media y hasta el siglo XVIII, irán construyendo experiencias que también se tradujeron en actitudes negativas y ambivalentes respecto del trabajo. B. Geremek demostró, inclusive a nivel cuantitativo, la alta incidencia de esta población "marginal" durante dicho lapso. Señala que:

"Alfred Sauvy al estudiar las relaciones entre empleo y nivel de vida, ha emitido la hipótesis de que en determinadas condiciones la sociedad no tiene interés en desarrollar empleo. En casos así, los inactivos no producen, pero quedan condenados a un nivel de vida bajísimo. Para la sociedad resulta preferible dejarlos sin trabajo y asegurarse un mínimo vital de subsistencia, inferior al salario. Por otra parte, los hombres que se encuentran en semejante situación tendrán una tendencia a preferir ser indigentes y depender de la asistencia pública, a un salario o una renta que supere escasamente el mínimo vital" (1974:259)

y concluye:

"Al igual que Sauvy pensamos que no hace falta infravalorar el elemento del cálculo económico, consciente o inconsciente, en la elección de una existencia vagabunda. Cálculo, en el significado más elemental del término, o sea, confrontación entre la desesperación de vivir trabajando, pero en una miseria creciente o la desesperación de vivir de limosnas, sin trabajo o con una labor ocasional. Cuando el trabajo sólo rinde el mínimo vital, su abandono pasa a convertirse en una tentación social" (1974:261).

Una parte de las clases subalternas determinadas por el sistema social a vivir en un nivel de subsistencia, en un mínimo vital, no debieron esperar al capitalismo para generar una experiencia donde el no-trabajo aparecía como una "solución" más idónea. Opción que es difícil de explicar exclusivamente en función de patrones culturales y es necesario interpretar como estrategias socioideológicas transaccionales.

El desarrollo capitalista iba a *potenciar* toda una serie de procesos previos y a reconstituirlos; pero las significaciones ya existían y se reformularán según las nuevas condiciones de desarrollo capitalista. Así no sólo la salarización y la potencial desocupación son procesos previos al capitalismo, sino que en las situaciones precapitalistas observamos la constitución de políticas que se continuaron en los propios países capitalistas desarrollados no sólo durante el siglo XIX, sino prácticamente hasta la actualidad. Piven y Cloward han descrito y analizado la continuidad de las "Leyes de Pobres" en los EEUU hasta la década de 1960 *demostrando* que dichas leyes no sólo están en relación con las condiciones de demanda de mano de obra en el mercado, sino que las mismas tienden a construir un trabajador ajustado a las relaciones de trabajo y de no-trabajo dominantes.

Toda una serie de particularidades que se han detectado en el uso de la mano de obra/fuerza de trabajo en los países de capitalismo dependiente pueden sin embargo ser encontradas hasta fechas recientes en los países capitalistas desarrollados, y forman parte de la construcción de la fuerza de trabajo por el capitalismo. Así la relación *constante* que la mano de obra de los países periféricos *necesita* generar en un ciclo que esquemáticamente se puede presentar como trabajo industrial/desocupación/trabajo rural y/o trabajo por cuenta propia, no sólo constituyó una característica de los países centrales durante el siglo XIX, sino que se continúa hasta la actualidad en los mismos. S. Mallet describe cómo en un país como Francia dicho ciclo ocupacional se manifiesta hasta después de la Segunda Guerra Mundial en un área de antiguo trabajo industrial, los obreros navales de Nantes. Pero como sabemos ésta es la forma dominante de inserción productiva de los trabajadores migratorios en los países de capitalismo central a partir de la segunda postguerra.

Si bien el propio E.P. Thompson ha analizado las condiciones que dieron lugar a una "cultura obrera" y la significación que el trabajo tuvo para la misma, su *descripción* evidencia en gran medida lo que venimos sosteniendo. En su análisis se señala la notoria continuidad de los sistemas culturales precapitalistas en los trabajadores industriales ingleses, e inclusive un reforzamiento de los mismos en la primera etapa de la Revolución Industrial:

"Enriquecidas por las experiencias del Siglo XVII, conservando en el Siglo XVIII las tradiciones intelectuales y libertarias que hemos descrito, conservando también sus propias tradiciones de mutualidad en las sociedades benéficas y clubes de oficios, estos hombres no pasaron del campesinado a la nueva población industrial en una sola generación" (1977, vol.III:527).

Pero esta continuidad, que forma parte de la cultura obrera, debe incorporar aquellos elementos que hacen a la significación subjetiva del trabajo. Es relevante la poca información histórica y etnográfica (etnografía de los trabajadores) que Thompson maneja al respecto. No sólo no hay descripciones específicas, sino que lo dominante es la caracterización impresionista (orgullo del oficio, saber del trabajador), pero sin descripciones y análisis de los mismos. Más aún; a lo largo de su notable investigación son más relevantes las

condiciones que indirectamente (nivel de vida) o directamente (condiciones de trabajo) ponderan la significación negativa del trabajo. Al analizar algunas de las ocupaciones dominantes a principios del siglo XIX, concluye que *tanto en la agricultura como en la industria* el subempleo constituye uno de los problemas fundamentales. En ambos tipos de inserción laboral sólo una *minoría* de trabajadores tenía regularidad en el empleo y desarrollaba de por vida la práctica de su oficio. Tanto el desempleo, como la rotación no sólo en unidades productivas, sino según el tipo de ocupación constituían la pauta de trabajo dominante. Pero más aun, al describir los procesos de enfrentamiento obrero-patronal se hace evidente que los mismos se organizan prácticamente siempre por las condiciones de trabajo, y no por la significación intrínseca del trabajo:

"Esto nos recuerda energicamente que algunos de los más virulentos conflictos de aquellos años giraron en torno a cuestiones que no tienen que ver con el costo de vida y problemas por el estilo. Las cuestiones que provocaron los sentimientos más intensos fueron con mucha frecuencia los relacionados con valores tales como: costumbres tradicionales, "justicia", seguridad o economía familiar, todos ellos muy alejados del prosaico "pan y manteca". Los primeros años de la década de 1830-40 están llenos de agitaciones sobre cuestiones en las cuales los salarios tienen una importancia secundaria: los alfareros contra el pago en especie; los obreros textiles por la jornada de diez horas los obreros de la construcción por la acción cooperativa directa; todos los grupos de trabajadores por el derecho a organizar sindicatos. La gran huelga en la cuenca carbonífera del Nordeste en 1831 tuvo tres causas principales: seguridad de empleo, liquidación de los economatos obligatorios de las empresas y el trabajo de los niños" (1977, vol.II:28).

Gran parte del énfasis de Thompson está colocado en lo que la socioantropología del trabajo venía subrayando desde la década de los 20, de lo que se considera su principal aporte al conocimiento de la problemática del trabajo. En sus descripciones y análisis demostraron que para los trabajadores la importancia del trabajo reside más que en su significado intrínseco, en las relaciones sociales que se organizan a partir y en torno al mismo; la importancia de los patrones sociales y culturales "externos" que pueden ser recuperados en su trabajo asalariado. Inclusive estos autores reinventan para conceptualizar esto, un término que *también* utilizará Thompson, aunque con un significado más amplio: "moral laboral". Estas propuestas aparecen relevantes en algunos de los mejores productos de la socioantropología del trabajo, en particular los de D. Roy y W. F. White en la década del 1950.

Clases dominantes y el necesario proceso de desconocimiento/reconocimiento

Al subrayar estas continuidades, no se pretende desconocer que el desarrollo capitalista convierte a la subocupación y a la desocupación en estructurales, sino que lo que nos interesa es ponderar la existencia de *experiencias de masas* previas al capitalismo y que ya establecían una significación negativa con el trabajo, con la ocupación, e inclusive con la desocupación, que además en gran medida se continuaron en la constitución de las nuevas sociedades capitalistas.

Son estos estereotipos los que están en la base de las significaciones que se elaborarán durante los siglos XIX y XX, donde la tensión y opacamiento señalados se incrementarán a partir de las nuevas condiciones productivas.

Podemos decir que a nivel ideológico se generan y se articulan toda una serie de concepciones complementarias y contradictorias generadas y asumidas por diferentes sectores sociales, subrayando que algunas de las mismas significaciones serán sostenidas por grupos sociales antagónicos.

Sintetizando y ordenando las concepciones podemos discriminar dos grupos de significaciones ideológicas:

- A) Positivas: - la denominada "mentalidad protestante", que como sabemos puede ser encontrada en el catolicismo del siglo XV italiano, que valora el trabajo en sí;
- la valoración del *trabajo productivo* generado por los trabajadores y que constituye parte de la ideología obrerista desde por lo menos principios del siglo XIX;
- la valoración del trabajo artesanal y en segundo y distanciado lugar del campesinado medieval recuperando la calidad de trabajo totalizador y que es desarrollado por las diferentes tendencias románticas desde fines del siglo XVIII.
- B) Negativas: - el trabajo "industrial" bajo el capitalismo como explotación, alienación, etcétera ponderado a nivel teórico básicamente por el marxismo;
- el trabajo industrial como lo anterior, y señalando los rasgos de degradación física, moral, social, cultural generado en los productores. Las diferentes tendencias del romanticismo filosófico y sobre todo literario desde fines del siglo XVIII;
- el trabajo como expresión de inferioridad y subordinación de clase; generada por determinados estratos de la burguesía articulados con la aristocracia;
- el trabajo como expresión de todo lo anterior, pero en particular referida a la explotación, desocupación y salario: la mayoría de los trabajadores industriales.

Estas diferentes concepciones ideológicas se reformularán en la medida que se generen cambios no sólo económico-productivos, sino sociales y culturales bajo el capitalismo. Además algunas de estas concepciones incluyan en sí mismas elementos conflictivos que aseverando la significación positiva en lo manifiesto, implicaban consecuencias negativas. Así en la denominada concepción protestante-ascética, la productividad per se o se traduce en la ambivalencia riqueza/desprecio o se refiere a la ascesis divina. Las condiciones generadas orientaron esta concepción hacia la primera posibilidad, que si bien se desarrolló plenamente en la segunda mitad del siglo XX a nivel de conjuntos sociales, ya aparecía dada en el siglo XIX:

"La moral puritana tradicional pierde su función cuando una sociedad ha alcanzado cierto grado de industrialización y un elevado nivel de vida, cuando la jornada de trabajo se abrevia y

el trabajo deja de representar un esfuerzo corporal, cuando el trabajo humano se encarece y la racionalización técnica y un mayor crecimiento económico reposan sobre la mayor utilización de maquinaria, en el marco de una tecnología automatizada. La sociedad de consumo a diferencia de la puritana no puede fomentar "virtudes" como la disciplina, el ahorro y la restricción de la satisfacción de las nuevas necesidades..." (J. Israel 1977:244).

Tanto las corrientes ideológicas de los sectores subalternos como las de los dominantes, que llegan al siglo XIX, así como las condiciones reales del trabajo obrero, y los procesos de acumulación capitalista tienden a dar un sentido fuerte a las significaciones negativas del trabajo. Esta ideología como estructura inconciente es la que sobredetermina las significaciones "positivas" de la mentalidad protestante o de la "ideología obrerista clásica", y son las que realmente dan cuenta de la significación social del trabajo para los conjuntos sociales, incluidos los trabajadores industriales.

Bajo el capitalismo se tensará aun más la contradicción ideológica entre la importancia del trabajo humano (fuerza de trabajo) para la acumulación, y la necesidad de estigmatizar al trabajador. Es justamente esta situación contradictoria la que la teoría marxista explicará mejor que ninguna otra a través de la teoría valor/trabajo, y de los conceptos fuerza de trabajo, alienación y fetichismo de la mercancía. Dicha teoría explicará no sólo la necesidad de la fuerza de trabajo como dadora *real* del valor, sino los mecanismos de ocultamiento y opacamiento de ese valor a la sociedad en su conjunto, incluidos los propios trabajadores y la devolución objetivada de su trabajo no sólo como mercancía y productos extraños, sino como trabajo subordinado, degradado.

Si bien como ya lo señalamos contamos con información que evidencia que *el trabajo es salario* en relaciones de trabajo en el occidente medieval o en el sistema colonial americano, será básicamente bajo el capitalismo cuando se generalice crecientemente esta forma de relación, pasando a constituir el salario la simbolización del acto laboral y del resultado de ese acto. Trabajo pasará a ser cada vez más salario, empleo y productividad tanto para los trabajadores como para los patrones y ésto en la práctica social y más allá de los discursos ideológicos.

Es durante este período que se constituyen las nuevas significaciones del trabajo, y si bien el trabajo asalariado de tipo capitalista no será el dominante en términos demográficos, será el hegemónico dada su importancia decisiva para el desarrollo capitalista:

"Para el grueso de la sociedad el trabajo ha sido en general sinónimo de trabajo *rentado*, de modo que las actividades del voluntariado, del ama de casa, del que practica un hobby del artista creador no suelen considerarse trabajo" (W. Neff 1972:54).

Trabajo, para el conjunto de los sujetos, será lo que se hace "para ganarse la vida"; y la ocupación rentada, y básicamente la asalariada, surgen como el prototipo de lo que es el trabajo. Aunque existen otras actividades laborales, las mismas no aparecen colocadas ideológicamente en las condiciones de lo que se considera trabajo asalariado e inclusive el trabajo doméstico no fue considerado "trabajo" por los mismos que lo realizaban.

Que estas sean las significaciones o imágenes dominantes, no supone negar la existencia persistente y aparentemente creciente en determinados contextos, de otras actividades laborales que serían consideradas por los grupos subalternos, como los "verdaderos trabajos". Si bien la mayoría de estas actividades son rentadas, otras no lo son; pero lo que todas expresarían es la necesidad de autodeterminación laboral. Esto es transparente en las ideologías campesinistas, pero también es relevante en los trabajadores industriales cuyo ideal de trabajo es la tenencia del "taller por cuenta propia", así como es también notorio en el desarrollo creciente de determinados tipos de trabajos domiciliarios de alto grado de autonomía.

Las investigaciones socioantropológicas de D. Roy en los años 50 demostraron cómo los obreros realizaban *trabajos para ellos* dentro del proceso laboral que no les pertenecía. Toda una creciente bibliografía dedicada a la problemática del ocio, reiteradamente documenta la importancia de la realización de actividades laborales fuera del horario laboral. A nivel de sentido común un antropólogo francés, A. Vagnac sostenía en la década de los 40 lo siguiente:

"Se evitarían muchos contrasentidos con la noción de recreación si se quisiera reconocer en ella no el paso de actividades extrañas al trabajo, sino el retorno a actividades anteriores a nuestras formas modernas de trabajo. Pescar, cazar, hacer jardinería, producir tomates son labores, pero las significaciones dominantes no las consideran trabajo". (citado por J. Dumazedier 1978, vol.2:355, en G. Friedman y P. Naville 1978).

Los casos enumerados ponderan en conjunto la autonomía en la producción, la autodirección y el autocontrol pero no como propuestas ideológicas abstractas y combativas, sino como formas del quehacer cotidiano y como subproducto de las condiciones del trabajo social. Expresan en el ámbito privado y a veces público, el cuestionamiento a la subordinación en los procesos productivos y la potencialidad que el hombre tiene de realizar actividades laborales que le den otro tipo de "satisfacciones" más allá de la salarial, que es la "satisfacción" básica que obtiene de su trabajo.

Desde esta perspectiva el salario sintetiza no sólo lo que es el (su) trabajo, sino lo que puede obtener con ese dinero fuera del trabajo. El salario crea o es parte de una dialéctica del adentro/afuera centrada en la unidad de producción, según la cual el salario deriva de una actividad laboral que necesita realizar pero respecto de la cual tiene un continuo desinterés. Es no obstante ese trabajo el que permite la realización del salario fuera de la unidad de producción. La posibilidad de hallar algún tipo de satisfacción en el proceso productivo podría darse en la medida que se construyeran posibilidades de autocontrol y autodeterminación, lo cual no genera realmente en su inserción laboral, sino que crea "imaginariamente" en su trabajo "extralaboral".

Esta significación, practicada en los hechos cotidianos y en contadas ocasiones en la vida laboral, ha ido creciendo teóricamente como posibilidad para darle al trabajo una significación perdida. Uno de los interrogantes centrales actuales es si esto es posible, no sólo por las limitaciones políticas al control obrero, sino por las características intrínsecas de la mayoría de los procesos laborales.

Significación del trabajo o de cómo lo intrínseco es secundario

Para la economía clásica y para el marxismo el trabajo en la sociedad capitalista se identifica con productividad, inclusive *inicialmente* para el marxismo sólo hay un tipo de trabajo abstracto: el productivo que es el que genera valor y por lo tanto plusvalía:

"Esto excluye todo trabajo que no es intercambiado por capital. Los propietarios que trabajan por su cuenta (agricultores, artistas, profesionales y otros) son de acuerdo a esta definición trabajadores no productivos, porque su trabajo no se intercambia por capital y no contribuye directamente al incremento de capital" (H. Braverman 1975:471).

Subrayamos el hecho de que para determinadas posturas marxistas sólo determinados trabajos asalariados crean valor y que será básicamente en éstos sujetos sociales que se deposite la posibilidad de una sociedad alternativa. Esta concepción deber ser relacionada con otra que ya se señaló y según la cual es el trabajo más productivo —el único productivo— el más negativo, en términos abstractos y en términos de la subjetividad del que lo ejecuta (por lo menos en términos de alienación); y es este sujeto social el que es la base de las transformaciones alternativas. Como sabemos esto ha persistido dentro de determinadas orientaciones marxistas como núcleo-ideológico fuerte, aun para los que reconocen desde la década de los 60 el crecimiento de la "nueva clase obrera", la creciente tasa de ocupación en servicios y la contribución de por lo menos una parte de estos a la realización del capital, etcétera. Otras tendencias por el contrario han ampliado significativamente los sectores al señalar:

"... pertenece a la clase obrera todo aquel que contribuye, cualquiera sean la forma, intensidad y condiciones de su trabajo, a reproducir el capital social en un valor superior a la suma de los valores invertidos en el proceso de la producción, quedando excluido de las decisiones referentes a la utilización de los capitales y a la distribución de la plusvalía productiva" (L. Tomasetta 1975:244).

Cerrando o ampliando el espectro, la cuestión a plantearnos es si la identificación subjetiva y las condiciones sociales objetivas pueden generar una significación potencial positiva. La famosa investigación de Popitz en los años 50 evidenció, para el caso de los trabajadores metalúrgicos alemanes, la noción de autoidentificación con la producción de valor. Pero no sólo estos resultados son de difícil generalización, sino que los mismos no pudieron ser relacionados en esa investigación con un proyecto transformacional.

Ahora bien, ajeno a discutir esta posibilidad, el problema que sigue permaneciendo es el de cómo se articulan las significaciones negativas dadas en el proceso productivo y en la sociedad, con la posibilidad de significaciones que ponderen una alternativa. Y, lo que es nuclear para este estudio, ¿cómo esto puede partir de las categorías y de las experiencias constituidas en torno al trabajo?

Toda una serie de procesos actuales dados a nivel económico-ocupacional permiten observar que los mismos tienden a profundizar la tendencia a la significación negati-

va respecto del trabajo para el conjunto mayoritario de los trabajadores. No obstante, el trabajo industrial y la reformulación del mismo sigue apareciendo como el eje de las posibilidades *menos* utópicas de solución. Hace ya veinte años el campo socialista de Estado produjo un documento dirigido por R. Richta en el cual se sostenía:

"Todos los pronósticos referidos a la civilización occidental están claramente influidos por los límites del trabajo industrial. La única solución duradera posible es la superación del conjunto de las condiciones básicas del trabajo. La modificación del capital y la reducción del trabajo industrial se convierten en uno de los aspectos claves de las transformaciones sociales y técnicas..." (1971:96)

Para el equipo dirigido por Richta, como para muchos marxistas y no marxistas europeos y norteamericanos la automatización no sólo aparecía como el medio de superar las contingencias productivas, sino de resolver gran parte de la problemática de insatisfacción laboral. No debe olvidarse que la conceptualización sobre la nueva clase obrera surge parcialmente de esta posibilidad. Era el periodo de la recuperación de los Grundrisse y de la apropiación de un Marx que había pensado en la posibilidad de un desarrollo tecnológico que podía reducir a su mínima expresión la fuerza de trabajo.

Las perspectivas abiertas por la automatización, y ulteriormente por la robotización no operaron según las posibilidades planteadas en las sociedades socialistas de Estado; y en las sociedades capitalistas sus consecuencias contribuyeron a incrementar la descalificación laboral y la pérdida de significación del trabajo humano directo. Esto operó además conjuntamente con otros dos procesos, la potencialidad desocupacional y la profundización en la jerarquización y responsabilidad de las tareas a efectuar en los trabajos productivos y no productivos.

Si bien debe reconocerse que el conjunto de estas consecuencias corresponde básicamente a los países capitalistas centrales, las mismas se verifican parcialmente en procesos de punta en algunos países de capitalismo dependiente. No obstante debe subrayarse que en la mayoría de éstos la significación del trabajo tiene que ver con patrones de supervivencia y con condiciones ocupacionales y desocupacionales, donde el trabajo (ocupación) y la posibilidad de ingresos se convierten en los elementos de mayor significación.

Ahora bien, en términos del análisis que venimos desarrollando, estos procesos adquieren un carácter crucial, sobre todo respecto del futuro del trabajo industrial. Se estima que dentro de veinticinco años los trabajadores industriales constituirán no más del 10% de la fuerza de trabajo en la mayoría de los países desarrollados. Consideramos que pensar estas tendencias sólo como "aventuras neoliberales" o como contradicción final (o imposible) del capitalismo, dado que la robotización integral elimina teóricamente la posibilidad de plusvalía, es continuar en la senda de los análisis casi exclusivamente ideológicos.

Desde la perspectiva que nos interesa, estos procesos profundizan la significación negativa a nivel subjetivo de los conjuntos, constituyendo una continuidad de lo verificado en las décadas de los 60 y 70as. Consideramos que las críticas a los procesos de trabajo, la lucha por el "derecho a

la pereza" o por la prolongación del espacio de tiempo no laboral dentro y fuera de la unidad productiva expresan en dichas décadas, sobre todo en los países de más alto desarrollo capitalista, la profundización de la crisis del significado subjetivo del trabajo. Las luchas por los tiempos de producción, los intentos de "reconstitución" de la tarea, se expresaron recurrentemente en las encuestas donde la insatisfacción laboral fue la constante. Desde, por lo menos, la década de 1920 una corriente continua de investigación documenta dicha insatisfacción, desinterés, distanciamiento del trabajador respecto de su trabajo. La mayoría de estas investigaciones son de tipo académico, y en las últimas décadas fueron financiadas tanto por organismos de tipo internacional (OIT) como por los propios gobiernos nacionales. En las décadas de los años 60 y 70as, la mayoría de estas investigaciones demostraron que:

"...los trabajos disponibles en las economías avanzadas carecen de las cualidades morales que generalmente se les atribuyen. De hecho la mayoría de los trabajos son fastidiosos. Su rutina sin variaciones, la simplicidad de muchas de las tareas y la supervisión constante característica del ambiente jerárquico, le niegan al trabajador el sentido de competencia y la sensación de responsabilidad. Dado que el papel que éste desempeña en el proceso productivo es tan pequeño y que los productos que produce muy a menudo son superfluos y triviales, tiene poco sentido de realización. Se le niega la posibilidad de conexión con los demás trabajadores y con el resto de la economía a través de un sistemático aislamiento; además las relaciones personales son intermediadas por relaciones impersonales de mercado. Así, la confianza en que los beneficios morales del trabajo pueden contrarrestar la falta de rumbo individual o la falta de apoyo a las instituciones sociales está perdida... El proceso productivo es llevado a cabo por trabajadores, que fuera de la obtención de su salario, tienen poco interés en la producción" (J.W. Norton Grubb y M. Lazerson 1978:34-35).

Actualmente, cuando una crisis económica profunda y prolongada enfrenta al conjunto de las sociedades y de los sujetos con las necesidades de reproducción general y particular, el trabajo retoma por lo menos parcialmente su rol de necesidad más allá de su carácter obligatorio. Más aún, la dialéctica obligación/necesidad según los contextos sociales nacionales y ocupacionales adquiere hoy una validez social y teórica muy diferente a la que tenía en los años 60 y parte de los 70as. El cuestionamiento a la teoría del valor, la crisis de la teoría fundada en el trabajo para dar cuenta de los procesos de transformación radical, la lectura productivista de sistemas que se consideran antagónicos, la emergencia de la sobre desocupación estructural no sólo en los países de capitalismo dependiente sino en sociedades capitalistas de alto nivel de desarrollo, aunado a un proceso de reinstalación de prácticas de explotación laboral que parecían haber sido "superadas" colocan en un nivel de aparente trivialidad teórica la discusión sobre la significación social y subjetiva del trabajo. Sin embargo la urgencia de esta crisis no debe trivializar un problema y secundarizarlo, sino que debemos tener la voluntad teórica de persistir en su análisis en la medida que el mismo aparezca como importante. Y el problema de la significación del trabajo *todavía* lo es.

Los procesos de automatización y robotización crecientes en su aplicación, aun cuando discontinuos en su desarrollo, no sólo no han constituido la solución calificadora que algu-

nos proponían, sino que han profundizado la descalificación en general y en particular respecto de conjuntos sociales cuya capacitación educacional planteaba expectativas distintas. Más allá de las interrupciones, desaceleramientos o inclusive "resistencias" empresariales (y no sólo de los trabajadores) a la expansión de la automatización, no cabe duda que ésta constituye la tendencia dominante a largo plazo. No cabe duda también que se ha reducido significativamente el proletariado industrial en los países centrales —aun cuando crezca notoriamente en países dependientes como Brasil, Corea, Taiwán, etcétera— y que además la robotización integral amenaza inclusive a nivel teórico la

categoría de plusvalía y fuerza de trabajo.

Los autores, que sobre todo desde países capitalistas desarrollados, teorizan sobre los campesinados, el trabajo doméstico y los movimientos urbanos como alternativas, parecerían no reparar demasiado en que todos estos conjuntos siguen siendo definidos por la dinámica de la producción hegemónica y, lo que es más fundamental desde la perspectiva de nuestro análisis, que dichas investigaciones no dan cuenta de cuál es la significación subjetiva que ese trabajo (no trabajo) tiene para dichos conjuntos sociales, cuál es el tipo de sociedad alternativa que ella implica y sobre todo cómo se llevaría a cabo la misma.

Bibliografía

- Braverman, H.
1975 *Trabajo y capital monopolista*. Editorial Nuestro Tiempo, México.
- Carbonaro, A. y A. Nesti
1975 *La cultura negata. Caratteri e potenzialità della cultura popolare*. Guaraldi Editor, Firenze.
- Cerroni, U.
1982 Entrevista en *Diálectica*, Univ. Autónoma de Puebla, Puebla, México.
- De Grazia, S.
1966 *Tiempo, trabajo y ocio*. Editorial Tecnos, Madrid.
- De la Garza, E. et al.
1986 "La investigación sobre la base obrera en México: un balance preliminar" *Nueva Antropología* VIII, 29:85-106
- Dumazedier, J.
1978 "Trabajo y recreación en G. Friedmann y P. Naville (Edit.): *Tratado de Sociología del Trabajo*, F.C.E, México, vol. II:341-67.
- Israel, Jr.
1977 *Teoría de la alienación. Desde Marx hasta la sociología contemporánea*. Edit. Península, Barcelona.
- Le Goff, J.
1983 *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente Medieval*, Taurus, Madrid
- Marx, C.
1981-83 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) 1857-58, Siglo XXI, México, 3 vols.
- Menéndez, E.L. y R. Di Pardo
1986 "El concepto de clase social en la investigación de la problemática salud/enfermedad" en *Papeles de la Casa Chata*, 1,1:53-62.
- Nairn, T.
1977 "La clase obrera inglesa" en R. Blackburn (Ed.): *Ideología y Ciencias Sociales*. Grijalbo, Barcelona: 209-30
- Neff, W.S.
1972 *El trabajo, el hombre y la sociedad*. Paidós, Buenos Aires.
- Novelo, V.; J.L. Sariego y F. Besserer
1980 *El sindicalismo minero en México: Intento de periodización*. Seminario sobre Clase Obrera y Estado en América Latina, CLACSO-IIS, México.
- Norton Grubb, W. Y M. Lazerson
1978 "Continuidad y falacia en la educación profesional" en C. Biasutto (Comp.): *Educación y clase obrera*. Nueva Imagen:21-54.
- Piven, F. y P.A. Cloward
1972 *Regulating the poor. The functions of public welfare*. Vintage Books, Random House, New York.
- Richta, R.
1971 *La civilización en la encrucijada. Implicaciones sociales y humanas de la revolución científicotécnica*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Roy, D.
1952 "Quota restriction and poldbricking in a machine shop" en *American Journ. Sociology* 6:427-.
- 1954 "Efficiency and the fix" en *American Journ. Sociology* 8:255-. (Versión al español: "Componérselas: un contrasistema de control por los obreros y las relaciones laborales" en T. Burns (Edit.): *El hombre industrial*, Edit. Tiempo Nuevo, Caracas, 1971, 369-390)
- 1953 "Work satisfaction and social reward in quota achievement: an analysis of piecework incentive" en *American Sociol. Review* 19:507-.
- 1959-60 "Banana time" en *Human Organization* vol. 18(4): 158-68.
- Thompson, E.P.
1977 *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra 1780-1832*. Edit. Laia, Barcelona, 3 vols.
- Tomasetta, L.
1975 *Participación y autogestión*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Whyte, W.F. (Edit.)
1946 *Industry and society*. Mac Graw Hill, New York.
- Zapata, F.
1986 "Hacia una sociología del trabajo latinoamericano" en *Nueva Antropología* vol. VIII, 29:7-28.

Clase, Partido y Sindicato en Marx y Engels

Luis Reygadas Robles Gil*

I. Introducción

"Se puede caracterizar la producción del siglo XIX, en su conjunto, por un cierto número de características específicas. Observemos que no es sobre este tipo de producción sobre el que se basa el análisis marxista. CARLOS MARX, con su profundo sentido del futuro, se ha anticipado con frecuencia a las condiciones de conjunto de la producción de su época. Uno de los elementos especiales del extraordinario éxito del marxismo, a partir de 1880, se debe sin duda a su carácter predictivo. (PROUDHON estaba, sin duda, más cerca de la realidad objetiva de la industria de su época, pero le faltó prever el desarrollo del capitalismo industrial; estaba, pues, condenado a perder toda su influencia en los años futuros)". Mallet: 1969, p. 26.

El párrafo anterior está tomado de la obra de Serge Mallet, *La nueva condición obrera*, en la que el autor analiza la evolución histórica del sindicalismo en relación con el desarrollo de la industria. Una de sus hipótesis principales es que cada etapa de la organización capitalista del trabajo ha dado lugar a un modelo de organización sindical diferente. A partir de esta hipótesis, sugiere que las ideas de Marx corresponden a la fase de la gran industria, razón por la cual tuvieron enorme difusión entre los trabajadores de las fábricas mecanizadas a finales del siglo XIX y principios del XX, mientras que no fueron del todo aceptadas por los obreros semiartesanos de la industria no mecanizada, típica en el continente europeo en tiempos de Marx y Engels.

Una tesis similar se encuentra en G.D.H. Cole. En su famosa *Historia del pensamiento socialista* afirma que las ideas de Marx y Engels surgen en el contexto histórico del desplazamiento del productor artesanal por el obrero fabril:

"Marx y Engels elaboraron sus concepciones esenciales en una época en la cual la función principal del desarrollo económico contemporáneo parecía ser la destrucción del productor artesanal individual y su sustitución por una masa de obreros de fábrica poco calificados, que podían ser tratados como meras unidades indiferenciadas de la fuerza de trabajo considerada como mercancía. El primer sistema de fábricas tuvo en todas partes este carácter: fue un medio de sustituir la destreza individual y de abaratar la producción, convirtiendo al obrero en un accesorio de la máquina movida por fuerza mecánica. Para los capitalistas de la revolución industrial, la virtud principal de la maquinaria era que hacía posible el empleo muy productivo de trabajadores muy poco calificados. Marx, generalizando a base de lo que había visto y de lo que había leído en los libros publicados por el parlamento inglés acerca del sistema industrial

en crecimiento, anticipó que el futuro avance del capitalismo llevaría este proceso deshumanizador a extremos mucho mayores" (Cole: 1980: Tomo II, pp. 292-293).

Cole señala que, en los distritos industriales más avanzados de Inglaterra, las cosas no sucedieron exactamente como Marx lo esperaba, ya que el desarrollo de la metalurgia y la industria textil crearon una clase obrera con una diferenciación mayor en sus especialidades, sin que el conjunto del proletariado se convirtiera en una masa homogénea de trabajadores descalificados. A pesar de ello:

"Esta falta de visión, sin embargo, lejos de dificultar la aceptación del marxismo, indudablemente la hicieron más fácil, no en Gran Bretaña, pero sí en los países a los cuales la Gran Bretaña había tomado la delantera. Esos defectos hicieron sobre todo que el marxismo se adaptara a las exigencias mentales de los obreros industriales en los distritos que eran ocupados por empresas capitalistas muy desarrolladas, sin haber pasado por las etapas intermedias a través de las cuales fue desarrollándose el industrialismo Británico. El marxismo se adaptaba bien a la situación de Alemania en las décadas de 1870 y 1880; y se adaptaba aun mejor a la sección industrial, pequeña, pero muy mecanizada de la economía rusa hasta 1917" (*Ibid.*, pp. 293-294).

Estas ideas de Mallet y Cole nos parecen muy sugerentes para intentar hacer un análisis de las tesis de Marx y Engels sobre los sindicatos y el partido obrero. Se trataría de vincular dichas tesis con la historia social de la clase obrera, con las características de la organización del trabajo y el desarrollo del movimiento proletario en la Europa del siglo XIX.

II. De los primeros escritos al manifiesto del partido comunista.

Carlos Marx y Federico Engels escribieron sus primeros trabajos en los años cuarenta del siglo XIX. En esa época existían diversas tendencias en el movimiento obrero europeo. De entre ellas quisiéramos destacar dos, por la cercanía que tuvieron Marx y Engels con ellas y porque constituyeron expresiones muy significativas de dos tradiciones claves en la historia de los trabajadores europeos. Nos referimos a las sociedades secretas y al cartismo inglés.

Organizaciones secretas del tipo de la "Sociedad de las Estaciones del Año" (francesa) o de la "Liga de los Justos" (alemana), representaron la expresión más avanzada de un movimiento cuya base social la constituían obreros profesionales, antiguos artesanos que trabajaban para un patrón pero conservaban muchos de los conocimientos,

costumbres y tradiciones de los antiguos gremios. Sastreres, carpinteros, curtidores, relojeros y trabajadores de oficios similares habían formado organizaciones de ayuda mutua y resistencia para enfrentar un proceso de industrialización que además de haberlos despojado de sus medios de trabajo, amenazaba con volver obsoleta su calificación laboral. En los casos de las dos agrupaciones mencionadas más arriba las sociedades de resistencia evolucionaron hacia organizaciones conspirativas. Inspiradas en ideologías radicales abogaban por una revolución en la que por medio de una insurrección conducida por una minoría bien organizada se llegaría al poder para instaurar un comunismo igualitario. En este tipo de agrupaciones era notoria la desconfianza hacia la acción política dentro de marcos institucionales. Preferían encauzar su combatividad hacia el terreno del enfrentamiento con los patronos o hacia la preparación de complotos. En la mayoría de los casos formaban organizaciones secretas, si bien creaban también organismos públicos para ir incorporando a más trabajadores. Esta tradición era predominante en los países del continente, en los que la industrialización apenas daba sus primeros pasos. (cfr. Cole: *op. cit.*: Tomo I, pp. 162-170).

La Revolución Industrial en Inglaterra había hecho disminuir la importancia relativa de los artesanos y obreros profesionales dentro del movimiento obrero. Creó un nuevo tipo de trabajadores especializados, desposeídos de un oficio, concentrados en grandes industrias y hacinados en los barrios obreros de las grandes ciudades industriales. Entre este tipo de trabajadores fueron perdiendo importancia las organizaciones secretas al mismo tiempo que crecían las tradeuniones. En 1824 se abolió la prohibición de crear agrupaciones y los organizadores sindicales pudieron actuar abiertamente. En los años subsiguientes se formaron gran cantidad de tradeuniones hasta que en 1834 se formó la Gran National Consolidated Trades Union. Esta organización tuvo una vida efímera, pero continuó la lucha de las tradeuniones para conseguir mejoras económicas para los trabajadores. Las limitaciones de las acciones meramente económicas se dejaron sentir rápidamente y fue cobrando fuerza entre los obreros la reivindicación del sufragio universal. En 1838 la Londoner Working Men's Association formuló la People's Charter, documento que exigía el derecho al sufragio para todos los hombres y otras medidas de tipo democrático. La carta encontró eco entre los obreros ingleses y dió origen al movimiento cartista, primer movimiento obrero autónomo con un carácter nitidamente político. (cfr. Abendroth: 1970, pp. 18-22 y Cole: *op. cit.*: Tomo I, pp. 144-149).

Los primeros conceptos de Marx y Engels sobre los sindicatos y los partidos van a estar permeados por la reflexión en torno a estas dos vertientes del movimiento obrero. La tendencia de las agrupaciones secretas predominaba en el continente, particularmente en Francia y en Alemania. El levantamiento de los sederos de Lyon en 1831 y la revuelta de los tejedores de Silesia en 1844 siempre llamaron la atención de Marx y Engels por su combatividad. En sus intentos por influir en el movimiento obrero alemán trabajaron de cerca con las sociedades secretas. Pero uno de los grandes méritos de Marx y Engels fue captar que ese tipo de acción obrera tenía ya muy pocas perspectivas históricas.

Lograron advertir que el futuro del movimiento obrero estaba en la línea de lo que había hecho el cartismo, a pesar de que ese movimiento representaba para entonces una excepción dentro del panorama europeo.

En marzo de 1845 Engels publicó *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. En este texto realiza un minucioso análisis del proceso de industrialización y de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado inglés. En el capítulo dedicado a los movimientos obreros hace un recuento de las fases que había atravesado la lucha obrera desde sus inicios hasta el cartismo, pasando por la destrucción de máquinas y la formación de tradeuniones. Al analizar los alcances de este tipo de agrupaciones destacó sus limitaciones y sus potencialidades:

"La historia de estas asociaciones es una larga cadena de derrotas de los obreros, interrumpidas de vez en cuando por alguna que otra victoria suelta. Como es natural, estos esfuerzos, por denodados que sean, no pueden llegar a destruir la ley económica según la cual el salario se rige por el juego de la oferta y demanda en el mercado de trabajo. De ahí que las asociaciones obreras resulten impotentes cuando tienen que hacer frente a las grandes causas que pesan sobre esta relación: en una crisis comercial, la misma asociación obrera se ve obligada por lo general a aceptar una baja de salarios o incluso a disolverse y, cuando la demanda de trabajo experimenta un alza importante, no puede elevar los salarios a un nivel más alto del que por sí misma impondría la propia competencia entre los capitalistas". (Engels: 1981, pp. 462-463).

Esta afirmación va a estar acompañada de una visión optimista de las perspectivas políticas de la acción sindical:

"Pero lo que da su verdadera importancia a estas asociaciones y a los paros y huelgas organizados por ellas es el hecho de que representan el primer intento de los obreros por luchar contra la competencia entre ellos. Responden a la conciencia de que la dominación de la burguesía sólo se basa en la competencia intestina de los trabajadores, es decir, en la falta de cohesión del proletariado, en el enfrentamiento de unos obreros contra otros. Si las asociaciones obreras representan un peligro tan grande contra el orden social vigente es precisamente porque, aunque solamente en parte y de un modo limitado, van dirigidas contra la competencia, que es la espina dorsal del orden social imperante". (*Ibid.*, p. 464).

En la primavera de 1845 se reúnen Marx y Engels para escribir su primer libro conjunto: *La ideología Alemana*. En este texto se plantea que la gran industria crea las condiciones materiales para la unificación del proletariado. Contiene el siguiente pasaje, muy ilustrativo respecto a la concepción que tenían sobre la formación de la conciencia proletaria:

"El proletariado es la clase de la que nace la conciencia de la necesidad de una revolución radical, la conciencia comunista que, naturalmente, puede llegar a formarse también entre las otras clases, al contemplar la posición en la que se halla aquella". (Marx y Engels: 1958, p. 77).

Como puede verse, para Marx y Engels la conciencia comunista nace del mismo proletariado, de sus condiciones de existencia. No necesita que otra clase o un partido se la introduzca desde afuera. En el desarrollo de sus luchas los obreros adquieren conciencia de su situación. Este punto es importante porque discrepa de las tesis que van a sostener

marxistas posteriores sobre la imposibilidad de que el proletariado adquiriera conciencia de clase por sí mismo.

En 1847 Marx publicó su obra *Miseria de la Filosofía*, en la que criticó fuertemente el anarquismo socialista de Proudhon. Rechazó las ideas de éste, contrarias a la formación de coaliciones y partidos. En este escrito encontramos un original párrafo en el que se utilizan las nociones de "clase en sí" y "clase para sí":

"En principio, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero no todavía para sí misma. En la lucha, de la cual hemos señalado algunas fases, esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí misma. Los intereses que defiende llegan a ser intereses de clase". (*Ibid.*, p. 243).

Lo interesante de esta idea es que la constitución de la clase se vista como un proceso histórico que atraviesa por varias fases. No se trata entonces de que la clase obrera se forme de una vez y para siempre desde el momento mismo en que queda desposeída de sus medios de producción. Su proceso de conformación continúa posteriormente, en función no sólo de factores puramente económicos, sino de determinantes políticos e ideológicos relativos a su lucha social. Lo que interesa a Marx no es cómo algún factor externo le aporta a la clase su conciencia, sino de qué manera la clase va evolucionando.

Engels y Marx formaron en 1845 en Bruselas un centro llamado Comité Comunista de Correspondencia y entablan relaciones con diversas organizaciones europeas. En 1846 entraron en contacto con Weitling, dirigente de la Liga de los Justos. Las relaciones entre ellos fueron conflictivas, llegando al grado de que Marx acusó a Weitling de ignorante y comunista artesanal, mientras que éste afirmó que Marx sólo hacía análisis de gabinete alejado de los sufrimientos del pueblo (cfr. Claudín: 1981, pp. 54 y ss.). Posteriormente Weitling abandonó Europa para partir hacia los Estados Unidos y Marx y Engels continuaron sus relaciones con la Liga de los Justos. Esta organización también desconfió inicialmente de las propuestas de los que llamaban "los literatos de Bruselas", ya que entendían que los comités de correspondencia eran "una especie de aristocracia de sabios para dirigir al pueblo desde lo alto de su Olimpo" (*Ibid.*). Consideramos que estas discrepancias entre la Liga de los Justos y Marx y Engels no sólo se explican por la mutua desconfianza entre obreros e intelectuales, sino también porque tenían diversas concepciones del movimiento obrero. La Liga se insertaba en la tradición de las sectas secretas y tenían peso las concepciones de que la instrucción y no la revolución era el medio principal para el mejoramiento de la clase obrera. Representaban distintas etapas de la lucha obrera y era difícil que llegaran a una coincidencia plena. Sin embargo, algunas diferencias se fueron limando debido al acercamiento de la sucursal londinense de la Liga con los cartistas y a la proximidad de un movimiento revolucionario en Europa. Esto último impulsó a ambas partes a buscar un acuerdo. En 1847 Marx y Engels y su grupo de Bruselas se integran a la Liga, la cual posteriormente cambió su nombre por el de Liga de los Comunistas. Esta organización encargó a Marx y a Engels la redacción de un docu-

mento que después se hizo mundialmente famoso: el Manifiesto del Partido Comunista.

El Manifiesto del Partido Comunista, publicado a principios de 1848, contiene, entre otras muchas cosas, una síntesis de las concepciones de Marx y Engels sobre el partido y los sindicatos. Destaca un pasaje en el que *la cuestión de los sindicatos y la cuestión del partido son tratados conjuntamente, como dos momentos del proceso de constitución del proletariado en clase:*

"Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente inferior. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ello ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes: el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones individuales entre el obrero y el burgués adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan a formar hasta asociaciones permanentes para asegurarse de los medios necesarios, en previsión de estos choques circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación. A veces los obreros triunfan, pero es un éxito efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es favorecida por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años. Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los mismos obreros. Pero surge de nuevo, y siempre más fuerte, más firme, más potente". (Obras Escogidas en un tomo, p. 40).

En el "Manifiesto" aparece un vínculo directo entre la noción de *partido* y la noción de *clase*. En ocasiones se utilizan casi como sinónimos intercambiables. La palabra *partido* se utiliza con cierta ambigüedad, otorgándole por lo menos tres sentidos diferentes. El primer sentido es para designar a algún partido o agrupación en concreto. A este primer significado es al que menos importancia le otorga Marx, como veremos más adelante. Una segunda connotación de la palabra *partido* es la que se utiliza para analizar la relación entre los comunistas y el resto de las tendencias políticas dentro del movimiento obrero. La tercera connotación hace referencia al partido como equivalente a la organización del proletariado en clase. Esta última acepción se puede entender como la concepción del partido en un sentido amplio de la palabra, en donde se considera como partido a una clase que actúa como tal. Para Marx, éste va a ser el significado más importante de la palabra, como lo demuestra el siguiente fragmento de una carta que envió a Freiligrath en 1860:

"La Liga, lo mismo que la Sociedad de las Estaciones del Año, y que centenares de otras sociedades, son sólo episodios en la historia del partido que nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna. (...) Yo me he esforzado por disipar el equivoco de que por 'partido' me refería a la Liga, cuya existencia terminó hace ocho años, o la redacción del diario, que dejó de salir hace doce años. Por partido yo entendía el partido en el gran sentido histórico del término" (citada en Claudín: *op. cit.*, p. 49).

El partido, en el gran sentido histórico del término, no es otra cosa que la clase actuando organizadamente en el plano nacional. Son muchos los escritos en los que Marx hace mención de "nuestro partido", del "partido obrero" sin referirse a ninguna agrupación en específico, sino a la clase obrera en su conjunto. Puede decirse que en Marx y Engels se encuentra un concepto de partido-clase. Lo realmente trascendente para ellos es el proceso histórico por el cual una clase se convierte en partido, se incorpora a la acción política, adquiere una presencia nacional. Lo secundario será la acción de los partidos (es decir, las organizaciones específicas) sobre la clase. Las diversas agrupaciones no son vistas sino como meros episodios en la historia de la clase. Sin duda alguna la noción de partido entendido como clase social tiene una trascendencia mucho mayor en la obra de Marx y Engels que la noción de partido como organización.

También llama la atención en la Carta a Freiligrath la idea de que el partido nace espontáneamente, por doquier, del suelo de la sociedad moderna. Resulta una afirmación sumamente optimista respecto al hecho de que el desarrollo mismo de la sociedad hará surgir la necesidad de organización y la conciencia política del proletariado. Esta misma línea sigue el pasaje del Manifiesto citado más arriba, en el que el paso de la lucha obrera local a la lucha sindical a nivel nacional y a la lucha propiamente política es vista como un proceso continuo, que no implica ninguna ruptura particular. Cabe recalcar que en los textos de esta primera etapa Marx y Engels plantean una concepción que entrelaza el sindicato y el partido obrero como dos momentos de la lucha y la autoorganización de la clase. No se hace una escisión entre dos sujetos (el sindicato y el partido) con funciones totalmente diferenciadas (el primero para la lucha económica, el segundo para la lucha política). Por el contrario, se reafirma la unidad de un solo sujeto —el proletariado— que en su antagonismo con el capital se constituye en clase en sí y para sí mismo. Las formas organizativas que adquiere la clase (coalición temporal, coalición permanente, movimiento político) no son sino fases por las que atraviesa en su proceso de unificación y consolidación.

III. La experiencia de la revolución de 1848

Para comprender cabalmente las concepciones de Marx y Engels sobre el sindicato y el partido no basta con conocer sus textos. Adquiere singular importancia hacer referencia a su relación práctica con las organizaciones obreras. En ese sentido nos interesa señalar la trascendencia de las actividades de Marx y Engels durante la Revolución de 1848, así como de las conclusiones a las que arribaron a partir de ese proceso revolucionario. De hecho, fue la única revolu-

ción en la que participaron activamente, en el escenario mismo de los acontecimientos.

En los primeros meses de 1848 Marx formó parte del Comité de Bruselas de la Liga de los Comunistas, que en ese momento tenía las funciones de Comité Central. A principios de marzo fue expulsado de Bélgica y se trasladó a París, donde unas semanas antes se había instaurado la República. En marzo se produjeron también insurrecciones en Suiza, Viena, Venecia, Milán y Berlín.

En abril Marx y Engels se trasladaron a Alemania. Ahí prácticamente no existe la Liga de los Comunistas, pero algunos de sus miembros tenían una actuación destacada en diversas agrupaciones obreras y democráticas. Contra la opinión de otros dirigentes, Marx decidió suspender las actividades de la Liga como tal en Alemania, para actuar en el ala izquierda del partido demócrata. Marx mismo se convierte en dirigente de la Asociación Democrática de Colonia y se integra activamente al movimiento. Paralelamente, Marx y Engels concentraron sus esfuerzos en la publicación de un periódico en el que pudieran expresar sus opiniones. Es así como de junio de 1848 a mayo de 1849 aparece la Nueva Gaceta Renana.

Años más tarde, en un análisis retrospectivo de la Nueva Gaceta Renana, Engels justifica de la siguiente manera la táctica que siguieron él y Marx en ese período:

"El proletariado alemán aparece por primera vez en la escena política principalmente como un partido democrático de extrema izquierda. Esto determinó que nuestra bandera al fundar en Alemania un gran periódico no podía ser otra que la bandera de la democracia; pero de una democracia que destacaba siempre, en cada caso concreto, el carácter específicamente proletario, que aún no podía estampar de una vez para siempre en su estandarte. Si no hubiéramos procedido de este modo, si no hubiéramos querido adherirnos al movimiento, incorporándonos a aquella ala que ya existía, que era la más progresiva y que, en el fondo, era un ala proletaria, para impulsarlo así hacia adelante, no nos hubiera quedado más remedio que ponernos a predicar el comunismo en alguna hojita lugareña y fundar, en vez de un gran partido de acción, una pequeña secta". (Obras Escogidas en tres tomos, Tomo III, pp. 176-177).

Como puede apreciarse, lo que más les interesaba a Engels y a Marx era incidir directamente en el proceso revolucionario. Para cumplir con ese objetivo, la Liga de los Comunistas no era un medio eficaz. Ellos consideraban que la Liga tenía utilidad para realizar actividades de propaganda en condiciones de privación de derechos de expresión. Pero, en los marcos de una revolución en marcha, la Liga apareció ante sus ojos como una pequeña secta de alcances limitados, si no es que como una traba para la acción política. Era preferible participar en un organismo más amplio, como lo fueron las asociaciones democráticas, no obstante que en ellas tuvieran la hegemonía los demócratas pequeño burgueses. Un sector de la Liga no estuvo de acuerdo con la táctica de Marx y Engels, pero éstos sostuvieron su posición.

A finales de 1848 y principios de 1849 se habían formado asociaciones obreras en diversos puntos de Alemania. Existía la posibilidad de formar una agrupación obrera independiente con una mínima base social. En abril de 1849 Marx publicó el artículo "Trabajo asalariado y capital", en el que se analiza el antagonismo entre las dos clases funda-

mentales del modo de producción capitalista. En ese mismo mes Marx y otros comunistas se retiran del comité de los demócratas renanos con la idea de dar más cohesión a las asociaciones obreras. En esa coyuntura la Asociación Obrera de Colonia acordó:

- 1) Salir de la Federación de asociaciones democráticas de Alemania y afiliarse a la Federación de asociaciones obreras alemanas, cuyo Comité central tiene la sede en Leipzig.
- 2) Encargar a su Comité de convocar en Colonia un congreso provincial de todas las asociaciones obreras de Renania y Westfalia antes de la reunión del congreso general de trabajadores del Leipzig, con objeto de estrechar los vínculos del *partido auténticamente social*" (citado por Claudin: op. cit. pp. 203-204, subrayado nuestro).

Al producirse la ruptura orgánica con los demócratas, Marx se propuso formar un partido obrero de masas similar al de los cartistas ingleses. El punto de arranque de este partido no sería la Liga de los Comunistas, sino las organizaciones locales que los obreros formaron en el transcurso de la revolución. En febrero de ese año se había discutido la posibilidad de reorganizar la Liga, pero Marx y Engels se opusieron argumentando que en tanto que existía aún cierta libertad de prensa y de palabra, la Liga no era todavía necesaria.

El proyecto de formar un partido obrero no pudo materializarse porque para ese momento la revolución ya se encontraba en su fase descendente. La alianza de las clases poseedoras les permitió ir poniendo fin a la revolución, la cual sufre en 1849 derrota tras derrota en diversas partes de Europa.

Con la derrota de la revolución, los comunistas fueron atacados. Marx fue expulsado de Prusia y Engels tuvo una amenaza de detención. Otros redactores de la Nueva Gaceta Renana se encontraron frente a situaciones similares y esta publicación dejó de aparecer. En junio Marx viajó a París, de donde es expulsado en agosto. Se trasladó a Londres, en donde permaneció el resto de sus días. Engels fue a Suiza y posteriormente se dirigió también a Londres. A finales de ese año entraron a formar parte del nuevo Comité Central de la Liga que se reorganizó en esa ciudad.

Marx y Engels pensaban que era posible una próxima revolución en Alemania, en la que la pequeña burguesía democrática podría tener un lugar preponderante. Por eso consideraron importante tratar de llegar a un acuerdo con el resto de la Liga, con el fin de propulsar la participación del proletariado en esa esperada revolución. Esa intención de llegar a un acuerdo se manifestó en el "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas", redactado por ambos pensadores. En este texto se hace una evaluación de la participación de la clase obrera alemana durante la revolución, llegando a la conclusión de que la debilidad del partido obrero lo colocó a la cola de la burguesía de tal forma que:

"en el movimiento general cayó por entero bajo la influencia y la dirección de los demócratas pequeños burgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros." (Obras Escogidas en tres tomos: Tomo I, p. 180).

Para alcanzar esa autonomía obrera, el "Mensaje" postuló la necesidad de que el proletariado construyera su propia organización:

"En vez de descender una vez más al papel de coro destinado a jalear a los demócratas burgueses, los obreros, y ante todo la Liga, deben procurar establecer junto a los demócratas oficiales una organización propia del partido obrero, a la vez legal y secreta, y hacer de cada comunidad, centro y núcleo de sociedades obreras en las que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas". (ibid., p. 184).

Sin embargo, las expectativas de un nuevo auge revolucionario se desvanecieron pronto. En el verano de 1850 Marx y Engels llegaron a la conclusión de que eran remotas las perspectivas de una revolución en lo inmediato. Bajo esa óptica la Liga de los Comunistas comenzó a perder relevancia para ellos.

Esta apreciación de la conjuntura no fue compartida por la mayoría de los miembros de la Liga en Londres, para quienes la existencia de dicha organización estaba por encima de cualquier circunstancia. Las discusiones internas se hicieron más álgidas y en septiembre de 1850 los 40 miembros de la sección londinense de la Liga expulsaron al pequeño grupo de Marx y Engels. Esta resolución fue justificada de la siguiente forma:

"a) por la necesidad de restablecer una sólida organización de la Liga, a fin de que en la inminente revolución proletaria en Francia y Alemania no sólo se crece una oposición y se editen gacetas (...); b) porque Marx y Engels han seleccionado un grupo de semiliteros para convertirlos en sus partidarios personales y fantasear sobre su futuro poder político; c) porque por esa vía Marx y Engels aspiran a transformar la Liga en instrumento de poder personal, ignorándola por completo cuando no puede serles inmediatamente útil, de lo que es prueba 1848, cuando en Colombia Marx y Engels cambiaron su título de miembros del Comité central por el de redactores de la Nueva Gaceta Renana, y d) porque esa llamada camarilla literaria no puede ser útil para la Liga y hace imposible toda organización". (citado por Claudin: op. cit. pp. 233-234).

La mayor parte de las organizaciones de la Liga en la emigración apoyaron la resolución del comité londinense, mientras que la mayoría de los miembros de la Liga que permanecían en Alemania se pronunciaron a favor de Engels y Marx. La Liga se escindió en dos: un sector dirigido por Marx y Engels y otro por Willich y Schapper. En noviembre de 1852, después del proceso a los comunistas de Colonia; Marx y Engels propusieron la disolución de su Liga. Poco después también desapareció la otra. (cfr. Cole: op. Cit.: Tomo II, p. 13).

IV. La crítica de la economía política y la Asociación Internacional de Trabajadores.

En las décadas posteriores a la derrota de la Revolución de 1848 se consolidó el capitalismo europeo. No se produjo la Revolución socialista que Marx y Engels esperaban. Estos reconocieron que se habían mostrado excesivamente optimistas frente a las perspectivas del movimiento proletario. Marx le escribió a Engels en 1863:

"Las ingenuas ilusiones y el entusiasmo casi infantil con que saludamos, ante febrero de 1848, la era revolucionaria se han desvanecido para siempre (...) ahora ya sabemos el papel que en las revoluciones desempeña la estupidez y cómo los miserables saben explotarla" (citado por Claudin: op. cit., p. 414).

En 1895 Engels hizo un señalamiento autocrítico en su introducción a "Las Luchas de clases en Francia..." de Marx. En dicha introducción reconoció que 40 ó 50 años antes no estaban aún agotadas las perspectivas de desarrollo capitalista:

"La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de naturaleza a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente en Rusia, y haciendo de Alemania un verdadero país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de extensión" (ed. cit., p. 196).

Marx y Engels pudieron observar en Inglaterra cómo la fortaleza capitalista resistió los embates revolucionarios y cómo el funcionamiento del sistema era mucho más complejo de lo que habían supuesto en un principio. Sus experiencias políticas y sus inquietudes teóricas los llevaron a profundizar sus estudios críticos de la economía política.

Marx, respaldado por Engels, inició una minuciosa investigación sobre la economía capitalista, misma que absorbió más de tres décadas de trabajo exhaustivo. Escapa a las finalidades de este escrito hacer un análisis, por breve que fuese, de las múltiples aportaciones de los estudios económicos de Marx y Engels. Queremos tan sólo comentar dos puntos que se encuentran relacionados con nuestro tema.

En primer término es pertinente señalar el interés que revisten los análisis de Marx sobre el proceso de trabajo capitalista. En los manuscritos inéditos sobre capital y tecnología de 1861-1863, en el capítulo VI inédito de *El Capital* y en la sección del Tomo I de *El Capital* en la que se analiza el desarrollo de la producción capitalista, desde la cooperación simple hasta la gran industria, Marx hizo un genial estudio sobre la organización social del trabajo en este modo de producción. Señaló cómo los cambios tecnológicos inciden en las relaciones de fuerzas entre obreros y patronos, en la estructura de poder al interior de la fábrica y en las características mismas de la lucha obrera. La división del trabajo en la manufactura y la introducción de maquinaria en la gran industria debilitan al obrero, lo hacen más dependiente del capitalista y le arrebatan el control sobre su trabajo. Pero al mismo tiempo crean una nueva fuerza social, la del obrero colectivo que ha forjado la industria moderna, la de la cooperación entre los productores en el mismo proceso de trabajo. Estos textos constituyen un marco de referencia incomparable para cualquier estudio sobre la acción sindical: no es posible comprender plenamente la naturaleza del comportamiento político de la clase obrera si se olvida que la lucha entre las clases se inicia en el corazón mismo de la sociedad burguesa: en la fábrica, en el proceso directo de producción.

En segundo término comentaremos que en *El Capital* Marx describe la profunda transformación interna que experimenta el capitalismo por medio de la producción de plusvalía relativa. A mediados del siglo pasado los industriales tuvieron cada vez más dificultades para obtener mayores volúmenes de plusvalía por medio de la prolongación de la jornada de trabajo. Esto debido tanto a la imposibilidad física de hacer trabajar al obrero más allá de ciertos límites, como a la creciente resistencia del proletariado que

exigió la reglamentación de la jornada laboral. Cuando los obreros ingleses lograron el establecimiento de la jornada legal de diez horas, los capitalistas aceleraron la tecnificación de las fábricas. El incremento de la productividad permitió a los empresarios aumentar sus ganancias a pensar de que la jornada de trabajo se redujo. Incluso fue posible que aumentaran los ingresos del proletariado sin que mermasen las ganancias del capital. El establecimiento de la jornada de diez horas fue una gran conquista del movimiento obrero, como lo señaló Marx en el Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores: "por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada en plena luz del día por la economía política de la clase obrera". Pero hay que tomar en cuenta que a este triunfo la burguesía fue capaz de responderle con una modificación histórica de largo alcance. La producción de plusvalía relativa brindó al sistema la posibilidad de acceder a muchas de las peticiones de los sindicatos, sin que por ello peligraran las relaciones sociales capitalistas. Es evidente que esta cuestión podría alterar profundamente la naturaleza de la actividad sindical. En *El Capital* no se detallan las consecuencias de este fenómeno, pero se dejan las bases para comprenderlos. En escritos posteriores Marx y Engels volverán sobre el tema.

Cabe ahora abordar el punto de la participación de Marx y Engels en la Asociación Internacional de Trabajadores y las repercusiones que esto trajo sobre sus concepciones acerca del partido y el sindicato.

Después de la disolución de la Liga de los Comunistas Marx y Engels se habían negado a participar en nuevas agrupaciones obreras, concentrándose en su trabajo intelectual. No obstante, en 1864 aceptaron la invitación de participar en la Asociación Internacional de Trabajadores. Es probable que tomaran esta decisión por considerar que el renacimiento del movimiento obrero que se inició desde 1858 ofrecía a la Asociación perspectivas de desarrollo. Además la participación de las traducciones inglesas en la Internacional le daba seriedad al asunto.

A mediados de 1865 Marx escribe "Salario, precio y ganancia". Este texto es interesante, no sólo porque se escribe en medio de una ola de huelgas, sino porque representa la conjunción del trabajo teórico que estaba realizando Marx en la redacción de "El Capital" con su labor política al seno de la Internacional. En esta obra Marx argumenta la importancia de la lucha por aumento de salarios diciendo que si no se diera esa lucha los abusos de los capitalistas serían mayores y se produciría una degradación de la clase obrera. Pero esta defensa enérgica se complementa con la afirmación de que la lucha por simples aumentos salariales no puede eliminar la explotación que viven los trabajadores. Este escrito concluye con un agudo balance de los alcances y limitaciones de las luchas de los sindicatos:

"... la clase obrera no debe exagerar ante sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad (...). Las traducciones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, son deficientes por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de eslozarse, al mismo tiempo, por cambiarlo en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación definitiva de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema de trabajo asalariado" (en Obras Escogidas en un tomo, pp. 231-232).

Al seno de la Internacional Marx y Engels tuvieron una fuerte confrontación con las corrientes anarquistas y en particular con Bakunin. Por razones de espacio no es posible analizar aquí las polémicas que se suscitaron en esa época. Baste decir que Marx y Engels hicieron críticas incisivas a las posiciones que defendían el abstencionismo político del movimiento obrero. Contribuyeron a que en los Congresos de la Asociación Internacional de Trabajadores se tomaran resoluciones a favor de la participación política de los sindicatos y de la formación de partidos obreros. En un pasaje de una circular del Consejo General de la Internacional se resume la apreciación que tenían del paso de las sectas obreras a la constitución de organismos políticos del proletariado:

“La primera fase en la lucha del proletariado contra la burguesía, estuvo marcada por el movimiento de las sectas. Este movimiento tenía su razón de ser en una época en que el proletariado no estaba aún bastante desenvuelto para reaccionar como clase. Los pensadores individuales hacían la crítica de los antagonismos sociales, dándoles soluciones utópicas que la masa de los obreros no hacía más que aceptar, propagar y poner en práctica(...) por su propia naturaleza, las sectas formadas por estos iniciadores son abstencionistas, extrañas a toda acción real, a la política, a las huelgas, a las alianzas, en una palabra, a todo movimiento de conjunto (...). En fin, esta fue la infancia del movimiento proletario, como la astrología y la alquimia fueron la infancia de la ciencia. Para que la función de la Internacional fuese posible, fue necesario que el proletariado traspasara esta fase.” (citado por Bambirra y dos Santos: *op. cit.* pp. 76-77).

V. - Partido y sindicato en los últimos escritos de Marx y Engels

En este apartado se analizarán las concepciones de Marx y Engels sobre el sindicato y el partido vertidas en obras posteriores a la derrota de la Comuna de París y a la desaparición de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Se trata de concepciones que en lo esencial mantienen una relación de continuidad con las de textos anteriores, pero que también inician una nueva reflexión. Las derrotas obreras y las transformaciones económicas y políticas del capitalismo generaron en Marx y Engels un replanteamiento crítico de los alcances y la naturaleza de las organizaciones proletarias.

Señalamos anteriormente que Engels y Marx se inspiraron en las experiencias de la clase obrera inglesa para diseñar un modelo dinámico de evolución de la clase obrera en su proceso de constitución como clase. Vieron en el movimiento cartista una experiencia de avanzada del proletariado europeo. Durante muchos años mantuvieron una relación estrecha con las tradeuniones inglesas. En los primeros tiempos de la Internacional esa cercanía se transformó en una alianza para combatir conjuntamente las posiciones de las sectas que postulaban el abstencionismo en política. El punto de contacto entre ellos fue el mutuo reconocimiento de la importancia de la acción política amplia de la clase obrera. Pero, más allá de esta idea compartida, tuvieron profundas discrepancias estratégicas (cfr. Bambirra y Dos Santos: *op. cit.*, pp. 33-34 y 68-75). Paulatinamente los sindicatos ingleses asumieron una línea política mucho más pragmática, orientada por la búsqueda de un mejoramiento de la situación social de la clase obrera, pero sin cuestionar

el modo de producción capitalista. De este modo se fue alejando su combatividad política y, hasta cierto punto, el sistema fue capaz de integrarlos. Estas posiciones se manifestaron abiertamente en el conflicto de la Comuna de París. Las tradeuniones inglesas reprobaban los métodos radicales de los comuneros y se alejaron de la Internacional a raíz de esos acontecimientos. Marx, por su parte, a pesar de que consideró prematuro el alzamiento de los obreros parisienses, apoyó sin reservas a la Comuna.

Es interesante constatar la distancia existente entre la “ideología formal” de los sindicatos ingleses y su “ideología real” (1). Si bien los dirigentes se proclamaron durante un tiempo firmes partidarios de la Internacional, las concepciones reales de las bases obreras estaban mucho más vinculadas a la dinámica concreta de sus empresas y sus regiones que a las filiaciones políticas y partidarias. A la larga, la ideología real prevaleció. En Inglaterra habían desaparecido las condiciones que permitieron que en la década de 1840 el movimiento obrero asumiera una posición política radical. Después de esa llamada “década del hambre”, los obreros calificados obtuvieron algunas mejoras, los sindicatos conquistaron su pleno reconocimiento y una abundante legislación social atenuó la conflictividad laboral. Desde finales de la década de 1850 el cartismo fue desplazado por un sindicalismo más moderado, cuya principal base social eran los obreros especializados. A estos les interesaba más consolidar su posición gremial que actuar concertadamente en un campo más amplio. Si posteriormente los sindicatos se pronunciaron por el “internacionalismo”, el “socialismo” o el “laborismo”, hay que precisar que para los trabajadores dichas concepciones significan cosas muy diferentes que para los teóricos o para los dirigentes sindicales.

En una serie de artículos conocidos como “Algunas cuestiones del Movimiento Obrero”, publicada en 1881, Engels hizo un balance de las acciones de las tradeuniones inglesas a lo largo de su existencia. Constató que tenían luchando 60 años contra los bajos salarios y se habían agremiado a ellas más de dos millones de trabajadores. Pese a estas conquistas, los sindicatos no habían podido modificar los fundamentos del sistema de trabajo asalariado. Engels criticó la tibieza de las tradeuniones en la utilización de las armas políticas. No obstante que habían conseguido el derecho al voto y, con ello, la posibilidad de combatir al capital en el parlamento, no elegían a obreros como representantes parlamentarios. Esta estrechez política motivó a Engels a proponer la construcción de una organización política de la clase obrera estructurada en el nivel nacional, y no sólo por ramas de industria. Aunque Engels sostuvo su confianza en que la clase obrera transitaría de la organización sindical a la organización política, advirtió que ese tránsito no sería tan directo como lo había concebido en su juventud: señaló que era posible que las tradeuniones se estancaran en el proceso, resistiéndose a ampliar sus espacios de acción política.

En 1892 Engels escribió un nuevo prólogo a la edición alemana de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

(1) En relación a la distinción entre “ideología real” e “ideología formal” en el movimiento obrero, cfr. Mallet: *op. cit.* p. 26.

Este texto reviste singular interés porque en él Engels bosquejó las nuevas condiciones en que se desarrolló el movimiento obrero, casi 50 años después de que escribiera su famoso libro sobre la condición del proletariado inglés. Señaló que el estado de cosas descrito en ese libro pertenecía ya, en gran parte, al pasado. Que si bien no hubo grandes progresos en lo que se refiere a la vivienda de los obreros, las epidemias hicieron comprender a la burguesía británica la necesidad de sanear sus ciudades. Menciona también que los obreros ingleses consiguieron la aplicación de las leyes fabriles y conquistaron el reconocimiento de los sindicatos, de las huelgas y de sus derechos políticos.

Engels reconoció que a pesar de dichas conquistas el socialismo no se había extendido entre los obreros ingleses. Explicó esta situación argumentando que el predominio industrial de Inglaterra permitió a la burguesía otorgar a la clase obrera una situación de relativo privilegio, minando su combatividad.

Engels creyó que esta mediatización del movimiento obrero inglés era un fenómeno transitorio que correspondía a una situación excepcional de prosperidad industrial. Aclara que sólo dos sectores de la clase obrera habían experimentado una mejoría sostenida: los obreros de la gran industria y los trabajadores calificados que conservaban un oficio que no había sido aún desplazado por la introducción de maquinaria. Pero el resto del proletariado se encontraba en condiciones de miseria e inseguridad. Por eso, confiaba en que, con el derrumbe del monopolio industrial de Inglaterra, renacería el socialismo entre los trabajadores británicos.

También destaca la mención que hizo Engels de la existencia de "dos sindicalismos", uno, anquilosado, correspondiente a los trabajadores calificados, y otro, emergente, propio de los obreros no calificados que creó la mecanización de la industria. De aquí se desprende una idea muy interesante: la de que cada fase del desarrollo industrial crea un tipo de proletariado distinto, lo que a su vez da lugar a diferentes tipos de sindicalismo. Determinadas organizaciones sindicales, que habían alcanzado una extraordinaria fuerza, decaen cuando su sindicalismo envejece, cuando ya no corresponde a la nueva organización social de la producción. Esta idea puede ser de gran utilidad para el estudio de la acción obrera en diferentes etapas del desarrollo industrial.

En los últimos años de su vida Marx y Engels pudieron observar el proceso de formación de amplios partidos obreros en Europa. Las resoluciones de la Conferencia de Londres de la Internacional, celebrada en 1871, habían recomendado la formación de partidos políticos en cada país. Esta línea correspondió al desarrollo de los acontecimientos. En las tres últimas décadas del siglo pasado surgieron y se consolidaron fuertes partidos socialistas de masas en diversos países. Marx y Engels asesoraron directamente a franceses y alemanes. Recibieron con beneplácito el nacimiento de estas nuevas agrupaciones, si bien combatieron enérgicamente las posiciones reformistas que se desarrollaron en esos partidos, como lo atestiguan, entre otros documentos, la "Crítica al Programa de Gotha" que escribió Marx en 1875, con observaciones críticas sobre el proyecto del futuro partido obrero unificado de Alemania.

Los partidos obreros crecieron en forma inusitada, el número de sus afiliados y sus triunfos electorales, tanto en situaciones de legalidad como de ilegalidad, sorprendieron a propios y extraños. Hacia el final de su vida Engels pensó que por fin había llegado la época en que se haría irreversible la constitución del proletariado en clase, en partido. En las conclusiones de su "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas" desborda optimismo sobre la capacidad del proletariado para conquistar su organización política:

"Hoy, el proletariado alemán ya no necesita de ninguna organización oficial, ni pública ni secreta; basta con la simple y natural cohesión que da la conciencia del interés de clase, para conmovier a todo el imperio alemán, sin necesidad de estatutos, de comités, de acuerdos ni de otras formas tangibles [...]. El movimiento internacional del proletariado europeo y americano es hoy tan fuerte, que no sólo su primera forma estrecha —la de la Liga secreta—, sino su segunda forma, infinitamente más amplia —la pública de la Asociación Internacional de los Trabajadores—, se ha convertido en una traba para él, pues hoy basta con el simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un sólo y único partido: el gran partido, el gran partido del proletariado." (ed. cit., pp. 469-470).

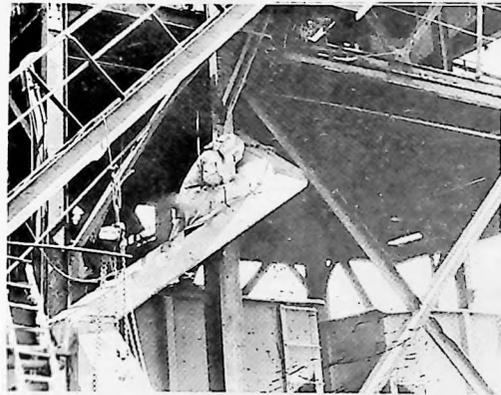
VI. Conclusiones

En este trabajo se intentó seguir la evolución de las tesis de Marx y Engels sobre los sindicatos y el partido obrero. Se prefirió ir entremezclando ambos conceptos porque consideramos que, en la obra de estos autores, aparecen estrechamente imbricados. Concluimos que es posible encontrar algunas constantes teóricas al respecto en diversos textos escritos en un período de aproximadamente 50 años. Estas constantes giran en torno a la conceptualización del proceso del constitución del proletariado en clase. Desde las obras de juventud hasta los escritos de madurez se perfila la noción a que la clase obrera vive en el seno del modo de producción capitalista un devenir histórico. Es decir, no se constituye de una vez y para siempre, sino que atraviesa diversas fases de desarrollo a través de las cuales se configura como un sujeto social capaz de incidir decisivamente en el desenvolvimiento de una nación o, incluso, en un contexto más amplio. La evolución histórica de la clase obrera se encuentra determinada por múltiples factores. Por un lado intervienen las transformaciones de la economía capitalista que delimitan una condición obrera en términos de una organización social del trabajo, de un espacio urbano de una situación social específica. Pero también es fundamental la determinación del enfrentamiento de clases. En la lucha contra el capital, el proletariado va adquiriendo el carácter de clase, se unifica, adquiere una identidad, se transforma a sí mismo.

Es dentro de este concepto de clase en movimiento, de clase en construcción, que se insertan las tesis de Marx y Engels sobre el sindicato y el partido. El sindicato representa un momento clave en la autoorganización de la clase. Es el momento de la unidad contra los patronos, de la resistencia contra los abusos del capital. Esta resistencia mitiga las consecuencias de la explotación, impide la degradación físi-

ca, social y moral de la clase obrera. Los sindicatos permiten la organización permanente del proletariado, porque surgen de la unidad inmediata entre los trabajadores. Pero, para Marx y Engels, los sindicatos tienen una limitación estructural: se encuentran atrapados en los estrechos marcos de la compraventa de la fuerza de trabajo y reproducen la división que el capital ha hecho de la clase obrera en diferentes gremios, categorías y ramas de la industria. Por eso, a pesar de que pueden contribuir a mejorar la situación de los trabajadores, se reducen a una "guerra de guerrillas" que no alcanza a destruir el sistema del trabajo asalariado.

Para Marx y Engels, la principal aportación de los sindicatos es que inician un proceso de unificación de la clase. Esta unificación no se detiene ahí; rebasa las fronteras de los gremios y las ramas de la industria para entrelazar a la clase en su conjunto. Esta unidad le da a la clase el carácter



de partido. le permite actuar como tal. Para ellos, el concepto de 'partido' adquiere un significado profundo cuando hace referencia a la actuación del proletariado como clase. Concluimos por eso que, en los fundadores del materialismo histórico, existe una teoría consistente del partido exclusivamente en lo que toca al comportamiento de las clases como partidos. No existe una teoría del partido entendida como una conceptualización de cuáles deberían ser las formas organizativas que debería asumir la clase obrera. Su actitud práctica hacia las organizaciones obreras parece indicar que pensaban que el movimiento mismo iba generando las formas de organización más adecuadas. Si Marx y Engels no formularon una teoría del partido político, en el sentido que hoy suele darse al término, fue porque no lo consideraron relevante. Confiaron en que la elevación de la clase a partido se daría tarde o temprano, venciendo los obstáculos que se le presentaran. La institucionalización de los partidos y de los sindicatos propia de la sociedad de masas contemporánea apenas se iniciaba en tiempos de Marx y Engels.

Los postulados de Marx y Engels sobre el sindicato y el partido surgen en una época muy específica: la de la aparición del proletariado de la gran industria en la escena políti-

ca mundial. La virtud de estos pensadores fue haber comprendido las tendencias del movimiento social de su época: cuando en Europa predominaban todavía la ideología y la práctica propias de las primeras fases de la industrialización, propusieron un modelo de acción política adecuado a lo que sería la condición obrera en las décadas posteriores.

Por lo que toca a la relación entre partidos y sindicatos, Engels y Marx se mostraron seguros de que podría resolverse en forma satisfactoria: el desarrollo mismo de la lucha sindical crearía en los obreros la necesidad de construir su organización política. Cuando esto no sucedió así, como fue el caso de las tradeuniones inglesas, atribuyeron el hecho a circunstancias históricas excepcionales, como por ejemplo el monopolio industrial de Inglaterra. Aunque en sus últimos escritos manifestaron algunas reservas sobre la continuidad entre la lucha sindical y la lucha revolucionaria, señalando que los sindicatos podían perder de vista las limitaciones de su lucha, mantuvieron en esencia su puntos de vista. Como lo ha señalado Richard Hyman: "A un nivel de teoría general, Marx y Engels dejaron sin cuestionar su primera interpretación revolucionaria del sindicalismo". (op. cit., p. 24).

El desarrollo posterior de Europa no confirmó el optimismo de Marx y Engels. Los sindicatos y los partidos políticos crecieron como instancias paralelas, con funciones a veces complementarias y a veces antagonicas. Se estableció una diferenciación entre lucha económica y lucha política, de tal suerte que en muchas ocasiones surgió un abismo entre los partidos y los sindicatos. El tránsito entre la lucha sindical y la lucha política no se produjo con la continuidad que ellos esperaban. Esa transición se había dado con relativa sencillez en el caso del movimiento cartista, en una situación pre-revolucionaria en Europa. Cuando el capitalismo europeo logró transformarse para conjurar la amenaza revolucionaria, se produjo un corto circuito en la continuidad del proceso que habían bosquejado Marx y Engels: coalición temporal-organización sindical-organización de la clase en partido- creación de un estado proletario. Lejos de intentar reprochar a Marx y Engels el no haber advertido esta ruptura, cabe señalar que sus análisis del capitalismo constituyen una aportación inigualable para comprenderla.

Los factores que permitieron al capitalismo de Europa Occidental frenar el proceso de las revoluciones proletarias en el siglo pasado fueron de distinto orden. En el ámbito económico interno destaca la reestructuración de las relaciones capitalistas a partir de la producción de plusvalía relativa. Esto permitió modificar en algunos aspectos la condición obrera e integrar a los sindicatos, neutralizándolos hasta cierto punto. Por otro lado, el sistema encontró otros medios para sus expansiones: La industrialización de otros países europeos, la expansión del mercado mundial, el neocolonialismo, la concentración y centralización del capital, el desarrollo de nuevas ramas de la producción, etcétera.

En el terreno político, la sociedad burguesa también mostró mayor capacidad de resistencia y recomposición de la que le atribuyeron Marx y Engels. La instauración de repúblicas democráticas no trajo consigo la dominación política del proletariado. La burguesía fue capaz de subsistir y

de fortalecerse en ese tipo de régimen político. La mediación de la democracia y el surgimiento de nuevas formas de dominación ideológica y política posibilitaron la consolidación de los estados europeos. Las revoluciones de 1830, 1848 y 1871 no sólo hicieron madurar a la clase obrera. También dieron pie a una restructuración del sistema. Los términos del proceso de constitución del proletariado en

clase y de la relación entre sindicatos y partidos se modificaron igualmente. Nuevos teóricos intentaron estudiar el problema. El hecho de que las discusiones posteriores sobre el tema hayan tomado como punto de partida las tesis de Marx y Engels, ya sea para apoyarse en ellas o para rebatirlas, demuestra la trascendencia que han tenido.

Bibliografía citada

A) OBRAS DE MARX Y ENGELS

- Marx, C. "Manuscritos económico-filosóficos". Colección 70, Grijalbo, 1975.
- Marx, C. "Crítica de Filosofía del Derecho de Hegel" en *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*. Grijalbo, 1970.
- Engels, F. "La situación de la clase obrera en Inglaterra", en *Escritos de Juventud*. F.C.E., 1981
- Marx, C. y Engels, F. "La ideología Alemana". Ed. Aguilar, Madrid 1971.
- Marx, C. "Miseria de la Filosofía", Ed. Aguilar, Madrid, 1971.
- Marx, C., Engels, F. y Hess, Moses "De la Liga de los Justos al partido comunista". Ed. Roca, 1973.
- Marx, C. y Engels, F. "Manifiesto del partido Comunista", en *Obras Escogidas* en un tomo. Ed. Progreso, s/f.
- Marx, C. y Engels, F. "Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas" en *Obras Escogidas* en tres tomos, Tomo I, Ed. Progreso, s/f.
- Marx, C. "Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850" en *Obras Escogidas* en tres tomos. Tomo I, ed. cit.
- Marx, C. "El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte", en *Obras Escogidas* en un tomo, ed. cit.
- Engels, F., "Las verdaderas causas de la pasividad del proletariado", citado por Claudín: 1981.
- Marx, C. "Capital y tecnología. Manuscritos inéditos, 1861- 1863". Ed. Terranova, 1980.
- Marx, C. "El Capital, Crítica de la economía política". Tomo I, F.C.E., 1973.
- Marx, C. "El Capital, libro I, capítulo VI inédito". Siglo XXI ed., 1975.
- Marx, C. "Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los trabajadores", en *Obras Escogidas* en tres tomos, Tomo I, ed. cit.
- Marx, C. "Salario, Precio y Ganancia", en *Obras Escogidas* en un Tomo, ed. cit.
- Marx, C. "Carta a Freiligrath, 1860", citada por Claudín: 1981.
- Marx, C. y Engels, F. "Circular reservada del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores" citada por Bambirra y Dos Santos: 1980.
- Engels, F. "Carta a Bernstein, del 17 de junio de 1879", citada por Hyman: 1978.
- Engels, F. "Algunas cuestiones del movimiento obrero" en *Escritos económicos varios*. Ed. Grijalbo, 1986.
- Engels, F. "Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas", en *Obras Escogidas* en un tomo, ed. cit.
- Engels, F. "Introducción de 1892 a la Situación de la clase obrera en Inglaterra", en *Escritos de Juventud*, F.C.E., 1981.
- Engels, F. "Introducción de 1895 a las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850". En *Obras Escogidas* en un Tomo, ed. cit.
- Marx, C. "Sobre el colonialismo". Cuadernos de Pasado y Presente No. 37, 1978.

B) OBRAS DE OTROS AUTORES

- Abendroth, W.
"Historia social del movimiento obrero europeo". Ed. Estela, Barcelona, 1970.
- Blackburn, Robin
"Teoría marxista de la revolución proletaria". Universidad Autónoma de Puebla, 1978.
- Bambirra, Vania y Dos Santos, Theotonic
"La estrategia y la táctica socialista de Marx y Engels, a Lenin", tomo I, Ed. Era, 1980.
- Claudín, Fernando
"Marx, Engels y la revolución de 1848". Siglo XXI de España, 1981.
- Cole, G.D.H.
"Historia del Pensamiento Socialista", tomos I y II, F.C.E., 1958.
- Gandy, Ross
"Introducción a la sociología histórica marxista" Ed. Era, 1978.
- Hyman, Richard
"El marxismo y la sociología del sindicalismo". Ed. Era, 1978.
- Mallet, Serge
"La nueva condición obrera", Ed. Tecnos, Madrid, 1969.
- Rossanda, Rossana
"De Marx a Marx, clase y partido", en *Teoría marxista del partido político (3)*, Cuadernos de pasado y presente No. 38, Siglo XXI Ed., 1976.
- Vega, Adolfo
"Sobre la revolución proletaria". Ed. Acción Proletaria, 1975.

La cultura minera en crisis

Aproximación a algunos elementos de la identidad de un grupo obrero *

Juan Luis Sariego Rodríguez

Introducción

Creo no equivocarme al afirmar que el tema de la cultura obrera constituye un problema de análisis poco desarrollado en la historiografía y en los estudios actuales sobre la clase obrera mexicana. La propia convocatoria a este Coloquio hace claramente referencia a ello e incluso no son pocos quienes, por razones diversas niegan a este tema un estatuto de autonomía: ¿Existe realmente una cultura propia y distintiva de los obreros mexicanos? ¿Hay, en verdad, límites específicos entre esta cultura y aquella, más estudiada y discutida, que se conoce como cultura popular o subalterna? La ponencia que presentamos sin pretender, desde luego, resolver esta polémica intenta plantear algunas vías de respuesta ubicando el problema en un contexto histórico específico. Nos referiremos concretamente a un sector particular de la clase obrera mexicana: los mineros.

El objeto central de la discusión —la cultura minera— aparece aquí tratado utilizando una estrategia metodológica que queremos hacer explícita. La cultura es vista como un conjunto de respuestas históricas de este sector obrero que implican sistemas de valores, modelos de comportamiento y formas de vida y que apuntan, implícita o explícitamente, hacia una visión del mundo y de las relaciones sociales. Hablamos de respuestas porque, en sus diferentes expresiones, la cultura obrera tiene siempre el carácter de una alternativa o una resistencia frente al modelo de la cultura hegemónica burguesa. Subrayamos la dimensión histórica, porque las respuestas obreras se inscriben dentro de una experiencia histórica capaz de unificar a los sujetos que las viven.

Si la cultura obrera es respuesta histórica, esto significa que se modifica, cambia y atraviesa por procesos de redefinición. Esta ponencia pretende justamente mostrar cómo la cultura minera pasa actualmente por un proceso histórico de crisis y redefinición cuyo origen es el cambio profundo que se ha venido operando en las últimas décadas en todos aquellos ámbitos de referencia que enmarcaban la condición de este grupo de trabajadores. En concreto, postulamos a lo largo de este artículo, que los cambios que se han dado en los últimos años en el mercado de trabajo minero, en el trabajo mismo, en los sistemas de propiedad y gestión

de las empresas, en las comunidades y en el sindicalismo mineros, apuntan claramente hacia una crisis del modelo tradicional de cultura minera consolidado entre principios de siglo y 1940-50.

En cada uno de estos ámbitos —el trabajo, la gestión empresarial, la comunidad y el sindicalismo— entendidos como ámbitos de interpelación surgieron modelos culturales de respuestas obreras. Los cambios en cada uno de estos órdenes no sólo revelan una nueva condición obrera sino que también muestran la caducidad de formas de repuestas y resistencias obreras que en otro tiempo daban identidad y eficacia a las acciones de los mineros. Por eso hablamos de crisis de la cultura minera: los viejos modelos de acción y de representación han dejado de ser vigentes sin que, en su lugar, se hayan consolidado nuevas alternativas que permitan hablar de una nueva cultura minera.

El sujeto histórico de referencia: Los mineros del "enclave".

El sujeto histórico al que nos referiremos no es el proletariado minero en su conjunto sino un sector muy particular al que denominamos mineros "de enclave". Dicho sector se configuró a finales del siglo pasado y principios de este como consecuencia de los cambios que se operaron en la minería mexicana y que supusieron una ruptura con los patrones productivos y sociales del modelo minero colonial.

Se trata, en efecto, de un proletariado que vivió e hizo posible el tránsito entre la vieja minería de los metales preciosos y la de los minerales industriales y siderúrgicos. Vivió por ello la innovación tecnológica que trajo aparejada la modificación en los sistemas de trabajo y la diversificación productiva.⁽¹⁾

El contexto económico en el que surgió este nuevo proletariado fue la *minería de enclave*, es decir, un sistema de organización de la producción minera caracterizado por la implantación de grandes empresas monopólicas de capital y tecnología extranjeros cuya racionalidad económica se desarrolló con una relativa autonomía de la dinámica nacional, integrándose a ésta sólo por la vía de la obtención de divisas y recursos fiscales.⁽²⁾

(1) Sobre las condiciones de vida y trabajo de este nuevo proletariado de los enclaves mineros formado a principios de siglo, véase Sariego J.L. "La condición del proletariado minero a principios de siglo" en *Arqueología de la Industria en México*, Museo Nacional de Culturas Populares, México, 1984, pp. 19-53.

(2) En un caso histórico concreto, el de Cananea, hemos tratado de mostrar cómo entre 1900 y 1929 la situación financiera, la política de explotación y en general la dinámica de la empresa fue bastante indepen-

* Ponencia presentada al coloquio sobre cultura obrera, organizado por el Museo Nacional de Culturas Populares en 1984.

El modelo económico del enclave tuvo su correlato a nivel social. En los nuevos Minerales colonizados y urbanizados por los capitalistas extranjeros, en muchos casos aislados de los grandes centros urbanos de la época, se generó una estructura ocupacional marcada por el predominio casi absoluto del trabajo minero. Las empresas, apoyadas en la legislación liberal de principios de siglo asumieron el control de los recursos económicos y monopolizaron a su arbitrio el poder político local. La escena urbana de estas poblaciones se convirtió en una prolongación del sistema de relaciones laborales caracterizado por el principio de la división del trabajo basada en criterios de origen étnico-nacional. En este contexto, los conflictos obrero-patronales asumieron el carácter de una pugna nacionalista cerrada en los límites del enclave y en la que estuvieron en juego aspectos globales de la condición obrera cotidianamente enfrentada a los empresarios extranjeros.

Poblaciones mineras con las características de enclave señaladas y conocidas comúnmente como Minerales surgieron en diferentes partes de la geografía mexicana, pero fue sobre todo en los estados norteños donde más prevalecieron este tipo de centros mineros. Fue, en particular, el caso de poblaciones fundadas a raíz de nuevos descubrimientos como El Boleo en Baja California; Cananea, Nacozari, El Tigre, Minas Prietas en Sonora; Sierra Mojada, La Rosita, Palaú, Las Esperanzas en Coahuila, ...etcétera.

La reorganización productiva y social emprendida por el capital extranjero afectó también a los viejos centros mineros de origen colonial, algunos antiguos Reales de minas. En ellos, aun cuando pudieran no darse todas las características típicas de un enclave minero —tales como el aislamiento geográfico, el predominio ocupacional de la actividad minera, el monopolio político de los empresarios extranjeros—, se consolidó sin embargo un proletariado con rasgos sociales y culturales similares a los de los mineros de los enclaves norteños. Este parece haber sido el caso de poblaciones como Santa Eulalia, San Francisco del Oro, Santa Bárbara, Parral y Batopilas en Chihuahua; Velardeña y Mapimí en Durango; Sombrerete, Fresnillo, Concepción del Oro y Mazapil en Zacatecas; El Oro y Tlapujahu en el Estado de México; Etzatlán en Jalisco; Real de Catorce y Charcas en San Luis Potosí. Real del Monte en Hidalgo, así como las ciudades de Pachuca, Guanajuato, Zacatecas, Chihuahua y San Luis Potosí.

El modelo cultural minero derivado de la matriz de enclave.

El sistema de enclave, tal y como hemos definido, resume en esencia el modelo patronal de organización capitalista de la producción y de explotación obrera. En oposición a este modelo fue surgiendo un conjunto de respuestas y alternativas obreras (conductas, formas y visiones de vida), base de una cultura de identidad minera que, en términos generales, puede decirse que se mantuvo históricamente, desde principios de siglo hasta las décadas de 1940-50.

diente de las coyunturas de crisis de la economía nacional y de la legislación minera del gobierno mexicano. Cfr. Sariego J.L., *Enclaves y Minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita. 1900-1970*, en prensa.

La oposición entre el modelo empresarial de enclave y la emergente cultura minera se hizo particularmente patente en tres ámbitos de referencia de la condición de este sector obrero: las formas de organización, el trabajo y la comunidad.

a.) La cultura minera: construcción de una identidad a través de la conquista de formas de organización obrera.

Sin duda, uno de los obstáculos más serios para la formación de una cultura minera fue la dificultad de construir formas de identidad asumidas por los trabajadores y unificadoras de sus intereses. La construcción de esta identidad fue un proceso muy lento porque hubo de superar una tendencia marcadamente opuesta derivada del modelo empresarial de enclave. A nuestro juicio, el logro de esta identidad y, por ende, la construcción de una cultura minera, pudo ser posible gracias a la creación de diferentes estructuras y formas de organización obrera.

El modelo empresarial de enclave se sustentó en un principio consistente en la creación de una serie de barreras sociales que impidieran de hecho la posibilidad de una identidad y una unidad obreras. Este principio tuvo, entre otras, las siguientes modalidades: la negativa y la represión frente a todo conato de organización obrera, la discriminación étnica tanto en el trabajo como en el espacio urbano, la formación de un mercado de trabajo caracterizado por la inestabilidad y la heterogeneidad y el recurso a una política paternalista frente a toda demanda obrera.

La negativa frente a todo intento de organización constituyó la estrategia empresarial más claramente dirigida en contra de cualquier proyecto de identidad y unidad obrera. En términos generales puede decirse que, salvo las asociaciones mutualistas, ninguna organización obrera de las que existieron fue reconocida como tal por los empresarios antes de la promulgación de la Ley Federal del trabajo.⁽³⁾

La discriminación étnica no sólo caracterizó la división del trabajo en las minas y plantas metalúrgicas, sino que también se plasmó en una política de salarios diferenciados según nacionalidades y en una concepción de segregación espacial (Sariegalidad) en el trazado urbano de los Minerales y en el acceso a determinados servicios públicos. Todavía, hoy en día, en estas poblaciones es fácilmente reconocible la línea divisoria entre las colonias de empleados y directivos empresariales extranjeros y los barrios de las familias mineras mexicanas.

El mercado de trabajo que desencadenó el auge minero de principios de siglo, en especial en las regiones norteñas, dió como resultado la formación de un proletariado de enganchados y advenedizos del más variado origen ocupacional y geográfico. Algunos, la mayoría eran de ascendencia campesina: pequeños propietarios agrícolas, jornaleros, peones de hacienda, ...etcétera, desplazados hacia las minas por la atracción que ejercieron los salarios, superiores a los del sector agrícola y como consecuencia de los sistemas de enganche utilizados por las empresas. Otros, la minoría,

(3) Véase al respecto Besserer, F., Victoria Novelo y Juan Luis Sariego, *El sindicalismo minero en México, 1900-1952*, Ed. Era, México, 1983, pp. 20-33.

conformaron una especie de "aristocracia obrera": trabajadores de oficio minero procedentes de zonas extractivas (Guanajuato, Zacatecas, San Luis Potosí... etcétera) y obreros profesionales con experiencia en otras industrias (caldereros, paileros, herreros, electricistas, soldadores, carpinteros...etcétera). Para suplir las carencias de mano de obra, los empresarios utilizaron también el enganche con el objeto de contratar mineros extranjeros norteamericanos, chinos, japoneses y europeos.

Pero el mercado de trabajo no sólo se caracterizó por su capacidad para movilizar un numeroso contingente de mano de obra sino también y paradójicamente por su inestabilidad. Los *lock-out* patronales fueron norma común en muchas negociaciones mineras, tanto en épocas de depresión y bajas en los precios internacionales, como en la época de la Revolución y en coyunturas de conflictos obreros.⁽⁴⁾

La política paternalista de los empresarios extranjeros se tradujo muchas veces en un discurso patronal tendiente a mostrar la capacidad de los dueños de las empresas para prever, proveer y dar solución a toda necesidad obrera antes de que éste se convirtiera en demanda y, cuando así fuera, para anularla. En ocasiones, el paternalismo aparecía disfrazado de un trato entre iguales.⁽⁵⁾ El paternalismo empresarial tuvo un reflejo muy claro en la política urbana de las compañías mineras de las que más tarde hablaremos.

La estrategia empresarial de represión frente a la organización obrera, de discriminación étnica, de conformación de un mercado de trabajo inestable, heterogéneo y de paternalismo, fue típica del capitalismo minero de enclave y esta estrategia tendió a anular toda posibilidad de emergencia de una identidad-unidad de las clases trabajadoras de los Minerales: ¿Cómo unificar, en efecto, un proletariado dividido y fragmentado internamente, desde el origen de su constitución, por barreras derivadas de sus diversos orígenes étnicos, socio-profesionales, geográficos y acentuados aún más en la división del trabajo? ¿Cómo aglutinar y representar a este proletariado minero a quien se le negaba, por principio, toda instancia de negociación y organización? En fin, ¿cómo hacer posible la emergencia de una identidad de clase desdibujada por el paternalismo empresarial que, al invadir todos los resquicios de la vida social de los mineros, incluso los más vinculados con la reproducción social, obligaba al proletariado de los enclaves a ser en todo dependiente de la iniciativa patronal?

(4) En el caso de Cananea, una de las empresas menos afectadas por la Revolución hubo entre 1906 y 1922 siete *lock-out* patronales con la consistente paralización de labores. (Cfr. Sariego, J.L., *Enclaves y Minerías*.... op. cit.) Véase también Bernstein, M.D., *The Mexican Mining Industry (1890-1950)*, N. York, 1964, pp. 95-106.

(5) Un brillante ejemplo de esta retórica patronal aparece en el discurso del empresario W.C. Greeno a los mineros huelguistas de Cananea en 1906, del que extraemos este párrafo:

...He trabajado al lado de Uds. por espacio de 20 años y, como ustedes, he trabajado con el pico y el martillo en las minas y en las montañas, y tengo la convicción de que todos los operarios que he ocupado en las minas que he tenido el gusto de explotar han estado del todo contentos y satisfechos toda vez que mi ahínco ha sido tratarlos siempre con toda equidad y justicia, de hombre a hombre... (Cfr. González Ramírez, Manuel, *La huelga de Cananea*, F.C.E., México, 1956, p.22.)

De cuanto venimos diciendo es fácil concluir y comprender la importancia estratégica —y al mismo tiempo la dificultad— para los mineros de crear formas auténticas de organización y representación. La historia organizativa de los mineros de enclave no es una más entre otras historias del sindicalismo; significó el cuestionamiento a fondo del capitalismo de enclave y fue por eso, el primer paso para construir una identidad y una cultura mineras.

La trayectoria de esta experiencia organizativa⁽⁶⁾ tuvo su primera expresión en la revuelta anarquista, cuyo ejemplo más conocido, pero no único, es el de la huelga de los mineros cananenses en 1906. Independientemente de otros significados que se le puedan atribuir, el anarquismo entre los mineros contribuyó a crear una identidad en la medida en que, en sus formas organizativas y en sus demandas, desbordó el marco de las diferencias étnicas y de nacionalidad. Así mismo, el anarquismo, por la vía de la acción directa impuso de hecho, un canal de negociación obrero-patronal y cuestionó frontalmente la política paternalista empresarial, frente a la comunidad minera. No es casual que los mineros denominaran esta modalidad de unidad, "organizaciones del pueblo trabajador"⁽⁷⁾

Tras el anarquismo, el modelo organizativo más extendido entre los mineros en los años veinte fue el sindicalismo de oficios y profesiones. Sus raíces y su orientación están estrechamente vinculados con los principios de la defensa de la autonomía profesional y del oficio y con la negociación de las condiciones de ingreso y estabilidad en el mercado de trabajo. Aun cuando este sistema organizativo hizo posible una cultura obrera de identidades profesionales, rara vez logró unificar local y nacionalmente sectores mineros de oficios diversos.⁽⁸⁾

Los esfuerzos organizativos de los mineros culminaron en 1934 en la constitución de un Sindicato nacional de industria. En sus primeros veinte años de historia pueden distinguirse dos etapas. En la primera, 1934-1940, el Sindicato logró ser el agente aglutinador de una identidad obrera en el seno de las comunidades mineras, llegando a imponer límites al sistema de dominación de las empresas extranjeras. En todos y cada uno de los ámbitos de esta dominación, el Sindicato forzó a los capitalistas a negociar, reglamentar y admitir conquistas obreras en materia de condiciones de trabajo y vida del proletariado minero.

La capacidad política del Sindicato para regular institucionalmente la vida de los Minerales y para limitar, o incluso, usurpar muchos de los privilegios patronales típicos de una sociedad de enclave, fue posible en la medida en que el Sindicato logró orgánicamente aglutinar y unificar, los intereses, hasta entonces dispersos, de los diferentes grupos profesionales y núcleos de trabajadores de oficios. Tam-

(6) La historia organizativa de los mineros que solo reseñamos aquí a grandes rasgos, puede consultarse en Besserer, Novelo y Sariego, 1983.

(7) Puede confirmarse este conjunto de afirmaciones a través de un análisis de una revuelta anarquista en Cananea, en 1914. Cfr. Besserer, Novelo y Sariego, 1983, Apéndice 1, pp. 65-72.

(8) Las experiencias más avanzadas de este tipo de organización fueron la Unión Minera Mexicana y la Unión Mexicana de Mecánicos, gérmen del Sindicato nacional minero. (cfr. Besserer, Novelo y Sariego, 1983, 20-27).

bién, y en tanto que la acción sindical se plasmó en todos los órdenes de la vida de los Minerales, el Sindicato logró legitimarse como el representante político de estas poblaciones.

La segunda etapa (1940-50) tuvo un carácter diferente porque se desenvolvió en la coyuntura de la política de unidad nacional predicada por el Estado y aprovechada por los empresarios mineros para asumir, con múltiples argumentos y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la defensa a ultranza de los principios del capitalismo de enclave. La pugna por la identidad de clase de los mineros representada en su sindicato, se desarrolló entonces no ya en el marco estrecho y disperso de los Minerales, sino en la escena nacional en donde se gestó un verdadero enfrentamiento en bloque entre el Sindicato y el conjunto de las empresas. En su forma más acabada esta nueva estrategia sindical se expresó en la huelga general de los mineros en 1944.

La identidad y la unidad de clase adquirió en ese contexto su nivel más alto: el principio de fragmentación y dispersión obreras propio del modelo de enclave era ahora contestado con expresiones organizadas de unidad minera a nivel nacional.

La represión al movimiento de huelga y a la Caravana del Hambre de los mineros del carbón de Nueva Rosita (Coahuila) puso fin a una trayectoria ascendente de búsqueda de identidad y unidad de clase. A pesar de eso, los mineros conservan hasta hoy una arraigada cultura sindical que se obstina en recuperar sus órganos de representación y volver a concebir el Sindicato como el representante de toda una condición obrera.

b.) *La cultura minera: defensa de los principios de la cooperación y de la autonomía profesional.*

El ámbito del trabajo fue también para los mineros un espacio de creación de cultura e identidad caracterizada, en este caso, por el recurso a estrategias de resistencia frente a los sistemas de explotación y división capitalista del trabajo.

El marco de referencia en el que surgen estas formas de resistencia fue lo que hemos denominado en otro lugar, el sistema tradicional de trabajo minero⁽⁹⁾, basado en el principio de la intensificación del trabajo y del esfuerzo manual del obrero y en dos sistemas de organización laboral y remuneración salarial: el trabajo en cuadrillas, por contrato, pagado "a destajo" y el trabajo "de raya".

En el primero de estos dos sistemas, la cuadrilla pasó a ser un arma de defensa obrera: se convirtió, en primer lugar, en una instancia de defensa profesional, en un espacio en el que se aprendían y desarrollaban los oficios y con ello, se ejercía un control sobre el proceso productivo. En segundo lugar, la cuadrilla fue una instancia organizativa de resistencia obrera frente a la intensificación del trabajo. A raíz del establecimiento de "salarios de garantía", el destajo se convirtió de hecho en un sistema de bonificación adi-

cional al salario, lo que permitió a los mineros ejercer un control sobre su productividad aun por encima de las medidas disciplinarias de "premios y castigos" utilizadas por las empresas.

Si en el interior de las minas la resistencia obrera se tradujo en una búsqueda de formas de cooperación y solidaridad, en los talleres en cambio, predominó más bien una cultura de la autonomía profesional expresada en el principio del ascenso escalafonario por antigüedad⁽¹⁰⁾ y en el rechazo a toda medida patronal tendiente a crear mecanismo de supervisión a la estructura jerárquica de maestros, oficiales y aprendices.

Además de las formas organizadas de resistencia, los mineros utilizaron estrategias espontáneas pero bastante socializadas de rechazo a las condiciones de peligrosidad e inseguridad. Sin duda una de las más extendidas fue el ausentismo que constituyó una estrategia global de resistencia a la proletarianización y un mecanismo de autoregulación de los ritmos de trabajo.

La cultura de resistencia frente al trabajo en las diferentes modalidades que hemos señalado, no sólo permitió a los mineros obtener ventajas salariales y mejores condiciones de trabajo sino que representó también para las empresas un serio obstáculo para la introducción de nuevas tecnologías destinadas a reducir el empleo o a intensificar los ritmos de producción.

Esta cultura de resistencia otorgó además una relativa autonomía a los grupos profesionales y sectores de oficio en el marco de la vida sindical. Las direcciones seccionales tuvieron el carácter de representantes aglutinadores de las demandas de los diferentes núcleos de trabajo, claramente distinguidos en los procesos productivos. Sin duda esta capacidad y forma de representatividad propició en buena medida la conformación de una cultura minera netamente sindicalista.

c.) *La cultura minera: cohesión obrera en los espacios de la reproducción.*

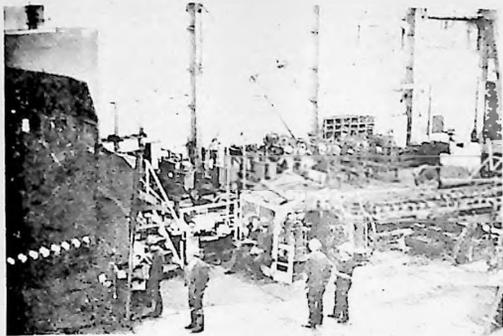
El tercer aspecto importante de la configuración de la cultura tradicional minera surge a partir de la oposición de los puntos de vista patronal y obrero con respecto a las formas de reproducción de la fuerza de trabajo. El núcleo central en el que mejor se condensan estas diferencias de óptica es quizás la visión sobre la comunidad minera entendida ésta como un espacio de reproducción social.

En la perspectiva patronal y en la lógica del modelo de enclave, la comunidad minera fue concebida como una prolongación del espacio fabril. En ella se repitió el mismo esquema de segregación étnica que privó en la división del trabajo. La intervención de los empresarios al diseñar, construir, urbanizar y sostener los Minerales fue clara: se trataba de crear condiciones óptimas para fijar la mano de obra, migrante y reacia a la proletarianización, al trabajo minero. Se pretendía también contar con una reserva perma-

⁽⁹⁾ Cf. Santiago J.L. y Santana R. "Transición tecnológica y resistencia obrera en la minería mexicana" en *Cuadernos Políticos*, 31, enero marzo, 1982, pp. 17-27.

⁽¹⁰⁾ En dicho artículo, en especial en págs. 18-21 se podrá encontrar un análisis detallado de los planteamientos aquí resumidos.

⁽¹⁰⁾ Algunos Contratos colectivos de trabajo de final de los años treinta, como el de la Sección 14 de los mineros de carbón de Nueva Rosita se refieren al derecho de escalafón como "un patrimonio de la familia del obrero".



nente de mano de obra capaz de reponer y renovar la fuerza de trabajo minera en continuo desgaste. Controlando además la mayoría de los recursos económicos y de los servicios públicos (escuelas, hospitales, comercios, etcétera) de estas poblaciones y ejerciendo un verdadero monopolio sobre la vida política local, los empresarios buscaban en verdad hacer a la clase obrera de los Minerales en todo dependiente de la iniciativa patronal.⁽¹¹⁾

Este modelo de urbanización tuvo consecuencias importantes en términos de la condición obrera. Al hacer de la comunidad una prolongación del espacio fabril permitió también a los mineros reconocerse e identificarse en las esferas de la reproducción, trasladando imágenes y comportamientos obreros en oposición al dominio empresarial, desde el mundo del trabajo al de la vida cotidiana de los Minerales.⁽¹²⁾

Esta cultura de identidad obrera tejida en los espacios de la reproducción se tradujo en una fuerte cohesión interna derivada en una autonomía con respecto a los contextos sociales y políticos externos que ha llevado a algunos autores a hablar de los mineros como una "masa aislada", ocupacionalmente homogénea y propensa al enfrentamiento, sin intermediaciones, con las empresas.⁽¹³⁾

(11) Un ejemplo de este modelo de urbanización es el caso de la ciudad de Nueva Rosita concebida y diseñada por los técnicos de la American Smelting & Refining Co. en las oficinas matrices de N. York y construida por la dirección de la empresa en los años veinte. En su diseño y concepción se descubren todos los principios del modelo de urbanización de los enclaves. (Cfr. Skougor Hjalmar E., "Rosita, México, a Carefully Planned City: Pleasing, Comfortable and Hygienic", I and II, *Coal Age*, June 2 and 9, 1921.)

(12) Véase al respecto los señalamientos de Faletto, Enzo en "Incorporación de los sectores obreros al proceso de desarrollo", *Revista Mexicana de Sociología*, año 28, vol. III, julio-sept., 1966.

(13) En un análisis clásico sobre los grupos obreros que viven en condiciones de aislamiento dentro de enclaves o "company-towns", Kerr y Siegel han señalado:

... "Forman masas aisladas, casi una 'raza aparte'. Viven en sus propias comunidades separadas (...) con sus propios códigos, mitos, héroes y estándares sociales. Hay pocos (entre ellos) que puedan ser neutrales para mediar en los conflictos y diluir a la masa. Todos tienen reivindicaciones, pero lo importante es que todos tienen las mismas reivindicaciones (...) No sólo tienen las mismas quejas sino que las tienen al mismo tiempo, en el mismo lugar y contra la misma gente. (...) Los trabajadores forman una masa relativamente homogénea (...) Para esa masa aislada, la huelga es una especie de revuelta colonial en contra de auto-

El término "Mineral" con el que comúnmente los mineros mexicanos se refieren — en su lenguaje cotidiano, en sus corridos, etcétera — a sus comunidades traduce el discurso obrero muchas de estas connotaciones culturales implícitas en el concepto de comunidad ocupacional: el término "Mineral" con mayúscula, no designa sólo una categoría demográfica; hace referencia a comunidades casi mono-ocupacionalmente mineras, relativamente cerradas al influjo externo, con un futuro tan efímero como el de sus recursos naturales e identificadas siempre en relación a una empresa o un empresario.⁽¹⁴⁾

Pero, desde esta perspectiva la cultura minera no es sólo una cultura de localismo territorial, sino sobre todo de *defensa* de una condición de vida en el nivel de las formas de la reproducción.

La identidad minera se ha construido, en efecto, no sólo en los ámbitos del trabajo sino también en los espacios urbanos. Se trata de una cultura que se niega a aceptar la invasión del capital en el terreno de la reproducción obrera y que, por lo mismo, se ha construido a través de una larga historia de enfrentamientos y negociaciones frente a los "dueños" de los Minerales para ir imponiendo formas de gestión obrera en los espacios de la reproducción: la vivienda, la educación, la salud, el ocio, etcétera.

La historia del sindicalismo minero está plagada de este tipo de negociaciones y luchas y es en buena medida la historia de la recuperación obrera del control sobre los mecanismos e instituciones de la reproducción. Significó la lucha de los trabajadores mineros por regular las formas de reclutamiento de la mano de obra a través de la contratación colectiva, la eliminación del monopolio empresarial en el comercio local (abolición de las tiendas de raya y creación de cooperativas), la implantación de hospitales y clínicas sindicales para los mineros y sus familias, el logro de muchas conquistas en materia de vivienda, salud, educación, deporte... etcétera.⁽¹⁵⁾

La cultura minera de identificación y reivindicación en los espacios de la reproducción tienen también su expresión política: El Sindicato se convierte en el instrumento de defensa global de toda la condición obrera: es al mismo tiempo el representante en el ámbito laboral y el representante político del conjunto de la población de las comunidades ocupacionales mineras. El poder y la representación sindicales tienden a identificarse y confundirse con el poder y representación municipales. En ellos se aglutina la defensa global de toda una condición de vida.

(14) La historia de Cananea se asimila a la figura de W. C. Greene y a la de las "4 Ces" (Cananea Consolidated Copper Co.), de la Nueva Rosita a la de ASARCO, de la Batopilas a la de Alexander R. Shepherd, ... etcétera.

(15) Algunas de estas conquistas son en ocasiones cualitativamente superiores a las establecidas en legislaciones de carácter nacional. Así por ejemplo, las prestaciones en materia de vivienda consignadas en algunos contratos colectivos superan a las establecidas a raíz de la creación del INFONAVIT. Algo similar sucede en materia de salud.

ridades inaccesibles, un desahogo de tensiones acumuladas y un sustituto de la movilidad social y ocupacional" (Kerr C. y A. Siegel, "Inter-industry propensity to strike" en *Collective Bargaining*, A. Flandres ed., Penguin Books, 1954.

Los tres aspectos que hemos venido analizando creo que forman el sustrato básico de la cultura minera: una identidad de clase construida y expresada históricamente en formas de organización; una defensa en contra de la explotación manifiesta en mecanismos de resistencia corporativa profesional y en fin, una recuperación obrera de los espacios de la reproducción. En suma, estos tres aspectos fueron los tres pilares fundamentales que sustentaron un modelo tradicional de cultura minera. La crisis de este modelo cultural de identidad obrera a la que nos referiremos enseguida fue consecuencia de la desarticulación del enclave. Por eso hablamos de esa crisis en relación con el proceso de desenclavización de la minería.

La desenclavización de la minería, crisis de la cultura tradicional minera.

La desenclavización de la minería, origen de un proceso de crisis de la cultura tradicional minera, es un fenómeno que se operó a partir de la década de los años cuarenta por dos vías: la mexicanización de esta rama y la desarticulación del sistema de relaciones sociales dentro de las comunidades mineras. Veamos con detalle cada uno de estos dos procesos y sus consecuencias en relación con la cultura minera.

a.) *La mexicanización de la minería*

A partir de 1961 un programa estatal de mexicanización de la minería vino a dar solución al desinterés del capital extranjero, desde los años de la postguerra, por invertir dentro de la rama. Además de modificar el régimen de propiedad de las empresas, la mexicanización implicó el establecimiento de una política de integración gradual y planificada de la producción minera al mercado industrial interno.⁽¹⁶⁾

El programa de la mexicanización tuvo dos repercusiones importantes con respecto a la cultura tradicional minera. En primer lugar desplazó progresivamente a los extranjeros de la dirección —aunque no del control— de las empresas, poniendo en su lugar a dos nuevos empresarios: el Estado y ciertos sectores de la burguesía financiera-industrial del país. Este cambio se reflejó también en una lógica de operación productiva tendiente a integrar la minería al mercado interno.

Esta modificación en los sistemas de propiedad dentro de la rama minera, más allá de sus repercusiones económicas,

⁽¹⁶⁾ Nos referimos en particular a la Ley de mexicanización de la minería de 1961 y a su reformulación en 1975 que establecieron las bases jurídicas para la intervención directa del Estado y de los inversionistas nacionales en la producción minera. La ley, entre otras cosas, prohibió a los extranjeros participar en más del 49% de las acciones del capital social de las sociedades mineras.

La mexicanización no significó sin embargo la eliminación de los intereses extranjeros dentro de la rama. Se trata más bien de una nueva modalidad de presencia del capital extranjero y que asume la forma de una dependencia externa en especial en materia de créditos, financiamientos, importación de tecnologías y comercialización de la producción. (Cfr. Urías, H. "¿Quién controla la minería mexicana?". *Comercio Exterior*, vol. 30 (9), sept., 1980; Appert, O. "Le sédeur minier au Mexique. Les nouveaux types d'échanges avec les pays industrialisés", *Problemes d'Amérique Latine*, XXXVII octubre, 1975.

vino a poner en entredicho una vieja ideología obrera que había sustentado por años formas de identidad y acción de los mineros: el nacionalismo. La presencia de empresarios nacionales y del propio Estado, y en general el control de éste sobre la política minera, cuestionó la validez de muchos argumentos históricos nacionalistas de los mineros: la vieja demanda de poner la propiedad y la explotación de las riquezas del subsuelo en manos de la nación fue, aunque sólo en parte, hecha realidad sin que por ello las aspiraciones de un proletariado nacionalista se hayan cumplido. La tradicional estrategia de los mineros de buscar aliados entre el Estado y los frentes nacionalistas tiende así a perder vigencia y la fuerza de las expresiones de acción obrera teñida de un connotado carácter de defensa nacional ha perdido vigor.

Un segundo aspecto derivado de la mexicanización de la minería tiene aún consecuencias más graves en términos de la cultura minera. Nos referimos a la profunda reorganización del trabajo minero que trajo aparejada la modernización tecnológica de la minería.⁽¹⁷⁾ Esta reorganización del trabajo invalidó la eficacia de muchas de las estrategias de resistencia de los mineros. El uso de la maquinaria pesada en minas y tajos a cielo abierto va acabando progresivamente con los vestigios de formas de solidaridad primaria como los equipos y cuadrillas de trabajo. El control sobre la productividad, las cadencias y ritmos de trabajo escapan cada día más de las manos de los mineros. La estrategia jerárquica de oficios y profesiones ya está trastocada en muchos sectores y empresas de la rama: los viejos mineros de oficio han sido desplazados de su posición jerárquica dentro del trabajo a medida que sus profesiones y su "saber hacer" se ha vuelto innecesario e inútil dentro de los nuevos sistemas de operación; su lugar es ocupado por una nueva generación de mineros, especializados en las escuelas de capacitación en procesos y maquinarias muy precisos. El dominio del complejo arte de tumbar y extraer minerales sufre cada día más los efectos de una nueva dinámica división capitalista del trabajo.

La reorganización productiva ha dejado también sin validez muchas de las viejas estrategias informales de resistencia obrera: el control sobre las condiciones hostiles y la peligrosidad del trabajo (accidentes y enfermedades profesionales) se vuelven cada día menos accesibles para los mineros porque la maquinaria pesada se impone al trabajador y tiende a eliminar las ventajas del destajo; el ausentismo y la rotación pierden su eficacia en el contexto de un mercado de trabajo cada vez más restringido y estable.

La nueva racionalización del trabajo, como ya lo hemos señalado en otro lugar, es indudable que busca conformar y promover un nuevo tipo de trabajador minero, más especializado y productivo, estable, asimilado al puesto de trabajo, compenetrado con la mentalidad patronal (cuando no con la del patrón Estado) y capaz de minimizar los riesgos de una profesión tradicionalmente peligrosa pero que la demagogia empresarial se empeña en concebir como una simple variante del trabajo industrial moderno. Los departamentos de seguridad y personal, —ahora de "recursos hu-

⁽¹⁷⁾ Para un análisis más detallado de este proceso, véase Sareiego J.L. y Santana, R., op. cit., 1982.

manos"— y las escuelas de capacitación creadas por las empresas se encargan de inculcar a las jóvenes generaciones de mineros esta nueva ideología del trabajo (Sariego y Santana, 1982:25).

b) *La desenclavización de los Minerales.*

En su segunda vertiente la desenclavización de la minería en las tres o cuatro últimas décadas trajo como consecuencia una serie de modificaciones en el sistema de relaciones sociales típico de las comunidades mineras, desdibujando así muchos de los perfiles de la identidad que definían la cultura tradicional minera.

La desenclavización de los Minerales ha sido, en términos generales, un proceso que implica por una parte, una ruptura creciente de los lazos de dependencia económicos, políticos y sociales que unían a esas poblaciones con las empresas y, por otra, una presencia cada vez más marcada del Estado en el seno de esas comunidades no sólo como empresario sino también como agente organizador de la esfera de la reproducción y de las relaciones sociales y políticas. Señálemos, aunque sea someramente, algunos detalles de este proceso.

Las comunidades mineras han perdido o están perdiendo su carácter de comunidades ocupacionales como consecuencia de la contracción del mercado de trabajo minero provocada por la modernización tecnológica de la rama. Este hecho ha tenido un doble efecto demográfico-ocupacional: los Minerales han dejado de ser polos de atracción de población migrante y se han convertido en focos de expulsión de fuerza de trabajo; además, la estructura ocupacional se ha ido diversificando no sólo por el desempleo en el sector minero sino por el cambio de la política empresarial frente a esas comunidades.

La nueva estrategia empresarial en materia de política urbana puede definirse como una tendencia de las compañías mexicanizadas a desentenderse progresivamente de todas aquellas cuestiones ligadas a la vida urbana y a la reproducción obrera, cuestiones éstas que tradicionalmente habían estado bajo el control de las empresas extranjeras. Esta estrategia parece indicar que, dadas las nuevas condiciones del mercado de trabajo, los Minerales han dejado de ser concebidos por los empresarios como una reserva de fuerza de trabajo que, en otro tiempo, era requerida en forma cuantiosa y renovada continuamente.

El vacío de las empresas en el espacio urbano de la reproducción ha sido ocupado por el Estado, cada vez más presente en estas comunidades, a través de agencias gubernamentales ligadas a la administración y gestión de equipamientos colectivos tales como la vivienda (INFONAVIT), la electricidad (C.F.E.), la educación (S.E.P.), la salud (IMSS), etcétera.

La desenclavización de los Minerales tiene además otra expresión: el final de la autonomía política de las secciones sindicales, —consecuencia del golpe al sindicato minero en 1950— y con ella, la pérdida del carácter de representatividad que, como institución el Sindicato había detentado tradicionalmente en el seno de la comunidad. A diferencia de lo que sucedió en la etapa del enclave el sindicato ha perdido en el interior de las comunidades mineras su legitimidad

como representante de los intereses de toda una población y de una condición obreras. En él, los mineros ven, no ya una organización propia con capacidad y margen de autonomía para defender sus derechos en el trabajo y demandar mejores condiciones de vida dentro de una comunidad, sino más bien, un aparato institucional que es parte de un sistema sindical de carácter nacional —el "sistema minero", al que se refieren comúnmente los dirigentes nacionales del sindicato— a través de cual se ejerce un verdadero control sobre los grupos obreros, se imponen las líneas de acción y negociación y, sólo en casos de presión, se obtienen a lo sumo, logros de carácter reformista. Nunca más.

Un último aspecto de la desenclavización ligado a los anteriores. La contracción del mercado de trabajo minero y la aparición de otras actividades económicas dentro de los Minerales trajo a la escena de estas poblaciones nuevos grupos ocupacionales (comerciantes, burócratas, empleados de servicio...etcétera). En el contexto de la pérdida de legitimidad del Sindicato como representante político de estas poblaciones, algunos de estos grupos, solos o en alianza con sectores disidentes del propio Sindicato, reclaman para sí el derecho de participar y reconducir las instancias del poder municipal y de la política local tradicionalmente monopolizadas por el Sindicato. Desconocen a éste como el representante de sus intereses y de los de la comunidad, inculpándolo del atraso en que viven los Minerales. Su actitud evidencia que la escena política de los Minerales se ha vuelto más compleja en la medida en que la vieja estructura dicotómica de relaciones sociales polarizada alrededor de dos agentes sociales, el Sindicato y la empresa, ha entrado en crisis.

La crisis de las instituciones sociales del enclave que se ha venido operando desde hace tres décadas no ha podido por menos de contribuir a desdibujar los perfiles tradicionales que en otro tiempo definían la identidad social de los mineros. Los marcos de referencia de esta identidad de grupo son hoy notoriamente diferentes de aquellos del pasado. Las empresas, el trabajo, la comunidad, el sindicato minero han dejado de ser para los mineros lo que en otro tiempo fueron: las empresas, porque tienen nuevos dueños, —entre ellos el Estado— que las dirigen con una racionalidad diferente de aquella que inspiró a los capitalistas norteamericanos; el trabajo, porque ha sido técnica y socialmente reorganizado para hacer desaparecer oficios, profesiones y sistemas de cooperación obrera; la comunidad, porque ya ha perdido su condición tradicional de Mineral; el Sindicato, porque ha dejado de ser el legítimo representante de toda una condición de vida obrera.

En el marco de esta crisis de los marcos tradicionales de su identidad social, las nuevas generaciones de mineros comienzan a expresar otras vías de autodefinition. Se trata, no ya de un proletariado de enganchados y advenedizos migrantes a las minas, sino de hijos o nietos de quienes lo fueron. Su proletarianización ha significado una obligada adaptación al trabajo que los ha hecho conocedores de sofisticadas tecnologías o supervisores y mantenedores de complejas maquinarias de extracción y beneficio. La autonomía y el control que pueden poner en juego sobre los procesos de trabajo que realizan es, sin duda, reducida, porque las viejas tácticas de resistencia al trabajo y de autocontrol

de la productividad —como el ausentismo, el trabajo en cuadrilla, la negociación del destajo...etcétera.— son cada día menos eficaces ya que el mercado de trabajo minero se ha vuelto más restringido, selectivo y la productividad depende cada vez más del ritmo de las máquinas.

A pesar de todo, los mineros no dejan de expresar su rechazo al estilo de organización del trabajo que tratan de imponer las empresas y se valen para ello de todo tipo de respuestas que van desde la descompostura intencionada de máquinas y equipos hasta la autolesión, pasando por el tortuguismo. Eso, sin olvidar la recurrencia a las viejas demandas como el derecho al trabajo, la seguridad y la mejora en las condiciones de seguridad.

En el ámbito de sus comunidades, los mineros han asumido que no son ya el único sector ocupacional y político y que su monopolio —por mucho tiempo indiscutido— para dirigir la gestión municipal está hoy a debate con otros sectores miembros de la comunidad minera.

A pesar de ello, los mineros se resisten a perder todas aquellas conquistas que fueron ganando, una tras otra, a las empresas en la época en que éstas eran las administradoras y dueñas de los Minerales, y siguen pensando que el liderazgo político del sindicato dentro de la comunidad minera puede volver a ser la mejor vía para responder a las aspiraciones y demandas de una población y de toda una condición obrera.

El Sindicato, no por desvirtuado y manipulado, ha dejado

de ser el canal de expresión de quienes, como los mineros, lo hicieron realidad, le dieron vida y lo trataron de defender. Alrededor de la gestión sindical y enfrentadas a los proyectos oficialistas, se comienzan a articular experiencias de regeneración democrática cuya utopía consiste en recobrar la autonomía de la acción y de la representación obreras. Las divisiones y las pugnas entre grupos e, incluso, la toma de conciencia de la crisis actual de legitimidad del sindicato son los primeros pasos en este camino hacia la regeneración.

A través de estas experiencias de lucha por la independencia sindical se hace patente una crisis de la ideología nacionalista tradicionalmente sustentada por el sindicato y compartida por muchos trabajadores. Frente a ella, no son pocos hoy en día los mineros que ven al Estado como el más claro enemigo de clase, no sólo porque en ocasiones es el empresario, sino sobre todo porque es en él donde radica, en última instancia, la legitimidad de un sistema de dominación sindical al que se encuentran sometidos.

En contraste con los perfiles definidos del modelo tradicional de cultura minera, no parece fundado poder hablar aún de la emergencia de un nuevo modelo cultural o la restauración de los viejos moldes de la cultura minera. En todo caso, serán los propios mineros quienes escriban ese nuevo capítulo de su historia social en búsqueda de nuevas expresiones de su identidad.

La evolución de la división espacial del trabajo*

Michel Freyssenet **

I Nuevas tendencias de localización de los empleos.- 3.1

El censo de 1968 confirmó un cambio de tendencia en la localización de los empleos en el transcurso del período 1962-1968 y en relación al período 1954-1962. La nueva tendencia se caracteriza por:

- una disminución del crecimiento del empleo, de forma general, y una desindustrialización de la región parisina.
- un aumento importante de los empleos industriales en las regiones sub-industrializadas.

Las encuestas recientes, efectuadas después de 1968, confirman esta tendencia.

El censo de 1962 había constatado un crecimiento considerable de la población de la región parisina en relación a 1954: +1.87% por año contra +0.84% en provincia. Más inquietante aún era la disminución de la población económicamente activa y de los empleos en provincia (-0.19% y -0.18% por año respectivamente), mientras que la región parisina registraba tasas anuales medias de +1.17% y +1.34%. La baja de la P.E.A. y de los empleos en provincia estaba desigualmente repartida. Las regiones industriales o semirurales y semi-industriales, veían crecer el número de sus empleos, aunque menos que los de la región parisina. La Lorena: +0.5%; la región Rhône-Alpes: +0.4%; la Alta Normandía: +0.6%; Provenza-Costa Azul: +0.9%, etcétera, con la excepción del Norte: -0.2%, que sufría desde esta época las consecuencias de la liquidación de las compañías carboníferas y la "modernización" de las empresas textiles. Todas las demás regiones conocían una disminución del número de sus empleos, alcanzando algunas de ellas tasas catastróficas: -1.0% por año en Bretaña y Auvernia, -1.5% en la región de Limousin, -0.7% en Aquitania y en el Mid-Pirineos, etcétera.

Estos movimientos de localización de los empleos se tradujeron en una urbanización desordenada de la aglomeración parisina y de algunas otras ciudades, en una crisis de vivienda en ciertos puntos y en una desertificación de otros.

Frente a estos resultados, muchos pensaron que era imposible contrarrestar estas tendencias. Las regiones industriales sólo podían convertirse en más industriales y más pobladas aún, con la excepción quizás —se pensaba— de regiones que habían hecho depender demasiado su industrialización de la presencia en su suelo de "riquezas na-

turales" no renovables, como en el caso del Norte. A la inversa, las regiones rurales con la desaparición "inevitable" de la pequeña y mediana propiedad sólo podían esperar ver su población disminuir aun en número. Era la ley del progreso. Toda tentativa de acondicionamiento del territorio que no se inscribiera en estas tendencias, rompería o por lo menos disminuiría la expansión económica, fuente del bienestar... Un nuevo arte de vivir estaba por inventarse. Cualquier otra concepción del acondicionamiento del espacio sólo podía ser paseista o idealista. Se vio entonces florecer los esquemas de acondicionamiento del territorio nacional en los que éste se convertía en una vasta ciudad ramificándose, sobre la base de casos precedentes célebres en los Estados Unidos, a partir de grandes polos urbanos: París, Lyon, Marsella, Lille-Roubaix, Turcoing, etcétera, a lo largo de los ejes de autopistas, líneas férreas o fluviales, calificados como ejes estructurantes, y preservando, de vez en cuando, a los enclaves llamados "reservas naturales" o "pulmones" (según las analogías fisiológicas muy usadas en la época por los urbanistas y planificadores).

De hecho, la descentralización industrial de la aglomeración parisina se limitaba a menudo a desplazar fábricas, o a construir las nuevas instalaciones necesarias en los límites de la región parisina o mejor de la zona urbana metropolitana parisina. Los grandes y raros ejemplos de creaciones nuevas importantes en la provincia lejana se explicaban —se decía—, por la intervención decisiva del Estado, por razones políticas, en el caso de empresas nacionalizadas y Renault en particular. No se puede decir en efecto, que las incitaciones del poder público a la descentralización recogeran un eco inmediato.

Sin embargo, un análisis más fino y más sistemático de los resultados del censo de 1962 habría podido conducir a conclusiones menos sesgadas que las que se convirtieron en ley en esa época. Habría podido referirse a los empleos industriales y en particular a los empleos industriales asalariados. Un análisis tal, muestra que entre 1954 y 1962, los empleos industriales crecieron en +0.96% por año en la región parisina y en +0.62% en provincia. La diferencia es pues mucho menor que la de las tasas de variación de los empleos y de la PEA. La diferencia entre la región parisina y la provincia es aún menor si se consideran las tasas de variación de los empleos industriales asalariados: respectivamente +1.32% y +1.10%. Ciertas regiones conocían ya tasas elevadas: La Picardía y la Baja Normandía: 2.2%; la Alta Normandía: 1.7%; el Centro: 1.5%. Rhône-Alpes: 1.1%, etcétera.

* (Tomado de FREYSSNET, Michel, *La division capitaliste du travail*, Editions Savelli, Paris, 1977, pp. 156-191.

** Traducción Juan Luis Sariego. (México, 1983).

TASAS DE VARIACION ANUAL MEDIA

	Años	Aglomeración parisina	Región parisina	Provincia (*)	Francia
Población total	1954-62	+1.90	+1.87	+0.84	+1.10
	1962-68	+1.32	+1.57	+1.09	+1.15
	1968-75	+0.53			+0.81
P.E.A.	1954-62	+1.16	+1.17	-0.19	+0.04
	1962-68	+1.58	+1.48	+0.67	+0.77
Población con empleo	1954-62		+13.40	-0.18	+0.20
	1962-68		+1.20	+0.70	+0.80
Empleos industriales	1954-62		+0.96	+0.62	+0.70
	1962-68		-1.10	+0.70	+0.25
Empleos industriales asalariados	1954-62		+1.32	+1.13	+1.13
	1962-68		-1.03	+0.98	+0.44

Fuentes: Censos INSEE.

(*) La Provincia se entiende aquí como Francia entera menos la región parisina.

El censo de 1968 muestra que en el transcurso del período 1962-1968 la localización de los empleos y las corrientes migratorias de población y de mano de obra se modificaron. Las tasas de crecimiento anual medio de la población en provincia (+1.09%) se acerca a la de la aglomeración parisina (+1.32%), netamente menos elevada que en el curso del período precedente (+1.90%). La inmigración hacia París disminuyó sensiblemente.

Pero lo más importante es que de negativa (-0.18%), la tasa anual de variación de los empleos en provincia pasa a ser positiva (+0.70%) y se acerca a la de la región parisina (+1.20%), disminuyendo en relación al período 1954-1962 (+1.34%). En lo que concierne al empleo industrial, se asiste a un cambio completo de tendencia. Disminuye 1.10% por año en la región parisina mientras que crece en 0.70% en provincia. Si sólo se consideran los empleos asalariados industriales, la diferencia es aún más sensible: -1.03% y +0.98%.

En provincia, las regiones rurales son las que tienen las tasas más altas de crecimiento de empleos industriales: +3.6% por año en la Baja Normandía, +2.8% para el Centro, +2.6% en Bretaña, +1.9% en Alta Normandía, +1.7% en Picardía, +1.6% en Francia-Condado y en la región de Poitou-Charente, ...Por el contrario en las regiones industriales, las tasas son débilmente positivas o incluso negativas: +0.1% en Rhône-Alpes, -0.7% en la Lorena, -1.0% en el Norte. En la región Rhône-Alpes, los empleos llamados "terciarios" han tomado el relevo del empleo industrial asegurando así a esta región una tasa de crecimiento de empleos superior a la media nacional. Pero no sucede lo mismo en el Norte ni en la Lorena.

El análisis rápido de los datos proporcionados por tres censos confirma, si es necesario todavía, hasta qué punto

LA AGLOMERACION PARISINA Y LA REGION PARISINA DENTRO DE FRANCIA

	Años	Aglomeración parisina	Región parisina
Población total	1954	15.4	17.2
	1962	16.3	18.2
	1968	16.5	18.6
	1975	16.2	18.8
Población económicamente activa	1954	17.2	19.1
	1962	18.8	21.0
	1968	19.3	21.6
	1972		20.6
Población con empleo	1954		19.0
	1962		21.0
	1968		21.5
	1972		20.5
Empleos industriales	1954		25.3
	1962		25.8
	1968		23.7
	1972		22.9
	1975		22.4
Empleos industriales asalariados	1954		25.9
	1962		26.3
	1968		24.0
	1972		23.2

Fuentes: Censos y encuestas "Emploje".

toda previsión que sólo se funde en la extrapolación de datos cifrados, es ciega. Sólo un conocimiento de los procesos de industrialización, es decir de las condiciones de valorización del capital industrial en un período considerado, puede dar un sentido a las estadísticas y permitir un razonamiento a partir de ellas.

Después de 1968, diferentes encuestas confirman las tendencias observadas entre 1962 y 1968. Las Encuestas nacionales de empleo realizadas por el I.N.S.E.E. proporcionan resultados comparables con los de los censos. El porcentaje de empleos asalariados industriales localizados en la región parisina es de 23.2% en 1972 contra 24% en 1968. El de empleos industriales es de 22.0% en 1973 contra 23.7% en 1968. El peso industrial de la región parisina continúa pues decreciendo.

Las encuestas de empleo indican también la aparición de una nueva tendencia a partir de 1971: la disminución relativa de la importancia de los empleos y de la población activa localizados en la región parisina. En 1972, 21.6% de los empleos se localizaban en la región parisina, contra 22.6% en 1971, año del nivel máximo. De igual manera, el porcentaje de población activa (empleados+trabajadores en paro) que vivía en esta región, disminuye: 21.7% en 1973 contra 22.6% en 1971 y 21.6% en 1968. Notemos que inversamente, la proporción de trabajadores en paro que vivían en la región parisina crece: 22.6% en 1971 y 25.4% en 1973.

2. - *Cómo se explica la modificación en la localización del capital.* - 3.2. -

No hay duda de que las ayudas y ventajas directas e indirectas consentidas por el Estado y las colectividades locales a los industriales que crean empleos en ciertas regiones han sido útiles para la industrialización de éstas últimas. Por el contrario, el procedimiento de aceptación de rentas instituido en la región parisina ha llevado a los industriales parisinos a estudiar seriamente una localización en provincia, en caso de ampliación.

No hay duda tampoco de que la disminución relativa de los costos de transportes y las facilidades de comunicación (teléfono, teletransmisión, trenes rápidos, aviones, etcétera) han significado inconvenientes que puede presentar una implantación en provincia.

No es menos cierto tampoco que las ayudas y las facilidades citadas hubieran podido modificar tan sensiblemente la tendencia de localización de los empleos industriales si, en el entretanto, no se hubiera producido en Francia una modificación de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo: la posibilidad de realizar una parte creciente de la producción con trabajadores sin calificación.

En efecto, entre los obstáculos a la descentralización industrial, existía uno decisivo: la ausencia, localmente, de mano de obra obrera calificada. Las "ventajas" de la provincia que los industriales descubren ahora existían entonces: mano de obra abundante, poco costosa, ya alojada, joven, sin tradición de lucha, terrenos disponibles a bajo precio, etcétera. Pero en una época durante la cual, en un gran número de ramas el trabajo sólo podía efectuarse con un personal dentro del cual hubiese una alta proporción de

obreros calificados, implantarse en regiones rurales o en ciudades medianas significaba que la producción sólo llegaría a ser normal después de que la mano de obra local adquiriera la competencia necesaria. Un obstáculo tal era difícilmente superable para un jefe de empresa que tratara de implementar una descentralización.

Si a pesar de todo llegaba a experimentar la descentralización, los problemas no se acababan una vez que el personal estuviera formado. Porque su mano de obra llegaba a ser apreciada en el mercado y otros industriales se sentían tentados de contratarla por salarios más elevados. Esta competencia, sin embargo, llegaba a ser nefasta para todos porque provocaba una tendencia a la subida del nivel general de salarios. Por eso, ¿qué caso tenía descentralizarse si esto no servía más que para encontrar mano de obras más costosa?

En las raras zonas en las que se habían implantado centros de aprendizaje o escuelas técnicas, los alumnos que salían de ellas contaban a menudo con un C.A.P. (*) en oficios artesanales que existían en la región pero que interesaban poco a los industriales que hubieran podido venir a implantarse en ella. Cuando las calificaciones obtenidas en estos centros o escuelas correspondían a profesiones en expansión, numerosos jóvenes, en lugar de aceptar los pocos empleos calificados que se ofrecían localmente, preferían a menudo exiliarse e instalarse en las regiones industriales en pleno desarrollo en donde se les ofrecía, con una calificación igual, salarios netamente más elevados. En un contexto tal, los esfuerzos por desarrollar la enseñanza técnica en regiones rurales o poco industrializadas, contribuían fuertemente a atraer al capital industrial.

Era igualmente imposible "desplazar" masivamente obreros calificados que vivían en regiones o ciudades industriales hacia regiones por industrializarse. Puesto que en este período existió un fuerte aumento del empleo industrial (entre 1954 y 1962 el empleo industrial creció a un ritmo anual promedio de +0.70% en toda Francia, contra +0.25% entre 1962 y 1968) y una carencia de mano de obra (el censo de 1962 registró una de las tasas de desempleo más débiles jamás observadas: 1.09% de la PEA contra 1.71% en 1954 y 2.14% en 1968), los trabajadores podían encontrar otro empleo en su zona de residencia.

3. - *A partir del momento en que todo o parte de ciertas producciones pudo realizarse con mano de obra sin calificación, la industrialización de las regiones rurales fue no sólo posible, sino necesaria para asegurar al capital al menos mantener su tasa de ganancia.* - 3.3. -

Después de la fase de reconstrucción y arranque rápido de la producción al final de la guerra, las empresas de ciertas ramas industriales "modernizan" sus instalaciones a partir de los años 1954-55, operación facilitada por la expansión de la producción.

Estas empresas pertenecen en general a ramas cuyo mercado está en pleno desarrollo y se internacionaliza rápidamente y en donde la competencia extranjera está presente:

(*) C.A.P. = Certificado de Aptitud Profesional.

PRINCIPALES IMPLANTACIONES O EXTENSIONES IMPORTANTES DE LA INDUSTRIA AUTOMOTRIZ A PARTIR DE 1960 (fuera de la región parisina)



Fuente: Durand, P. "Industrie et régions".

dades de promoción. Los cuadros técnicos y los ingenieros cuya presencia continua no es indispensable hacen continuas idas y venidas durante el día a la región parisina. Además con el desarrollo universitario, cada vez es más factible encontrar titulados superiores en provincia (quienes, por lo demás, son menos exigentes que los de París). Para que sean aptos para el trabajo preciso que se les requiere, basta con algunas estadías en la planta matriz y con algunos seminarios de reciclaje.

A partir de ese momento se puede concentrar en la región parisina el trabajo obrero que no ha podido ser todavía descalificado y todas las actividades de concepción del trabajo o casi todas.

Mantener a término medio una tasa de ganancias al menos igual a la tasa media de ganancia.

La tasa de ganancias que obtiene un jefe de empresa que "moderniza" sus instalaciones, depende de dos movimientos opuestos:

a.) la "plusvalía extra".

Una mercancía tendencialmente se vende por su valor social, determinado por el tiempo de trabajo medio necesario para producirla en todas las empresas que la fabrican. Si el empresario en cuestión, gracias a nuevos procedimientos, puede producirla en menos tiempo que los demás, continuará sin embargo vendiéndola al valor social o ligeramente por debajo de éste y no a su valor individual real. Y esto, más aún, si en ese transcurso de tiempo, el mercado se amplía. Así pues, dicho empresario va a lograr una plusvalía extra.

Vendiendo un poco por debajo del valor social, pero por encima del valor individual, no sólo va a lograr una plusvalía extra (por lo que la acumulación de su capital es más importante), sino que también competirá con las empresas que fabrican la misma mercancía con antiguos procedimientos. Así pues, va a vender más y más rápido. Logrando más rápidamente el valor de su producción creciente, va a reconstituir su capital-dinero más rápidamente y sobre una base más amplia que antes. La tasa y la masa de plusvalía se incrementan. De esta forma, dispone de condiciones favorables para una nueva ampliación de su producción en detrimento de otros capitalistas y de los pequeños productores independientes quienes, si no han reunido los capitales necesarios para un aumento de su producción, resentirán cada vez más la dificultad de vender.

Esta situación privilegiada se perpetuará en tanto que ningún otro empresario logre ganancias de productividad iguales o superiores.

b.) la baja tendencial de la tasa de ganancias.

Toda modernización implica inversiones cada vez más importantes. Reemplazando hombres por máquinas, sustituyendo trabajo muerto por trabajo vivo, la productividad se incrementa, pero también la masa y la proporción de capital inmovilizado (bajo la forma de máquinas, edificios, materias primas ...) en relación al total del capital en funcionamiento.

Si la cantidad de sobretrabajo proporcionada por los obreros se incrementa gracias a la mecanización, disminuye sin embargo en relación al capital que es necesario para obtenerla. La parte de capital constante aumenta en relación al capital variable.

La rentabilidad de un capital, su tasa de ganancia, se calcula, por supuesto, en relación al conjunto del capital comprometido. La plusvalía producida está relacionada con el capital total: como la parte relativa del capital utilizado para comprar la fuerza de trabajo que va a proporcionar el sobretrabajo disminuye en relación con el capital destinado a la compra de máquinas, la relación entre la plusvalía producida y el capital total comprometido, es decir la tasa de ganancias, tiende a disminuir.

El desarrollo de la productividad del trabajo en el modo capitalista tiene como consecuencia la elevación de la tasa y de la masa de plusvalía, pero también la disminución de la tasa de ganancia, aunque la masa de las ganancias aumente en razón de la masa creciente de capital que trata de ser valorizada.

La inmovilización de capital tiende a ser mayor en la medida en que el proceso productivo se descompone cada vez más. Cuando un obrero realiza solo el producto en su totalidad, basta para incrementar la producción encontrar el capital necesario para comprar la fuerza de trabajo de un segundo obrero capaz de hacer lo mismo. Tan pronto como el proceso de producción se descompone, el crecimiento de la producción sólo puede realizarse comparando la serie de máquinas necesarias para realizar las diferentes fases de la transformación del producto y pagando a todos los obreros necesarios para la alimentación y mantenimiento de esas máquinas. Es decir, el aumento de la producción sólo puede

hacerse por saltos y por lo tanto, centralizando e inmovilizando una masa mayor de capital y reduciendo la tasa tendencial de ganancia.

Puesto que la plusvalía extra no tiene más que un tiempo, el capital constantemente debe encontrar nuevos medios para luchar contra la baja tendencial de la tasa de ganancia, inherente al proceso de división capitalista del trabajo.

La hipótesis que formulamos es que la localización en provincia del trabajo descalificado que puede ser realizada con mano de obra local menos costosa, constituye uno de los medios más eficaces en la actualidad para luchar contra esta baja tendencial. Por eso, la descentralización no sólo ha sido posible, sino incluso necesaria.

4.- El ejemplo de las fábricas Renault.- 3.4.-

1.) La extensión descentralizada de la Renault. 3.4.1.

En 1948, 84.0% de los empleos de la Renault se localizaban en la aglomeración parisina y en particular en Boulogne-Billancourt. En junio de 1974, este porcentaje cayó a 37.7%. El porcentaje de empleos en la región parisina fue de 58.4% porque se añade a los establecimientos parisinos la fábrica de Flins.

Antes de la última guerra, L. Renault había realizado un inicio de descentralización de las actividades de su empresa. Adquirió en 1918 terrenos en Le Mans, bajo la recomendación del ministerio del Armamento, para descentralizar allí las fabricaciones bélicas. El fin del conflicto bélico puso fin a los trabajos emprendidos. Pero en 1936 instaló en ese lugar fundiciones, talleres de maquinado y montaje para la fabricación de tractores. (**)

Posteriormente, los sucesos de mayo y junio de 1936 le hicieron convencerse de que había hecho de Billancourt una concentración obrera demasiado importante y de que la organización general estrictamente piramidal no podía sostenerse más. Uno de sus directores, F. Lehideux le propone seguir manteniendo la centralización para las actividades de dirección y las descentralizaciones de las diferentes fabricaciones. (**)

Pero la descentralización prevista queda estrechamente sometida a las capacidades de la mano de obra local. Por ejemplo, las forjas y las fundiciones se instalarían en la cuenca siderúrgica de la Lorena donde ya existen una planta siderúrgica de la S.A.F.E., filial de Renault y la mano de obra calificada necesaria. En el oeste, entre el Havre y París estaba prevista la implantación de plantas de fabricación de faros, neumáticos, ruedas, etcétera. Pero según M. Lehideux, en una entrevista realizada en octubre de 1970 por P. Fridenson, preveía conservar aún Billancourt las fabricaciones mecánicas y el montaje "para poder continuar beneficiándose de la calidad del trabajo del obrero parisino". (**)

Sólo, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, la Renault deja de extenderse en la aglomeración parisina y

(*) P. Naville, J.P. Bardou, Ph. Brachet, C. Lévy: "L'Etat entrepreneur: le cas de la Régie Renault," Anthropos, Paris, 1971. p. 158.

(*) Fridenson Patrick, *Histoire des usines Renault: naissance de la grande entreprise, 1898-1939*, p. 282.

(**) Fridenson, P., op cit., pág. 282.

reporta su crecimiento en la región parisina, y después fuera de ella. En 1948 crea la fábrica de San Juan de la Ruelle cerca de Orléans; Flins en 1951, Cleon (en la Sena Marítima) en 1958, Sandouville (cerca de Havre) en 1964, Dreux (en el Eure y Loir) en 1970, Douai en 1971. Esta enumeración no incluye la multitud de filiales creadas y desarrolladas a partir de 1945 y que en su casi totalidad se localizan fuera de la región parisina.

Mientras que el total de asalariados que trabajaban en la Renault pasaba de 40,585 en 1948 a 97,014 en junio de 1974, el personal de Billancourt disminuye: 34,028 en 1948 y 32,429 en 1974.

2.) La división espacial del trabajo.- 3.4.2.

La creación, fuera de la aglomeración parisina de nuevas fábricas Renault no ha constituido en crear otros tantos mini-Billancourt con su variedad de actividades y de calificaciones.

EVOLUCION DEL PERSONAL DE LA RENAULT Y DEL PORCENTAJE DE EMPLEOS LOCALIZADOS EN LA AGLOMERACION Y EN LA REGION PARISINAS

31/XII/	% en la aglomeración (*)	% en la región parisina (**)	Personal total de la Renault
1945	—	—	33 250
1946	—	—	29 050
1947	84.9	84.9	36 471
1948	85.6	85.6	39 770
1949	84.2	84.2	44 233
1950	85.4	85.4	48 519
1951	82.9	83.7	52 470
1952	77.4	81.7	52 138
1953	74.1	78.5	50 337
1954	73.1	78.4	50 400
1955	69.3	75.7	52 241
1956	66.2	75.1	57 467
1957	64.4	74.7	58 981
1958	62.3	74.9	62 010
1959	61.2	74.6	65 657
1960	59.5	72.2	61 435
1961	59.0	72.0	58 311
1962	56.0	71.7	65 036
1963	55.1	69.4	63 603
1964	53.6	68.0	58 930
1965	49.7	65.4	62 902
1966	49.0	63.5	66 171
1967	47.6	62.2	66 882
1968	48.2	63.3	76 060
1969	45.7	64.5	86 345
1970	43.4	63.3	93 672
1971	41.0	61.6	94 335
1972	38.1	59.8	95 660
1973	37.7	58.5	97 518
1974 junio	37.7	58.4	97 014
1975	35.2	55.7	100 147
1976 abril	34.2	54.2	103 346

Fuentes: Régie Nationale des usines Renault

(*) Aglomeración parisina: Billancourt, Choisy-le-Roi (a partir de 1950) y Rueil.

(**) Región parisina: A la lista precedente hay que añadir Flins, a partir de 1951.

	Porcentaje de cada categoría de asalariados de la Renault que trabajan en la región parisina (Billancourt, Rueil, Choisy-le-Roi) el 31/XII/1971	Porcentaje de cada categoría de asalariados de la Renault en el conjunto de los asalariados de la Renault
Obreros no profesionales	34.0	56.4
Obreros profesionales	64.8	18.6
Supervisores	48.7	4.9
Técnicos	71.2	5.9
Diseñadores	90.2	0.9
Empleados	73.5	9.9
Profesionistas e Ingenieros	87.9	3.4
Todas las categorías	45.8	100.0%

La extensión descentralizada de la Renault se redobló con la implementación de una rigurosa división espacial del trabajo. Las actividades de concepción, de dirección, de organización de la producción y de las ventas, y de producción y mantenimiento de los medios de producción del conjunto de la Renault, se desarrollaron casi exclusivamente en la región parisina. Por el contrario las actividades de producción automotriz propiamente dicha, se desarrollaron en provincia, bajo las formas más "modernas", es decir, requiriendo del menor número posible de obreros profesionales. Los resultados de esta nueva organización del trabajo aparecen brutalmente en el cuadro precedente.

La "Dirección de investigaciones y desarrollos" (D.R.D.) se localiza en Rueil-Malmaison. Su misión esencial es estudiar los nuevos modelos. Reúne en junio de 1974, 2.937 personas que son en más de la mitad profesionistas, diseñadores o técnicos.

Al 31 de diciembre de 1971 (*), entre el personal de la D.R.D. se contaban 13.6% de profesionistas e ingenieros (contra 6.0% en Billancourt y 0.5% en Sandouville).

(*) Hemos tomado el año de 1971 para dar estadísticas detalladas relativas a las calificaciones, porque las medidas de revalorización de los salarios tomadas en 1972 se tradujeron en un desplazamiento de O.S. a obreros profesionales y de obreros profesionales a agentes técnicos o técnicos, sin que por lo mismo la naturaleza del trabajo haya cambiado. Véase II.4.2., página 123.

22.6% de técnicos y 11.2% de diseñadores. Los obreros no constituían más que el 35% del personal y 3/4 partes de ellos eran obreros calificados.

Billancourt, la fábrica-madre ha visto constantemente disminuir su proporción de obreros: de 77.2% en 1955 a 67.6% en 1971 y 60.8% en junio de 1974, en ventaja de los profesionistas y colaboradores de éstos.

Billancourt abarca en la actualidad tres conjuntos de actividades:

a) todas las actividades que tienen que ver con la dirección y la organización de la producción, de las ventas y con la gestión de la Renault.

b) todas las actividades de producción y de mantenimiento de los medios de producción de las plantas Renault: fabricación de máquinas-herramientas, talleres de herramientas, servicios centrales de mantenimiento.

c) dos fábricas: una de mecánica (forjas, fundiciones, maquinado) y la otra de carrocería-montaje.

En el primer conjunto de actividades, se encuentra la secretaría general, la dirección financiera, la dirección comercial, la dirección central del personal y de relaciones sociales, la dirección de informática y de planificación, etcétera, o sea, al 31 de diciembre de 1973, 5,688 personas compuestas en 4/5 partes de cuadros y colaboradores. A esto se añade la dirección de asuntos internacionales (810 per-

sonas, todas profesionistas y colaboradores). La dirección de los métodos centrales (D.M.C.: 3.131 personas de las cuales 2/3 partes son colaboradores y profesionistas) tiene por función la organización de los talleres y del trabajo en los talleres. El tercio restante del personal de esta dirección está constituido por los obreros de los talleres de herramientas que hemos clasificado en el segundo conjunto de actividades de Billancourt. La dirección de la producción tiene por misión determinar y organizar "el conjunto de los métodos y procedimientos administrativos que permiten asegurar en las mejores condiciones las fabricaciones de piezas, aprovisionamiento de las cadenas de montaje y el ensamblaje de los vehículos en los tiempos previstos" para el conjunto de los talleres y plantas de la Renault. Incluye un millar de personas siendo la mitad profesionistas y colaboradores. Finalmente la dirección de compras y calidad se encarga de las compras de materias primas, de los productos semi-elaborados y de las piezas sub-contratadas, también para el conjunto de la Renault. Agrupa a 1,019 personas al 31 de diciembre de 1972, de las cuales 135 son profesionistas y 754 colaboradores^(*).

El segundo conjunto de actividades (producción y mantenimiento de los medios de producción) comprende:

- Renault máquinas-herramientas (R.M.O., convertido recientemente en división autónoma) con 1.267 personas de las cuales, 88 son ingenieros y profesionistas, 678 técnicos, diseñadores y agentes técnicos y 501 son obreros en su mayoría profesionales,
- los servicios centrales de mantenimiento, con 1.232 personas,
- los talleres de herramientas: forjas, fundiciones, prensas, etcétera, administrativamente dependientes de la dirección de los métodos centrales, con un efectivo estimado de 1,200 obreros.

Mr. D.L. Limon, en su estudio sobre "La evolución de los efectivos obreros de la dirección general de fabricaciones de la Renault: 1953-1960-1965"^(**), añade a estas actividades la manutención y los transportes para constituir en su análisis estadístico un sector "B" por oposición al sector "A" que reúne a los talleres de producción propiamente dicha. Puesto que somos dependientes de este estudio para las informaciones que conciernen a las calificaciones por sectores de producción, adoptaremos la clasificación de D.L. Limon, aunque la agregación del sector "manutención y transportes" a los sectores de producción y de mantenimiento de los medios de producción, no se justifica desde nuestro punto de vista. Su evolución tecnológica caracterizada por una muy fuerte descalificación y su lugar en el conjunto del proceso de la producción lo vinculan con el sector "A".

Las actividades del sector de producción y de mantenimiento de los medios de producción se caracterizan por:

- su localización dominante en Billancourt.

En 1975, 58.6% de los obreros de la Renault que trabaja-

ban en este sector estaban empleados en Billancourt, mientras que en la misma fecha, 48.4% de los obreros de la producción automotriz trabajaban en Billancourt. Inversamente, 43.4% de los obreros de Billancourt pertenecían al sector "B", contra 30.3% de Flins, 33.8% en Cleón y 38.4% en Le Mans.

— una proporción elevada de obreros calificados.

En 1965, entre el personal de la planta se contaba 71.8% de obreros profesionales en el sector de máquinas herramientas, 77.7% en herramientas-forjas, 79.4% en el mantenimiento-plantas, 88.7% en herramientas-moldes y 94.9% en herramientas de fundición. Por el contrario, en los sectores de producción las tasas eran de 13.0% en la fundición y en el sector "carrocería-montaje", 14.4% en el maquinado, 40.3% en las forjas y 59.0% en el sector de tornos. El sector de manutención es el que presenta el porcentaje de obreros profesionales menor: 5.5% y una descalificación muy rápida puesto que en 1953 el porcentaje era de 30.0%.

El tercer conjunto de actividades de Billancourt está constituido por dos plantas: la U.F.M.B. (planta de fabricación mecánica Billancourt); y la U.C.M.B. (planta de carrocería-montaje de Billancourt). La primera contaba al 31 de diciembre de 1973 con 6,121 personas de las cuales 5,137 eran obreros y la segunda con 12,094 de las cuales 10,563 eran obreros.

El trabajo aquí es menos descalificado que en las plantas de provincia existiendo las mismas actividades, a causa de una maquinaria menos automatizada. Se contaba, en 1965, 20.5% de obreros profesionales en la U.C.M.B. contra 4.4% en los talleres de carrocería y montaje de la planta de Pierre Lefaucheur de Flins. El mismo año, la U.F.M.B. tenía 32.0% de obreros profesionales y su equivalente en provincia, la planta de Cleón, 7.9% en los talleres de la misma actividad.

EVOLUCIÓN DEL PORCENTAJE DE OBREROS VINCULADOS A LA PRODUCCIÓN Y AL MANTENIMIENTO DE LOS MEDIOS DE PRODUCCIÓN EN LAS DIFERENTES PLANTAS DE LA RENAULT.

Años	Billancourt	Le Mans	Orléans*	Choisy-le-Roi	Flins	Cleón
1953	38.2	36.7	35.5	9.7	23.5	
1960	38.0	39.8	31.3	29.0	27.3	36.3
1965	43.4	38.4	33.2	28.8	30.3	33.8

* San Juan de la Ruelle

EVOLUCIÓN DE LA PARTE DE OBREROS DE LOS SECTORES "A" Y "B" QUE TRABAJAN EN BILLANCOURT.

Años	Sector "A"*	Sector "B"***
1953	78.4	84.2
1960	58.7	63.7
1965	48.4	58.6

* Sector "A": Carrocería-montaje, fundición, maquinado, forja.

** Sector "B": mantenimientos, máquinas-herramientas, herramientas, manutención, transporte.

(*) La sede social de la Renault se mantiene y desarrolla en Boulogne-Billancourt. Allí están a punto de concluirse varios edificios administrativos nuevos ubicados en el lugar donde estaban talleres cuyas fabricaciones se transfirieron a Douai (laminado en pequeño).

(**) Reporte multicopiado de la dirección central de personal y de relaciones sociales, Régie Nationale des usines Renault, diciembre, 1965

EVOLUCION DE LOS PORCENTAJES DE OBREROS PROFESIONALES EN CADA SECTOR DE LAS DIFERENTES PLANTAS DE LA RENAULT.

	Billancourt	Le Mans	Choisy-le-Roi	Flins	Cleón
"A"					
1953	23.4	11.9	10.8	53.6	9.7
1960	21.4	13.3	5.9	51.6	4.1
1965	23.1	11.6	5.4	27.2	4.4
1953	50.3	46.7	45.7	3.6	23.0
"B"					
1960	51.0	36.8	39.6	3.5	28.9
1965	53.5	40.6	44.0	38.7	32.8
					13.0
					7.9
					38.4
					41.0

Fuentes: D.L. Limon.

La naturaleza de las actividades localizadas en Billancourt así como la menor descalificación del trabajo obrero de fabricación explican que trabajen en Billancourt 75.9% de los profesionistas e ingenieros de la Renault, 67.7% de los empleados, 60.1% de los técnicos, 53.3% de los diseñadores, mientras que sólo se ocupan en esta planta 41.5% de los asalariados de la Renault y que, por otra parte, la proporción de obreros profesionales en el total de obreros sea en este caso netamente superior a la de las plantas de provincia: 31.5% el 31 de diciembre de 1971 contra 24.9% en Le Mans, 11.7% en Cleón, 14.5% en Flins y 10.9% en Sandouville.

La fábrica de Choisy-le-Roi que data de 1950 no abarca más que a 1,219 asalariados en junio de 1974, lo que clasifica a este establecimiento entre los más pequeños, justo encima de San Juan de la Ruelle (903) y Dreux (656). Sus actividades son la fabricación de resortes, tuberías, piezas de plástico estratificado y renovación de motores de cambio standard.

El perfil profesional del personal de Choisy-le-Roi es el de una planta de provincia de Renault: 88.5% de obreros de los cuales 80.9% son no-profesionales(*), 2.7% técnicos y 0.9% profesionistas e ingenieros. Esto no fue siempre así. La presencia de un departamento de material ferroviario que desapareció después mantuvo tasas de obreros profesionales de 50% hasta en 1961-62.

La fábrica de Le Mans (9,594 asalariados al 30 de junio de 1974), la más antigua de las plantas descentralizadas, se diferencia ligeramente de las fábricas de provincia. Allí hay 4.6% de técnicos, 0.9% de cuadros ingenieros. El porcentaje de obreros profesionales en el total de obreros es mayor: 24.1%. Pero son profesionales débilmente calificados: reguladores de maquinado y P.1 en fundición y herramientas. Los más calificados P.2 y P.3 están en el taller de herramienta central. La fábrica de Le Mans se encarga de la fabricación de tractores agrícolas de los que produce casi la totalidad de las piezas. Esta actividad ocupa a 1,200 trabajadores aproximadamente. El resto del personal produce partes mecánicas para automóviles: coples cónicos, tren delantero y trasero, transmisiones, etcétera.

La planta de Flins, construida en 1951, ocupa a 20,076 asalariados el 30 de junio de 1974 (no tenía más que 9,826

el 31 de diciembre de 1967). Se trata de una planta de carrocería con talleres de techos (R 12 y R 5), de pintura, sellado, arneses y montaje (R 5, R 12, R 16, Break R 12 y R 12 Gordini). Allí se fabrican también piezas de espuma de plástico inyectado (apoyos coderos, planchas de bordo, etcétera). El trabajo se hace en cadena. Flins es, junto con la planta de Sandouville, la planta de la Renault que tiene la más alta proporción de obreros (89.8%) y entre ellos la más alta proporción de "no-profesionales" 85.5%(*) y el porcentaje menor de técnicos (2.7%) y profesionistas (0.6%).

La planta de Cleón, en Seine-Maritima (1958) corresponde a la U.F.M.B. Allí se fabrican cajas de velocidades y motores. Pero el trabajo se encuentra altamente automatizado y por consecuencia la proporción de O.S. es mayor que en la U.F.M.B.: 92.1% contra 68.0%. En el conjunto de la planta (sector "A" y sector "B"), la proporción de O.S. es de 82.3% de los obreros, lo que constituye el 88.3% del personal.

La fábrica de Sandouville (9,355 personas al 30 de junio de 1974) construida en 1964, es, como Flins, una planta de carrocería y montaje (R 5, R 16, R 17) en lo esencial de su actividad. Es obrero el 90.9% del personal, de los cuales 89.1% son O.S. (31/XII/1971). Entre los O.S. hay pocos trabajadores inmigrados comparativamente con las fábricas de la región parisina: 7.6%, pero por el contrario la proporción de mujeres es alta: 15.9%.

La fábrica de Dreux data de 1970. Cuenta al 30 de junio de 1974 con 656 asalariados de los cuales 83.4% son obreros. Estos, en un 83.7% son O.S. y de ellos 56.5% son mujeres. Esta es la planta para la cual la Renault buscó sistemáticamente mano de obra femenina. No existen allí trabajadores inmigrantes. Se producen piezas de plástico estratificado moldeadas con presas (parachoques del R 5) y piezas de espuma, de plástico inyectado.

La última en fecha, la planta de Douai (1971) que ocupa 1,383 personas debe convertirse en una fábrica de montaje. Allí se fabrican por el momento elementos de laminado para toda la gama de Renault (transferidos de Billancourt) y pequeñas piezas prensadas. Al 31 de diciembre de 1972 el 86.3% del personal es obrero y 84.0% de los obreros son O.S. Entre ellos se cuenta con 10.4% de mujeres.

5.- El ejemplo de la fábrica Joint-Francais en San Brieuc 3.5. - *

Para ilustrar el proceso de descentralización, se puede tomar también el ejemplo de la empresa Joint Francais que pertenece al grupo C.G.E. En 1962 en la primera ola de industrialización de Bretaña que vio a la C.S.F. instalar una unidad en Brest y a la C.N.E.T. instalarse en Lannion, Joint Francais, localizada en Bézons en la región parisina crea una planta en San Brieuc (Costas-del-Norte).

(*) El cambio de política de clasificación operado en 1972 se tradujo en Flins en una disminución sensible del porcentaje de "no-profesionales" entre los obreros: 67.2% al 30 de junio de 1974. Por el contrario, a diferencia de Billancourt, la proporción de obreros en el conjunto del personal no ha disminuido: 87.8%.

(*) 43.3% de los no profesionales eran trabajadores inmigrados al 31 de diciembre de 1971 y 47.5% al 31 de diciembre de 1973.

(*) Los datos que siguen están tomados de la obra de Michel Philipponneau: Au Joint-Francais. Presse Universitaire de Bretagne, 1972.

Tres meses después de poner la primera piedra, funciona un primer taller. En diez años, la fábrica llega a mil empleos (de los 1,500 previstos). Como lo señala Michel Philipponneau, esta fábrica de empaques de caucho, es "un taller anexo encargado de fabricar de la mejor manera las piezas concebidas y ordenadas en Bézons, donde permanecen cerca de la sede social parisina, los servicios financieros y comerciales, los servicios de investigaciones y desarrollos, es decir las actividades 'nobles' de carácter 'terciario' o 'cuaternario' que requieren un personal muy calificado". Sobre un efectivo total de 1,002 personas en febrero, de 1972, se contaban 907 obreros, todos O.S. con la excepción de los obreros de mantenimiento.

El trabajo consiste en gestos elementales que se aprenden muy rápido "sobre la marcha". La empresa no ha formulado ninguna demanda frente a los establecimientos de enseñanza técnica de la ciudad (numerosos e importantes) para preparar jóvenes para los puestos de trabajo que ofrece y con razón. Además, sólo recluta mano de obra simple. El nivel escolar y profesional del personal "por hora" es muy bajo. Está compuesto en un 64% por mujeres y en más del 50% de menos de 26 años.

Las reservas de mano de obra son tales en la región que la Joint Francais no trataba de retener a los obreros que tenían dificultades de adaptación por medio de una política de salarios normales que no pretendían ser elevados. Entre 1963 y 1970, 20.7% de los obreros reclutados permanecieron menos de 15 días en la fábrica, 34.4% entre 15 días y 6 meses. En total, en el transcurso de este período, trabajaron en la Joint Francais 3,300 personas siendo que la media anual de empleos era de 520. Fueron 10,000 candidatos examinados.

Estos trabajadores son rurales o hijos de familias rurales, sobre todo. La mitad de las mujeres eran inactivas o esposas. Se reparten en un radio de 15 Kms.; vienen por sus propios medios. La Joint Francais pudo permitirse practicar durante largo tiempo una política de bajos salarios (incluso en relación con las empresas de San-Brieuc) en razón de las características de esta mano de obra y de las dificultades para que las organizaciones sindicales se desarrollen allí. Los bajos salarios, la ausencia de posibilidades de acceder a un trabajo más inteligente, las condiciones de trabajo fueron el origen de una larga huelga, muy popular en Bretaña, en febrero y marzo de 1972.

El personal no obrero está compuesto en febrero de 1972 por 15 empleados, 23 técnicos, 51 supervisores, 7 profesionistas, y 1 director. El director vino de Bézons. "No tiene ninguna autonomía de decisión y debe reportarse constantemente a la dirección general para todos los asuntos no - cotidianos". El Jefe de personal de la planta continúa residiendo en Bézons.

"Para el conjunto del personal profesionista, de supervisión y técnicos, 30 vienen de la región parisina, 10 de otras regiones francesas, 9 de otros tres departamentos bretones, 19 de Costas - del - Norte, pero 80% de los inmigrados nacieron en Bretaña o tienen allí algún familiar (matrimonio, ascendientes, etcétera.)".

La debilidad de los efectivos no obreros, compuestos en más de la mitad por supervisorés, se explica por el hecho de que esta fábrica no tiene ninguna autonomía ni relación, o

muy poca, con el medio económico local. No tiene servicio comercial. Efectúa las órdenes transmitidas desde la sede central. Tampoco tiene un servicio propio de adquisiciones puesto que las máquinas y las materias primas vienen por París o por órdenes de la sede central. Las piezas que se fabrican se conciben en Bézons. No hay pues ninguna necesidad de servicios de estudios en San Brieuc. La fábrica no requiere pues ni de la subcontratación por maquila, ni de los servicios locales, ni de los trabajos de mantenimiento confiados a empresas locales.

La Joint Francais ha llevado a cabo esta "extensión descentralizada" sólo por las características de la mano de obra y por las ventajas que podía obtener de ella. Su ubicación precisamente en Bretaña y más en particular en San Brieuc se explica por las condiciones secundarias que esta ciudad ofrecía y sobre todo por las ventajas financieras consentidas especialmente por las colectividades locales y por el Estado.

Se pueden estimar estas donaciones en un valor de 14,440,000 francos, o sea 14,400 francos por empleo creado. Estas donaciones se descomponen de la siguiente forma:

— Otorgadas por el Estado (estimaciones)	
Prima de equipamiento (15 a 20% de las inversiones)	7 000 000 francos
Prima por gastos de formación de personal (!) (1000 francos por obrero)	3 000 000 "
— Otorgadas por las colectividades locales (Cifras exactas)	
Regalo en el precio de venta del terreno industrial equipado (diferencia con el precio de venta de 14 has.)	2 636 100 "
Regalo en el precio de venta del agua durante 5 años	100 000 "
Prima de 700 francos por empleo creado durante los primeros años	580 000 "
Acondicionamiento de los espacios verdes a cargo del municipio	95 000 "
Desgravamiento total de la patente durante 5 años	1 000 000 "
Total	5 14 411 100 "

Vemos sin embargo que por más importantes que sean estas donaciones, este "capital desvalorizado", las razones de la "extensión descentralizada" de la Joint Francais se encuentran más bien en la sobreexplotación de la mano de obra de San Brieuc. Todo sucede como si los trabajadores de San Brieuc trabajaran un tercio de tiempo más que los de Bézons y además con una productividad superior. La masa suplementaria de plusvalía extraída es mucho más importante que el "capital desvalorizado" recibido en donaciones.

Parece que el grupo C.G.E. y la dirección de la Joint Francais han aprendido algunas lecciones del conflicto. Después de 1972 se concedió a la fábrica de San Brieuc una mayor autonomía. El servicio de métodos, el control, el ordenamiento, los pedidos, etcétera se transfirieron a esta planta. (Cfr. L'Expansion, septiembre, 1974).

Aclaraciones

Las explicaciones precedentes no implican que en adelante toda región pauperizada y poblada vaya a conocer una industrialización rápida e inmediata, en detrimento de los centros industriales y urbanos.

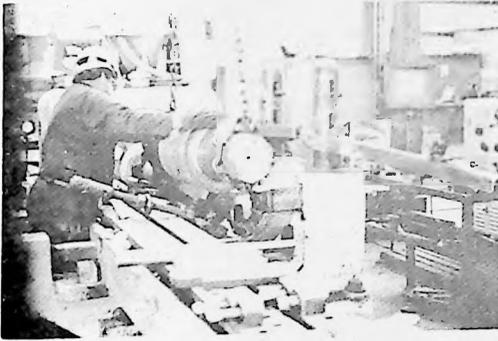
Los ejemplos de fracasos de políticas dirigidas a atraer capitales hacia las regiones de emigración no faltan. Existen otros factores que pueden restarle interés a esta política.

Por lo mismo, lo que hemos dicho no implica que las actividades administrativas y las actividades de concepción y de decisión se vayan a concentrar cada vez más en la aglomeración parisina. Ya desde ahora se puede observar un movimiento de descentralización de empleos de oficina débilmente calificados (Bancos, seguros, cheques postales, etcétera). La repartición espacial del trabajo de concepción va a depender del proceso de descalificación relativa al que está sometido.

Pueden crearse otros centros de concentración de la actividad intelectual. No hay países que sean tan centralizados como Francia. Pero estas variaciones no ponen sin embargo en duda el proceso total.

6.- El ejemplo del Sur de los Estados Unidos.- 3.6.-

El proceso que acabamos de observar no es exclusivo de Francia. Se observa también en la metrópoli capitalista más grande: Estados Unidos. En su número del 2 de septiembre de 1972, la revista *Business Week* publicó un estudio titulado: "The new rich South: Frontier to Growth"^(*), mostrando cómo el Sur de los Estados Unidos atraviesa desde hace varios años por una industrialización y una urbanización rápida.



Por su condición agrícola, el Sur se convirtió en una tierra de emigración para asalariados agrícolas y para pequeños propietarios arruinados como consecuencia de la mecanización del trabajo agrícola y de las medidas gubernamentales que tendían a favorecer a los grandes propietarios. Esta emigración en dirección Norte-Este y de California continuó desarrollándose justamente hacia el final de los años cincuenta. Se implantaron allí algunas industrias a

(*) Traducido en "La documentation française". *Problemes économiques*, 24 de enero de 1973.

causa de las materias primas necesarias para su producción: textiles, industrias alimenticias, industrias madereras, de pasta de papel, ... La renta per capita en el Sur era muy inferior a la renta media per capita del conjunto de los Estados Unidos: 50% inferior en 1930. Esta cifra esconde además desigualdades locales considerables, más significativas aún que en otras regiones.

A partir de los años sesenta, se opera un cambio completo de tendencia. El balance migratorio pasa a ser positivo en más de 550 000 personas. Entre 1960 y 1970, la población urbana pasa de 48.7% a 59.5% de la población total de los 11 Estados del Sur, mientras que la tasa de urbanización del conjunto de los Estados Unidos no se incrementó más que en 3.6 puntos: de 69.9% a 73.5%. El número de empleos en la industria aumenta en 42.9% mientras que la tasa de incremento para el conjunto del país sólo fue de 15.5% en el mismo período.

El desarrollo de la industria espacial en Huntsville (Alabama) y en Cabo Kennedy (Florida) por razones técnicas y estratégicas jugó un papel decisivo. El petróleo de Texas favoreció igualmente la creación de una enorme industria petroquímica. Pero lo esencial de los nuevos empleos se debió al desarrollo de la industria textil y a la implantación de empresas por parte de compañías del Norte.

La proporción de los empleos de las ramas siguientes: caucho, plásticos, material de transporte, compuestos eléctricos, localizados al sur, con respecto al empleo total en estas ramas pasó de 11% a 20%.

Business Week escribe:

"Aunque los dirigentes del Sur minimizan el hecho, no hay duda de que lo que continúa a atraer a la industria hacia el Sur son los bajos salarios y el hecho de que la mano de obra no está por lo general sindicalizada. Hace diez años, los salarios de la industria del Sur, correspondían a un 77% de la media nacional. En la actualidad han aumentado correspondiendo sólo a un 80% pero en algunos de los estados la media es mucho más baja. En Carolina del Norte, uno de los Estados del Sur más industrializados, los salarios semanales son los más bajos de todos los Estados Unidos. En Arkansas, Dan Rebeck, administrador de la Comisión de Desarrollo del Estado admite "que una de las atracciones que ofrece Arkansas, además de los abundantes recursos naturales y de las tierras disponibles, son los salarios industriales cuyo nivel es aproximadamente de un 70% con respecto a la media de los Estados Unidos". Este nivel de salarios se compara además favorablemente con los de Alemania y los Países Bajos y hay que señalar la importancia de este factor para compañías cuyos productos compiten con los productos de importación. Durante el último decenio, Arkansas logró la tasa de crecimiento de empleos industriales más alta de todos los Estados del Sur.

Como se puede suponer, los sindicatos son más débiles en el Sur que en ninguna otra región de Estados Unidos. En 1970, sólo un poco más del 15% de la mano de obra no agrícola estaba sindicalizada contra aproximadamente 28% para el conjunto del país. En Carolina del Norte la cifra fue 7.8%, la más débil de los Estados Unidos."

Hay que señalar, en efecto, que ciertos sindicatos de oficios lograron obstaculizar eficazmente la mecanización y la automatización del trabajo. Además, algunos tienen el monopolio de la contratación. Ahora bien, todos los Estados del Sur, con excepción de Luisiana adoptaron una ley prohibiendo la sindicalización como condición necesaria para obtener un empleo. Molestas por un sindicalismo de oficio, enfrentándose al ausentismo creciente de los obreros (que alcanza en ocasiones hasta el 20% en la General Mo-

tors) y a la práctica denominada del "ca'canny" (expresión escocesa que significa "vaya sin prisa") de la que deriva una baja sensible y durable de los ritmos de trabajo, e inquietadas por los conflictos raciales y sociales, las firmas industriales se sienten atraídas por las "ventajas" que ofrece el Sur.

Dichas firmas han logrado que los profesionistas necesarios en sus nuevas plantas del Sur se desplacen hacia allá. También pudieron reclutar personal entre los profesionistas salidos de la industria espacial una vez terminados los proyectos para los cuales habían sido contratados. Finalmente, las universidades del Sur comienzan a proporcionar los cuadros subalternos adaptados a estas fábricas descentralizadas.

Business Week concluye que la continuación del proceso de industrialización en curso, dependerá de la rapidez con la cual la diferencia de salarios se elimine, los obreros en paro logren un empleo y los sindicatos se fortalezcan.

El capital industrial parece tener todavía "bellas" perspectivas frente a él. Las reservas de mano de obra no están agotadas. El uso de una máquina para cosechar tabaco va a expulsar del sector agrícola un gran número de jornaleros. El ofrecimiento de 300 empleos con ocasión de la apertura de una nueva planta de las cerecerías Anheuser-Busch cerca de Williamsburg, en Virginia, atrajo a 12 000 candidatos. El ingreso per capita en el Sur sólo representa el 80% del ingreso medio americano. J. Ray Marshall, profesor de la Universidad de Texas, calculó que el 46% de los americanos pobres viven en el Sur que sólo tiene el 21% de la población total. Las desigualdades son allá muy significativas (las mayores de todos los Estados Unidos) y se incrementan a pesar de que los ingresos hayan aumentado. Las familias más desfavorecidas, o sea el 25% del total de las familias, sólo reciben el 4.8% del ingreso total de la región; mientras que el 25% de las familias más favorecidas acaparan el 43.3% del ingreso regional. Entre 1960 y 1970, la diferencia efectiva de ingresos entre familias negras y blancas pasó de 3 414 a 3 776 dólares.

Las autoridades locales declaran con gusto ahora que ya pasaron los tiempos en que era necesario contentarse con empleos duros y mal pagados y que ha llegado la hora de las industrias que ofrecen empleos calificados y bien pagados. Joseph M. Grant, director de estudios económicos del Banco de Comercio de Texas en Houston, piensa por su parte que ya se acabó la época de las fábricas pirata que sólo venían al Sur para explotar la mano de obra.

"El proceso de crecimiento ha alcanzado el punto en el que vemos producirse el efecto multiplicador. La industrialización a provocado una elevación de los ingresos, lo que ha ampliado las oportunidades de empleo y esto ha empujado a las empresas industriales ha instalarse en el Sur para captar estas oportunidades de empleo, por lo cual se produce un nuevo estímulo al crecimiento".

Los inversionistas extranjeros en los Estados Unidos (Japón, Alemania Federal, Gran Bretaña, Canadá, Francia) escogen igualmente los Estados del Sur. De los 59 proyectos industriales anunciados únicamente en el transcurso del primer semestre de 1974, 21 estaban previstos para el Sur y 12 para el Lejano-Oeste. Michelin y Air Liquide se instalan en Carolina del Sur; la Rhône-Poulenc en Texas, la

Pechiney-Ugine-Kuhlmann (P. U.K.) en Maryland, Poclain en Virginia.⁽⁴⁾

Los sindicatos obreros americanos, aunque se congratulan de la creación de empleos nuevos en una época en la que las empresas norteamericanas tienen una marcada tendencia a "exportar empleos", se inquietan sin embargo del hecho que se prefiera sistemáticamente el Sur de los Estados Unidos, en dónde, precisamente, se da el nivel más bajo de protección social.

7. - Una nueva fase del imperialismo.- 3.7.-

1) Los estudios sobre el imperialismo.- 3.7.1.-

Resulta, en efecto, fácil de entender que las ventajas que pueden obtenerse de la fuerza de trabajo de las regiones rurales pauperizadas, pueden también obtenerse de la fuerza de trabajo de los países llamados "subdesarrollados" e incluso con una eficacia infinitamente mayor. Dos hechos inclinan a trasladar hacia estos países el trabajo descalificado.

— El capital japonés, gracias precisamente a la sobreexplotación de su mano de obra, al pillaje de la tecnología occidental y a un estricto proteccionismo, ha logrado competir muy eficazmente en numerosos dominios con los productores europeos y norteamericanos. Las presiones políticas de Washintong han llevado en gran medida a la revaluación del yen, encareciendo de golpe los productos japoneses y a suavizar las restricciones sobre inversiones extranjeras en el propio Japón. Posteriormente, la crisis energética maltrató a la economía japonesa, pero también a la europea.

Pero estas presiones, siempre delicadas de manejar, no pueden resolver de forma duradera las dificultades crecientes del capital monopolista occidental para valorarse. Requiere por ello buscar nuevas condiciones de valorización.

— Ahora bien, numerosos países pauperizados se encuentran en la situación de tener que atraer hacia sí rápidamente capitales extranjeros a no importe qué precio. Estos países tienen las siguientes características:

- a) su población se encuentra en un estado de gran pobreza, a causa de la destrucción de la economía tradicional por la colonización y la competencia de los productos capitalistas.
- b) dicha población crece rápidamente y no es previsible que se vaya a reducir a corto plazo, de lo que se deriva un grave problema de empleos.
- c) la debilidad de sus riquezas naturales o bien la falta de disposición efectiva de ingresos provenientes de su explotación, impide al Estado o al capital privado nacional tener una relativa autonomía en la orientación del desarrollo económico.
- d) sus gobiernos defienden una política económica capitalista o de capitalismo de Estado; y en

⁽⁴⁾ Jay Mc Culley "Inquiétude des syndicats américains. Les investissements étrangers s'orientent vers les régions à faible protection sociale". *Le Monde*, 23 de julio de 1974, p. 11.

muchos casos su seguridad militar depende directa o indirectamente (para el aprovisionamiento de armamento) de las metrópolis capitalistas. Su única riqueza es ofrecer una mano de obra abundante, joven y obligada a venderse a un muy bajo precio.

Además estos países se enfrentan desde hace varios años a una competencia en el ofrecimiento de facilidades para atraer hacia sí las inversiones extranjeras o los pedidos de maquila (cuando existe un capital suficiente para invertir en fabricaciones altamente especializadas a través de subcontrataciones). Cada país muestra con orgullo sus ventajas fiscales, su mano de obra dócil y poco costosa. A través de diferentes ejemplos analizaremos el movimiento de localización directa de los capitales en estos países pauperizados.

2) "La industrialización" del Suroeste asiático. - 3.7.2. -

Entre los países europeos son los alemanes quienes más rápidamente buscaron el interés por invertir en esta región del mundo.

Siemens, sociedad alemana de construcciones eléctricas y electrónicas buscaba países donde la mano de obra fuera abundante: los costos de producción, más competitivos; los salarios, moderados, la política económica y financiera, favorable al desarrollo industrial; la estabilidad política, real; el mercado interior y regional, en expansión.

Después de haber escogido Singapur donde el éxito fue total, Siemens crea una nueva unidad en Malaca, en Malasia. Obtuvo allí una exoneración de impuestos a empresas (con beneficios del 40%) y del impuesto de "desarrollo" (del 5%) durante 9 años. El salario por hora de las 500 personas que se prevé contratar no representará más que el 7% del costo salarial con un personal similar en Alemania. Las perspectivas demográficas (120.000 a 150.000 nuevos trabajadores por año) y el nivel actual de paro (8% oficialmente) no permiten temer dificultad alguna de reclutamiento de mano de obra ni de aumento significativo de los salarios durante mucho tiempo. La fábrica que estaba en construcción en abril de 1974 sólo costará entre un 40 y 45% de lo que hubiera costado de haberla implantado en Alemania.

El único problema señalado por el Dr. Alfred Prommer, director de Siemens A.G. es la obligación impuesta por el gobierno malasio, de respetar en el personal las proporciones de las diferentes razas en el país que son tres: 43% de malayos, 34% de chinos y 9% de indios. Aunque esta norma no representa ninguna dificultad para la contratación de obreros, sí es una pequeña traba para el reclutamiento de cuadros superiores.

La industria fotográfica alemana ha atravesado graves dificultades en razón de la competencia victoriosa de los industriales nipones. Aunque algunos invocan la falta de imaginación y la autosatisfacción de los industriales alemanes, es claro de todas maneras que estos no podían resistir frente a competidores que pagan a una obrera poco calificada cinco veces menos obteniendo un producto de la misma calidad. Ahora bien, el costo de las cámaras, de los proyectores y de los accesorios fotográficos se constituye en un 50 a 85% por el precio de la mano de obra.

Varios de estos empresarios alemanes se rindieron ante la competencia: Zeiss-Ikon, Voigtlander. Otros respondieron desplazando sus capitales hacia países en donde la mano de obra es por lo menos tan poco costosa como en Japón. La empresa Leitz se asoció con una compañía japonesa, la Minolta, y especializó sus talleres localizados en Alemania en la fabricación de aparatos que requieren una mano de obra muy calificada.

La empresa Rollei hizo algo mejor. Sola, trata de enfrentarse con los industriales nipones en su propio terreno. Desde 1971 instaló en Singapur cinco fábricas que reunían 5,500 obreros, lo que significó una inversión de 140 millones de dólares¹⁷¹). Además de las ventajas ofrecidas por este país (estabilidad política, excelente relación con el gobierno local, exoneración de impuestos sobre los beneficios obtenidos en 5 años y reducción del 10% a los obtenidos en los 10 años siguientes, infraestructura adecuada, reservas de agua y de electricidad, ...etcétera), el Dr. Klaus Westphal, vicepresidente ejecutivo de la sociedad Rollei señala que la relación entre salarios de obreros con la misma calificación de Singapur y Alemania es de 1 a 10 (!), y que desde los primeros meses las previsiones más optimistas de productividad fueron superadas obteniéndose la misma calidad que en Alemania. En 1967, Rollei producía un aparato cada 2 minutos, y ahora produce uno cada 10 segundos. Lo que no se dice es cómo se obtienen estos maravillosos resultados, en particular cómo ha sido organizada toda la producción para poder ser realizada por O.S. El Dr. Westphal insiste incluso en la formación de 500 obreros de Singapur en Alemania.

Nos indica también que en Braunschweig, casa madre de la Rollei, de 250 a 300 colaboradores se han consagrado enteramente a la instalación de la fábrica de Singapur. Se han transferido 250.000 operaciones de fabricación. Por cada una, se ha requerido traducir las instrucciones al inglés y explicarlas. Esto supone, pues, un nivel muy elevado de descomposición de las tareas.

En la misma época, la firma se reestructuró enteramente. Las plantas localizadas en Alemania pasaron a ser las encargadas de la elaboración de la estrategia de la sociedad, de la concepción de los productos, de la preparación de la producción, y de la construcción de las máquinas-herramientas. Rollei Braunschweig se encargó de la investigación y desarrollo del mercado y de la organización general. Rollei-Ulzen se convirtió en un centro de formación y al mismo tiempo de producción de máquinas para Singapur. Las compañías de distribución Rollei se multiplicaron en los países consumidores: Alemania, Austria, Gran Bretaña, Canadá, Francia y Estados Unidos.

Gracias a esta política Rollei se expandió considerablemente lo que le permitió no sólo no suprimir empleos en Alemania sino crear 1,200 nuevos sin tener que llevar a cabo una descalificación brutal de su mano de obra alemana.

La revista Patronat termina así su informe sobre la exposición del Dr. Westphal:

...El Dr. Westphal está convencido de que la cooperación económica con los países del sudeste asiático no sólo es beneficiosa para éstos sino también para las empresas europeas.

¹⁷¹ 1 Dollar-Singapur equivale a 1.85 Francos (Abril de 1974).

Esta conclusión optimista encubre una rigurosa división internacional del trabajo en la cual la parte intelectual del trabajo se concentra en la metrópoli capitalista y la parte manual es efectuada por la fuerza de trabajo pauperizada del Sud-este asiático.

Desde hace varios meses, la C.N.P.F.^(*) multiplica las reuniones que tiendan a favorecer el desarrollo del comercio exterior francés y de las inversiones francesas en el extranjero. En 1974, las sedes nacionales han tenido por tema "Puertas abiertas al mundo". En cada número de su revista mensual Patronat consagra varios artículos a la preparación de estas sesiones y muestra documentos en donde se muestra el partido que se puede sacar de las implantaciones industriales en los países subdesarrollados. El número de abril de 1974 relata diferentes experiencias en el Sudeste asiático.

La empresa de sweters Montagut (3.000 asalariados en 1973), después de instalarse en Portugal, España y Corea, creó una nueva filial en el Edo. de Singapur (el estado de Singapur es una isla de 580 kms.², con 2 millones de habitantes), en donde el 75% de la población tiene menos de 30 años. Esta filial se formó con un 60% de capitales europeos, 30% de capitales chinos (Taiwan) y 10% de capitales indios. Así se construyó una fábrica con 3 millones de francos, con una planta de 100 personas y con una capacidad para triplicar su personal.

El P.D.G. de Montagut en Francia, el Sr. Léo Gros, alaba la habilidad y el interés de la mano de obra local que sobrepasa en mucho los ritmos de trabajo fijados originalmente. "Nos hemos visto obligados a disminuir los ritmos de trabajo, en contra de la opinión de los obreros, porque estos rompían demasiadas agujas y máquinas de coser. Nos hemos puesto exigentes en cuanto a la calidad de la producción. Esta mano de obra se adapta fácilmente a todo tipo de trabajo".

La rotación de la mano de obra es muy importante. Pero aun cuando al día siguiente de la raya, una treintena de obreros no regresen, aparecen otros tantos nuevos para reemplazarlos. No hay ninguna necesidad de buscarlos y la producción no se afecta por estos movimientos de mano de obra. Las reservas de mano de obra son considerables. La industrialización extremadamente rápida de la Isla atrajo hacia ella migrantes malasio, indonesios y de Bengladesh. Cada vez más, se prefiere incluso utilizar jóvenes de menos de 16 años.

Sin embargo la muy alta rotación de personal se convierte a la larga en un obstáculo cuando afecta a los obreros calificados e incluso a los O.S. porque es necesario, a pesar de todo, un mínimo de tiempo para enseñarles las operaciones que deben realizar en el puesto de trabajo donde se les ubica. Por eso en numerosas empresas se han institucionalizado las primas por antigüedad.

El gobierno de Singapur actúa además en favor de los industriales puesto que acaba de decretar que todo trabajador emigrante que abandone una empresa se verá privado de su permiso de trabajo (!).

En pocos años el Sudeste asiático se ha convertido pues en el paraíso de las industrias de transformación. Al respec-

to se puede establecer el siguiente balance:

Sobre Hong Kong llovieron inversiones extranjeras en la industria electrónica y textil. Según la revista Business Asia (19 de enero de 1973), los americanos van a la cabeza con 114 fábricas y 42.4% de las inversiones extranjeras en la industria de transformación. Los japoneses tienen 59 establecimientos que representan el 25.3% de dichas inversiones. Los ingleses tienen 21 y 9.8% respectivamente. Durante los 20 últimos años, la media de crecimiento industrial por año ha sobrepasado el 10%. El 80% de la producción se exporta. El 55% de la población tiene menos de 25 años y cada año, de 70,000 a 80,000 jóvenes buscan empleo.^(*)

Singapur se convierte en una cabeza de puente para Asia para todas las empresas multinacionales: British Petroleum, Mobil, Shell, Hitachi, Mitsubishi, General Electric, Hewlett-Packard, Philips, Sanyo, Siemens, Ford, Rollei, Timex, Mc Graw-Hill, Dunlop, Unilever, Nestlé, etcétera. Aun cuando Singapur no tenga prácticamente riquezas naturales, ni ofrezca más que un mercado local muy limitado y a pesar de que todo deba ser importado y todo exportado, el número de fábricas pasó de 548 en 1960 ocupando a 27,416 personas, a 1,958 fábricas con 178,875 obreros en 1972.^(**)

Formosa ha recibido en 1973 un millar de dólares en inversiones extranjeras (Singapur, 580 millones en 1971).

En Corea del Sur, la industria manufacturera se desarrolló a una tasa anual de 17.2% entre 1962 y 1972. La República de Corea fabricó en 1972, 19,000 coches; 97,000 toneladas de fibras sintéticas y 345,000 televisores, siendo que estos productos no existían en el país en 1961. Japón y Estados Unidos, efectuaron en total, más del 90% de las inversiones extranjeras en Corea. En 1972, existían cerca de 400 compañías japonesas asociadas en empresas mixtas con firmas de la República Coreana.

Los salarios son inferiores a los de los países industrializados. Así, si el salario medio por hora en el sector industrial es de 0.27 dólares en Corea, en Francia, en cambio es de 1.01 dólares, en Japón de 1.31 dólares, en Alemania de 2.29 dólares y en Estados Unidos de 3.69 dólares.^(***)

Indonesia es el país que ha atraído más capitales extranjeros. Al final de 1972, el total acumulado alcanzó 2.2 millares de dólares. Malasia, Filipinas y Sri Lanka (Ceilán) hacen todo lo que pueden por seguir la misma tendencia.

3.) Túnez, Egipto, Senegal ... se orientan en esa línea. 3.7.3.-

Túnez, desechando las orientaciones socialistas de su antiguo ministro de economía, Ben Salah, decidió lanzarse a la carrera de las inversiones extranjeras por la ley de 27 de abril de 1972, ofreciendo a éstas un verdadero paraíso fiscal.

Túnez se enfrenta, en efecto, como todos los países del Maghreb a un problema muy grave de empleos. Su creci-

(*) Datos extraídos de la ficha técnica sobre Hong-Kong publicada por la revista Patronat en abril de 1974: "Sous-traiter à Hong-Kong: ile du libre échange".

(**) Neue Zürcher Zeitung, 5 y 13 de agosto de 1973.

(***) Según el Economic Planning Board de la República de Corea.

miento demográfico es del orden del 2.6 al 2.8% anual. En el transcurso del cuarto plan (1973-76), la población en edad de trabajar (de 15 a 64 años) se incrementó en 348.000 personas. Descontando 46.000 de ellas que continuarán sus estudios y contando sólo un 20% de las mujeres que serán las que buscarán empleo, el gobierno estima que la demanda efectiva de empleos nuevos será de 198.000. Sobre estas bases muy optimistas y estimando que no habrá disminución de empleos en la agricultura (hipótesis igualmente audaz), el Plan prevé que serán satisfechas 118.700 demandas de empleo, registrándose un déficit de 79.000 empleos. De aquí a 1981, el incremento del número de personas en edad de trabajar será de un millón y la demanda efectiva de empleos, de medio millón.

Frente a tales perspectivas, el gobierno tunecino decidió que el objetivo prioritario era el pleno empleo, a no importe qué precio, aun a costa de abdicar a toda soberanía. Así, el gobierno ofrece a las empresas exportadoras prácticamente la creación de zonas francas en cualquier lugar de su territorio.

Estas empresas pueden importar libremente las materias primas y las máquinas necesarias para su producción y efectuar todo tipo de transferencias relacionadas con su producción así como de la distribución de dividendos que corresponden a los socios de las empresas que no residen en el país. Las "empresas no residentes", es decir aquellas cuyo capital social pertenece en un 66% a personas no residentes, no están obligadas a repatriar los beneficios de sus exportaciones, prestaciones de servicios y ganancias.

Los inversionistas extranjeros están liberados del impuesto sobre las ganancias durante 10 años y sujetos a este impuesto a una tasa reducida del 10% durante los 10 años siguientes. Durante 20 años, estas mismas empresas, están liberadas de derechos, tasas e impuestos sobre el costo de los valores mobiliarios, en razón de los préstamos contratados para la formación de la inversión o de su ampliación. Las rentas que se originan de los beneficios distribuidos tienen un impuesto reducido del 6 al 8%. Los resultados no se han hecho esperar. Según la opinión del ministro del Plan, el Sr. Mansour Moalla, explicitada en ocasión de las tres jornadas de información organizadas por los empresarios franceses el 6, 7 y 8 de marzo de 1974(1), el número de empleos creados fue de 31.547 en 1973 en lugar de los 10.200 previstos.

Por su parte la C.N.P.F. hace grandes esfuerzos para que las empresas francesas inviertan en Túnez. ¿Por qué?. Las razones, según ellos, son las siguientes:

- a) los salarios son de 6 a 7 veces menores que en Europa.
- b) reina allí la paz social y el gobierno "políticamente seguro" se convierte en garante.
- c) las ventajas fiscales son considerables.
- d) los japoneses, holandeses, alemanes e italianos, más rápidos que los industriales franceses se han instalado en Túnez y van a competir eficazmente con sus productos si los franceses no lo evitan. Francia ha caído al 5º lugar entre los in-

versionistas, con menos del 10% del total de las inversiones extranjeras.

- e) Túnez puede convertirse a corto plazo en un punto de partida para conquistar el mercado futuro de 200.000 millones de habitantes del Maghreb salidos de una economía de autosubsistencia.

Los esfuerzos de información, tanto del gobierno tunecino como de la C.N.P.F. han logrado que en la actualidad estén en estudio 29 proyectos de implantaciones industriales francesas: 9 en el sector textil y de la confección, 8 en el sector del calzado y del cuero, 4 en el sector mecánico, de la construcción eléctrica y electrónica y 3 en el sector de la química y similares.

Los sectores del calzado, del cuero y de la confección son sectores todavía poco mecanizados y automatizados, en donde a menudo se requiere una capacitación de la mano de obra. Se encuentra que existe en Túnez, en estos dominios, un artesanado desarrollado y una mano de obra competente entre los cuales los inversionistas extranjeros pueden extraer, con pocos gastos, a los obreros calificados que requieren. Pero los demás sectores requieren esencialmente de mano de obra simple, dado el grado de descomposición del trabajo al que han llegado.

El gobierno senegalés, consciente de la competencia que enfrentan los países pauperizados para atraer capitales extranjeros y del riesgo de entrar demasiado tarde a esta competencia, acaba de decidir la creación de una zona franca industrial en M'Bao, a orillas del Océano, zona que será viable al final de 1974.

El ministro de desarrollo industrial declaraba al final de 1973: "Hay un aspecto que requiere gran atención, el de la urgencia de decidir. Hay múltiples proyectos similares a los nuestros que están aún en el aire y en este dominio, es indispensable iniciar los primeros" (**).

Las empresas que se instalen allí, gozarán de una mano de obra más costosa que la de Asia, pero más cerca de Europa y de un clima social "favorable". Se beneficiarán del status privilegiado de la zona franca por lo menos durante 25 años. Este status abarca: la exención fiscal total, la compra y venta de materias primas y productos manufacturados libre de todo tipo de derechos y tasas, tarifas preferenciales para el agua, la electricidad, el petróleo y los transportes, ayudas para la capacitación del personal, créditos de instalación y una administración de la zona franca autónoma de la administración del Estado(!)

Los países cuya economía tradicional ha sido arruinada por el colonialismo y por la competencia de los productos capitalistas, ahora son empujados a hacer regios regalos a las grandes empresas capitalistas para que éstas puedan ofrecerles algunos empleos.

4.) y también algunos países de Europa. 3.7.4.

Uno de los primeros países pauperizados a raíz de la competencia del naciente capitalismo, Irlanda, practica una

(*) Jacqueline Girapin: "Pour attirer les investissements étrangers le Sénégal s'apprête à instituer une zone franche industrielle." *Le Monde de l'économie*, 20 de noviembre de 1973, pag. 20

(1) "Investir en Tunisie", en *Le Patronat*, No. 349, mayo, 1974, pag. 52

política similar a la de Malasia o Túnez. (*)

Ofrece a los inversionistas extranjeros su mano de obra abundante, sub-empleada (Irlanda tiene la tasa de paro más elevada de la Comunidad Económica Europea y cerca de la mitad de su población activa está ocupada en la agricultura), la menos costosa y la más pobre de la C.E.E. En la proximidad de los grandes centros urbanos e industriales de Europa, una fuerza de trabajo tal, seduce.

Irlanda acepta dar subvenciones a fondos perdidos que pueden alcanzar el 50% de los costos de equipamientos, subvenciones para la formación de la mano de obra y exenciones fiscales durante 15 años sobre las ganancias provenientes de la venta de productos exportados.

Se trata claramente de atraer industrias de las que se sabe que producirán para el mercado externo y que sólo aprovecharán de la localización de Irlanda, su mano de obra. Entre las 732 industrias creadas desde hace 10 años, 500 son de origen extranjero. Sobre los 14,000 nuevos empleos creados en 1973, 56% son proporcionados por firmas extranjeras. La producción industrial progresa al 9% anual. Y por primera vez desde hace siglos, ha cesado la emigración irlandesa. Recientemente ha aparecido una publicidad en los periódicos franceses dirigida a los industriales que dice: "Si ud. tiene el producto, nosotros tenemos la mano de obra", firmado por la oficina irlandesa.

El gobierno social-demócrata de Suecia, preocupado por la política de inversiones en el extranjero de las sociedades industriales suecas que son las más multinacionales del mundo (22% de sus inversiones se efectuaban fuera de Suecia en 1970, contra 20% para el caso de Estados Unidos), ha multiplicado sus investigaciones.

Una de las más significativas muestra que entre 1965 y 1970, 50 empresas de confección suecas crearon unidades de producción en Portugal, representando el 10% de las inversiones extranjeras en este país. La investigación muestra que la casi totalidad de la producción de estas fábricas se exporta a Suecia, lo que constituye el 15% de las importaciones suecas de vestidos!(**)

Entre 1965 y 1970, el número de asalariados de las filiales extranjeras de firmas suecas aumentó en un 24% mientras que dicho número sólo aumento un 6% en las empresas matrices y el número de empleos industriales en Suecia disminuyó un 2%.

5.-) Conclusiones. 3.7.5.-

A la vista de las informaciones precedentes, se puede afirmar que asistimos en todos los sentidos al desarrollo de una nueva fase del imperialismo y de la división internacional del trabajo.

Aquí sólo nos hemos fijado en la implantación del capital en los países pauperizados. Existen otras formas de división internacional del trabajo características de esta nueva fase del imperialismo: la maquila, la venta de fábricas "con las llaves en la mano", la fuga de cerebros, etcétera, que vendría estudiar para completar el panorama.

8.- Las consecuencias de la nueva fase del acondicionamiento capitalista del espacio.-3.8.-

Después de haber pauperizado ciertas regiones y numerosos países, el capital los "invierte" directamente trastornando la geografía y las relaciones políticas y económicas.

De la misma manera que la proletarianización de las mujeres introduce a una fracción importante de la población en la relación antagónica entre trabajo y capital con todas sus consecuencias ideológicas, políticas y económicas, así también la industrialización de las regiones rurales les hace a éstas bascular en "la historia moderna". Por eso, es extraño que haya quien se sorprendiera de la aparición y multiplicación de un nuevo tipo de huelgas en el oeste de Francia, por ejemplo. En estas regiones se desarrolla una nueva vida política y social, y estas regiones se desprenden progresivamente de las relaciones sociales precapitalistas.

Pero el movimiento de descentralización industrial (o administrativa) puede atenuarse en el futuro por la aparición del movimiento de inversiones directas en el extranjero a fin de utilizar una mano de obra aún menos costosa que la mano de obra de provincia. La provincia compite objetivamente con las proposiciones que Túnez o Irlanda pueden hacer a los industriales.

El movimiento de inversiones directas en los países pauperizados para la transformación de productos tiene en germen una redefinición de las relaciones internacionales y un control mutuo acrecentado.-

(*) Nicole Berheim, "Au-delà du drame Irlandais, un avenir prospère pour les gens de Dublin, Le Monde, 23 de febrero de 1974, pág. 5. Remi Huppen, Le Monde de l'économie, 13 de nov. de 1973.

(**) Cuy de Faramond, "L'industrie suédoise emploie le cinquième de ses effectifs en dehors du territoire national", Le Monde de l'économie, 20 de noviembre de 1973.

Sociedad Patricia, cultura plebeya*

E. P. Thompson**

I

Las relaciones entre la nobleza y el pueblo trabajador en la Inglaterra del siglo XVIII son frecuentemente caracterizadas como "paternalistas", (hay que hacer notar, que ésta es una caracterización que surge cuando estas relaciones son vistas "desde arriba"). Si nos sumamos a este debate partiendo de una definición poco clara de la noción "cultura popular" terminaremos traslapando y contraponiendo ejemplos: esta evidencia de control paternalista aquí, aquella de motines o disturbios allá. Puede ser útil, antes de intentar examinar la "cultura popular", aclarar algunos puntos sobre qué *no* es "cultura".

¿Cuáles fueron las instituciones que en el siglo XVIII permitieron a los gobernantes obtener, directa o indirectamente, el control sobre la totalidad de la vida del trabajador, en contraposición a la compra gradual de su fuerza de trabajo?

El hecho más importante reside precisamente en el otro lado de la pregunta. Este es el siglo que ve la erosión de las formas semi-libres de trabajo, la decadencia del acasillamiento, la extinción final de la servidumbre y el avance del trabajo asalariado, libre y móvil; por supuesto que ésta no fue una transición rápida ni fácil. Hill nos recuerda la larga resistencia que los ingleses nacidos libres sostuvieron contra la menestra del trabajo no asalariado; se debe observar de igual manera la larga resistencia de sus amos contra algunas de las consecuencias de estos cambios, ya que ellos deseaban fervientemente obtener lo mejor del viejo y del nuevo mundo, sin ninguna de las desventajas que ellos suponían.

Los amos mantenían la idea de que el trabajador era un hombre no-libre, un "sirviente": en la labranza, en el taller, en la casa. (Simultáneamente mantenían la imagen del hombre libre o sin amo como un vagabundo, que debería ser disciplinado, arreado a latigazos y obligado a trabajar).

Pero sin fuerza de trabajo disponible, rápida y móvil, para la que sería inconveniente o imposible aceptar las relaciones recíprocas entre amo-siervo, las siembras no podían ser cosechadas, la ropa no era manufacturada, los bienes no se podían transportar, las casas no se podían construir ni

Tomado del *Journal of Social History*, Vol. VII, No. 4, (Verano, 1974)

Traducción: Lilia Pillado.

tampoco ampliar los parques. Si bien los amos renunciaron a sus responsabilidades de tipo paternal no cesaron, por muchas décadas, de quejarse del quebrantamiento de la "gran ley de subordinación", de la disminución de la obediencia que implicaba su propia renuncia:

"Los Trabajadores Pobres, pese a la doble paga. Son insolentes, sediciosos y no hay qué les satisfaga"

La queja más característica a lo largo de la mayor parte del siglo se refería tanto a la indisciplina de los trabajadores, como a su irregularidad en los empleos, su falta de dependencia económica y su insubordinación social. Defoe, quien no era un teórico convencional, defensor de los bajos salarios y que incluso llegó a encontrar ventajas en el pago de salarios más altos ya que así se incrementaba el poder de compra de los "fabricantes" o de los "artesanos", retrata este panorama en su *Gran Ley de la Subordinación Razonada o la Insolencia y el Insufrible Comportamiento de los siervos de Inglaterra debidamente investigado en 1724*, donde argumentó que durante la insubordinación de los siervos:

"Los Agricultores son arruinados, los Granjeros empobrecidos, los Artesanos y Fabricantes son arrastrados a la Destrucción de sus oficios... y que no hay hombre que, en el curso de los negocios, dando empleos a una cierta Cantidad de Pobres pueda confiar en ningún Contrato que ellos hagan, o en que desarrollen nada de lo que se habían comprometido, puesto que no hay Ley, ni Poder... que obligue a los Pobres a desempeñar honestamente aquello para lo que fueron contratados.

"Cuando se paraliza el Mercado y hay un deseo general de Trabajar, entonces se vuelven rebeldes y escandalosos, huyen de sus Familias, abarrotan las Párroquias con sus esposas e hijos... y... maduran en ellos todas las formas de perversidad sean éstas Insurrección pública o pillaje privado.

"Cuando se Satura el Mercado se vuelven impertinentes, indolentes y libertinos... y sólo se presentan a Trabajar dos o tres Días a la semana".

El control paternalista sobre todos los aspectos de la vida del trabajador se estaba erosionando en efecto; el impuesto al salario cayó en desuso; la movilidad del trabajo es manifiesta; el vigor de las ferias de contratación del siglo XVIII y los decretos proclaman el derecho de los trabajadores rurales (así como de los urbanos) de exigir, si así lo desearan, un cambio de amo... Más aún, existe evidencia (en el mismo hecho de que los trabajadores se negaban a aceptar la disciplina de trabajo que se les demandaba) del crecimiento de una recién ganada psicología del trabajador libre. En una de las anécdotas moralistas de Defoe, el juez manda llamar al trabajador textil debido a la queja de su patrón de que su trabajo ha sido rechazado:

Justicia: Entre, Edmundo. He hablado con su Amo.
Edmundo: No es mi Amo. Por favor, Vuestra Merced, os digo que creo ser mi propio Amo.
Justicia: Bueno, con su patrón, el Sr. E... el sastre: ¿está bien si lo llamo patrón?
Edmundo: Sí, sí, y por favor, Vuestra Merced, no hable de Amos.

Este es un gran cambio en términos de las relaciones: la subordinación está volviéndose negociación (aunque aún se dá entre partes muy desiguales).

El siglo XVIII presentó un cambio cualitativo en las relaciones de trabajo cuya naturaleza se oscurece si nosotros las vemos sólo en términos de un aumento en la escala y en el volumen de las manufacturas y del comercio. Esto ocurrió, por supuesto, pero ocurrió de tal forma que una proporción sustancial de la fuerza de trabajo realmente se volvió más libre de la disciplina en su trabajo cotidiano, más libre para escoger entre distintos patrones, empleos y ratos de ocio, menos situados en una posición de dependencia en toda su forma de vida que lo que habían sido antes o de lo que habían de ser en las primeras décadas de la disciplina de la fábrica y del reloj.

Esta fue una fase de transición con tres características principales. La primera, fué la pérdida de los usos no monetarios o gratificaciones, o su transformación a pago en dinero, esos usos estaban aún extremadamente arraigados a principios de siglo XVIII, ya que favorecían el control paternalista a nivel social pues aparecían simultáneamente como relaciones sociales y económicas; es decir, como relaciones entre hombres y no como pagos por servicios o cosas. Mas evidentemente, comer en la mesa de su propio patrón, alojarse en su granero o sobre su taller, tenía como fin el mantenerlos bajo su supervisión. En la casa grande, aquellos sirvientes que dependían de las "propinas" de los visitantes, de los vestidos de la señora, de gratificaciones clandestinas, del sobrante de la despensa, se pasaban prácticamente toda su vida conquistando esos favores. En la villa cercana, el acceso a los derechos comunes dependía en parte de un estatus expresado dentro de la economía social, de que uno fuera un arrendador o un jornalero; en parte, de un estatus informal o tácito —un trabajador que hubiera ganado la buena opinión de sus vecinos y que era difícil que cayera en la pobreza era más factible que lo alcanzara al erigir una cabaña a la orilla del camino o apacentando las bestias sueltas en lugares donde él no tenía ningún "derecho" estatutario. Aún las múltiples formas de gratificación propias de la industria, crecientemente tachadas de "hurto", era más probable que sobrevivieran donde los trabajadores las aceptaran como un favor y por ello mismo se sometieran a una dependencia filial.

De tiempo en tiempo, uno vislumbra un destello de la extinción de una gratificación o servicio que debió haber provocado un choque al control paternalista fuera de toda proporción con las ganancias económicas del patrón. Así cuando Sir Jonathan Trelawney, Obispo de Winchester, buscaba incrementar los ingresos del erario y empleó como administrador a Herón, un hombre fuertemente convencido de una severa racionalización económica, entre las acusaciones hechas contra Herón en 1707, por los arrendatarios y funcionarios menores de las cortes episcopales, estaba que:

El rompe las viejas Tradiciones... en los asuntos insignificantes y Pequeños, que son de poca Importancia para su Señoría... él se ha negado a dar cinco Chelines en Waltham al Jurado de la Corte... también a brindar por la salud de su Señoría, costumbre que se ha venido usando desde Tiempos Inmemoriales... él ha negado al Administrador de su Señoría y sus funcionarios la pequeña gratificación de herrar sus caballos en Waltham, según la

Antigua uzanza, gasto que nunca Excedió de Seis o Siete Chelines... él se negó a dar a los Arrendatarios de su Señoría maderas para la reparación de varios puentes y rediles comunes.

A ésto respondió Heron, en cierto modo irritado:

Yo mismo, he intentado en algunas ocasiones el Acabar con esas Costumbres insignificantes, como el mismo las llama, puesto que yo observo que los favores de vuestro predecesor están dirigidos contra vuestra Excelencia y que se insiste en que ellos son Derechos y que luego a vuestra Excelencia no se le agradece por ello: Además, aunque este tipo de favores sean de poca Importancia, es un hecho que muchos Pequeños Gastos... Llegan a ser una Suma considerable al final.

De tal forma la racionalización económica se agilizó (y durante mucho tiempo siguió avivándose) a través de los lazos del paternalismo. El otro rasgo que guió este periodo transicional, fue por supuesto el crecimiento de aquel sector de la economía que era independiente de una relación subordinada a la nobleza. La economía del "vasallaje" tenía grandes proporciones: involucraba no sólo a los sirvientes directos de la casa grande, camaristas y mayordomos, cocheros, caballeros y jardineros, guardias del coto y lavanderas: sino también a los círculos concéntricos de clientela económica —el comercio ecuestre y los negocios de lujo—, los sastres, los pasteleros, los vinateros, los constructores de carruajes, los posaderos, los palafreneros.

Pero este siglo vió una creciente área de independencia dentro de la cual los pequeños patronos y trabajadores sentían que su relación de clientes con la nobleza era muy poca o nula. Estas eran las gentes a las que la nobleza miraba como "haraganes y alborotadores" alejados de su control; de entre éstas —los trabajadores textiles, artesanos urbanos, los mineros de carbón, los barqueros, los porteros, los pequeños comerciantes de víveres— era muy probable que surgieran los rebeldes sociales, los alzados por la comida y contra el peaje. Ellos mantuvieron muchos de los atributos comúnmente asociados al "trabajo pre-industrial", trabajando frecuentemente en sus propias cabañas, generalmente para pequeños patronos, en horarios irregulares y en más de un empleo, lograron escapar de los controles sociales de la villa señorial y no eran todavía sujetos de la disciplina del trabajo en fábrica.

Muchos de sus tratos económicos podían realizarse con hombres y mujeres un poco más arriba que ellos en la jerarquía económica. Sus "compras" no se efectuaban en emporios sino en los pequeños puestos del mercado; y el jornalero o las esposas de los pequeños granjeros hacían largos y pesados viajes al amanecer hacia el mercado del pueblo donde colocaban sus canastos con frutas, huevos y vegetales, mantequilla y aves, a un costado de la plaza. El mal estado de los caminos hacía necesario que existiera una multitud de mercados locales, en los que los intercambios de productos entre los productores primarios podían aún ser inusualmente directo. En la década de 1760.

Mineros que trabajaban arduamente, hombres y mujeres de Somersetshire y Gloucestershire, viajaban a diversos pueblos circunvecinos arrastrados por caballos... cargados con carbón... Era común ver a tales mineros cargar o llenar un

saco de carbón de dos *bushels** de capacidad con artículos de aprovisionamiento... carne de res, o carnero, o huesos largos de res medio desnudos; con rebanadas de pan rancio y piezas de queso.

Tales mercados y, aún más, las ferias ambulantes proveían no sólo un nexo de tipo económico sino también cultural.

En muchas regiones, el pueblo no había sido sacudido colectivamente de una forma embrionaria de tenencia de la tierra. Ya que mucho del crecimiento industrial tomó la forma, no de concentración en grandes unidades productivas, sino de pequeñas unidades dispersas y de subempleos (particularmente los hilanderos) había recursos adicionales para la "independencia". Esta independencia estaba muy cercana a la mera subsistencia: una abundante cosecha podía traer una afluencia momentánea, una larga estación lluviosa podía arrojar a la gente a la pobreza. Pero era posible para muchos de ellos entreverar juntos sus formas de subsistencia, de los terrenos comunales, de la cosecha y de entradas ocasionales por trabajos manuales, de subempleos en la cabaña, de colocar a sus hijas en el servicio, de pequeñas donaciones por caridad. Y sin duda algunos de los pobres continuaban con su propia economía depredadora, como "la abundancia de personas sueltas, flojas y desordenadas" de las que se afirmaba en la época de Jorge II, que vivían en los márgenes de Enfield Chase, y que "infestaban los mismos, yéndose en noches oscuras con Hachas, Sierras, Alabardas, Carretas y Caballos y yendo y viniendo a Robar a la gente honesta sus borregos, corderos y aves..." Tales personas aparecen una y otra vez en los registros criminalísticos, en la correspondencia estatal, en panfletos y en la prensa: aparecen aún en la década de los 90's en las inspecciones rurales agrícolas; por lo que no pueden ser totalmente una invención de la clase dominante.

Así, la independencia del trabajo (y del pequeño amo) respecto a su clientela era fomentada por un lado, por la transición de "favores" no-monetarios a pagos, y, por otro lado, por el crecimiento del comercio y la industria sobre la base de la multiplicación de muchas pequeñas unidades de producción, con mucho subempleo (especialmente el de hilanderas) coincidiendo con muchas formas duraderas de tenencia subalterna de la tierra (o derecho comunal) y con muchas demandas de trabajo manual eventual.

El que se presenta aquí, es un panorama indiscriminado y está hecho así de forma deliberada. Los historiadores económicos han hecho muchas discriminaciones cuidadosas entre los diferentes grupos de trabajadores. Pero éstas no son relevantes para la presente investigación. Tampoco fueron hechas con frecuencia por los comentaristas de la nobleza cuando analizaron el problema general de la "insubordinación" del trabajo. Ellos focalizaban preferentemente —más allá de las entradas del parque, más allá de los cercados de la mansión londinense—, una mancha de indisciplina, "los ociosos y desordenados", "el vulgo", "el populacho" y ellos deploraban

* *Bushel*: Medida de capacidad para granos y semillas. Un *bushel* en Inglaterra equivale a 36.35 litros. (N.T.)

sus abiertas mofas a todo lo que se refiere a disciplina, tanto religiosa como civil: su desdén a todo orden, sus frecuentes amenazas a toda justicia y su extrema proclividad a los levantamientos tumultuosos aun por los motivos más nimios.

Es como siempre una queja indiscriminada contra el pueblo como un todo. El trabajo libre trajo consigo un debilitamiento de los viejos mecanismos de disciplina social. Lejos de ser el confidente de la sociedad patriarcal, el siglo XVIII ve al vicjo paternalismo como un momento de crisis.

II

Y aún sentimos que el término "crisis" es demasiado fuerte. Si bien la queja de que los pobres eran indisciplinados, criminales y propensos a los tumultos y motines continúa durante todo el siglo, uno nunca siente, antes de la Revolución Francesa, que los gobernantes de Inglaterra concibieran que todo su orden social pudiese ser puesto en peligro. La insubordinación de los pobres era un inconveniente, no una amenaza. Los estilos de política y de arquitectura, la retórica de la nobleza y sus artes decorativas, todo parecía proclamar estabilidad, confianza en sí mismos, el hábito de sortear todas las amenazas a su hegemonía.

Podemos, por supuesto, haber sobreestimado la crisis del paternalismo. Al dirigir nuestra atención hacia la cumbre, al parasitismo del Estado y, en la base, a la erosión de las relaciones tradicionales por el trabajo libre y una economía monetaria, hemos pasado por alto aquellos niveles intermedios donde los controles económicos familiares aún permanecieron fuertes y tal vez hemos subestimado las áreas de la economía a nivel "clientelar" o de "súbditos". El control que los hombres de poder y dinero seguían ejerciendo sobre toda la vida y sobre las expectativas de aquellos que estaban por debajo de ellos, seguía siendo enorme, y si el paternalismo estaba en crisis, la revolución industrial habría de mostrar que la crisis debía representarse algunas veces más en escenarios tan lejanos como Peterloo y los motines de Swing antes de que aquél perdiera toda credibilidad.

No obstante, el análisis nos permite ver que el control de la clase gobernante en el siglo XVIII se localizaba fundamentalmente en una hegemonía cultural y sólo en segundo término en una expresión del poder económico o físico (militar). Decir que era "cultural" no significa decir que era inmaterial, demasiado frágil para el análisis o insustancial; definir el control en términos de hegemonía cultural no es abandonar el análisis, sino prepararse para el análisis en los puntos en los que éste debe hacerse: hacia el interior de las imágenes de poder y autoridad, las representaciones populares de la subordinación.

El trabajador textil del relato de Defoe, llamado a comparecer ante el Magistrado para responder por sus faltas, nos ofrece una pista cuando dice: "No es *mi Amo*. Por favor, Vuestra Merced, os digo que creo ser *mi propio Amo*". La deferencia que él le niega a su patrón se desborda en calculada obsequiosidad hacia "Vuestra Merced". El desea liberarse de las humillaciones inmediatas y cotidianas de la dependencia; pero los vastos perfiles del poder, su condición social y la autoridad política, aparecen como algo tan inevitable e irreversible como la tierra y el cielo. Una hegemonía

cultural de este tipo induce exactamente la manera de pensar en que las estructuras establecidas de autoridad, e inclusive los modos de explotación aparecen como parte del orden de la naturaleza, lo cual no descarta resentimientos o aún actos clandestinos de protesta o venganza, pero sí descarta rebeliones efectivas.

La nobleza de la Inglaterra del siglo XVIII ejerció este tipo de hegemonía y la ejerció de la manera más efectiva en tanto que la relación gobernante- gobernado se hizo cada vez menos frontal y más indirecta. La ausencia de los terratenientes junto con la siempre presente mediación de los *bailes*^{*}, la emergencia del sistema de la tierra de tres surcos, las figuras del granjero arrendatario y el trabajador sin tierra, significaron que todos los trabajadores rurales, la masa, no confrontaban a la nobleza como sus empleadores, ni ésta era vista en ningún sentido como responsable directa de sus condiciones de vida. El que un hijo o hija fuesen tomados para el servicio de la casa grande era visto no como una fatalidad sino como un favor.

Los nobles eran aislados de las polarizaciones derivadas de los antagonismos económicos y sociales. También por otras vías. Cuando aumentaban los precios de los alimentos, la rabia popular no recaía en los terratenientes, sino en los intermediarios, acaparadores, molineros. La nobleza podía sacar provecho de la venta de lana, pero no se le ubicaba en la relación directa de explotación de los trabajadores textiles.

En las crecientes áreas industriales, el Juez de Paz, un noble, frecuentemente vivía en su casa de campo, retirado de los principales centros industriales y se veía en problemas para preservar una imagen de sí mismo como árbitro, mediador e incluso protector de los pobres. El refrán popular rezaba: "dondequiera que un mercader se convierte en juez, se crea un tirano". Las leyes más duras no eran administradas directamente por la nobleza; donde había alguna culpa, ésta podía recaer sobre los granjeros que manejaban la caridad pública y los mercaderes, de entre quienes provenían los capataces. Langborne presenta una imagen paternalista idealizada cuando exhorta así a la justicia agraria:

France el ceño severo,
Cruel capataz al picaro ratero;
Al granjero escurrinado, herido en su desconfianza,
Duro como la roca, insaciable como el polvo,
Cuando el pobre patán tras largos años corrompido
Se apoya debilmente en su una vez dominada espada
Se olvida el servicio de sus días más productivos
Sus beneficiosas faenas, sus honestas alabanzas,
Que ese miserable recorte su escaso pan.

Ese esclavo cuya mesa con sus antiguas faenas tendió.²

Y, una vez más, por lo menos una imagen fantasmal de las responsabilidades paternalistas podía ser mantenida con muy poco esfuerzo. El mismo Juez de Paz que desde su propia parroquia extendía los problemas de pobreza al negarse a permitir nuevos asentamientos y tirar las cabañas construidas en los terrenos comunales, podía, en las

* *Baile*, del latín *bailius* (teniente). El que ayuda a sobrellevar un cargo administrativo. En este caso, encargado o administrador de una finca para el terrateniente; aquél que supervisa lo tocante a la agricultura en una granja en nombre del dueño o arrendatario. (N.T.)

reuniones regionales, colocarse a sí mismo más allá de las líneas de batalla, si garantizaba el derecho a la apelación ocasional contra los capataces de otras parroquias o llamaba al orden a un amo cooptado de un taller.

Nos encontramos ante la paradoja de que la credibilidad del carácter paternalista de la nobleza surgió de la gran ostentación de algunas de sus funciones y del ocultamiento de otras. Una gran parte de la apropiación del valor del trabajo de los pobres por parte de la nobleza estaba mediada por el arriendo, el comercio o las contribuciones. Físicamente, ésta se apartaba más y más de las relaciones frontales con la gente de la villa o pueblo. La furia que despertaban los cotos de venados y la amenaza de cazadores furtivos los llevó a la necesidad de quitar el derecho de paso a través de sus parques, y de cercarlos con palizadas o paredes; la jardinería de paisaje, con fuentes ornamentales y estanques de peces, mobiliario y valiosas estatuas, acentuó su segregación y la fortificación para la defensa de sus tierras a las que sólo se podía ingresar por los altos portones de hierro forjado, siendo vigilado desde la garita. Los grandes nobles eran defendidos por sus bailes de sus arrendatarios, y por sus cocheros de escaramuzas casuales. Ellos se encontraban con la gente de la más baja ralea principalmente en su propio terreno y, cuando eran clientes que pretendían algún favor, en las formalidades de los Tribunales o en ocasiones calculadas de patronazgo popular.

Sin embargo, al representar estas funciones, su visión era formidable, tanto como sus formidables mansiones lograban imponer su presencia y mantenerlos aparte de todo, pero vigilando la villa o pueblo. Sus apariciones tenían mucho de la auto-conciencia estudiada de teatro público. Se descartaba la espada, excepto para fines ceremoniales; pero la elaboración de los polvos y pelucas, la ropa ornamentada y los bastones y aún los ensayados gestos patricios y la delicadeza de su comportamiento y expresión, todo estaba diseñado para exhibir su autoridad a la plebe y exigir de ellos deferencia. Junto con esto iban ciertas comparecencias rituales: el rito de caza, la pompa de los Tribunales de Justicia (y todo el estilo teatral de las cortes); los lugares especiales para los nobles, el llegar tarde y el irse antes en la Iglesia. De tiempo en tiempo había ocasiones para ceremonias muy importantes que tenían funciones completamente paternalistas: la celebración de una boda, de alguien que llegaba a la mayoría de edad, una fiesta nacional (coronación, jubileo o una victoria naval), las limosnas repartidas entre los pobres en un funeral.

Tenemos aquí un estilo hegemónico estudiado y elaborado, un papel teatral en el que los grandes eran educados desde su infancia y que ellos desempeñaban hasta su muerte. Si hablamos de ello como teatro, no es para disminuir su importancia: Una gran parte de la política y de la ley es siempre teatro. Una vez que un sistema social se ha convertido en "escenario", ya no requiere de ser confirmado cotidianamente con exhibiciones de poder (aunque nunca sobra realizar demostraciones de fuerza para definir los límites de la tolerancia del sistema); lo que importa más es un continuo estilo teatral.

Lo que hay que señalar del siglo XVIII es la elaboración que se hizo de este estilo y la auto-conciencia con que era desplegado.

La nobleza y, en materia de trato social, sus damas, juzgaban con el mayor celo las formas de ostentación propias de cada rango y posición social: qué cochero, cuántos lacayos, qué mesa, incluso cuál era la cuota apropiada de "magnificencia". El show era tan convincente que ha confundido hasta a los historiadores. Se observa un número creciente de referencias hechas a las "responsabilidades paternalistas" de la aristocracia, sobre las cuales "todo el sistema descansaba". Pero aquí, nosotros hemos distinguido gestos y posturas, más que responsabilidades reales. El teatro de los grandes dependía no de la atención constante, cotidiana, a sus responsabilidades (excepto en el caso de las supremas oficinas de Estado, casi cualquier función de la aristocracia del siglo XVIII y de muchos de aquellos que pertenecían a la alta nobleza y clero, se ejercía como una cuasi-canonía cuyas tareas eran despachadas hacia los subordinados) sino de ocasionales intervenciones dramáticas: el buey asado, los premios ofrecidos por algunas carreras o deportes, la donación amplia para la caridad en tiempos de muerte, la aplicación de clemencia, la proclamación contra los acaparadores. Es como si la ilusión del paternalismo fuese muy frágil para ser arriesgada a una exposición arriesgada.

Ciertamente, las causas del patronazgo de la nobleza y la aristocracia merecen atención: este lubricante social de gestos, podía, sin mayor esfuerzo, hacer que los mecanismos de poder y explotación giraran más suavemente. Los pobres, habituados a su irrevocable condición social, se había vuelto generalmente cómplices, a través de su propia mansedumbre, de su propia opresión: un año de escasos terrenos comunales puede ser compensado por una generosa limosna en Navidad. Pero tales gestos estaban calculados para recibir una utilidad, -en deferencia- desproporcionadamente alta comparada con la inversión y ciertamente no merecen ser descritos como "responsabilidades". Esa gran burguesía agraria evidenciaba poco sentido de responsabilidad pública o aún corporativa. Este siglo no se caracteriza precisamente por la gran escala de sus edificios públicos sino por la de sus mansiones privadas; y es tan célebre por la malversación de las limosnas de siglos anteriores, como por la fundación de otras nuevas.

Hubo una función pública que la nobleza asumió completamente como suya: la administración de la ley, el mantenimiento, en tiempos de crisis, del orden público. En este punto ellos se volvieron magistrales y posteriormente ostentosos. Era, en efecto, una responsabilidad, aunque una responsabilidad que competía en primero y segundo lugar a su propio haber y autoridad. Con regularidad y con enorme solemnidad, los límites de la tolerancia del sistema social eran puntualizados en el Londres de la época de los ahorcamientos, por aquellos cuerpos girando en la horca a la orilla del camino, por los procesionarios de las sesiones de los Tribunales. Aún con sus efectos colaterales indeseables (los aprendices y los sirvientes haraganeando en horas de servicio, el festival de los carteristas, la aclamación de los condenados) el ritual de las ejecuciones públicas era algo necesariamente concomitante a un sistema de disciplina social donde buena parte dependía del teatro.

III

Si los grandes estaban tan apartados de la vista del público dentro de sus parques y mansiones, resulta que la plebe, en muchas de sus actividades, estaba también apartada de ellos. La dominación paternalista efectiva requiere no sólo de una autoridad de tipo temporal sino también de una autoridad espiritual o física. Aquí es donde parecería que encontramos el eslabón más débil del sistema.

No sería difícil encontrar en esta o en aquella parroquia al clero del siglo XVIII cumpliendo, con dedicación, las funciones paternalistas. Pero sabemos de sobra que éstos no son hombres característicos. A Parson Adams se le dibuja, no para poner de ejemplo las prácticas del clero, sino para criticarlas: él debe ser visto definitivamente como el Don Quijote de la Iglesia Anglicana del siglo XVIII. La Iglesia era profundamente Erastiana; si hubiera desempeñado un rol paternalista efectivo, psicológicamente apremiante, el movimiento metodista no hubiese sido ni necesario ni posible.

Todo esto puede, sin duda, ser matizado. Pero lo central para nuestro propósito es que el mando "mágico" de la Iglesia y de sus rituales sobre el populacho, mientras estaban aún presentes, se iban volviendo cada vez más débiles. En los siglos dieciséis y diecisiete el puritanismo había emprendido la destrucción de las ataduras de la idolatría y la superstición. —los adoratorios a la orilla del camino, las llamativas iglesias, los cultos a los milagros locales, las prácticas supersticiosas, el sacerdocio confesional—, todo lo que, como puede aún ser observado en Eire o en algunas partes del sur de Europa en la actualidad, podía mantener a la gente del pueblo sumida en un temor reverencial.

La Restauración no pudo restaurar la trama de la idolatría papista, a la cual, por cierto, Inglaterra nunca se mostró particularmente dispuesta: pero sí relajó los nuevos lazos de disciplina que el Puritanismo había puesto en su lugar. Poca duda cabe de que en sus inicios, el siglo XVIII fue testigo de una gran recesión del puritanismo y la disminución del volumen de puritanos del pueblo, que se dio aun en aquellos centros artesanales que habían acunado a las sectas de la Guerra Civil. Como resultado de todo esto, hubo un aumento de libertad para los pobres, aunque de una forma negativa —una libertad de la disciplina siquica y la supervisión moral de los sacerdotes y presbíteros—.

Un clero con una atención pastoral activa generalmente encuentra vías de co-existencia con las supersticiones paganas o heréticas de su rebaño. Aunque por mucho que tales compromisos puedan parecer deplorables a los teólogos, el párroco aprende que muchas de las creencias y prácticas del "folklore" son inofensivas; si se apegan al calendario de la Iglesia, pueden, en esa medida, ser cristianizadas y servir para reforzar la autoridad de la misma. Lo que importa más es que la Iglesia debe, en sus ritos, comandar los ritos de transición de la vida personal y adoptar en su propio calendario los festivales populares.

La Iglesia Anglicana del siglo XVIII no era una criatura de este tipo. Era servida no sólo por sacerdotes sino también por párrocos. Había abandonado, excepto en ocasiones poco comunes, la práctica confesional. Reclutó a al-

gunos de sus hijos pobres para el sacerdocio, pero cuando tantos sacerdotes servían como magistrados temporales y oficiaban las mismas leyes que la nobleza, difícilmente lograban después presentarse de manera convincente como los individuos que representaban una alternativa espiritual. Cuando los obispos ocupaban cargos políticos y cuando los primos de los nobles eran ubicados en áreas rurales, era cuando lograban ampliar sus vicariatos y adoptaban la forma de vida de la nobleza, era muy evidente que ésta era la forma de la que se derivaba la autoridad de la Iglesia.

Sobre todo, la iglesia perdió terreno en el control del "ocio" de los pobres, de sus fiestas y festivales y con ello, sobre una gran área de la cultura plebeya. El término "ocio" es, por sí mismo anacrónico. Tanto en la sociedad rural donde persistían los cultivos pequeños y la economía comunal como en grandes áreas de la industria manufacturera, la organización del trabajo era tan variada e irregular que resulta falso hacer una distinción muy tajante entre "trabajo" y "ocio". Por una lado, las ocasiones sociales estaban entremezcladas con el trabajo —con el mercadeo, el trasquilado de las ovejas y la cosecha, recoger y llevar los materiales de trabajo— y así a todo lo largo del año. Por otro lado, se invertía un enorme capital emocional, no fragmentado en una sucesión de noches de sábados y mañanas domingueras, sino en banquetes especiales y en celebraciones de los festivales. Muchas semanas de ardua labor y magras dietas eran compensadas por la espera (o por el recuerdo) de estos acontecimientos, en los cuales la comida y bebida eran abundantes; florecían los galanteos y todo tipo de relaciones sociales y se borraban todas las penurias de la vida. Para los jóvenes, el ciclo sexual del año se reiniciaba en estas festividades. Estas ocasiones eran en buena medida para lo que vivían los hombres y las mujeres; y si la Iglesia mantenía una influencia poco significativa en su conducta, entonces, en ese mismo grado, cesaba de ligarse al calendario emocional de los pobres.

Esto se puede entender en un sentido literal. Mientras que los viejos días santos estaban regados liberalmente a todo lo largo del año, el calendario ritual de la Iglesia concentraba sus eventos en los meses de poca demanda de trabajo, esto es, desde invierno hasta primavera, de Navidad a Pascua; mientras que el pueblo aún rendía tributo a las dos últimas fechas, que permanecían como días de máxima comunión, el calendario de festividades populares del siglo XVIII coincidía mucho con el calendario agrícola. Las "velas" —festividades de las villas y pueblos consagradas a sus iglesias— no sólo se trasladaron del día del santo patrono hacia el domingo más próximo, sino que en muchos casos fueron removidos (donde fue necesario) del invierno al solsticio de verano. Alrededor de 1730, el anticuario Thomas Hearne, elaboró una nota sobre los días de fiesta de 132 villas o pueblos de Oxfordshire y sus alrededores: Todas caían entre mayo y diciembre: 84 (más de las tres quintas partes) caían entre agosto y septiembre; no menos de 43 (casi una tercera parte) caían entre la última semana de agosto y la primera de septiembre. Caso aparte era un importante grupo de alrededor de veinte, que caían entre fines de junio y finales de julio y las cuales en un año normal se esperaba que cayeran entre el fin de la cosecha de heno y el comienzo de la cosecha de cereal, el peso emocional del calendario

festivo caía en las semanas inmediatamente posteriores a la recolección de las cosechas.

El Dr. Malcolmson ha reconstruido un calendario de las festividades de Northamptonshire de fines del siglo XVIII que muestra en mucho la misma incidencia. Junto con la secularización del calendario va también la secularización del estilo y de la función de estas celebraciones. Si no eran paganas, las nuevas funciones seculares eran añadidas al viejo ritual; los taberneros, vendedores ambulantes y merolicos animaban con sus numerosos puestos las festividades cuando sus parroquianos traían en la bolsa ganancias poco usuales de la cosecha; la caridad de la villa y los clubs de beneficencia retomaron las tradicionales celebraciones de la cerveza en la fiesta de Pentecostés. En Bampton, la fiesta del Whitmonday Club incluía una procesión con tambor y gaita (o violín), danzas moriscas, un payaso con una vejiga que contenía el "tesoro" (una caja de dinero para dádivas), una funda de espada con un pastel. No había, por supuesto, ni crucifijos ni curas o monjas, tampoco imágenes de vírgenes o santos: estas ausencias son apenas perceptibles. Ninguna de las 17 canciones o melodías grabadas tiene la menor asociación con lo religioso:

Oh, mi Billy, mi fiel Billy
¿Cuándo volveré a ver a mi Billy otra vez?
Cuando los peces vuelen sobre la montaña
Volveréis a ver a tu Billy otra vez

Bampton, ese museo viviente del folklore, no era una villa rural aislada sino un poderoso centro de la industria del cuero, tanto como el Middleton y el Ashton de la infancia de Bamford eran los centros de industria doméstica. Lo que queda manifiesto, en muchos distritos como éstos y en muchas regiones rurales, también en el siglo XVIII, es el hecho de que ni por un momento se puede sostener la opinión que —por ejemplo— Paul Bois sostenía sobre los campesinos del occidente francés del siglo XVIII en el sentido de que "la iglesia era el centro de articulación de todas las relaciones". Por supuesto que los religiosos y los seculares (o paganos) habían coexistido durante siglos con dificultad o en conflicto. Los puritanos preocupados por mantener a los danzantes moriscos fuera de la iglesia y a los puestos ambulantes fuera del cementerio, se quejaban de que las fiestas de consagración de la iglesia se corrompían con la presencia de los animales, los bailes y todas las formas de "libertinaje".

Pero permanece ahí un sentido de que la Iglesia era el eje alrededor del cual giraban los engranes de esta tradición popular. El Libro de Deportes Stuart buscaba confirmar esta relación en contra de los ataques puritanos. En el siglo XVIII el calendario de las estaciones agrícolas era un eje al que la Iglesia no proveía ninguna fuerza motriz. Se trata de un cambio difícil de definir pero que sin duda fue muy grande.

La experiencia doble de la Reforma y la decadencia de la presencia puritana dejó como saldo una importante separación entre la cultura de la buena crianza y la cultura plebeya en la Inglaterra posterior a la Restauración. Tampoco debemos subestimar el proceso de formación de la cultura desde abajo. No sólo las cuestiones que son obvias —canciones

folklóricas, clubes artesanales y aperos de labranza— estaban hechas por los de abajo, sino también lo eran las interpretaciones de la vida, satisfacciones y ceremoniales. La venta de la esposa, en su cruda y tal vez exótica forma, jugaba una función de divorcio ritual que a la vez era más fácil de obtener y más civilizado que nada de lo que la cultura elegante pudiese ofrecer. Los rituales de música popular, crueles como solían ser, no eran más vengativos y realmente no más exóticos que los rituales de una Comisión Especial de los Tribunales ingleses.

La leyenda de la "alegre Inglaterra" después de la Restauración es una que los historiadores han sido, tal vez, muy impacientes al analizar. Aun si descontáramos algunas de las más sensacionales quejas (Defoe, como buen contador nos asegura que fueron erigidos 6325 palos de mayo en los cinco años posteriores a la Restauración) no cabe duda que había un general y exuberante resurgimiento de los deportes populares, fiestas de velación, *rush bearings** y rituales. "¡Auxilio, Señoría!" exclamaba el Rev. Oliver Heywood, el rechazado ministro, cuando narra la epidemia de peleas de gallos, carreras de caballos y el *stool-ball* en el distrito de Halifax en la década de 1680: "¡Oh, cuánta blasfemia! ¡Cuánta infamia se ha cometido!". Y al hablar de las celebraciones de mayo en ese mismo año, se lamentaba: "Nunca hubo tanto ajeteo en Halifax desde hace cincuenta años. El infierno se ha desatado".

Estamos mucho más acostumbrados a analizar esta época en términos de su historia intelectual y a pensar en la decadencia del infierno; pero ese detasarse del infierno de una *cultura plebeya* era el advenimiento de la pesadilla de los puritanos supervivientes. Los festivales paganos que la Iglesia incluyó en su calendario en la Edad Media (aunque sin total éxito) se convirtieron en festividades puramente seculares en el siglo XVIII. Las noches de vela se terminaron, pero las fiestas de la semana o día siguiente se robustecieron cada década. La ceremonia de *strewing rushes*** en las iglesias se fue suspendiendo aquí y allá pero las fiestas de *rush bearings* se fortalecieron. Cerca de Halifax nuevamente, un nuncio (un tal Rev. Witter) trató de impedir estas festividades en 1682, en las cuales (se quejaba) la gente consigue grandes provisiones de carne y cerveza fuerte, viene de todas partes y "come y bebe y parranda de una forma tremendamente pagana". Las puertas de Mr. Witter fueron derribadas y él acusado de ser un "chapucero" y la ceremonia de *rush-bearing*s se siguió realizando en su distrito por lo menos unos ciento cincuenta años más. Pero como en la mayoría de los distritos, había perdido su significado religioso. Los símbolos de los carruajes ricamente ornamentados fueron desplazados por campanas y ollas pintadas. Los trajes pintorescos de los hombres y los vestidos blancos y las guirnaldas de las mujeres se volvían cada vez más paganos. El espectáculo rendía apenas un tributo momentáneo a los símbolos cristianos: Adán y Eva, San Jorge y el Dragón. Las Virtudes y Los Vicios alternaban con Ro-

* *Rush Bearings*: Ceremonia Anual relacionada con el acto de llevar junquillos a la iglesia en días determinados. (N.T.)

** *Strewing Rushes*: Ceremonia en la que se riega el suelo de la Iglesia con manojos de junquillos. (N.T.)

bin Hood y Lady Marian, los caballos de juguete, los desfiles sobre cerdos y las danzas moriscas.

Las festividades terminaban con problemas, peleas, bailes, borrachera y algunas veces con excursiones hacia las casas de los nobles y de los posaderos prósperos por bebida, comida y dinero. "No pude suprimir estos bacanales", escribió el Reverendo John William de La Flechere sobre las festividades de velación en Shropshire: "el imponente dique que les opuse sólo logró convertirse en un torrente suave y espumoso, sin lograr detener su curso". Peor aún, el pueblo había encontrado patronos fuera de la Iglesia: si La Flechere hubiera predicado contra la borrachera, los espectáculos y las peleas de toros y perros, "los taberneros y fabricantes de cerveza no me lo perdonarían. Ellos consideran que predicar en contra de la borrachera y cortar las cuerdas de sus monederos, es la misma cosa".

Pero el resurgimiento de esta cultura no puede ser constricto solamente a la comercialización impulsada por los taberneros, la nobleza a través de los Tribunales Menores, contaba con los medios para hostilizarlos suspendiendo sus licencias, si así lo hubiera deseado. Este florecimiento de las festividades podía difícilmente darse sin la actitud liberal de una buena parte de los nobles. En cierto sentido, ésta no era sino la lógica de los tiempos. El materialismo de los ricos del siglo XVIII y el erastianismo de su iglesia se enfrentaban con el materialismo de los pobres. Las competencias de carreras de los ricos se volvieron las fiestas populares de los pobres. La tolerancia liberal de la nobleza era pedida por las muchas tabernas que -como todavía proclamaban los anuncios en los mesones- buscaban ponerse así mismos bajo la protección de los grandes. La nobleza no conseguía realizar expediciones misionarias eficaces para reformar los modales y conceptos morales de los pobres si ellos mismos no estaban dispuestos a reformar sus propios agradables y ostentosos vicios.

Pero ésta no es una explicación totalmente convincente. Sólo una clase dominante que se siente amenazada tiene temor de hacer alarde de su doble condición. Mandeville es apenas inusual al satirizar el argumento aquél de que los vicios privados eran beneficios públicos. En una forma más suave, el mismo argumento, el de la importante función del lujo para proveer empleos y espectáculo para los pobres, era parte de la jerigonza económica de ese tiempo.

En efecto, hemos visto que el conspicuo despliegue de lujo y "liberalismo" eran parte del teatro de los grandes. En algunas áreas (la teoría del salario, las leyes para los pobres, el código criminal) el materialismo de los ricos convivía sin dificultad con el control disciplinario de los pobres. Pero en otras áreas (la actitud permisiva hacia la robusta cultura popular no cristiana, una cierta precaución e inclusive delicadeza en el manejo de los disturbios populares, y aun una cierta zalamería extendida hacia los pobres así como a sus libertades y derechos) encontramos un problema que demanda un análisis más fino que nos sugiere alguna reciprocidad en las relaciones entre ricos y pobres; una inhibición en el uso de la fuerza contra la indisciplina y sedición; una precaución (de parte de los ricos) contra el establecimiento de medidas que los hubiera alejado excesivamente de los pobres y (de parte del sector de los pobres que

de tiempo en tiempo se agrupaba detrás del grito de 'Iglesia y Rey') un sentido de que existían ventajas tangibles que serían ganadas solicitando el favor de los ricos. Existe una coincidencia de relaciones aquí que es difícil dejar de analizar al nivel de relaciones de clase. Y, sin, embargo, ¿no nos han dicho frecuentemente que es prematuro hablar de una "clase trabajadora" en el siglo XVIII?

Desde luego, nadie en el siglo XVIII hubiera pensado en describir la suya como una "sociedad uniclasista". Estaban los gobernantes y los gobernados, los encumbrados y la gente baja, las personas de recursos y con un estatuto de independencia y las de tipo libre y desordenado. En medio, donde debían estar las clases medias y los profesionistas y la clase terrateniente acomodada, las relaciones de clientelaje y dependencia eran tan fuertes que, al menos hasta la década de 1760, estos grupos ofrecen una pequeña desviación de las polaridades esenciales. Sólo aquél que era "independiente" de la necesidad de brindar deferencia a los patronos puede ser entendido como alguien con una identidad política total: esto es lo que se argumenta en favor de la visión "uniclasista". Pero la clase no se define a sí misma sólo por una identidad política. Para Fielding, la evidente división entre la gente encumbrada y la baja, la de buena cuna y la de sin cuna, se extiende como una fisura cultural a lo largo de la tierra:

mientras la gente de buena cuna se apoderó de varios lugares para su propio uso, tales como cortes, asambleas, operas, bailes, etcétera; el vulgo, además de un paraje llamado el Majesty's Bear-Garden ha estado en constante posesión de todos los juegos, ferias, fiestas, etcétera. Lejos de verse entre sí como hermanos en el lenguaje cristiano, ellos difícilmente se consideran como seres de una misma especie.

Ya que éste es un mundo de patricios y plebeyos, no es un accidente el que los gobernantes voltearan a la Roma Antigua en busca de un modelo para su propio orden sociológico. Pero esta polarización de las relaciones de clase no privaba a los plebeyos de toda su existencia política. Ellos están en uno de los lados de la necesaria ecuación de la *república*.

Una multitud no es, tal vez, una clase trabajadora. Puede ser que los plebeyos carecieran de consistencia en auto-definición y conciencia, claridad de objetivos, de una estructuración de su organización como clase, pero la presencia política de la plebe o "vulgo" o "multitud" es manifiesta. George Rudé ha hecho la crónica del caso de Londres y se plantea que ésta se tropezaba con intereses de la alta política en ciertas ocasiones críticas -los motines de Saverell, las agitaciones contra la Sisa *, el impuesto Cider **, las ebulliciones patrióticas y chauvinistas que apoyaban la carrera del Mayor Pitt contra Wilkes y más allá-. Aun cuando la bestia parecía estar dormida, las irritables sensibilidades de una multitud libertaria definían, en el más amplio sentido, los límites de lo que era políticamente posible. Hay un sentido en que los gobernantes y la masa se

* Sisa: derecho que se pagaba por los comestibles y otros productos. (N.T.)

** Impuesto Cider: Impuesto a la Sidra. (N.T.)

necesitaban unos a otros, se miraban unos a otros, actuaban teatro y contra teatro para el auditorio de los otros y modelaban el comportamiento político de los otros. Esta es una relación más activa y recíproca que aquélla que normalmente nos viene a la mente bajo la fórmula de "paternalismo y subordinación"

Es necesario también ir más allá de la visión de que el pueblo trabajador, a estas alturas, estaba confinado dentro de las lealtades fraternales y de la conciencia "vertical" de sus oficios particulares; de que esto inhibía solidaridades más amplias y la conciencia de clase "horizontal". Ciertamente hay algo de esto. Los artesanos urbanos conservaban algo de la perspectiva particular de su gremio; cada oficio tenía sus canciones (con los implementos del oficio descritos minuciosamente), sus libritos de versos y leyendas; algunos oficios, como los herreros y los peinadores de lana mantenían los días rituales de su santo patrono y procesiones. Así, los aprendices de zapateros debían recibir de sus amos *La Deliciosa, Magnífica y Divertida Historia de la Noble Artesanía*, donde se leía:

Nunca nadie ha logrado saber
cómo un zapatero un Limosnero se pudo volver
amables el uno con el otro siendo
a cada Extraño como Hermano viendo

El aprendiz leía esto en 1725, y en el tiempo de Dekker había leído algo muy parecido. A veces las distinciones entre oficios se trasladaban a los festivales y a la vida social. Bristol, a principios del siglo XVIII solía presenciar un combate anual de pugilismo el Miércoles de Ceniza entre los herreros y los toneleros, los carpinteros y los marineros, con los tejedores algunas veces apoyando a los herreros. Y en asuntos de mayor importancia, cuando definían sus intereses económicos como productores, artesanos y trabajadores, los cargadores de carbón de orillas del Támesis, los conserjes londinenses, los tejedores de seda de Spitalfield, los trabajadores textiles del oeste de Inglaterra, los tejedores de lana de Lancashire -se organizaban fuertemente dentro de sus oficios y solicitaban al Estado o autoridades de las corporaciones sus disminuidos favores paternos.

Ciertamente, existe evidencia sustancial en este sentido, y el grado en el que una perspectiva gremial o de "oficio" y aun los vestigios de continuidad de la organización contribuyeron a los primeros sindicatos, fue subestimado por los Webb. Pero suponer que tal fraternidad gremial estaba necesariamente reñida con objetivos mayores o solidaridades es falso. La conciencia de gremio de los artesanos de Londres en la década de 1640 no inhibió el apoyo para John Lilburne. Lo que la conciencia gremial puede inhibir son solidaridades económicas entre diferentes grupos de productores, así como contra sus patronos; pero si dejamos de lado estos postulados anacrónicos, encontramos entre los trabajadores del siglo XVIII abundantes evidencias de conciencia y solidaridades horizontales. En los registros de las listas ocupacionales que he examinado en los casos de amotinados por comida, contra el peaje, por cuestiones de libertad o de adquisición de derechos comunales urbanos, queda claro que las solidaridades no se hallaban disgregadas por gremios. En una región donde los trabajadores textiles, mi-

nero de estaño o carboneros son mayoritarios, son ellos quienes obviamente predominan en las listas como delinquentes, pero no al grado de excluir de ella a los otros trabajadores. Espero haber demostrado en otro lugar que todos estos grupos, durante los motines por la comida compartieron una conciencia ideológica común, así como objetivos, en tanto pequeños consumidores para la subsistencia. Pero ellos también eran consumidores de valores culturales, de la retórica libertaria, de prejuicios patrióticos, y en todas estas cuestiones también les era posible mostrar solidaridades. Cuando, en la quietud de la década de 1750, la Princesa Amelia trató de cerrar todo el acceso al Richmond New Park, le respondió una vigorosa conciencia horizontal que se estiraba desde John Lewis, un próspero cervecero local hasta los panfleteros de la Calle Grub, quienes se abrazaron a las "masas populares" de la localidad. Cuando, en 1799, los magistrados intentaron quitar en Shrove el futbol de los martes de la calle de Kingston, eran "las masas" y "el vulgo" quienes se reunieron y echaron abajo con éxito sus órdenes. El vulgo puede no destacar por su impecable conciencia de clase, pero los gobernantes de Inglaterra no tenían la menor duda de que se trataba de una especie de bestia horizontal.

Veamos qué es lo que se argumenta en este sentido. Se sugiere que, en la práctica el paternalismo era tanto teatro y gesto como responsabilidad efectiva, que lejos de una relación cálida, doméstica, directa, podemos observar la estudiada técnica de mando. Mientras no había novedad en la existencia de la cultura plebeya diferenciada, con sus propios rituales, festivales y supersticiones, hemos sugerido que en el siglo dieciocho esta cultura era remarcablemente robusta, enormemente distanciada de la cultura elegante, y que ésta ya no reconocía, excepto en mecanismos muy superficiales, la hegemonía de la Iglesia.

Reafirmemos: esta cultura plebeya no era una cultura revolucionaria o siquiera pro-revolucionaria, en el sentido de buscar objetivos ulteriores que cuestionaran el orden social; pero tampoco debe describirse como una cultura deferencial. Alimentó motines pero no rebeliones; acciones directas pero no organizaciones democráticas. Es notoria la rapidez de los cambios de ánimo de la multitud de la rebelión a la obediencia cobarde. Esto se canta en la balada satírica de los "Valientes Chicos Doodley":

Hemos mareado pa'arriba y pa'abajo
arre, chicos, arre
pa' ir a tirar esa casa
Y son O los valientes chicos Doodley
arre, chicos, arre
Fue O los valientes chicos Doodley
Unos traiban palos otros traiban garrotes
arre, chicos, arre
pa' ir a golpear a todos los vagabundos y siervos

Pero la revuelta alcanza su límite esperado, y

... vinieron los Dragones
y que el diablo cargue a los desheredados
todos corrimos a nuestros agujeros
arre, chicos, arre
Asustados, nos volvimos locos
Y es que eran O los valientes chicos Doodley

Y de esto llegan a la reafirmación de la subordinación:

Dios Bendiga al Guarda Lord Dudley
arre, chicos, arre
El sabe que han sido tiempos duros
El mandó a los soldados regresar
arre, chicos, arre
no volveremos a amotinarnos nunca más
Y fueron O los valientes chicos Doodley³

Es fácil caracterizar este comportamiento como infantil. No hay duda que si insistimos en mirar al siglo dieciocho sólo a través del lente del movimiento obrero del siglo diecinueve, sólo veremos la inmadura y pre-política infancia de la clase. Y desde uno de sus aspectos, esto no es falso: repetidamente observamos las prefiguraciones de las actitudes de clase del siglo diecinueve y su organización, (brindando expresiones de solidaridad en motines, en huelgas, aun frente a la horca). Es una tentación ver a los trabajadores del siglo dieciocho como una clase trabajadora inmanente, cuya evolución se retarda por un sentido de la futilidad de trascender su situación. Pero los "ires y venires" del "lacayaje" de la masa son una historia de gran antigüedad: los "rebeldes primitivos" de una época pueden ser vistos desde una época previa, como decadentes herederos de aún más primitivos ancestros. Demasiada cháchara histórica nos distrae de ver a la masa como en realidad era, *sui generis*, con sus propios objetivos, operando dentro de una compleja y delicada polarización de fuerzas de su propio contexto.

He intentado en otro lugar reconstruir estos objetivos de la masa, y la lógica del comportamiento de la masa, en un caso particular: la lucha por la comida, yo creo que todas las otras formas mayores de acción de la masa pueden, después de un paciente análisis, revelar una lógica similar: es sólo al historiador miope al que le aparecen las erupciones de la masa como "ciegas". Aquí deseo discutir brevemente tres características de la acción popular, y luego regresar nuevamente al contexto de las relaciones nobleza-masa en donde todo ésto se llevaba a cabo.

La primera es la tradición anónima. La amenaza anónima o aún el acto terrorista individual, es generalmente encontrado en una sociedad de total clientelaje y dependencia; del otro lado de la medalla de la subordinación simulada. Es exactamente en una sociedad rural donde cualquier resistencia abierta identificada, contra el poder gobernante puede devenir en una represalia instantánea -pérdida de casa, empleo, tenencia, cuando no la ejecución legal- que uno tiende a encontrar en los actos de oscurecimiento: la carta anónima, el incendio del almiar o casa anexa, el desjarretamiento del ganado, el disparo o ladrillo contra la ventana, la puerta sacada de sus pernos, el huerto echado por tierra, las compuertas del estanque abiertas por la noche. El mismo hombre que toca su mechón de pelo para saludar al señor de día -y que va por la historia como ejemplo de subordinación- puede, por la noche, matar sus ovejas, lanzar sus faisanes, o envenenar a sus perros.

Yo no pienso en el siglo dieciocho como un teatro del terror cotidiano. Eso lo dejó para John Bull en *Otra Isla*. Pero los historiadores difícilmente han empezado a tomar la medida del volumen de la violencia anónima. La famosa

"Acta Negra de Waltham" de 1723 surgió exactamente de este tipo de acciones organizadas poco comunes en los bosques de Hampshire y Berkshire. A lo largo del siglo, sucesivas leyes y sanciones daban respuesta a brotes locales similares. Un record bizarro de la marcha de la literatura puede ser encontrado en las columnas del *London Gazette*. Esta publicación de la augusta autoridad, en cuyas páginas aparecían los movimientos de la Corte, promociones y comisiones por servicios, noticias oficiales de todo tipo, publicaba también anuncios de recompensas y otorgamiento de perdones. Para evidenciar a los autores de las cartas anónimas, éstas generalmente eran publicadas completas, con su ortografía original.

Lo que estas cartas muestran es que los trabajadores del siglo dieciocho eran perfectamente capaces, en la seguridad del anonimato, de diluir cualquier ilusión de subordinación y de obediencia a sus gobernantes en un sentido completamente no sentimental y no filial. Un remitente de Witney, en 1767, urgía a su destinatario: "no sufrieron esos malditos Bribones de gordas barrigas y resoplidos asquerosos para hacer morir de Hambre a los Pobres con esos Diabólicos medios con el propósito de poder seguir cazando corriendo caballos y de mantener a sus familias en la Arrogancia extravagancia". Un habitante de Henley-on-Thames, que había visto a los voluntarios actuando contra una multitud, se dirige a "Ustedes Caballeros, como os gusta llamarse, aunque ese sea vuestro Error- puesto que sois el peor conjunto de los más Malditos Bribones que Jamás Existió". Un autor de Odiham, escribiendo sobre un tema similar en 1800, remarcaba que "a nosotros nos importa un Bledo esos tipos que se Llaman a sí Mismos Soldados Caballeros, Pero en nuestra opinión ellos más Parecen Monos cabalgando en Osos". Algunas veces la falta de una deferencia apropiada se veía apenas como una burla más: "Lord Buckingham —remarcaba en 1793 un escritor de volantes de Norwich— quien murió el otro día obtenía Treinta Mil Libras, anualmente, Por aplastar su Culo en la Casa de los Lores y no hacer nada".

Estas cartas muestran —y están dispersas por la mayor parte de Inglaterra, así como en ciertas partes de Gales— que la deferencia podía ser quebradiza en efecto, y compuesta de una parte de propio-interés, una parte de simulación y solo una parte de reverencia a la autoridad. Ellas eran parte del contra— teatro de los pobres. Estaban ahí intencionalmente para erizar el espinazo de la nobleza y de los magistrados y alcaldes, para llamarles la atención sobre sus deberes y exigirles caridad en tiempos de mortandad.

Esto nos lleva a la segunda característica de la acción popular, que he descrito como contra—teatro. Justamente como los gobernantes afirmaban su hegemonía mediante un estudiado estilo teatral, así la plebe afirmaba su presencia mediante un teatro de amenaza y sedición. Desde los tiempos de Wilkes, el lenguaje del simbolismo de las masas es comparativamente "moderno" y fácil de leer: el quemar effgies, el colgar una bota de la horca, el iluminar las ventanas (o el romperlas sin luz), el quitar las baldosas de una casa, que como hasta Rudé anota, tenía una significación casi ritual. En Londres, el ministro impopular o el popular político, no requería de la ayuda de encuestas para saber su grado de reconocimiento por parte del pueblo: se podía ser

arrojado con obscenidades o llevado en andas por las calles. No sólo los condenados pisoteaban el escenario en Tyburn: el público también proclamaba vociferantemente su acuerdo o disgusto con el libreto.

Pero conforme nos movemos para atrás desde 1760, entramos en un mundo de simbolismo teatral que es cada vez más difícil de interpretar: las simpatías políticas populares son expresadas en un código muy distinto de aquel de la década de 1640 o de 1790. Es un lenguaje de listones, fogatas, juramentos y de la no aceptación de los juramentos, brindis, acertijos sediciosos y antiguas profecías, u hojas de roble y de palos de mayo, o de baladas con doble sentido político, aún de tonadillas silbadas por las calles. Todavía no sabemos suficiente acerca del jacobinismo popular para asegurar cuánto de él era sentimiento, cuánto interés; pero ciertamente podemos decir que en muchas ocasiones la plebe utilizaba el jacobismo con el mismo éxito que el teatro, sabiendo bien que era el libreto más calculado para encolearizar y alarmar a sus gobernantes hanoverianos. En la década de 1720, cuando una prensa censurada oscurece más que ilumina a la opinión pública, uno detecta las simpatías subterráneas siguiendo el vigor con que los aniversarios de Hanover y Stuart, rivales entre sí, eran celebrados. *La Gaceta de Norwich* reportaba en mayo de 1723, ese último martes, siendo el cumpleaños del Rey Jorge, había guardado en la ciudad "con todas las demostraciones usuales de alegría y lealtad":

Y el miércoles, siendo el Aniversario de la Feliz Restauración del Rey Carlos II, y con él de la familia real, después de una muy larga y muy exitosa usurpación de tiranía santificada, era celebrado en esta ciudad y en gran forma ya que además de tañer campanas, disparos de armas y fogatas las calles estaban alfombradas con juncias, ramas de roble colocadas en las puertas y en algunas calles guirnaldas y retratos colgados, y una gran variedad de antiguas y divertidas danzas... (con) burlas a la Gloriosa Memoria de Carlos II...

Esto era manifiestamente desleal, no sólo para el Rey sino también para el hombre fuerte del condado, ya que demostraba su incapacidad para manejar a los funcionarios de la ley al servicio de la Corona.

Esta era una guerra de nervios, ahora satírica, ahora amenazante. Las flechas algunas veces encontraron su blanco. En 1724 los ministros del Rey estaban deliberando acerca de las declaraciones de Harwich donde el leal consejo político de Hanover había sido insultado por una ofensiva música popular:

Mientras el Alcalde y otros Miembros de la Corporación estaban reunidos en el Ayuntamiento para conmemorar la más feliz ascensión al Trono de Su Majestad, brindando por Su Majestad y por otros grandes y Leales personajes, este Declarante... vió por una Ventana... una persona disrazada con cuernos en la cabeza seguida por una multitud.

Esta "ya citada Infame Persona" John Hart, un pescador, había sido llevado en andas por su pueblo, por cerca de cien o doscientas personas de su misma calaña. Ellos iban "tamborileando una tonada ridícula de Roundhead Cuckolds y etcétera y (Hart) vino con el alcalde y a la puerta del presente Declarante y nos hizo señas con las manos intimidándonos con que Deberíamos besar su culo".

Si algunas de las acciones de las masas pueden ser vistas como contra-teatro, esto no es del todo cierto. Como tercera característica de la acción popular estaba la capacidad de la masa de una rápida acción directa. Ser uno de la masa, de la multitud, era otra forma de permanecer en el anonimato, mientras que ser un miembro de una organización estable ataba a uno a la posibilidad de detención o asesinato. La masa del siglo XVIII entendía claramente sus posibilidades de acción y su propio arte de lo posible. Su éxito debía ser inmediato o no había nada. Debía destruir esas máquinas intimidar a esos patrones o comerciantes, dañar ese molino, obtener de sus amos un subsidio de pan, desenmosaicar esa casa, antes de que aparecieran las tropas en escena. Esta forma es tan usual que sólo la cito de una o dos declaraciones de papeles oficiales. En Coventry, 1772:

El Martes por la tarde... una gran Multiud cercana a los mil... de la más baja clase de Gente... reunidos por Flautín y por el Golpe de Tambores... con motivo de, como ellos pretendían, una Reducción de Salarios por parte... de uno de los principales Manufactureros de Listones... Ellos declararon su intención de... tirar su Casa y de aniquilarlo a él si se lo encontraban... Se utilizaron todos los Métodos persuasivos... para dispersarlos, sin ningún efecto y mediante el aventar Piedras y romper sus Ventanas, ellos empezaron a cargar su Propósito a una Ejecución.

En New-Castle-on-Tyne en 1740, durante la fase triunfante de una lucha por comida:

Cerca de las dos del Jueves por la mañana, un gran número de Carboveros y Vagoneros, Herreros y otros trabajadores comunes (de nuevo la bestia horizontal) vinieron por el Puente, liberaron a los prisioneros y procedieron con gran Orden por el Pueblo tocando Gaitas, tocando Tambores y con Ropa Sucia colocada sobre los palos como si fueran sus Colores echados al aire. Entonces su número se incrementó a algunos miles y estaban en posesión de las principales Calles del Pueblo. Los Magistrados se reunieron en el Guild Hall y difícilmente sabían qué hacer.

El resultado es que se llenaron de pánico, lucharon con la masa en los escalones del Guild Hall y quemaron una descarga contra ellos, matando a más de uno. En venganza:

Las Piedras volaban contra nosotros... a traves de las ventanas como disparos de cañón... a lo largo la masa inrumpia contra nosotros en la más terrible afrenta. Ellos prescindían de nuestras vidas en efecto, pero nos obligaban a abandonar el lugar, entonces caían en el saqueo y destruían todo lo que encontraban a su paso. Las múltiples bancas de los jueces eran inmediata y enteramente demolidas, la oficina del Town Clerk era rota para abrirla y todos los libros, escrituras y registros del pueblo y su corte eran tiradas por la ventana.

Ellos irrumpieron en el Arca y sacaron quince mil libras, ellos... rompieron todos los adornos, dos finísimas Pinturas del Rey Carlos II y Jaime II... ellos rasgaron todo menos las caras... y después de hacerlo condujeron a los Magistrados a sus propias casas en una suerte de Triunfo Mock.

Una vez más, aquí se nota el sentido teatral, aún en el arranque de rabia total: la destrucción simbólica de las bancas de la justicia, los libros de los Secretarios, los retratos de Stuart de la corporación Tory (conservadora), la pantomima del triunfo de los magistrados y, aún, con todo esto, la orden de sus procesiones y la restricción que les prohibió condenar a muerte, (aún después de que ellos hubieran sido pasados por fuego).

Por supuesto, el vulgo perdió la cabeza tantas veces como los magistrados, pero el punto de interés es que ninguna de las partes llegó a este punto con frecuencia. Lejos de estar "ciego", el vulgo fue frecuentemente disciplinado, tuvo objetivos claros, supo como negociar con la autoridad, y, sobre todo, supo utilizar su fuerza con agilidad. Frecuentemente, las autoridades se sintieron enfrentadas, literalmente, con una multitud anónima. "Estos hombres son todos tanners-(mineros del estaño)-" escribió un funcionario de aduanas de San Austell en 1766, acerca de las bandas locales de contrabandistas a las que "raramente se les ve sobre la tierra durante el día, y no tienen ninguna aprensión de ser conocidos por nosotros". Aun cuando los "cabecillas" fueran detectados, frecuentemente era imposible obtener testimonios bajo juramento. Pero la solidaridad raramente iba más allá de esto. Si se les capturaba, los jefes del vulgo podían esperar un rescate inmediato, dentro de veinticuatro horas; pero si este plazo transcurría, entonces podían esperar ser abandonados.

Podrían anotarse otras características, pero estas tres -tradición de anonimato, contra-teatro y una acción directa, rápida y evanescente- parecen de importancia. Todas conducen la atención hacia el contexto unitario de las relaciones de clase. Hay un sentido en el cual tanto los gobernantes como el vulgo se necesitaban mutuamente, se observaban, representaban el teatro y el contra-teatro en sus respectivos auditorios, modelaban el comportamiento político de los otros. Aunque intolerantes ante la insubordinación del trabajo libre, los gobernantes de Inglaterra mostraban en la práctica un sorprendente grado de libertad hacia la turbulencia del vulgo ¿Hay aquí alguna reciprocidad "estructural" profundamente incrustada?

Contrariamente a las apreciadas leyendas, Inglaterra, por supuesto, nunca careció, durante el siglo XVIII, de un ejército permanente. El mantenimiento de este ejército, en los años de Walpole, era un principio particular de los Whigs hannoverianos, pero para los fines del control interno, esta era frecuentemente una fuerza pequeña y de emergencia. Estaba, por ejemplo, seriamente desgastado y fue inadecuado para las necesidades de la situación durante los disturbios de 1766. El acuartelamiento permanente de tropas en distritos populosos era siempre impopular. Siempre había retrasos que frecuentemente eran de varios días -entre el surgimiento de disturbios y la llegada de los soldados. La tropa, al igual que sus oficiales (cuyos poderes para actuar contra los civiles podían ser impugnados en las cortes) encontraban este servicio "odioso". La desconfianza hacia la Corona, secundada por la avaricia de la aristocracia, había conducido al debilitamiento de todos los órganos efectivos para hacer respetar el orden. La debilidad del Estado se expresaba en una incapacidad para utilizar la fuerza con rapidez, en una benevolencia ideológica hacia las libertades del sujeto, y en un esbozo de burocracia tan entrapada en sus canonjías, parasitismo y compromisos clientelares, que apenas representaba una presencia independiente.

Así, el precio que la aristocracia y la nobleza pagaban por una monarquía limitada y un estado débil, era, por fuerza, el libertinaje de la turba: este es el contexto estructural central de la reciprocidad en las relaciones entre gobernantes y gobernados. Los gobernantes estaban, por supuesto,

renuentes a pagar este precio, pero disciplinar a la turba hubiera sido posible sólo si hubiese habido una clase gobernante unificada y coherente, dispuesta a dividir amigablemente entre sus miembros los botines del poder y a gobernar por medio de su inmenso control de los medios de vida. Tal cohesión no existió nunca antes de la década de 1790, como varias generaciones de distinguidos eruditos de la historia se han tomado el trabajo de demostrar.

Las tensiones entre la corte y la comunidad; el dinero y la tierra, eran profundas. Hasta 1750 ó 1760, el término "nobleza" es demasiado indiscriminado para los propósitos de nuestro análisis. Hay una marcada divergencia entre las tradiciones Whig y Tory en sus relaciones con el vulgo. Los Whigs, en aquellas décadas nunca fueron paternalistas convincentes; pero en las mismas décadas se desarrolló entre algunos Torys y el vulgo una alianza más activa y aceptada. Muchos pequeños nobles, las víctimas de los impuestos y los perdedores en la consolidación de las grandes haciendas contra las pequeñas, odiaban a los cortesanos y al lucro del capital tanto como a los plebeyos. Y de aquí vemos la consolidación de las tradiciones específicas del paternalismo Tory, para que hasta en el siglo XIX, cuando pensamos en el paternalismo, tendamos a asociarlo más con los Torys que con los Whigs. En su cenit, durante los reinados de los dos primeros Jorges, esta alianza adquirió una expresión ideológica en los efectos teatrales del jacobinismo popular.

Hacia los años cincuenta, este momento está expirando, y con el advenimiento de Jorge III, pasamos a un clima diferente. Ciertas clases de conflicto entre la corte y la comunidad se han reblandecido tanto que es posible hablar del estilo paternalista calculado de la nobleza como un todo. En épocas de disturbio, en el manejo del vulgo, uno puede ahora olvidar la distinción entre Whig y Tory a nivel de la práctica de los jueces de paz, y puede verse a la magistratura como un todo actuando dentro de una tradición establecida. Para mantener el control sobre los pobres, ellos no deben mostrarse ni papistas ni puritanos; deben, al menos en sus gestos, ofrecerse como mediadores. Durante episodios de revuelta, la mayoría de los jueces de paz, de cualquier filiación, rechazaban la confrontación y preferían intervenir llamando a la moral antes que usar la fuerza.

Esta sutileza provenía a veces de un elemento de simpatía activa por el vulgo, especialmente donde la nobleza se sentía agraviada por las ganancias que las clases medias obtenían de sus granos y de los de sus arrendatarios. Un motín en Taunton en 1753 había sido provocado -según se informó a Newcastle- por "un tal Burcher que posee los molinos del pueblo, y quien en vez del grano, muele a los pobres; en pocas palabras, se piensa que merece un castigo legal por malas prácticas de este tipo...". Earl Poulett, el Virrey de Somerset, encontró, sin duda, que los hombres como Burcher eran un condenado fastidio. Ellos trabajaban para él y para los tribunales, y, por supuesto, el orden debía mantenerse. Una "insurrección" general, o estado de alboroto trajo otras consecuencias funestas en su desarrollo. El vulgo, sin miramientos, se convirtió en el escenario de discursos desleales y pensamientos sediciosos, "de manera que ellos, una vez que se han levantado, seguirán a otro antes de escuchar a los caballeros". Ciertamente, en esta oca-

sión "finalmente algunos de ellos llegaron a hablar un lenguaje que desatendía los rangos, tal que ellos no veían por qué algunos debían ser ricos y otros pobres". (Hubo, inclusive, oscuros rumores sobre ayuda desde Francia).

Pero el resguardo del orden no era ningún asunto simple:

"La impunidad de aquellos alborotadores incitó a otros a seguirles. Los Caballeros en esta Comisión temen actuar, ya que no cuentan con las seguridades de Tropas en Taunton, Ilminster, y hay sólo una guardia para el cuidado de los campos...en Crewkerne, sin ningún oficial. Sin embargo, la disposición general de aquellos pueblos y estos caballeros, parece ser la de dejar que se apaciguen los ánimos y no provocarlos, por temor a las consecuencias"

Las consecuencias temidas eran inmediatas: mayor daño a la propiedad, mayor desorden, quizás amenazas físicas a la magistratura. El mismo Earl Poulett estaba claramente ante una disyuntiva: él, si así lo aconsejase Su Excelencia

"declararía convictos a algunos de los principales cabe-cillas" pero "la disposición del pueblo y de los caballeros aquí avecinados (era) contraria". No hay, en ningún caso, ni aquí ni en cientos de casos similares en 1740, 1753, 1756, fines de 1760, ni después, ningún sentido de que el orden social, como un todo, estuviese puesto en peligro. Lo que se temía, era la "anarquía" local, la pérdida de prestigio y hegemonía en la localidad, el relajamiento de la disciplina social. Por lo general, se asume que, al final, el asunto se apaciguará, y el grado de severidad que debería mostrarse -si debían o no colgar de la horca una víctima o dos era cuestión de ejemplo y efecto calculados-. Estamos, una vez más, de regreso en el teatro. Poulett se disculpaba ante Newcastle de importunarlo con estas "pequeñas molestias". Un pescador llamado Harwich, haciendo un depravado gesto jacobita, preocupó a los ministros del Rey más que los cientos de hombres y mujeres marchando por los campos treinta años después, demoliendo molinos y secuestrando el grano.

NOTAS

- (1) Para facilitar la lectura, se realizaron traducciones libres de los fragmentos de poesías citadas por el autor en inglés antiguo. No obstante, por considerar que en algunos casos este sistema puede dar lugar a diversas interpretaciones, reproducimos a continuación dichos fragmentos en su versión original:

The lab'ring Poor, in spight of double pay,
Are saucy, mutinous, and Beggarly.

- (2) bend the brow severe
On the sly, pilfering, cruel overseer;
The shuffling farmer, faithful to no trust,
Ruthless as rocks, insatiate as the dust.
When the poor hind, with lenght of years decay'd,
Leans feebly on his once subduing spade,
Forgot the service of his abler days,
His profitable toil, and honest praise,
Shall this low wretch abridge his scanty bread,
This slave, whose board his former labours
spread!

- (3) We bin marching up and deown
Wo, boys, wo
Fur to pull the Housen deown

And its O the brave Doodley boys.
Wo, boys, wo
It bin O the brave Doodley boys.

Some gotten sticks, some gotten steavs
Wo, boys, wo
Fur to beat all rogues and Kne-avs

But the riot reaches its appointed limit, and
...the Dra-gunes they did come,
And it's devil take the hindmost shum.

We all ran down our pits
Wo, boys, wo
We all ran down our pits
Frietened a' most out of our wits
And its O the brave Doodley boys

And thence to the reassertion of deference:
God Bless Lord Dudley Ward
Wo, boys, wo
He know'd as times been hard

He called back the sojermen
Wo, boys, wo
And we'll never riot again
And its O the brave Doodley boys.

Antropología

Boletín Oficial del Instituto Nacional de Antropología e Historia ≈ Nueva época ≈ Núm. 17 ≈ Noviembre-Diciembre 1987



Fotografía: Carlos Blanco

Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados *Guillermo Bonfil Batalla* □ El museo etnográfico *Catalina Rodríguez Lazcano* □ Religión e identidad en contextos urbanos *Teresa Mora y Ella F. Quintal* □ La difusión del patrimonio: nuevas experiencias en museos, programas educativos y promoción cultural *Marta Dujovne* □ Los mazahuas *Rogelio Zúñiga* □ El Museo del Templo Mayor *Suplemento* □ El patrimonio cultural submarino *Documentos en páginas centrales.*

LA GACETA
DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

- Publicación mensual
- 3000 suscriptores en todo el mundo
- Distribuida en las más prestigiadas librerías de México, América Latina y España
- Lo más importante y actual de la creación literaria y artística
- La investigación en ciencias sociales y filosofía
- Textos poco conocidos de clásicos modernos.


LA GACETA
DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

la
Orquesta

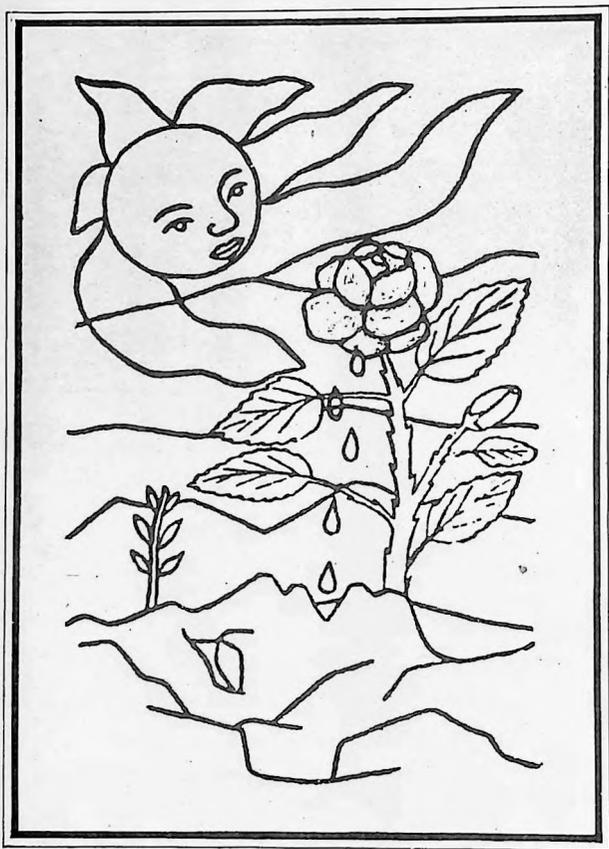


NUMERO 75, ENERO-FEBRERO 1988

casa del tiempo
literatura japonesa

 UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

HISTORIAS 17



Guillermo Zermeño Padilla **Michel de Certeau, subversión de la historia** □
Leticia Reina **Historia y antropología de las rebeliones indígenas** □ Víctor
de la Cruz **Juchitán y Che Gómez** □ María Rosa Landa Ortega **Los**
tranviarios del puerto de Veracruz 1920-1928 □ Salvador Camacho
Sandoval **Los maestros rurales en la educación socialista** □ Elisa Servín **La**
sucesión presidencial en México □

